

**MAX BARRY**

*JENNIFER*  
*GOBIERNO*

Un thriller futurista  
Una parodia desenfrenada



354 2000 313950

**Lectulandia**

En la retorcida y divertidísima visión de Max Barry sobre el futuro próximo, el mundo está en manos de enormes empresas americanas (excepto unas pocas ilusas que se niegan a entrar en el juego, como las francesas); los impuestos son ilegales, los empleados toman sus apellidos de las empresas para las que trabajan; la Policía y la Asociación Nacional del Rifle (ANR) son empresas de seguridad con las que se comercia públicamente; el Gobierno sólo investiga delitos si puede pasarle la factura a un determinado ciudadano. ¡Es el paraíso del libre mercado!

Hack Nike es un empleado de segunda a quien no se le da demasiado bien negociar su salario. Así que cuando John Nike y John Nike, ejecutivos de la tierra prometida del marketing, le ofrecen un contrato, lo firma sin leerlo. Desgraciadamente, el nuevo contrato de Hack le obliga a cometer asesinatos con el fin de dar publicidad a unas nuevas zapatillas Nike de 2500 dólares el par. Asustado, Hack va a la Policía, que entiende que lo que les está pidiendo es una subcontrata, y dan en arriendo el trabajo a la ANR.

Muy pronto, Hack se ve perseguido por Jennifer Gobierno. Jennifer es una mamá estresada, vigilante del mundo empresarial y agente gubernamental que lleva un código de barras tatuado bajo su ojo. Su principal objetivo es cazar a John Nike (el jefe del otro John Nike). En un mundo en el que el lugar que uno ocupa en el trabajo es vital, donde la posesión más preciada es una tarjeta de crédito de platino y el eslogan publicitario da paso a la artillería por la lucha de mercados, Jennifer Gobierno es quien protege los intereses del consumidor, el perro guardián del consumo procedente del infierno.

Lectulandia

Max Barry

# Jennifer Gobierno

ePub r1.0

marianico\_elcorto 15.11.2018

Título original: *Jennifer Government*

Max Barry, 2003

Traducción: María del Carmen África Vidal y Anne Barr

Retoque de cubierta: gilba

Editor digital: marianico\_elcorto

ePub base r2.0

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

# Índice de contenido

Primera Parte

Segunda Parte

Tercera Parte

Cuarta Parte

Quinta Parte

Sexta Parte

Epílogo

Sobre el autor

Notas

*Para Charles Thiesen  
Él quería de verdad, de verdad,  
que la novela se llamara Capitalismo*

*Con dinero conseguiremos hombres, dijo César,  
y con hombres conseguiremos dinero.*

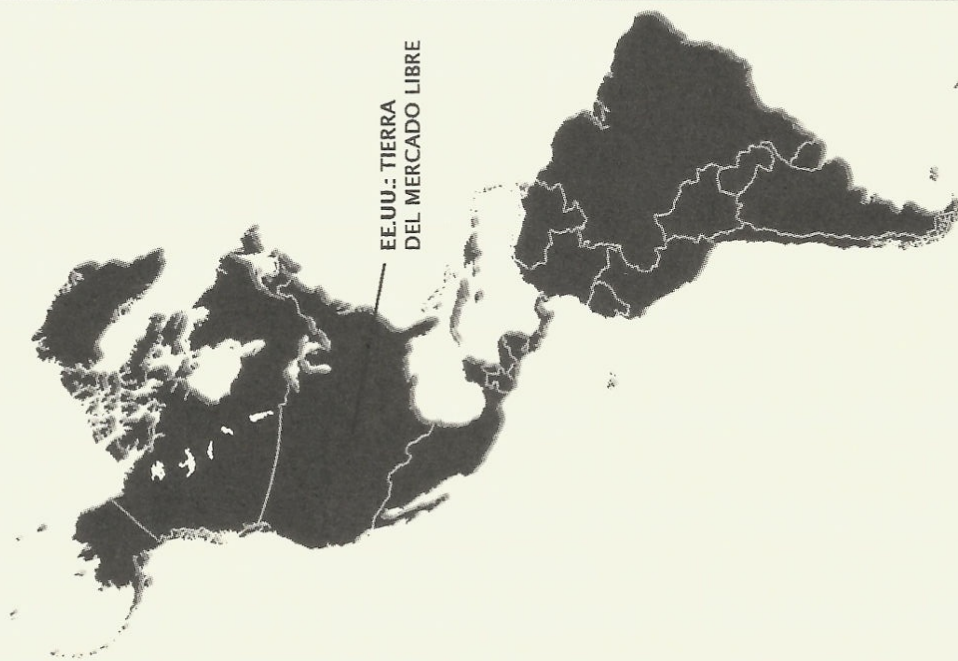
—THOMAS JEFFERSON, 1784

*... un gobierno sabio y frugal, que impida  
que los hombres se hagan daño unos a otros,  
pero que, por lo demás, les dé plena libertad  
para organizar sus industrias y para progresar,  
y que no quite de la boca de los que trabajan el pan  
que han ganado. Eso es buen gobierno.*

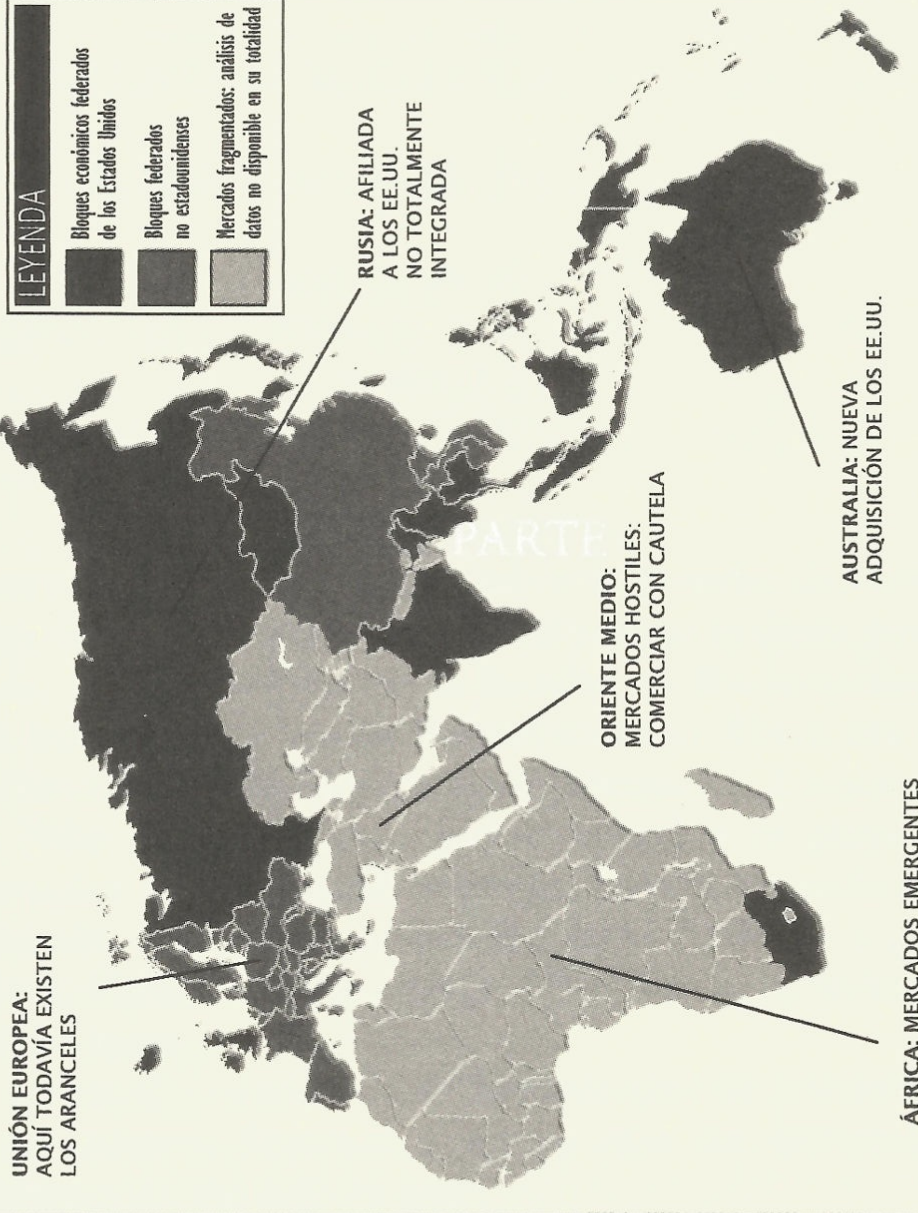
—THOMAS JEFFERSON, 1801

# MAPAMUNDI DE LOS BLOQUES ECONÓMICOS FEDERADOS DE LOS ESTADOS UNIDOS

## HEMISFERIO OESTE



## HEMISFERIO ESTE



Mapa: Michael J. Windsor





# PRIMERA PARTE

# 1. Nike

La primera vez que Hack oyó el nombre de Jennifer Gobierno fue en la máquina del agua fría. Había ido allí porque la de su piso estaba estropeada. Seguro que los de la Sección de Reclamaciones les meterían un buen puro a los de Mantenimiento. Hack era el Encargado de Distribución de Mercancías Publicitarias. Lo que significaba que si Nike hacía pósters o gorras o toallas de playa, Hack tenía que enviarlos al destinatario correcto. También significaba que si alguien llamaba quejándose de que le faltaban pósters o gorras o toallas de playa, Hack tenía que anotar el pedido. Ya no se sentía tan motivado como antes.

—¡Vaya desastre! —exclamó un hombre que se encontraba al lado de la máquina—. Estamos a cuatro días del lanzamiento y Jennifer Gobierno no me deja en paz.

—¡Menuda putada! —dijo su compañero.

—Significa que tenemos que darnos prisa. —Miró hacia Hack, que estaba llenando el vaso.

—¿Qué tal?

Hack levantó la vista. Le miraban como si fuera uno de ellos; pero claro, Hack no trabajaba en ese piso. No sabían que no era más que Encargado de Distribución de Mercancías Publicitarias.

—Hola.

—Es la primera vez que te veo por aquí —dijo el del *desastre*—. ¿Eres nuevo?

—No. Trabajo en Distribución de Mercancías Publicitarias.

—¡Ah! —le contestó arrugando la nariz.

—La máquina de nuestro piso no funciona —dijo Hack, volviéndose rápidamente hacia otro lado.

—¡Oye! Un momento —exclamó el tío del traje—. ¿Has trabajado alguna vez en marketing?

—Pues... no —contestó pensando que le podía estar tomando el pelo.

Los tíos se miraron. El del *desastre* se encogió de hombros. Y los dos le tendieron la mano.

—John Nike, Operador de Marketing..., Nuevos Productos.

—Yo soy John Nike, Vicepresidente de Marketing..., Nuevos Productos —dijo el otro tipo trajeado.

—Hack Nike —le respondió Hack temblando.

—Hack, estoy autorizado a contratar personal —anunció John Vicepresidente—. ¿Te interesa un trabajo?

—¿Un...? —se le secaba la garganta—. ¿Un trabajo en Marketing?

—Sólo hacemos contratos sueltos por trabajos que van saliendo, claro —añadió el otro John.

A Hack se le saltaron las lágrimas.

\*

—Toma —dijo uno de los John, dándole un pañuelo—. ¿Ya estás mejor?  
Hack, avergonzado, asintió.

—Lo siento.

—No te preocupes —dijo John Vicepresidente—. Un cambio de profesión puede ser muy estresante. Lo leí en algún sitio.

—Toma, el papeleo. —El otro John le dio un bolígrafo y un tocho de papeles. En la primera hoja se leía «CONTRATO DE EJECUCIÓN DE SERVICIO». La letra de todo lo demás era tan pequeña que no se leía. Hack vaciló.

—¿Quieren que firme ahora?

—No hay nada de qué preocuparse. Sólo tiene las típicas cláusulas sobre confidencialidad y competencia desleal.

—Sí, pero... —Las empresas se estaban poniendo muy duras con los trabajadores; Hack había oído historias. En Adidas, si dejabas el trabajo y tu sustituto resultaba ser menos competente que tú, te demandaban por los beneficios perdidos.

—Hack, necesitamos a alguien capaz de tomar decisiones rápidamente. Alguien que se mueva. Alguien que haga las cosas. Y gilipolleces, las menos posibles. Si no es tu forma de ser, bueno... Nos olvidamos de todo. No pasa nada. Tú quédate en Distribución de Mercancías Publicitarias. —John Vicepresidente alargó la mano para volver a coger el contrato.

—Lo firmo ahora mismo —aseguró Hack aferrándose al documento.

—Tú decides —dijo el otro John.

Se sentó al lado de Hack, cruzó las piernas, puso las manos encima y sonrió. Hack se fijó en que los dos John tenían una sonrisa bonita. Suponía que todos los de marketing tenían la sonrisa bonita. Además, se parecían bastante.

—Ahí, al final.

Hack firmó.

—Aquí también —dijo el otro John—. Y en la página siguiente... y otra firma aquí. Y aquí.

—Bienvenido al equipo, Hack.

John Vicepresidente cogió el contrato, abrió un cajón y lo dejó caer dentro.

—Bueno, ¿qué sabes de las Nike Mercury?

Hack pestañeó.

—Es nuestro nuevo producto. La verdad es que yo no las he visto, pero... he oído decir que son increíbles.

Los dos John sonrieron.

—Hace seis meses que se empezaron a comercializar las Mercury. ¿Sabes cuántos pares hemos vendido desde entonces?

Hack negó con la cabeza. Un par costaba miles de dólares, pero eso no era impedimento para que la gente las comprara. Eran las zapatillas más codiciadas del mundo.

—¿Un millón?

—Doscientos.

—¿Doscientos millones?

—No. Doscientos pares.

—Nuestro John —dijo el otro John— ha inventado un nuevo concepto en marketing que consiste en negarse a vender el producto. Los consumidores se vuelven completamente locos.

—Y ya es hora de recoger los beneficios. El viernes vamos a poner a la venta cuatrocientos mil pares a dos mil quinientos dólares cada par.

—A nosotros nos costaron... ¿cuánto era?

—Ochen ti y cinco.

—Coste de producción ochenta y cinco céntimos, lo que nos deja un beneficio bruto de aproximadamente un billón de dólares. —Miró a John Vicepresidente—. Una campaña fantástica, ¿verdad?

—Simplemente sentido común —dijo John.

—Pero he aquí el problema Hack: si la gente se da cuenta de que todos los centros comerciales del país tienen las Mercury, vamos a perder todo el prestigio que tanto nos ha costado ganar, ¿no?

—Sí, evidente —dijo Hack.

Intentaba aparentar que lo tenía claro, pero en realidad no entendía nada de marketing.

—Pues, ¿sabes lo que vamos a hacer?

Hack dijo que no.

—Les vamos a pegar un tiro —dijo John Vicepresidente—. Vamos a pegarle un tiro a quien las compre.

Silencio.

—¿Cómo? —preguntó Hack.

El otro John continuó.

—Bueno, claro, no a todos. Hemos pensado que sólo hace falta cargarse a... ¿cuántos dijimos? ¿Cinco?

—Diez —contestó John Vicepresidente—. Para más seguridad.

—De acuerdo. Nos cargamos a diez clientes haciendo ver que es cosa de los chavales de los barrios y la gente perderá el culo por nuestros productos. En veinticuatro horas nos habremos quedado sin existencias. Ya verás.

—Recuerdo la época en que se podía contar con los chavales de los barrios para darles una paliza a algunos y quitarles las nuevas Nike —dijo John Vicepresidente—. Ahora atracan a la gente para robarles las Reebok o las Adidas, joder.

—Ya no hay sentido de la moda en los barrios —dijo el otro John.

—¡Vaya vergüenza! Bueno, Hack, yo creo que te has enterado perfectamente de que ésta es una campaña innovadora.

—Más bien está en el límite —dijo el otro John—. Está lo que se dice en el límite.

—Bueno —dijo Hack, tragando saliva—, ¿no es un poco... ilegal?

—Pregunta si es ilegal —dijo el otro John, divertido—. Eres muy gracioso, Hack. Sí, es ilegal: matar a la gente sin su consentimiento es muy ilegal.

John Vicepresidente añadió:

—Pero lo que hay que plantearse es cuánto cuesta. Si nos descubren, damos por perdidos unos millones en una buena defensa, nos ponen una multa de unos millones más... y en el fondo, seguimos ganando.

A Hack le quedaba una pregunta que no tenía ninguna gana de plantear.

—Y este contrato... ¿qué dice que tengo que hacer?

El John que estaba a su lado juntó las manos.

—Bueno, Hack, te hemos explicado el plan. Lo que queremos que hagas tú es...

—Ejecutarlo —dijo John Vicepresidente.

## 2. McDonald's

Hasta que no los vio de frente, Hayley no se dio cuenta de cuántos compañeros rubios tenía. Aquello parecía una playa. Y ella sin enterarse de esa nueva moda. Tendría que irse pitando a la peluquería después de clase.

—Cuando quieras —dijo el profesor.

Hayley miró las fichas y respiró hondo.

—Mis motivos para amar los Estados Unidos; autora: Hayley McDonald's. Los Estados Unidos de América es el mejor grupo de países del mundo porque aquí disfrutamos de la libertad. En países como Francia, donde no se ha privatizado el Gobierno, la gente sigue pagando impuestos y haciendo lo que dice el Gobierno, y eso es un rollo. En los países miembros de los Estados Unidos de América respetamos los derechos del individuo y dejamos que la gente haga lo que quiera.

El profesor apuntó algo en la carpeta. Los colegios patrocinados por McDonald's eran así de vulgares. En cambio, en los colegios Pepsi todos tenían portátiles. Y llevaban un uniforme más bonito. Era difícil ir de *cool* con los arcos dorados de McDonald's impresos en la espalda.

—Antes de que los países miembros de los Estados Unidos eliminaran los impuestos, si no tenías trabajo el Gobierno quitaba dinero a quienes sí trabajaban y te lo daban. Así que, cuanto más inútil eras, más dinero te daban.

Ni una palabra de sus compañeros. El profesor ni siquiera sonrió. Hayley se sorprendió: a ella le había parecido que era para troncharse.

—Ahora los Estados Unidos tiene las mejores empresas y todo el dinero porque todo el mundo trabaja, y el Gobierno no puede gastar dinero en cosas tontas como la publicidad y las elecciones o en hacer leyes nuevas. Sólo impide que la gente robe o haga daño a los demás, y del resto se encarga el sector privado, que, como todos sabéis, es más eficaz. —Miró los apuntes. Iba bien.

—Para terminar, me gustaría decir que los Estados Unidos de América es el mejor grupo de países del mundo, y que estoy orgullosa de vivir en los Territorios Australianos de los Estados Unidos.

Se oyó un pequeño aplauso. Había sido la octava exposición de la clase. Hayley pensaba que era cada vez más difícil que la gente se entusiasmara por el capitalismo. Se dirigió a su asiento.

—Un momento —dijo el profesor—. Quiero hacerte alguna pregunta.

—Vale —contestó Hayley.

—¿Los impuestos tienen algo de positivo?

Se relajó: una pregunta básica para ver si se sabía el tema.

—Hay quien dice que es bueno pagar impuestos porque da dinero a la gente que no tiene. Pero esa gente debe de ser o vaga o tonta; entonces, ¿por qué hay que darles el dinero de otros? Evidentemente, la respuesta a su pregunta es no.

El profesor parpadeó perplejo. Apuntó algo. Seguro que se ha quedado impresionado con esa respuesta, pensó Hayley.

—¿Y la justicia social?

—¿Cómo?

—¿Es justo que algunos sean ricos cuando otros no tienen nada? Hayley se estremeció, nerviosa. Se había acordado de una cosa: que a este profesor le gustaba el rollo de los pobres. Siempre sacaba el tema.

—Bueno, sí, es justo. Porque si yo estudio mucho para un examen y saco matrícula y Emily no estudia nada y suspende —se despertó el interés de los compañeros; Emily enarcó las cejas rubias—, no es justo coger unos puntos que he sacado yo para dárselos a Emily, ¿verdad?

El profesor frunció el ceño. A Hayley le entró pánico.

—Y otra cosa. En los países que no son miembros de los Estados Unidos quieren que todos sean iguales. Entonces, si tienes una hermana ciega, te dejan ciega a ti también para que todos seamos iguales. ¿Y eso es justo? Prefiero mil veces ser americana que de la Unión Europea.

Dirigió una enorme sonrisa a sus compañeros. Aplaudieron, ahora con mucho más entusiasmo. Hayley preguntó:

—¿Eso es todo? —esperando que, efectivamente, lo fuera.

—Sí. Gracias.

¡Qué alivio! Empezó a caminar hacia su sitio. Un chico bastante guapo de la tercera fila le guiñó el ojo.

El profesor añadió:

—Pero, Hayley, no es verdad que en los otros países dejen ciega a la gente.

Hayley se paró.

—Pues vaya hipocresía, ¿no?

Todos aplaudieron. El profesor abrió la boca para decir algo pero se arrepintió. Hayley se sentó. ¡*Genial!*, pensó. Esta vez lo había bordado.

### 3. La Policía

Hack estaba en un atasco, mordiéndose las uñas. Hoy no le habían salido bien las cosas. Empezaba a pensar que ir a la planta de Marketing a buscar un vaso de agua había sido el mayor error de su vida.

Se metió en un callejón y aparcó el Toyota. El motor rugía y echaba humo. Necesitaba cambiar de coche. Si este nuevo trabajo salía bien, quizá podría irse de Santa Kilda, donde vivía. Buscaría un piso más amplio, a lo mejor hasta exterior y todo, con luz natural...

Enseguida negó con la cabeza, enfadado. ¿Pero qué estaba diciendo? Él no le iba a *disparar* a nadie. Ni siquiera a cambio de un buen piso.

Hack subió por la escalera hasta la segunda planta y abrió la puerta de su casa. Violeta estaba sentada en el suelo del salón con las piernas cruzadas y el portátil en el regazo. Violeta era su novia. Era la única persona en paro que conocía, sin contar los «sin techo» que le pedían dinero. Quería llegar a ser empresaria. Probablemente sería rica algún día porque era lista y decidida. A veces Hack no tenía muy claro por qué estaban juntos.

Dejó la cartera y se quitó la chaqueta. La mesa estaba llena de facturas. Hack no había regateado muy bien en su última evaluación de rendimiento y ahora le fastidiaba.

—¿Violeta?

—Dime...

—¿Podemos hablar?

—¿Es importante?



—Sí.

Violeta frunció el ceño. Hack esperó. A Violeta no le gustaba que la molestasen mientras trabajaba. No le gustaba que la molestasen nunca. Era bajita y delgada, y tenía una melena castaña que la hacía parecer más frágil de lo que era en realidad.

—¿Qué pasa?

Hack se sentó en el sofá.

—He cometido una estupidez.

—Ay, no, Hack, otra vez no.

Últimamente, al volver del trabajo, Hack había cogido varias veces una salida equivocada en la autovía. El martes pasado se metió en una autovía de primera categoría y se acabó gastando once dólares en peaje porque no encontraba la salida.

—No, esta vez estoy hablando de una estupidez de verdad.

—¿Qué ha pasado?

—Pues, me han ofrecido un trabajo... que tiene que ver con marketing.

—¡Fantástico! El dinero nos va a venir muy bien.

—... y firmé un contrato sin leerlo.

Silencio.

—Bueno —dijo Violeta—. A lo mejor no pasa nada.

—Dice que tengo que matar a gente. Es una especie de campaña de promoción. Tengo que... eso... matar a diez personas.

Durante un instante, Violeta guardó silencio. Hack confiaba en que no le montase una bronca.

—Será mejor que le eche un vistazo a ese contrato.

Hack miró hacia el suelo.

—¿No te has quedado con copia?

—No.

—Ay, *Hack*.

—Lo siento.

Violeta se mordía los labios.

—Pues no puedes hacerlo. El Gobierno no es tan tonto como cree la gente. Te cogerían seguro. Pero, por otro lado, no sabes qué te puede pasar si no cumples el contrato... Yo creo que deberías ir a la Policía.

—¿En serio?

—Hay una comisaría en Chapel Street. ¿Cuándo se supone que tienes que... hacerlo?

—El viernes.

—Deberías ir. Ahora mismo.

—Vale. Tienes razón. —Cogió la chaqueta—. Gracias, Violeta.

—Hack, ¿por qué estas cosas siempre te pasan a ti?

—No lo sé —dijo. Estaba emocionado. Cerró la puerta suavemente tras de sí.

La comisaría estaba a unas manzanas, y cuando Hack la vio de lejos empezó a sentirse más optimista. El edificio estaba iluminado con luces de neón azules, con un luminoso que ponía POLICÍA en letras enormes y tenía una luz giratoria encima. Si había alguien que le pudiera sacar de la situación en la que se encontraba, sería alguien que trabajaba en un sitio como ése.

Las puertas se abrieron automáticamente y se dirigió a recepción. Le sonrió una mujer de uniforme: o era de verdad policía o era una recepcionista vestida acorde con el entorno. Hack no sabía cuál de las dos cosas. Por los altavoces se oía *Every breath you take*, de The Police.

—Buenas tardes. ¿En qué puedo ayudarle?

—Tengo un asunto que me gustaría tratar con un agente.

—¿Podría decirme de qué se trata?

—Bueno —dijo—. Me han contratado para matar a alguien. En realidad a varias personas.

La recepcionista enarcó levemente las cejas dejando ver sólo por un instante su asombro para luego recobrar enseguida la compostura. Hack se sintió aliviado. No quería que le reprendiera la recepcionista.

—Siéntese, señor. Ahora mismo le atenderá un agente.

Hack se dejó caer en un mullido sillón de color azul y esperó. A los pocos minutos salió un poli y se plantó delante de él. Hack se levantó.

—Soy el Sargento Jefe Pearson Policía —dijo el hombre.

Le dio a Hack un fuerte apretón de manos. Llevaba un bigotito corto, pero, por lo demás, parecía bastante eficaz.

—Por favor, acompáñeme.

Hack le siguió por un vestíbulo lujosamente enmoquetado hacia una pequeña sala de reuniones que podría pertenecer a cualquier prestigiosa empresa privada. En las paredes había fotografías de polis sacando a chorizos de algunos edificios, delante de los juzgados y aporreando a algunos manifestantes en la puerta de alguna empresa. Al sentarse Pearson, Hack alcanzó a ver unas esposas y una pistola.

—Bueno, ¿qué problema tiene? —Abrió un cuaderno.

Hack le contó toda la historia. Cuando terminó, Pearson se mantuvo callado durante un buen rato. Hack no aguantaba más.

—¿Qué le parece?

Pearson juntó los dedos.

—Bueno, me alegro de que nos haya venido a contar todo esto. Ha hecho bien. Ahora le voy a explicar los pasos que puede dar. —Cerró el cuaderno y lo puso a un lado—. Primero, puede seguir adelante con el contrato de Nike. Pegarles un tiro a algunas personas. En ese caso, lo que haríamos nosotros, si contratara nuestros

servicios el Gobierno o el representante de alguna de las víctimas, sería intentar arrestarle.

—Entiendo.

—Y le cogeríamos. Tenemos una media de éxitos del ochenta y seis por ciento. Con alguien como usted, sin experiencia, sin ayuda, le apresaríamos en unas horas. Por tanto, no le recomiendo que cumpla el contrato.

—Ya lo sé —dijo Hack—. Debería haberlo leído, pero...

—Segundo, puede negarse a cumplir el contrato. En ese caso, se tendría que enfrentar a las cláusulas de penalización por incumplimiento incluidas en él. Y no hace falta que le diga lo duras que pueden ser. Muy duras.

Hack asintió. Esperaba que Pearson todavía no hubiera terminado.

—Y ahora la alternativa a todo esto. —Pearson se adelantó en la silla—. Subcontrata los asesinatos con nosotros. Nosotros cumplimos el contrato, y a un precio muy competitivo. Como habrá visto en nuestra publicidad, se protege totalmente su identidad. Si el Gobierno va a por nosotros, no es su problema.

—¿Y ésta es mi única alternativa? —preguntó Hack.

—Bueno, si tuviera una copia del contrato, le pondría en contacto con alguien de nuestro bufete. Pero no la tiene, ¿verdad?

—Pues no. —Hack vaciló—. ¿Cuánto me va a costar...?

Pearson dio un profundo suspiro.

—Depende. No es necesario ir a por personas concretas, ¿verdad? Sólo a por cualquiera que compre zapatillas Mercury.

—Eso es.

—Bueno, en ese caso le sale más barato. Nos aseguraríamos de no cargarnos a nadie que tuviera medios. Ya sabe, para evitar represalias. Y si hace falta cargarse a diez, entonces hay descuento. Se puede hacer por... veamos... unos ciento cincuenta.

—¿Ciento cincuenta qué?

—De los grandes —dijo Pearson—. Ciento cincuenta mil dólares, Hack. ¿Qué le parece?

Hack perdió toda esperanza.

—Soy Encargado de Distribución de Mercancías Publicitarias. Gano treinta y tres al año...

—Venga, Hack —dijo Pearson con cara de pena—. No empiece con ese cuento.

—Lo siento.

Se le nubló la vista. Dos veces el mismo día. Se estaba derrumbando.

—Venga, le hago una última oferta: ciento treinta. Puede ir a la Asociación Nacional del Rifle (ANR), pero no le van a mejorar este precio, se lo garantizo. Entonces, ¿qué? ¿Hay trato?

—Sí —contestó Hack. Enfadado, se frotaba la cara mientras Pearson empezaba a redactar el contrato.

## 4. Mitsui

Se oía el radiodespertador: «... y rumores de altos beneficios. Microsoft cayó veintidós puntos tras el anuncio de la compañía de que se producirán retrasos en el transporte...».

Buy no podía respirar. Le dolía el pecho. Se quedó pensativo: *¡Me está dando un infarto!* Luego se acordó. No. No era un infarto. Se fue tambaleando hasta el cuarto de baño y se miró en el espejo, que le devolvía su cara reflejada. Una cara que no parecía muy impresionada. Buy se dijo: Soy una gran persona. Hoy es un gran día.

En una esquina del espejo, pegado con celo, había un papel que ponía:

SOY UNA GRAN PERSONA  
HOY ES UN GRAN DÍA  
TODO OBSTÁCULO ES UNA OPORTUNIDAD

Era lunes, 27 de octubre, y por tanto quedaban sólo cinco días laborables para que acabase el año fiscal de Mitsui. Buy era Gestor de Cuentas, Cuentas Competitivas, Región Sur, lo que significaba que era broker, que a su vez significaba que era vendedor. Tenía una cuota de 4,2 millones de dólares. Eso no parecía ser un problema después de un primer trimestre excelente y un segundo trimestre bueno, pero durante el tercer trimestre le habían quitado algunas cuentas y el cuarto trimestre había sido *catastrófico*, un desastre. A Buy le quedaban sólo cinco días para encontrar medio millón de dólares.

Se duchó y fue sin hacer ruido hasta el salón. Su piso daba a los Jardines Botánicos de ExxonMobil y más allá se divisaba la ciudad de Melbourne, Estados Unidos (Australia). Eran algo más de las seis de la mañana, y las torres de oficinas reflejaban el color naranja de la primera luz del día. El cielo era de un azul intenso, sin una nube. Desde el tercer trimestre, Buy ya ni se daba cuenta de todo eso.

Se tomó una tostada acompañada de un zumo. Se vistió y cogió el ascensor hasta el aparcamiento, donde le esperaba su Jeep. Buy había leído que el Jeep era uno de los coches más seguros en carretera; al menos para sus ocupantes. Salió del aparcamiento pisando fuerte el acelerador.

Las carreteras baratas estaban atestadas, incluso a las seis y media de la mañana, pero Buy estaba a sólo cuatro manzanas de una autovía Bechtel de primera clase. Esas autovías tenían ocho carriles, costaban dos dólares el kilómetro y no había límite de velocidad. Pasó a toda pastilla por delante de los edificios de oficinas y de las fábricas; la aguja marcaba 155 kilómetros por hora.

Entró en el aparcamiento de Mitsui y fue en ascensor hasta la sexta planta, la de oficinas, apenas separadas entre sí por tabiques que no llegan al techo. Los brokers no tenían derecho a un despacho de verdad, ni siquiera a cuatro paredes por encima de la altura del hombro, al menos no en Cuentas Competitivas. Durante su primer año en la

empresa Buy lo había agradecido porque así era muy fácil pedir ayuda a un compañero. Ahora, en cambio, le molestaba, por la misma razón.

Hamish, que hacía el turno de noche en la mesa de Buy, se quitó los auriculares.

—¿Qué tal Buy?

—¿Qué tal?

Hamish parecía relajado y feliz. Durante un breve instante, Buy sintió envidia.

—¿Cómo va el mercado?

—Está todavía más nervioso que tú. Tranquilo, colega. Llegarás.

—Sí, ya lo sé.

Intentó que sonara convincente. Hamish le dio una palmadita en la espalda y se marchó. Seguro que iba a pasarse el día tumbado en el sofá viendo el fútbol o haciendo algo igual de relajado y nada estresante. Hamish había llegado a su cuota hacía seis semanas, y a Buy le costaba cada vez más no odiarle.

Buy se sentó despacio, enchufó los cascos del teléfono y marcó un número. En el tabique, pegado con celo, había una nota que había escrito durante el primer trimestre:

#### EL ÉXITO = 500 LLAMADAS AL DÍA

Miraba la nota fijamente mientras sonaba el teléfono de su cliente. Buy empezaba a pensar que lo del éxito era una gilipollez.

En Francia no se habría encontrado en esta situación. Claro que tampoco habría recibido los 347 000 dólares de salario que había ganado el año pasado. Por eso se había marchado de allí: la Unión Europea era un maremágnun socialista de impuestos, desempleo, y todo era público. Hasta hace poco, Buy pensaba que trasladarse a un país miembro de los Estados Unidos era la mejor decisión que había tomado jamás, aparte de cambiar su nombre de Jean-Paul a Buy.

—*Ha contactado con Michael Microsoft, Gestión de Proyectos, División Soluciones a Empresas. Deje su mensaje y le llamaré.*

Buy empezó a soltar el rollo de los indicadores de mercado que apuntaban a una volatilidad en aumento a la vez que consultaba el correo electrónico. Tenía un mensaje de un amigo que ahora trabajaba para US Alliance, una de las grandes empresas especializadas en fidelidad de los consumidores:

Buy:

Un cura y un broker se encuentran en las puertas del Paraíso, llega san Pedro y le da al broker un arpa dorada y vestimentas de seda y le deja entrar. Al cura le da una trompeta oxidada y unos harapos. Y el cura dice: «Oiga, ¿cómo es que al broker le da el arpa y la ropa de seda?». Y san Pedro le contesta: «Porque mientras tú predicabas, la gente dormía; pero los clientes de él, vaya si rezaban».

Sami.

P. D. Acabamos de superar los 200 millones de suscriptores de US Alliance y estamos a punto de fichar a la ANR (esto es todavía supersecreto). Pero supongo que no es tan emocionante como vender acciones de dudosa procedencia para Mitsui.

Buy consultó su reloj. Era mediodía en Los Ángeles. Cortó la llamada con el contestador de Michael Microsoft y marcó otro número.

—Sami UA.

—¿Dices en serio lo de la ANR?

—¡Buy! ¿Qué tal?

—Mejor no te lo cuento.

—Sí. Lo digo muy en serio. No te puedes imaginar lo rápido que se está moviendo todo por aquí.

—¿Sabes qué pasará con el precio de las acciones de la ANR si firman un acuerdo con US Alliance?

—¡Y yo qué sé! Yo ya no soy broker, Buy.

A Buy le invadía una enorme sensación de gratitud.

—Gracias, Sami.

—¡Oye, espera! No puedes utilizar esta información. Es confidencial.

Buy se detuvo.

—Vas a...

—Venga —dijo Sami—. Sabes que te tengo que decir eso. Has tenido un mal año, ¿verdad? A lo mejor las cosas cambian. —Y colgó.

Durante un instante, Buy se quedó paralizado. Había demasiadas cosas que tenía que hacer inmediatamente. Hace años, esto se consideraba un delito llamado abuso de información privilegiada. Pero ese curioso concepto había desaparecido una o dos décadas antes, cuando lo practicaban tantos brokers que era imposible meterlos a todos en la cárcel. Ahora se consideraba espabilado a quien lo practicaba.

Se colocó el auricular en el hombro, apretó la tecla 1 de marcación rápida y al mismo tiempo empezó a teclear un mensaje de correo.

—Jason Mutual Unity.

—Te llamo porque eres mi mejor cliente. Tengo una información que va a permitir a muchas personas ganar mucho dinero y quiero que tú seas una de ellas.

A la vez tecleaba:

SI SE ATREVE A SUBIRSE A LA OLA  
LLÁMEME AHORA MISMO

Arrastró su lista entera de clientes a DIRECCIÓN y le dio a ENVIAR.

—Buy, acabo de salir de la ducha.

—Dime que tienes liquidez.

—¿Y qué crees que soy? ¿Un operador del día? ¿Qué empresa?

—La Asociación Nacional del Rifle.

—¿La Asociación Nacional del Rifle? ¿Cotizan?

—Jason —contestó Buy—, todo el mundo cotiza.

—No lo sé... Tendría que dejar otra compra. Mira, déjame pensarlo...

—No hay tiempo. Ya sabes cómo va esto. El primer pez que pique el anzuelo, revuelve los tiburones.

—Lo siento, Buy. Nosotros no funcionamos así.

Se oyó a sí mismo decir:

—Renuncio a mi corretaje.

—¿Perdona?

—Si no suben las acciones, me como el corretaje. —Tragó saliva con fuerza. Estaba seguro de que no le permitían hacer eso. Estaba seguro de que si el precio de las acciones de la ANR bajaba, Mitsui le despediría y le denunciaría.

—Dame al menos veinte millones y no cobraré corretaje si tú no ganas.

—¿Lo dices en serio?

El corretaje sobre veinte millones de dólares era de cuatrocientos mil. Pensaba: *27 de octubre, 27 de octubre.*

—Muy en serio.

—Pues que te den —le contestó Jason—. Trato hecho.

—Gracias —dijo Buy, y cerró los ojos. Todavía sentía dolor en el pecho.

## 5. Wal-Mart

—Me han decepcionado por igual todas vuestras exposiciones orales, les dijo el profesor.

Estaba apoyado en la mesa, de brazos cruzados. Cada vez que giraba la cabeza, sus gafas, debido al reflejo, dirigían un rayo de sol hacia Hayley, como si le estuviera mandando chispas de desaprobación.

—Os recomiendo a todos que mejoréis vuestra capacidad crítica.

Empezó a caminar entre las filas de pupitres, dejando caer los trabajos encima de las mesas. Hayley vio un suspenso y un muy deficiente; un tío bajito con gafas sacó un aprobado pelado. Hayley respiró hondo. Esto no iba a ser muy agradable.

Oyó detrás un cuchicheo y se dio la vuelta. Se habían juntado tres chicas y estaban hablando bajo. Cuando vieron que Hayley las miraba, se apretujaron todavía más.

Le cayeron unas hojas sobre la mesa. Se veía mucho bolígrafo rojo y palabras como *superficial*. Y al final: un muy deficiente.

Hayley levantó la mano.

—¿Por qué me pone un muy deficiente por decir que el capitalismo es bueno cuando todos lo dicen? No es justo.

—Hayley, lo que no es justo es que en nuestra sociedad se premie el egoísmo. Eso sí que no es justo.

*Pues vete a vivir a China*, pensó Hayley.

—Pues que sepa que voy a recurrir esta nota.

Seguro que la comisión de estudios de McDonald's no se iba a tragar esa mierda.

—A mí tampoco me parece justo —añadió un chico sentado a la izquierda de Hayley—. Mis padres dicen que hay que entender

cómo funciona el capitalismo si quieres llegar a ser algo. Velar por el propio interés es *bueno*. ¿No debería usted prepararnos para el mundo real?

—*Mercury* —dijo una de las chicas que estaba cuchicheando.

Hayley se giró otra vez.

—¿Que acabas de decir de las Mercury?

La miraron, cautelosas.

—La tienda de Nike del centro comercial va a recibir unas Mercury.

Hayley se quedó boquiabierta.

—¿De verdad?

—Gracias al *propio interés* —dijo el profesor—, es legal dejar que una persona se muera de hambre en la calle mientras tú pasas por delante en tu Mercedes. ¿Eso es justo?

—Dicen que van a recibir cinco pares.

—¡Imposible! ¿Cuándo? —Hayley se agarró a la mesa—. ¿Cuándo van a recibir las Mercury?

—Esta tarde. A las seis y media. —La chica miró a sus amigas—. ¿Quieres que quedemos allí?

—¡Ay, sí!

Se mareaba. Las Mercury costaban dos mil quinientos dólares y Hayley no tenía tanto dinero, pero podía pedir un préstamo: había dos cajeros automáticos en el centro comercial. Realmente valdría la pena. Las Mercury no sólo eran lo más de lo más, sino que además acababan siendo una inversión. Podría venderlas mañana por el doble de lo que le habían costado, tal vez más. ¿Y si... y si pudiera comprar dos pares?

—Es muy decepcionante que ninguno de vosotros vea más allá del simple consumismo. Muy decepcionante.



## 6. La ANR

Billy Bechtel fabricaba tanques. Tanques grandes. Tenían neumáticos de oruga, cañones en la parte delantera y metralletas giratorias; eran impresionantes, de verdad. Cuando alguien le preguntaba a Billy qué hacía, siempre contestaba: «¿Conoces los almacenes militares de Bechtel en las afueras de Abilene? Trabajo allí», y miraba la cara de asombro que ponían. Tanto era así que Billy empezó a desear que su trabajo fuera tan interesante como parecía.

El trabajo de Billy consistía en comprobar que las planchas de metal no estaban abombadas. Funcionaba de la siguiente manera: venía una carretilla elevadora y dejaba un montón de planchas en su sección. Billy las comprobaba con una regla metálica y luego venía otra carretilla elevadora y se las llevaba. Si encontraba alguna plancha abombada la apartaba, y cuando Billy llegaba al trabajo al día siguiente ya no estaban esas planchas defectuosas. La mayoría de los tíos del almacén de Bechtel trabajaban en equipo, pero a Billy le dejaban solo. Eso le sacaba de quicio.

Al cabo de unos meses, dio por buena una plancha con el borde ligeramente ondulado sólo para ver qué pasaba, pero no pasó nada. Se imaginaba que alguien podría andar por ahí con un tanque que dejaba entrar el agua cuando llovía. Más adelante le dio el pase a una plancha que estaba prácticamente doblada por la mitad, y vino un tío de la sección de soldaduras y le echó la bronca.

Empezó a fumar para poder estar un rato con algunos de los trabajadores, y allí es donde conoció a los aficionados al tiro. Eran diez o doce y quedaban tres veces a la semana al finalizar el turno de día.

—Deberías venir —le dijo uno a Billy mirándole de arriba abajo. Billy era joven, rubio y hacía mucha gimnasia—. Te lo pasarás bien.

Así que Billy se unió a ellos. Y se lo pasó bien. También descubrió que se le daba bien lo del tiro. De pequeño había vivido en una granja y había ido de caza alguna vez, pero cuando su padre murió, su madre decidió que se irían a vivir a Dallas, y desde entonces no había tenido demasiadas oportunidades de practicar el tiro. Hasta ahora, Billy se había ganado el respeto y la admiración de sus compañeros al darles en la parte de atrás de los almacenes militares de Bechtel en Abilene a unos blancos con forma de torso desde mucho más lejos que nadie. Entonces las cosas le iban bien. A veces hasta los conductores de las carretillas se paraban a hablar con él.

Luego llegaron las malas noticias. El encargado los juntó a todos en el Hangar Uno, entre los andamios y los tanques a medio ensamblar, y un tipo de la Oficina Principal, un tipo vestido con traje, les dijo: «Desgraciadamente, debido a la presión de costes...». Luego soltó un rollo sobre la competencia y el rendimiento y lo doloroso que era para la dirección tener que tomar decisiones difíciles. Pero los trabajadores se dieron cuenta de que al final lo que quería decir era: *Iros a tomar por saco*. Billy se había quedado sin trabajo.

Se agruparon en la entrada, preguntándose qué harían ahora; algunos hablaron con amargura sobre la época en la que había sindicatos, cuando no se toleraban gilipolleces de este tipo. Uno de los del grupo de tiro le dio a Billy una palmadita en la espalda y le preguntó:

—Y tú campeón, ¿qué vas a hacer?

—Creo que me largo de aquí —contestó Billy para su propio asombro.

A decir verdad, tenía bastante ahorrado para unas vacaciones y siempre había querido salir de Tejas, aunque era una meta a largo plazo, algo que en realidad no esperaba llevar a cabo. El rollo ese del tiro le había dado más confianza en sí mismo.

—Siempre he querido ir a esquiar, ¿sabes? A lo mejor me voy a algún sitio para aprender a esquiar.

El otro se partía de risa.

—¡A ver! ¡Escuchad! Billy el Niño se va a esquiar.

Todos los que se encontraban a su alrededor se rieron a carcajadas. Le daban palmaditas en la espalda.

—¡Buena idea, Billy! —dijo alguien, y otro añadió:

—Deberíamos irnos todos a esquiar, ¡joder!

Billy se dio cuenta de que les había parecido una idea fantástica, porque pensaban que estaba mandando a los directores de Bechtel a tomar por el culo. Para un trabajador de la metalurgia de Abilene, Tejas, esquiar era de lo más exótico. Era como ir a Disneylandia.

—Así se hace, Billy el Niño —dijo el tío—. Tú aprende a esquiar.

\*

Pensaba en ir a Suecia, por las nenas del esquí. Se imaginaba entre enormes pistas blancas de día y entre suaves curvas blancas de noche. Pero en la agencia de viajes le dijeron que era imposible trabajar allí porque Suecia no era país miembro de los Estados Unidos. Billy no se lo podía creer. Había llegado a convencerse de que ya no existían países así.

—Sí, sí los hay —dijo la chica de la agencia. Era una chica que había salido con Billy cuando iban al instituto. Seguía masticando chicle—. Hay muchos. La mayoría

son sitios a los que nadie quiere ir, claro.

—Entonces, ¿adónde?

—¿Qué tal Singapur? Singapur es precioso. Te puedo conseguir un precio fenomenal para...

—No, Singapur no —la cortó Billy. Estaba seguro de que esta agencia tenía algún tipo de trato con Singapur porque intentaban convencer a todo el mundo para que fuera allí—. Quiero un sitio con montañas. Quiero ir a esquiar.

—¿A esquiar? —le preguntó incrédula.

—Sí, a esquiar.

—¡Vaya! Bueno, pues vale. A ver qué hay. —Empezó a teclear en el ordenador—. Bueno, Alaska sería una posibilidad, está muy al norte. Y Canadá, por supuesto.

Billy esperaba algo más exótico.

—¿No hay nada más lejos?

—Pues... déjame ver. —Billy esperaba mientras ella pasaba páginas en la pantalla—. ¿Quieres ir a Nueva Zelanda?

—¿Adonde? —le preguntó Billy.

\*

Sin embargo, Nueva Zelanda le gustaba, le encantaba. Al principio se sintió un poco inquieto porque estaba muy lejos, en el culo del mundo, como algo que Australia hubiera escupido. Pero aterrizó en el aeropuerto de Auckland y vio que la gente hablaba americano y que había McDonald's y máquinas de Coca-Cola por todas partes y se sintió aliviado. Al fin y al cabo era un país miembro de los Estados Unidos. Se sentía muy bien cuando le preguntó al conserje del hotel por los mejores sitios para practicar el esquí. El tipo se rió tanto que se tuvo que sentar.

—¿Esquiar? Demasiado tarde, tío. Estamos en *primavera*.

—¿Cómo dice?

—Venga —exclamó el conserje—. Sabe que en el hemisferio sur las estaciones son al revés, ¿no?

—¡No me joda! —contestó Billy, pero el conserje no estaba de broma, decía la verdad. Billy no se lo podía creer. Primavera en octubre. ¿Quién se lo iba a imaginar?

Con la esperanza de pillar los últimos restos de nieve, cogió un trasbordador hacia Isla Sur de Nueva Zelanda y luego un autobús a Invercargill, donde hacía mucho frío todo el año. En el autobús conoció a unas mochileras de Massachusetts. Querían ir a algún lugar exótico, le contaron a Billy; buscaban algo diferente.

—Hemos visto Laos, Tailandia, todo —le dijo una de las chicas—. ¿Sabes lo primero que vimos cuando desembarcamos en Ko Phangan? Un Starbucks. —Lo

decía con asco—. Todo está americanizado. Tendríamos que habernos quedado en casa.

—Sí, sí —contestó Billy, aunque no veía qué problema había en poder tomarse un buen café en Tailandia. La chica era mona—. Yo he venido a esquiar. A lo mejor podríamos contratarlo juntos.

—¿Esquiar? Ni hablar —dijo la otra chica—. No queremos experiencias *light*. — No era tan mona como la otra.

Fue el único que se bajó del autobús en Invercargill, y anduvo por la calle principal en busca de un hotel barato. Lo primero que encontró fue una oficina de la ANR, un edificio achaparrado, que parecía un edificio oficial, con las palabras Asociación Nacional del Rifle grabadas con letras negras sobre la fachada gris. Lo observó durante un rato. Luego entró. Estaba mirando el tablón para ver dónde había campos de tiro por la zona cuando la recepcionista le preguntó:

—¿Le gustaría inscribirse en esta sección, señor? —Billy la miró. Era una joven rubia y llevaba un suéter azul. Le quedaba muy ajustado—. Si se va a quedar en la ciudad.

Le lanzó una sonrisa. A su lado, encima de la mesa, había un anorak de esquiar hecho un ovillo.

—Me quedo —dijo Billy.

\*

Se encontraba en un campo de tiro de la ANR al este de Invercargill cuando se le acercaron. Eran dos, y ambos vestían trajes azules. Ninguno parecía llevar armas. Billy los saludó con la cabeza mientras volvía a cargar el rifle. Lo había comprado a precio especial de socio. Era un Colt M4A1 carabina, elegante y pesado, con cargador de treinta.

—Buen tiro —dijo uno de ellos, sonriente.

Se le notaba el acento, que era raro, porque la mayoría de los neozelandeses tenían acento de California. Llevaba el pelo engominado hacia atrás. Los dos llevaban gafas de sol.

—Gracias. —Cargó otro cartucho—. ¿Sois tiradores?

El hombre miró a su compañero.

—Si, ve podría decir que sí. Tú eres Billy Bechtel, ¿verdad? ¿Eres nuevo aquí?

—Así es.

Disparó. Un muñeco relleno que se hallaba a cien metros escupió una nube de plumas por la cabeza.

—¡Qué raro! No sabía que Bechtel tuviera negocios por aquí.

Billy le miró. A decir verdad él ya no era Billy Bechtel. Era simplemente Billy, trotamundos en el paro. Pero daba mucha vergüenza no decir el apellido. La gente podría pensar que eras un vago.

—Estoy de vacaciones.

—Claro. Haciendo turismo, ¿verdad? ¿Conociendo a la gente de aquí?

Se preguntaba si se habían enterado de que había salido con la recepcionista de la ANR. Anoche las cosas se habían puesto calentitas en el coche de Ja joven. A lo mejor uno de estos tíos era su padre. Agarró el rifle con fuerza.

—Bueno, Billy. Queremos que trabajes para nosotros.

—¿Ah, sí? ¿Y vosotros quiénes sois?

—De la ANR —contestó el tipo con una amplia sonrisa. Billy empezaba a ponerse nervioso—. Te sorprendería saber lo que hacemos hoy por hoy, Billy, de verdad. La ANR ya no es sólo cosa de panfletos y exhibiciones de tiro.

—Necesitamos gente como tú —añadió el otro—. A tíos exactamente como tú. Y pagamos muy bien.

—¿Ah, sí? ¿Y por hacer qué?

El tipo se dio la vuelta y examinó el blanco. Billy veía el muñeco reflejado en las gafas de sol.

—Buen tiro, de verdad. Muy buen tiro.

## 7. Mercedes-Benz

—¡Eh! —exclamó una broker al salpicarse el brazo de champán—. ¡Mierda! Lo siento, Buy.

—No pasa nada.

—Venga, relájate. —Le cogió del brazo—. Van a dar el visto bueno a tus transacciones, estoy segura.

Ruy estaba sentado encima de una de las mesas y tenía deshecho el nudo de la corbata. Durante los últimos cinco días había dormido una media de cuatro horas. A su alrededor los brokers bebían y se reían y se daban la mano unos a otros. Eran las seis y cuarto de la tarde del viernes 31 de octubre. Oficialmente, había terminado el año fiscal.

—Estoy relajado.

—Déjale en paz —dijo Cameron, poniéndole la mano en el hombro. Cameron era el jefe de la sala, y Buy temía que dentro de unos minutos le fuera a despedir—. Este

tío ha hecho una semana heroica.

—¡Joder! Este suspense va a acabar conmigo —dijo la mujer—. ¿Cuándo nos vamos a enterar de si le dan la patada?

—Estoy esperando...

—No me digas que esperas la llamada de un momento a otro.

—Lisa —dijo Cameron—, en cuanto sepa algo lo comunicaré.

—Pues yo creo que hiciste bien, Buy. Hay que tenerlos bien puestos para decir que te tragas la comisión si cae la cotización. Muy bien puestos. —Le cogió del brazo—. Algunos vamos a tomar unas copas esta noche. ¿Quieres venir? Yo creo que deberías.

—Lo único que deseo es irme a la cama. Gracias de todas maneras.

—Vale. —Le soltó el brazo—. Te veo el lunes, espero.

Cuando se marchó, Buy preguntó:

—¿Estoy despedido?

Cameron se quedó pensativo.

—Depende de si quieren ponerte de ejemplo más que quedarse con tus transacciones.

—A lo mejor sólo rechazan Mutual Unity —dijo Buy—. Lo suficiente para que me quede justo por debajo de mi cuota.

—Buy, no despedimos a todos los que no llegan a la cuota.

—Dime de alguien que no llegó y que no fue despedido.

—Hablo en teoría —contestó Cameron—. Lo que quiero decir es que no es automático.

—Ah —dijo Buy.

—¿Cameron? Le llaman de la Central.

Todos se callaron.

—Gracias —dijo Cameron. Su despacho estaba al final de una escalera y el frente era de cristal para permitirle controlar toda la sala. Todos le miraron mientras subía.

—Bueno —dijo Buy—. Ha sido divertido trabajar con vosotros. —Se encontraba mareado.

Oyó a alguien llamar al cristal. Miró hacia arriba. Cameron sujetaba el auricular con el hombro. Le hizo a Buy una señal de victoria.

Se mareaba. La gente le rodeaba, le daba palmadas en la espalda y grifaba. Tuvo una sensación de alivio tan fuerte que se convirtió en algo físico, y a continuación se echó a reír y no pudo parar.

\*

Lo único que le apetecía era dormir, pero a mitad de camino a casa no pudo resistirse a la llamada del centro comercial Wal-Mart de Chadstone. Realmente se merecía algo para celebrar lo de hoy, ¿no? Se merecía algo caro de verdad. Buy giró y entró.

En el centro comercial encontró un montón de cajeros automáticos instalados al final de una serie de entreplantas, como peones que se juntan para mirar hacia un cielo de cristal. Un vendedor de Mercedes-Benz dirigía un sorteo en el centro, y Buy miró los coches con interés. Tenía ya dos coches, pero el Saab no era de este año. A lo mejor se merecía un coche nuevo.

Una colegiala de pelo oscuro tardaba muchísimo en el cajero. Buy espió la pantalla por encima de su hombro. Estaba pidiendo un préstamo. Buy dio un suspiro.

La chica le miró.

—No consigo hacerlo funcionar. —Sin poder evitar alarmarse, Buy vio que a la chica se le llenaban los ojos de lágrimas—. Quería... de verdad necesito...

—¿Por qué no lo intentas en otro cajero?

—Ninguno me hace el préstamo.

—¿Cuánto necesitas?

—Cinco mil dólares.

—Ah. —Sonrió, comprensivo.

Se quedó parada. Buy pensó que a lo mejor iba a chillar. Luego se fue. Se acercó al cajero y metió la tarjeta. Tenía un saldo de poco más de cien mil. Llevado por un impulso miró hacia atrás y vio a la chica. Se estaba abriendo camino entre la gente y se dirigía a la salida.

Sacó cinco mil: cincuenta billetes de cien dólares. Se fue corriendo detrás de ella.

—¡Oye! —No se dio la vuelta hasta que sintió la mano de Buy en el hombro—. ¡Oye! Toma.

—¿Cómo?

—Es un regalo. —Al ver el dinero a la chica se le abrieron los ojos como platos. Buy se sintió eufórico, mejor de lo que se había sentido desde hacía meses—. Venga, cógelo. Cómprate algo bonito. Lentamente alargó la mano y cogió los billetes.

—¿Por qué? ¿Por qué haces esto?

—Tengo algo que celebrar.

—Muchas gracias. Dios mío. Muchísimas gracias.

—¿Cómo te llamas?

—Hayley. Me llamo Hayley McDonald's.

—Yo soy Buy —dijo—. ¡Que lo pases bien!

## 8. Empresas Violeta

Esa noche Hack estaba de los nervios, y a Violeta la estaba volviendo loca. Llevaba trabajando dieciséis horas diarias para terminar el software que tenía entre manos, y a dos días de la fecha de entrega no le quedaba tiempo para, una vez más, devolver a Hack a la realidad. Se jugaba mucho con este encargo: era su gran oportunidad. Eran tres meses de codificación a partir de un año de investigación y de una idea que se le había ocurrido de repente un día por la calle, una idea tan brillante que la había dejado paralizada. No podía olvidarse de todo esto para dedicarse al último drama de Hack.

Hack empezó a dar golpecitos con el pie, e hizo temblar el portátil de Violeta.

—Hack. *Por favor.*

—Lo siento. —La miró quejumbroso.

—No es tu problema, Hack.

—Voy a matar a alguien —dijo en un susurro.

—No vas a matar a nadie. Simplemente le has pasado un trabajo a otra persona.

No tiene nada que ver contigo.

Empezó otra vez a mover el pie.

—Tómame algo —dijo Violeta—. Vete al supermercado a comprar.

—No quiero.

—¡Pues haz cualquier otra cosa! No tengo tiempo para esto.

Hack miró la pantalla del ordenador. Violeta se resistió a la tentación de cerrar la tapa de golpe.

—¿Estás trabajando en tu programa?

—Sí. En el software de seguridad. —No era eso exactamente, pero resultaba menos complicado que decir la verdad, que era que estaba trabajando en *el virus*. La gente que no entendía de ordenadores tenía problemas para comprender el punto de vista de Violeta.

—¿Necesitas ayuda?

—No —y le costó añadir—: Gracias.

—Vale. —Se acercó a la ventana y miró al cielo.

Violeta volvió a su código. Estaba totalmente metida en su trabajo cuando Hack dijo:

—Espero que no sea nadie agradable.

—Seguro que no, Hack —le contestó sin prestar atención.



## 9. Gobierno

Ella llevaba un abrigo largo para tapar lo que escondía debajo y el pelo lo tenía embutido en un fular. Se había puesto gafas de sol oscuras, que, no obstante, no ocultaban el tatuaje de código de barras que tenía debajo del ojo izquierdo. No le importaba. Así era más difícil saber a qué se dedicaba.

El centro comercial Wal-Mart de Chadstone tenía seis plantas en algunas partes, y todos los locales estaban contruidos alrededor de un patio central. La tienda de Nike, Ciudad Nike se llamaba, estaba en la cuarta planta. Cuando salió de la escalera mecánica miró hacia abajo. En la planta baja la gente se agolpaba alrededor de dos relucientes Mercedes.

Ya había mucha gente delante de Ciudad Nike, unas cuatro docenas de adolescentes, la mayoría con el uniforme del colegio. La tienda tenía la trapa bajada, pero un calvo con traje le hablaba a la gente a través de ella. Agitaba mucho los brazos. Como respuesta, los chavales sacudían la trapa. Los tiradores de las puertas de la tienda eran unas barras largas de metal que terminaban en punta: parecían muy peligrosos. Ella esperaba que ninguno de estos adolescentes acabase atravesado por alguna de esas barras.

Unas tiendas más allá había una librería de la cadena Barnes & Noble. Tenía un escaparate reflectante, así que se colocó frente a él.

Durante veinte minutos no vio a nadie que pudiera ser el blanco que buscaba. Hubo un momento en que se dio cuenta de que estaba leyendo las cubiertas de los libros del escaparate y rápidamente desvió la mirada en otra dirección. *Posiblemente el libro del año*, ponía la cubierta, cosa que en su opinión era muy poco probable. Esta sección de Barnes & Noble era la de los autores que *no* eran *best sellers*.

Pasados treinta y cinco minutos, vio a un joven vestido con pantalón de camuflaje. Estaba en el pasillo de enfrente de Ciudad Nike, al otro lado, apoyado en la barandilla. Encendió un cigarrillo. A juzgar por el bulto de debajo de su chaqueta, llevaba una pistola en una funda colgada del hombro. Había un espacio vacío de diez metros entre él y Ciudad Nike que le protegería de la multitud, y justo detrás había una salida de emergencia. No había ninguna duda. Jennifer había encontrado su objetivo.

Los chavales llevaban cinco minutos coreando —¡QUE ABRAN, QUE ABRAN, QUE ABRAN!—, pero ahora empezaban a chillar y a gritar. Había chicas agitando fajos de billetes, dando saltos de emoción. Luego se oyó subir la trapa de Ciudad Nike y el ruido se convirtió en cacofonía. Los chavales salieron en estampida: vio cómo un chico se caía y pedía ayuda. Se dio la vuelta y empezó a caminar tranquilamente hacia la tienda, mirando de vez en cuando hacia el objetivo. El chaval se enderezó y tiró la colilla.

—¡Vendido! —gritó un hombre.

En Ciudad Nike, cuatro chicas que vestían uniforme del colegio McDonald's gritaban eufóricas con una caja de zapatillas Mercury en la mano. Bueno, *cuatro* cajas. Y había más: las estanterías estaban llenas. La habían informado mal. Esta tienda tenía más de cinco pares. Tenía docenas.

Las chicas se abrieron paso entre la multitud y salieron de la tienda, hablando emocionadas. El objetivo metió la mano en el bolsillo.

—*¡No me lo puedo creer! ¡No me puedo creer que hayamos conseguido un par cada una!*

—Deberíamos coger más. Deberíamos volver.

Las chicas pasaron por delante de Jennifer estrujándose. Se quedó quieta, sin poderse mover hasta que lo hiciera el objetivo. La última chica, la del pelo oscuro, se puso justo delante de ella, tan cerca que olía su perfume.

Un hombre surgió de entre la multitud y puso una pistola en la nuca de la chica.

Su reacción instintiva, la emoción que le vino de repente al cerebro fue de desilusión. *Me he equivocado, no era él, me he equivocado*. Luego sonó el disparo, fuerte y seco. La chica se desplomó. La gente grifo y se estremeció a la vez. El asesino era un joven musculoso que llevaba una camiseta negra. Se encontraba a casi dos metros de ella, pero sus miradas se cruzaron.

—*¡Están matando a la gente para quitarles las Mercury!* —gritó alguien, y la gente avanzó en tropel. El asesino se dirigió a Barnes & Noble.

Ella se quitó el abrigo y levantó con dificultad la metralleta que tenía escondida dentro. Era una Vektor SS77: pesada e incómoda, pero disparaba novecientos cartuchos por minuto. Dio cuatro pasos hacia la derecha y salió de entre la multitud. Se dejó caer sobre una rodilla y apretó el gatillo.

Él se movía en zigzag como si supiera lo que iba a ocurrir, y ella destrozó de un tiro el escaparate de Barnes & Noble, desintegrando las novelas. Le siguió lo más rápidamente que pudo mientras la Vektor, zarandeándose contra su hombro, seguía disparando y dejando el suelo destrozado. El asesino se lanzó dentro del escaparate de Toys 'R' Us.

Ella arrojó la Vektor y sacó dos .45s. Él intentaba ponerse de pie en medio de la exposición de Barbies de tamaño real; ella no tuvo la suerte de que se degollara con el vidrio. Apretó los gatillos de las pistolas, dejándolas en automático. Explotó un brazo de una Barbie médica; una Barbie reina de la belleza se partió por la mitad. El asesino rodó y desapareció dentro de la tienda.

Se quitó las gafas y el fular y echó a correr. La cosa no iba bien: no iba a poder alcanzar a ningún joven musculoso vestido con camiseta, no con la protección que llevaba. Echó a correr de todas maneras.

El asesino había llegado a las escaleras mecánicas de la tienda. Había gente por todas partes, la miraban fijamente.

—*¡Apártense!* —les gritaba—. *¡Agáchense!*

Se dispersaron y ella se lanzó a la escalera mecánica, cayendo boca abajo y deslizándose, con los brazos extendidos, agarrando las .45s. Al final de la escalera había un hombre mirando hacia arriba y casi le mata antes de darse cuenta de que no era el asesino. Se puso de pie y miró a su alrededor. Toys 'R' Us era como una bolera, pasillos sin fin por todas partes: «¿Por dónde? ¿Por dónde se ha ido?».

El hombre señaló el pasillo más cercano. Ella se fue corriendo hacia allí, pero no encontró a nadie. Había filas de personajes mudos de la Guerra de las Galaxias bajo luces fluorescentes. Se dirigió al pasillo siguiente, luego al otro.

Todo estaba tranquilo. Nadie jadeaba, nadie corría, la gente no gritaba. Esto significaba que el asesino andaba mezclado entre la multitud, como uno más. Se dirigió corriendo a la salida.

Uno de los cajeros vio las pistolas que ella llevaba y empezó a gritar. Ella saltó por encima del tornio y siguió corriendo. Ya se había juntado mucha gente en la barandilla para mirar hacia arriba, a Ciudad Nike, en la cuarta planta. Y un hombre caminaba rápidamente hacia las escaleras mecánicas centrales, un joven corpulento con una camiseta negra.

Ella se abrió paso a empujones entre la gente hasta el borde de la entreplanta y se subió a la barandilla. Cuando lo vio bien, buscó el equilibrio con las piernas y gritó:

—¡Quieto! —Su voz hacía eco—. ¡En nombre del Gobierno!

El se dio la vuelta. Era el asesino. A menos de medio metro delante de él la escalera se movía lentamente. Miró la escalera, luego la miró a ella.

—¡No te muevas!

El chico levantó las manos.

*Gracias a Dios*, pensó. Hizo un gesto con la pistola y se apartó de la escalera. Miró rápidamente hacia abajo para ver si era seguro saltar desde la barandilla.

Lo que pasa es que se lo tenía que haber imaginado. Le había identificado desde el principio cuando le vio reflejado en el escaparate de Barnes & Noble. Se tenía que haber dado cuenta de que eran dos.

Él estaba quizás a siete metros y le apuntaba con una pistola. No podía hacer nada.

Disparó, y era como si te atropellara un coche. Se desvaneció. Según caía, las luces fluorescentes le daban vueltas por encima. Le dio tiempo a pensar: *Las luces parecen ángeles*. Luego aterrizó en el techo de un Mercedes, golpeando el coche con su columna vertebral. El parabrisas se desintegró. El coche se movía de un lado a otro. Parpadeó. Todavía podía parpadear.

Después se le aparecieron unas caras que la miraban desde arriba.

—Bájala —dijo alguien.

Otra persona advirtió:

—No, no la muevan.

—¿Cariño? —dijo una señora—. Voy a pedir ayuda. ¿Cómo te llamas?

—Gobierno. —Sentía que tenía la lengua como una salchicha inflada y abierta. Sólo le sabía a sangre—. Jennifer Gobierno.

## 10. American Express

Buy no tenía la intención de quedarse por allí. Estaba contento consigo mismo; ahora se iba a ir a casa a dormir. Pero se paró ante uno de los Mercedes, llamó la atención del vendedor y se dejó atrapar en el numerito de venta; por eso seguía allí cuando empezaron los disparos.

Se agachó, vio que a su alrededor todos hacían lo mismo, y miró como pudo hacia arriba. Empezaron otra vez los disparos: un arma automática. Oyó a la gente chillar, y el estrépito de cristales rotos.

Buy y el vendedor se fueron a gatas hacia los coches, buscando donde refugiarse. El centro comercial se quedó en silencio. Era extraño, tanta gente y tanto silencio. Un minuto después empezaron a salir. Buy se puso de pie.

El vendedor se retorció las manos.

—¡Qué emocionante!

—Creo que voy a echar un vistazo —dijo Buy.

—Debería dejarles eso a los de seguridad —contestó el vendedor.

—Tengo conocimientos de primeros auxilios. —No los tenía mucha gente, por el riesgo de que te demandaran después. Buy subió por la escalera mecánica. En la cuarta planta había muchos adolescentes aturdidos, algunos encogidos de miedo dentro de tiendas. Había cristales que brillaban en la parte de fuera de Barnes & Noble, y una fila de agujeros irregulares indicaba el camino hacia Toys 'R' Us. Delante de Ciudad Nike, en el suelo, yacía una chica desangrándose. Buy dijo: —  
¿Hayley?

Tenía el cuello en carne viva. Buy fue corriendo hacia ella, se quitó la chaqueta de un tirón e intentó contener el flujo de sangre. A Hayley los ojos se le ponían en blanco.

—¡Que llame alguien una ambulancia! —gritó—. ¿Tiene alguien...?

—Yo tengo un móvil —dijo un chaval, pasándoselo. Buy marcó el 112 y se puso el teléfono al oído. Hayley le miraba; se dio cuenta de que quería que le cogiera la mano. La apretó fuerte.

—Uno-uno-dos, Emergencias. ¿En qué puedo ayudarle?

—Necesito una ambulancia. ¡Deprisa! Le han pegado un tiro a una chica en el centro comercial Wal-Mart de Chadstone.

—Por supuesto, señor. ¿Me puede decir el nombre de la chica?

—Hayley. Hayley no-sé-qué-más.

—Señor, tengo que comprobar si la chica está registrada con nosotros —dijo la operadora—. Si es cliente nuestra, estaremos allí en unos minutos. Si no, le puedo recomendar...

—¡Necesito una ambulancia! —gritó, y sólo cuando le cayó una gota en la mano se dio cuenta de que se había echado a llorar—. La pagaré, no me importa, pero por favor que *venga*.

—¿Tiene tarjeta de crédito, señor?

—Sí. ¡Mande a alguien ahora mismo!

—En cuanto confirme su solvencia, señor. Sólo serán unos segundos.

Miró a las caras que estaban alrededor.

—¡Que alguien la ayude! *Ayúdala*, por favor.

El chaval que le había prestado el móvil se arrodilló y mantuvo la chaqueta encima de la herida. Una chica empezó a acariciarle a Hayley el pelo. Buy sacó la cartera del bolsillo de atrás del pantalón y cogió su tarjeta de crédito. Hayley tenía los ojos fijos en él. *Te lo prometo*, decía. *Te lo prometo*.

—Tengo American Express...

—Muy bien, señor. ¿Me puede leer el número, por favor?

—Nueve siete uno cuatro cero tres...

—Se oyeron dos tiros procedentes de algún sitio por debajo de ellos, cerca. La gente a su alrededor empezó a gritar y huir. Sólo se quedó el chaval, agachándose aún más.

—... seis-seis...

La gente chillaba. Algo cayó al suelo... ¿o encima de uno de los Mercedes quizás?, con un ruido ensordecedor.

—¿Señor? ¿Sigue allí? No he oído bien el número, señor.

—*Nueve-siete*...

El chaval le cogió la mano.

—Señor... Creo que ya no importa.

Hayley ya no le miraba. Sus ojos miraban hacia arriba, al letrero de Ciudad Nike, a las luces fluorescentes. Tenía la cara blanca.

—No, no —dijo Buy—. No, por favor.

—¿Señor? —dijo la operadora—. ¿Me puede repetir el número de su tarjeta, por favor? ¿Señor? ¿Está usted ahí? ¿Señor? ¿Señor?

## SEGUNDA PARTE

## 11. Hack

Vinieron a por él la noche siguiente. Hack estaba delante del televisor. Tenía AOL Time Warner, 182 canales, de los cuales cuatro, incluido la CNN-A, daban noticias permanentes sobre los asesinatos Mercury. Estaba sentado en el suelo, envuelto en una manta y pasaba de un canal a otro. Llevaba treinta horas así.

*Ésa es una teoría, Mary. Pero hay una cosa segura: hay catorce muertos confirmados, y nadie...*

Algunas tiendas de Nike han cerrado, pero muchas permanecen abiertas, a pesar del riesgo evidente. La demanda de zapatillas Mercury ha alcanzado un nivel increíble y...

Las palabras fluían a su alrededor. No oía nada salvo el número *atorce*.

Sonó el interfono y se sobresaltó. Se puso de pie y fue caminando hasta la cocina.

—¿Diga?

—Soy John. ¿Puedo subir?

—¿Quién?

Oyó las risas.

—Ha preguntado «¿Quién?» —oyó decir a John—. Venga, Hack. No seas gilipollas. Este es un barrio jodido.

Hack se quedó helado.

—¿John Nike?

—Hiciste un subcontrato, ¿verdad, Hack? Pasaste el trabajo a otro. Supongo que no dejamos las cosas claras. Y realmente eso es responsabilidad nuestra. Yo me culpo, y John, pues, la verdad es que está fatal, ¿a que sí, John?

Se oyó una segunda voz.

—Vamos a hablar, Hack. Abre la puerta.

—No es buen momento.

Hubo una pausa. Y luego, más claro:

—Hack, cabrón, *abre la puerta*.

Apretó el botón de abrir y lo oyó sonar abajo. Se apartó del interfono y lo miró fijamente. Esperaba no estar cometiendo otro error colosal.

Cuando los dos John llamaron a su puerta, la abrió con la mano temblorosa. Se abrió de golpe. La luz repentina que entraba del pasillo le cegó. Se tapó los ojos y soltó la manta.

—Dios mío —dijo John Vicepresidente pasando por delante de él—. ¿Y eso qué es? ¿Unos boxer de Disney? ¿Pero tú no eras Encargado de Distribución de Mercancías Publicitarias?

—Tienes pinta de estar jodido —dijo el otro John. Los dos vestían traje oscuro. Llevaban zapatos negros deslumbrantes—. Hack, vaya pestazo de aliento.

John estaba ya en el salón. Hack vio que la puerta que daba al dormitorio estaba entreabierta. Violeta se encontraba durmiendo allí dentro.

—Ven aquí, Hack. Tenemos que enseñarte algo.

Según pasó por delante de la puerta del dormitorio, la cerró. Aparentemente los dos John no se dieron cuenta. Hack se sentó en el sofá y se envolvió en la manta.

El otro John encontró el mando a distancia del televisor de Hack y empezó a hacer zapping. De repente apareció la imagen de John Vicepresidente en la pantalla.

—Joder, nos hemos perdido el principio. Nos hiciste esperar demasiado, Hack.

En la pantalla, John decía:

—*Nada de eso es óbice para que esto sea una auténtica tragedia. Entendemos que la gente valore nuestros productos muchísimo: las zapatillas Nike Air, las de la popular etiqueta Nike Jordán y, por supuesto, las increíbles zapatillas nuevas, las Nike Mercury. Pero matar para conseguirlas está mal, y Nike no lo va a tolerar.*

—Sigo pensando que tenías que haber golpeado el podio —dijo el otro John—. Para darle un toque de efecto.

—Con moderación —contestó John—. Ésa es la clave.

—*Encontraremos a los asesinos y se hará justicia. Nike se lo promete. Y si no queda satisfecho, le devolvemos su dinero.*

—Matador el final —dijo John—. Bueno, perdón. —Miró a Hack—. ¿Qué te parece?

—Me vais a entregar al Gobierno. —No tenía ningún sentido intentar ir hacia la puerta. ¿Y la ventana? Hack cerraba los puños.

Los dos John se echaron a reír.

—Hack —empezó el otro John—, estás como una cabra.

—Tú eres Encargado de Distribución de Mercancías Publicitarias —dijo John Vicepresidente poniéndole una mano en el hombro—. A veces se nos olvida que no todo el mundo entiende el marketing como nosotros. Hack, lo que acabas de ver es un comunicado de prensa. No tenemos ninguna intención de encontrar a los culpables, porque los culpables somos nosotros. ¿De acuerdo?

Hack asintió con la cabeza.

—Pero el problema es que se suponía que iba a ser un secreto entre nosotros y tú. Y ya no lo es, ¿verdad? No podías estar callado.

—Mira, Hack, si hubiéramos querido utilizar a alguien de fuera de la empresa, hubiéramos echado mano del puto teléfono, ¿sabes?

—No lo sabía —contestó Hack—. No dijisteis nada sobre...

—Mira, no vale la pena perder el tiempo discutiendo sobre quién tiene la culpa —le interrumpió John Vicepresidente—. Aunque, la verdad, Hack, la culpa es toda tuya. Ahora lo único es intentar controlar la situación. Así que, primera pregunta: ¿Con quién hiciste el subcontrato?

—Yo... con la Policía.

John asintió.



—De acuerdo. Por lo menos es una asociación profesional. ¿Has visto sus anuncios, John?

—Claro. Tienen una media de éxito del ochenta y seis por ciento.

—Sí —dijo John—. Una cifra increíble. —Miró hacia Hack—. Supongo que les dijiste que era un trabajo de Nike.

—Pues...

—No seas tímido, Hack. Sabemos que estas agencias siempre quieren saber de dónde procede el trabajo.

—Vale. De acuerdo. Sí, se lo dije.

—¡Joder! —exclamó el otro John.

—Hack, eres gilipollas.

—Calla —ordenó John Vicepresidente—. No pasa nada, Hack. Ahora empezamos a entender la situación. Quiero decir, está claro que esto no es bueno desde una perspectiva general. La verdad es que es una punida que un acuerdo comercial confidencial se sepa por todas partes. Pero a nivel individual, en cuanto a nuestra relación se refiere, Hack, me alegro de que seas honrado conmigo. —Se adelantó en el asiento; su cara casi tocaba la de Hack. Tenía la piel muy estirada, los pómulos artificialmente prominentes—. Y ahora que estamos compartiendo cosas, te voy a contar un secreto. La Policía no cometió estos asesinatos. ¿Quieres saber quién lo hizo?

—Sí —pidió Hack.

—La ANR. Tenemos datos de seis de Jos incidentes, y huele a esos payasos de la ANR de principio a fin. Ellos piensan que secreto significa un tío con camiseta negra y pantalón de camuflaje. ¿Y eso qué te sugiere, Hack?

Hack contestó con la cabeza que no sabía.

—Significa que la Policía también hizo un subcontrato —contestó John con un suspiro—. Hoy día todo el mundo recurre a terceros. Nadie respeta ya las competencias internas. Pero Nike es amigo de la ANR, Hack, porque los dos estamos en el programa de US Alliance; si hubiéramos querido subcontratar, les habríamos elegido nosotros. Así que, si el encargo pasó de ti a la Policía y de la Policía a la ANR, eso deja sólo un eslabón de riesgo en la cadena, que no es que sea una maravilla pero tampoco es una catástrofe. Lo que sí sería una catástrofe es que hubiera algún otro eslabón en la cadena. Eslabones que desconocemos. ¿Me sigues?

—¿Quieres averiguar si... la Policía fue directamente a la ANR?

—Eres un Einstein —le contestó el otro John. Estaba viendo la tele, donde volvían a pasar una escena de una tienda Nike en Sidney. Había alrededor de doscientos adolescentes amontonados en la entrada, peleándose por un lugar en la cola. De repente se hizo añicos el escaparate. John se rió por lo bajo.

—Eso es exactamente lo que quiero que hagas —dijo John Vicepresidente, con una sonrisa—. Ahora.

—¿Ahora?

—Yo voy contigo. John se quedará aquí.

—¿Tienes algo para picar? —preguntó el otro John.

—Pues... —contestó Hack, pensando en Violeta—. ¿Y por qué no venís los dos conmigo? ¿O qué tal si voy a hablar yo solo con la Policía y luego os llamo?

El otro John levantó la mirada.

—No nos digas lo que tenemos que hacer, Hack. Ni se te ocurra.

—Creo que debemos irnos —dijo John Vicepresidente. Ya no sonreía—. Ahora mismo. Vamos.

## 12. Jennifer

—¡Oye! —dijo alguien—. Jen. ¡Oye!

Abrió los ojos. Los volvió a cerrar. *Luces como ángeles*, pensó. *Dios es fluorescente*.

—Vamos. Abre los ojos.

—Ay —dijo.

—Ésa es mi chica. Venga.

Abrió los ojos con dificultad. Calvin, su pareja, estaba sentado junto a una cama. Ella estaba acostada en esa cama. La cama parecía estar en un hospital.

—El vendedor de Mercedes nos va a demandar por el coste del coche donde aterrizaste. ¿Te lo puedes creer? Cuarenta y ocho mil dólares.

—¿Se... se escaparon?

Suspiró.

—Me temo que sí. También nos jodieron en la tienda de Nike del centro. Y en Sidney... —Calvin se rascó la nariz—. Bueno, Ben está bien. No había ningún malo en la tienda Nike de Ben. Pasó la noche viendo cómo los adolescentes se compraban zapatillas. Pero Taylor... Taylor pilló a un malo. Y pensamos que su cómplice le pegó un tiro.

—Ay, no. —Intentó cubrirse la cara. Sintió un enorme dolor en el hombro—. ¡Aaay!

—No muevas ese brazo —dijo Calvin—. Te lo van a poner en cabestrillo o algo. De todas maneras, nos alegramos todos de que hayas vuelto entera, ¿vale? Está claro que entramos en esa misión mal informados.

—Mi fuente es de fiar. Estoy segura de ella.

—Bueno —le contestó—. No quiero insistir, pero esas tiendas tenían todas más de cinco pares de zapatillas Mercury.

—Yo me fío de mi fuente —dijo. Tenía sed. Le dolía todo el cuerpo. Tenía necesidad de ir al baño, y, a juzgar por el tubo que le salía del brazo, parecía que habría de llevar con ella un gotero lleno de bolsas.

—Bueno, eso lo discutiremos más adelante. A propósito, tu fuente llamo anoche y dejó un nombre. Hack Nike.

—¿Quién?

—Ni puñetera idea. ¿No oíste hablar de ningún Hack cuando andabas por Nike?

—No.

—Pues a lo mejor no existe —siguió Calvin—. Como decía, la calidad de nuestra información hasta ahora no ha sido nada del otro mundo.

Apretó los ojos con fuerza intentando pensar.

—¿Sabes? Creo que volveré más tarde. —Calvin se levantó de la silla—. Tienes que descansar. Yo me ocuparé de...

—Espera. ¿Cuántos... cuántos...?

Se volvió a sentar.

—Catorce muertos. Al menos ocho por asesinos a sueldo, y todas las víctimas proceden de familias con pocos recursos económicos. Ahora mismo parece que las víctimas fueron seleccionadas por sus bajos ingresos. Odio tener que decirlo, pero va a ser difícil que nos den presupuesto para esto.

—¿Hay alguna pista?

—Tenemos dos. Primero, un muerto, por cortesía de Taylor. Le estamos investigando ahora. Segundo, un broker que estaba en la escena del crimen con una de las víctimas. Dice que no ha visto nada, pero todavía no le hemos presionado demasiado.

—¿Y ese Hack Nike?

—Bueno —contestó Calvin—. Dado que tu fuente no ha resultado ser demasiado fiable, no le he investigado todavía.

—Id a por él.

—Claro, si nos dan presupuesto, le...

—Ahora —dijo Jennifer—. Id a por él.

—¿Antes de tener el presupuesto aprobado? ¿Estás segura?

—¿Tú cómo lo ves?

—A ti te veo fatal —contestó Calvin, riéndose.

## 13. Billy

Billy se había metido antes en más de un jaleo, pero éste era serio. La ANR les había dado nombres de animales como clave secreta, y no podía ni siquiera saludar a alguien sin sentirse gilipollas. Algunos tíos se acostumbraban y enseguida les oías decir «Buenas tardes, Caballo» y «Chacal, déjalo ya», pero a Billy le parecía una tontería. Billy era Ratón.

Había estado tres días en el monte durmiendo en zanjás. Llevaba pantalones de camuflaje y una chaqueta gorda encima de una camiseta negra, y en la mano un chubasquero. La noche anterior le había servido de almohada, incluso cuando empezó a llover. Esa mañana no podía encender un cigarrillo porque estaban demasiado húmedos y tenía tantas agujetas en los brazos que casi no los podía levantar. La ANR lo llamaba un juego de guerra, y se suponía que ponía a prueba sus habilidades. Hasta ahora sólo había puesto a prueba su paciencia. No tenía nada que ver con esquiar.

—Tenemos que estar ya cerca de esa bandera —dijo Oso—. Tenemos que estar muy cerca.

—Necesitamos esa bandera —dijo Ternera. Billy nunca había conocido a ninguna mujer que diera tanto miedo como ella—. Me muero por este trabajo.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó Billy—. Ya nos han contratado, ¿no? Yo pensaba que esto sólo era el entrenamiento.

—Sí —contestó Ternera—. Un entrenamiento que te va a costar el trabajo si metes la pata.

—Ah —dijo Billy—. ¡Joder!

—¡Cerrad el pico! —dijo Pinzón, caminando hacia atrás—. Y quedaos allí.

Billy puso cara de pocos amigos. Estaba harto también de Pinzón, el comandante. Si a Pinzón se le ocurría decir una vez más lo de «cadena de mando», Billy se iba a largar.

Caminaron. Ahora el monte era más denso, casi como un bosque. Por allí Billy sabía que había animales muy extraños. Animales que él no había visto jamás. La sola idea le daba miedo.

Algo se movió en los matorrales a su izquierda. El pelotón cayó al suelo. Billy levantó su pistola con balas de pintura, que no detendría a un oso o a un rinoceronte o lo que fuera que anduviera por ahí, pero si le apuntaba a los ojos...

—¡Déjame! Se carga así.

Voces. Pinzón hacía señales, *Abríos*. A Billy no le parecía buena idea: si pisaban las ramitas se delatarían. Miró hacia Pinzón de manera inquisitiva.

—¡Muévete! —dijo Pinzón entre dientes.

Dio un suspiro. El y Pato cogieron un flanco; Oso y Ternera el otro. Habían avanzado diez metros cuando Oso, o tal vez Ternera, rompió una ramita y exclamó:

—¡Ay! ¡Mierda!

—¡Vamos! ¡Vamos! —gritó Pinzón—. ¡Al ataque!

Billy echó a correr, pensando que Pinzón era muy generoso al gritar así para avisar al enemigo de que venían. Saltó por encima de un árbol caído. Pato venía corriendo detrás de él.

Salieron a un claro donde había una bandera roja y un montón de tíos de la ANR con brazaletes rojos, y de repente todos dispararon balas de pintura. A Pato le dieron en el pecho y se sentó. Billy se tiró al suelo, avanzó rodando y tomó posiciones detrás de un árbol. Dio a cuatro enemigos, disparando con rapidez y recargando. Entonces Oso y Ternera entraron en el claro desde el otro lado.

—¡Toma, gilipollas! —gritó Oso, y descargó más pintura contra un hombre que ya estaba sentado.

—¡Detrás de ti! —gritó Billy, pero era demasiado tarde. A Oso le dieron en las nalgas.

—¡Cabrón! —dijo Oso.

—Siéntate, imbécil —dijo el enemigo muerto.

Ternera salió corriendo hacia un grupo de árboles que servía de refugio al único soldado rojo que quedaba. Le disparó una vez y se fue a toda velocidad. Ternera daba bastante miedo. Billy le largó un pegote al soldado y salió al claro.

Ternera fue hacia él.

—Buen trabajo, Ratón. Tienes buen ojo.

—Gracias. —Le miró el pantalón—. Oye, Ternera... creo que te han dado.

—¿Cómo? ¡Joder!

—Bueno, bueno —dijo Pinzón acercándose—. Buen día para el equipo azul. —Fue hacia el mástil y empezó a tirar de las cuerdas—. Creo que los del equipo azul van a encontrar un puesto seguro en la ANR.

—Nos dieron por tu culpa —dijo Billy—. A todos menos a mí.

Pinzón miró a su alrededor.

—Bueno, entonces no a todos.

—¡Gilipollas! —dijo Ternera—. Les avisaste de que veníamos.

—Eso no es verdad —dijo Pinzón. Fue culpa vuestra, por pisar ramitas y todo eso.

—Sí, sí, fuiste tú, tío —dijo uno de los enemigos—. Yo oí a alguien decir: «Vamos, ¡al ataque!».

—Muchas gracias, Pinzón. Por tu culpa es probable que no me den el trabajo.

—Tu ineptitud en el combate no es culpa mía —dijo Pinzón. Empezó a doblar la bandera, sujetando una esquina con el mentón. Billy le dijo:

—¿Tú crees que eres un comandante de verdad? Esto es un juego. ¿De verdad crees que te dejarían a ti al mando si fuera en serio? Nadie dijo nada. Pinzón levantó su pistola de pintura.

—¡Calla la boca, Ratón!

Billy se rió.

—¿Qué piensas hacer? ¿Disparar?

—He dicho atrás.

—Dame esa bandera. Tú no te la mereces. —Tendió la mano para cogerla.

Pinzón apretó el gatillo. Billy sintió que algo punzante le daba en el pecho. Miró hacia abajo y vio que tenía una mancha de pintura azul en la chaqueta. Levantó la mirada. Pinzón dijo nervioso:

—Venga, Ratón. —Y Billy le dio un puñetazo en la cara.

Pinzón cayó al suelo. Un montón de brazos intentaban sujetar a Billy. Se movía como loco y dio contra algo suave. Alguien gritó:

—¡Ay! ¡Mi nariz! —Y Billy se encontró en el suelo apresado por un montón de gente enfadada.

—¿Y a ti qué te pasa?

—¡Lárgate de aquí! —dijo un hombre—. No hacen falta matones como tú en la ANR.

—La ANR se va a enterar de esto, Ratón —dijo Pinzón con voz estridente—. Puedes olvidarte del trabajo.

Billy miró a Ternera en busca de apoyo. Ella miró al suelo.

—Será mejor que te largues, Ratón.

—¡De acuerdo! —Se puso de pie. Se quitó de un tirón el brazalete azul y lo tiró al suelo, pero esto no impresionó a nadie. Casi grita: «¡Que os den!», pero controló el impulso. Se dio la vuelta y se marchó.

Veinte minutos más tarde se dio cuenta de que no se orientaba demasiado bien. El monte parecía igual en todas las direcciones. En algunas zonas era tan denso que tenía que saltar por encima de árboles caídos y abrirse camino a machetazos. La pintura azul de la chaqueta se había secado formando una capa dura que le rozaba la piel.

Se la quito de un tirón y la lanzó violentamente contra un árbol. A los diez minutos le habían atacado tantos mosquitos que intentó volver atrás para buscarla.

Pero era más difícil de lo que parecía, y Hilly se dio cuenta de que estaba completamente perdido. Estuvo media hora intentando abrirse paso por el monte, cada vez más enfadado consigo mismo, con la ANR y despistado con los pájaros azules. ¡Ojalá nunca hubiera conocido a los tíos esos trajeados de la ANR en el campo de tiro! Al salir de ahí lo primero que iba a hacer era darse de baja.

Unas tres horas después encontró un camino de tierra. Sintió tal alivio que se arrodilló. Estaba sucio y cansado y le salían ruidos secos de la garganta cuando tragaba. Y también se moría de ganas de fumarse un cigarro, aunque le daba miedo porque sabía que la garganta se le pondría mucho peor si fumaba. Escudriñó la carretera, primero en una dirección y luego en la otra. Ninguna de las dos era muy prometedora.

Caminó durante lo que parecía una eternidad. No pasó ni un coche. El sol empezó a ponerse y se veía más bajo que los árboles en el horizonte. Se notaba un aire frío.

Ahora Billy se arrepentía de haber tirado la chaqueta. Empezaba a pensar que se había metido en un buen lío. Empezaba a pensar que podría morir.

Luego miró de reojo a la derecha y vio el Jeep. Había un pequeño camino que salía de la carretera, nada más que un hueco entre los árboles, y a unos doscientos o trescientos metros se veían las luces rojas del freno. Billy se paró y miró fijamente. Luego echó a correr hacia el vehículo.

Era de la ANR, hasta en la oscuridad se dio cuenta, y dentro había unos tíos de la ANR con uniforme. Uno de ellos miraba en su dirección.

—¡Eh! —gritó Billy, agitando los brazos—. ¡Hola, hola!

El hombre levantó un rifle. Billy dejó de correr. Súbitamente se encendió un foco, cegándole. Levantó un brazo para taparse los ojos.

—Identifíquese.

—Soy Billy. Billy ANR.

Silencio. Le empezaron a temblar las piernas. Tenía la terrible sensación de que se hallaba donde no debía estar. Oyó a alguien saltar del Jeep y caminar hacia él; las botas hacían crujir la maleza a su paso. Apareció un hombre. Era bajito, tenía unos cincuenta años y llevaba un uniforme con muchas cosas que brillaban. Nada de esto le hacía sentirse mejor a Billy.

—¿Eres Billy ANR?

—Sí.

El hombre suspiró.

—¡Joder! Pensábamos que no ibas a aparecer nunca. Yo soy Yallam.

—En... encantado de conocerle, señor. —No le paraban de temblar las piernas.

—¿Estás bien?

—Muy bien, señor.

—Hemos oído lo del lío en Sidney. Sentimos lo de Damon.

—Es... —empezó Billy, y luego se dio cuenta de que sólo había una respuesta correcta a eso—. Sí, señor.

Yallam se dio la vuelta.

—¡Frank! ¡Apaga ese foco!

La luz se apagó. La repentina oscuridad le hizo parpadear los ojos.

—Será mejor que nos vayamos. ¿Te has desecho del vehículo?

—Mi... Sí, señor.

—Estupendo. —Yallam le daba palmadas en la espalda y le guiaba hacia el Jeep. Billy no se quería subir al Jeep por nada del mundo.

—La ANR tiene que estar orgullosa de gente como tú, hijo. No creas que el trabajo que has hecho en esta última semana no será recompensado.

—Gracias, señor —contestó Billy. Un soldado abrió la puerta para que subiera. No había sentido tanto miedo en su vida.

## 14. Jennifer

El loquero dijo:

—Ahora me va a decir que no necesita estar aquí.

—¡Caray, qué bueno es usted! —contestó Jennifer. La silla de plástico era incómoda. El despacho era pequeño, oscuro y no tenía vistas. Le habían dado el alta, o al menos eso es lo que pensaba. El Gobierno insistía en que le tenían que hacer una evaluación psicológica antes de marcharse. Lo único que quería Jennifer era irse a su casa.

—El peligro forma parte de su trabajo, ¿verdad? Está perdiendo tiempo aquí mientras podría estar fuera persiguiendo a los autores del crimen.

—Increíble —contestó—. Es como si realmente no tuviera que estar aquí.

El loquero se apoyó en la mesa. Ella veía un historial abierto y suponía que era el suyo.

—Jennifer, no voy a interrogarla sobre su niñez, ni sobre su vida sexual, ni voy a preguntarle lo que ve en una mancha de tinta. Sólo estoy aquí para ayudarla con su trauma. Para evitar que éste llegue a dominar su vida.

—El único trauma es mi estupidez. Yo estaba allí para hacer un trabajo; y lo jodí. Lo del tiro me lo merecí.

—¿Eso cree de verdad?

—No —le contestó—. Yo me merecía salvar a la chica y que esos dos gilipollas con metralletas hubieran muerto. Pero no siempre se gana.

El loquero no dijo nada. Lo hacía adrede, sospechaba Jennifer, para darle a ella tiempo de reconsiderar su respuesta y revisarla. Jennifer mantuvo la boca cerrada.

—¿Sabe? —preguntó el loquero—, algunas personas, cuando se están recuperando de una experiencia traumática, se obsesionan con los autores del crimen. Están constantemente pensando en que se haga justicia.

—¡Qué gente más sensata!

—Se aíslan de sus seres queridos. Lo único que les importa es el trauma. Pueden llegar a hacerse insensibles ante la violencia, volverse agresivos. ¿Le suena familiar algo de esto?

—Bueno, podríamos estar hablando de esta gente todo el día —dijo poniéndose de pie—. Pero como yo tengo trabajo...

—Siéntese.

Se sentó.

—¿Sabe?, esto ni siquiera tiene que ver conmigo. Se trata de algún gilipollas en Nike que piensa que puede hacer carrera cargándose a unos cuantos adolescentes. No sabe cómo es esa gente. No paran hasta que les haces parar.

—Sí, estoy al tanto de su pasado en el mundo empresarial —dijo el loquero. La miraba por encima del código de barras—. Tiene antiguas deudas que saldar,



¿verdad?

—¡Oiga! Eso no tiene nada que ver en este asunto. No soy yo quien no puede olvidar esa historia; son ustedes.

—¿Trabaja para el Gobierno para intentar reparar lo que hizo en el pasado?

—Sí, sí —contestó—. Soy una verdadera idealista.

—«De idealista recalcitrante a fanática sólo hay un paso». Eso lo escribió F. A. Hayek. «Del fanatismo a la barbarie sólo hay un paso». Eso es de Denis Diderot.

—Alguien debería pegarle a usted un tiro y arrojarle tres pisos abajo —le contestó—. Podría escribir un artículo.

Suspiró y apuntó algo en el expediente. Ella tuvo la impresión de que no era nada bueno.

—Va a recomendar que me den la baja. ¿A que sí?

—Jennifer, está claro que le vendría bien un descanso antes de volver a estar en activo.

—No necesito descansar.

Levantó la vista.

—Me dicen que no sale con hombres. ¿Es verdad?

—Creía que no íbamos a hablar de mi vida sexual.

—Es importante para analizar su pérdida de perspectiva.

—Yo me marcho de aquí. —Se levantó demasiado deprisa. Se le cayó la silla hacia atrás y dio contra el suelo.

—¡Espere, Jennifer!

Al salir cerró la puerta de golpe. La gente que había en el pasillo se dio la vuelta para mirar. Les devolvió la mirada. Fuera del hospital era de noche y no había taxis, así que se quedó en la acera esperando. Sólo cuando le empezó a doler la mandíbula se dio cuenta de que estaba apretando los dientes.

\*

El taxi la dejó en la calle Peckville y llegó como pudo a la puerta de entrada. Jennifer se estaba dando cuenta de lo difícil que era hacer cosas con el brazo en cabestrillo, incluso entrar en su propia casa. Al final tuvo que llamar al timbre.

Era propietaria de una vivienda en North Melbourne, un pequeño barrio tranquilo a las afueras de la ciudad. Hasta ahora allí no había llegado la invasión de bloques de pisos. Hacía nueve años que Jennifer se había marchado de Los Ángeles para ir a vivir a Melbourne: necesitó huir a algún sitio. Australia estaba en la fase final de la absorción por parte de los Estados Unidos y los anuncios Je la tele la llamaban la nueva California. «Melbourne es Los Ángeles sin contaminación atmosférica», le dijo un agente inmobiliario. Ella pensaba que probablemente tenía razón, pero

también era Los Ángeles sin sus ventajas. Le había sorprendido lo pequeño que era. Pero eso había cambiado, claro. Habían construido tanto desde entonces que ya casi no reconocía la ciudad.

Se encendió una luz en el porche. Se veía un ojo mirar por la mirilla.

—¡Ah! —dijo una chica. Le dio unas vueltas a la llave y abrió la puerta—. No sabía si vendrías a casa esta noche.

—Lo siento. Tendría que haber llamado.

—No, no pasa nada —dijo la chica—. Sólo estoy estudiando. —Cogió el bolso—. Yo me piro, salvo que quieras algo más.

—Pues... —le contestó—. No, gracias.

—Llámame si me vuelves a necesitar. —La chica salió por la puerta principal, tropezándose con todo a su paso.

Jennifer entró y dejó caer el bolso encima del sofá. Había una luz en el pasillo, pero la habitación de Kate estaba a oscuras, así que entró a hurtadillas y se quedó allí quieta un momento, mientras sus ojos se acostumbraban a la oscuridad.

—¿Mamá?

—Hola, cariño. —Se arrodilló al lado de la cama.

—Qué raro tienes el pelo.

—Me lo tuvieron que cortar. Mira, me han dado puntos.

Kate le tocó a Jennifer la cabeza, acariciándole el pelo.

—Me gustaba más de la otra manera.

—Pues a mí me parece que está muy chulo —contestó Jennifer—. ¿Te has portado bien con la canguro?

—Sí.

—Así me gusta. —Le acarició la cara—. ¿Quieres tomar un vaso de leche conmigo?

—Es muy tarde, mamá.

—Ya lo sé.

—Bueno, vale. —Echó las mantas hacia atrás. Jennifer la cogió de la mano mientras iba hacia la cocina.

—¿Te has hecho daño en el brazo?

—Un poco, sí.

—¿Se arreglará?

—Claro —le contestó Jennifer—. Siempre acaba arreglándose todo.

## 15. Violeta

Violeta se despertó y se encontró a un hombre sentado en su cama.

—Hola —le dijo.

Se echó hacia atrás, llevándose las mantas consigo.

—¿Y tú quién eres?

—Soy amigo de Hack. Pero no me habló de ti. ¿Eres su novia? —Se sentó en la cama—. Tienes unos hombros preciosos.

—¿Dónde está Hack?

—Se ha ido a dar un paseo. —La cara del hombre era afable. Llevaba un traje oscuro y sin personalidad—. Tardará en volver.

—Márchate, por favor.

—Pero Hack me ha invitado. ¿Cómo te llamas?

—Quiero que te vayas.

—Soy John Nike. —Sonrió, y sus dientes brillaron débilmente en la penumbra—. ¿Tú quién eres?

—Violeta.

—¿Violeta qué más? —Se le acercó más—. ¿Eres desempleada? No pasa nada. Eso ocurre a veces. Te digo una cosa, Violeta desempleada. Te doy cien dólares por un beso.

Ella agarró las mantas con fuerza.

—Vete ahora mismo.

La miró con cara de asombro.

—Es una oferta generosa. Sobre todo teniendo en cuenta que no estás en condiciones de negociar. —Le puso una mano en el muslo.

—Suéltame.

—Para tener éxito hay que ser emprendedor, Violeta. Hay que aprovechar las oportunidades. —Le apretó el muslo.

Violeta intentó agarrarle la mano. Él la cogió de las muñecas y le puso las manos contra la pared. Se cayó la manta.

—¡Vaya! —exclamó mirando hacia abajo. ¡Qué tetas más bonitas! Ella le mordió en la oreja lo más fuerte que pudo.

—¡Aaayyy! ¡Hija de puta!

Violeta se cayó rodando de la cama y se puso a gatas en el suelo. Con dificultades, logró levantarse y salió corriendo. Casi había abierto la puerta del todo cuando se dio cuenta de que no era muy buena idea salir corriendo desnuda por ese barrio por la noche. Se fue corriendo a la cocina y empezó a abrir los cajones.

—¡Hija de puta! —gritó John según entraba en la cocina—. Si necesito cirugía plástica, la vas a pagar tú.

Violeta dio con un cuchillo, uno de hoja larga.

—No te acerques a mí.

—Creo que no voy a escucharte, Violeta desempleada. —Se acercó más, sin quitar ojo al cuchillo—. Creo que no vas a querer meterte en más líos de los que ya

tienes.

—Tú me atacaste a mí... —le contestó, y él la cogió de la muñeca, golpeándola con fuerza contra la encimera. Ella soltó un grito. El cuchillo cayó al suelo.

Había una tostadora en la encimera. Era un aparato brillante y pesado que Hack le había regalado por su último cumpleaños. Tenía ranuras ajustables para distintos tipos de pan y un autosensor para que no se quemaran nunca las tostadas. Violeta la cogió con las dos manos y se la tiró a John en la cara. Sonó como un timbre. John se cayó al suelo.

No se movía. Violeta le miró fijamente. Parecía que no respiraba. Al cabo de un momento le empujó suavemente con el pie.

—¿Estás...?

La cogió por un tobillo. Violeta cayó hacia atrás y se golpeó la cabeza contra la cocina. Él le agarraba las piernas. Ella gritaba y le sacudió una y otra vez como pudo con la tostadora. Le dio en los nudillos y luego se golpeó sin querer en una rodilla. Le dio con la tostadora en las manos, la cabeza, la cara, hasta que se dio cuenta de que había dejado de moverse otra vez. Llevaba un rato sin moverse.

Se lo quitó de encima; apenas podía respirar. El cuerpo de John estaba inerte. Miró la tostadora. Tenía gotas de sangre.

Dejó caer la tostadora y sorteó el cadáver. Cerró la puerta de la cocina y deambuló hasta el dormitorio. Se puso una camiseta y un pantalón y se sentó en la cama. Después de un rato empezó a comerse las uñas. Pensó que a lo mejor había hecho algo terrible.

—¿Estás seguro de que no deberíamos coger el coche? —preguntó John. Había unos chavales al otro lado de la calle escuchando música a todo volumen.

—Es justo aquí —dijo Hack.

—¿Por qué vives aquí? ¿Cuánto ganas en Nike?

—Unos... treinta y tres.

—¡Joder! —exclamó John—. ¿Qué problema tienes?

—Supongo que no se me dan muy bien las negociaciones salariales —dijo Hack. Hack era totalmente inútil a la hora de negociar su sueldo. Todos los años le llamaba el jefe y le contaba lo de la presión de la competencia y los recortes de presupuestos; al final le daba una cifra y Hack la aceptaba, agradecido de seguir con empleo.

—Podrías hacer un curso. Un cursillo para mejorar la autoestima. Deberías buscar uno. ¿Es aquí?

Hack miró hacia arriba. La Policía, la luz azul que giraba.

—Sí.

John se enderezó la corbata.

—Esto es lo que vas a hacer. Entrás, pides hablar con quien hablaste la última vez. Te enteras *exactamente* de cuántos eslabones más hay en la cadena. Luego te largas. Nada más.

—Vale —dijo Hack. Entraron. Sonaba la misma música, *Every breath you take* de The Police. ¡Qué rollo!, pensó Hack—. Me gustaría hablar con el Sargento Pearson, por favor.

—Por supuesto, señor. —Era la misma recepcionista. Le sonrió—. ¿Y usted se llama?

—Hack Nike.

Miró hacia John.

—¿Y usted es?

—Un amigo —le contestó John.

La recepcionista le miró de arriba abajo. Hack se percató de que era amable siempre que nadie intentara meterse con ella.

—Siéntense.

Se sentaron.

—¿Les diste tu verdadero nombre? —le preguntó John susurrando.

Hack no le contestó. Estaba pensando que Violeta estaba en casa con el otro John.

Pearson no les hizo esperar: poco después entró en el vestíbulo dando grandes zancadas. Pearson realmente tenía presencia, pensó Hack. Pearson imponía respeto.

—Hack, encantado de verle. Pase por aquí. —Les dirigió a la misma sala de reuniones—. ¿En qué puedo servirles?

—He venido para hablar del trabajo.

—Sí. —Pearson arqueó las cejas mirando hacia John.

—Yo estoy al tanto de todo.

—Sí, sí, es cierto —añadió Hack—. Sólo quería saber a quién le pasó usted el trabajo.

Pearson no dijo nada.

—¿Está contento con los resultados, Hack?

—¿Contento? —preguntó, y casi soltó una carcajada—. Yo... claro... supongo que sí.

—Fue un trabajo importante. No sé si comprende realmente la complejidad de la misión. El precio que le dimos fue muy generoso.

—Sí, claro. Yo sólo quiero saber si ustedes luego hicieron una subcontrata.

—Entiendo —le contestó Pearson—. Sabía que nos habíamos reservado el derecho de hacerlo, ¿verdad?

—Bueno... supongo que sí. Quiero decir, no importa si realmente lo hizo la ANR. Sólo quiero saber...

Pearson puso cara de asombro. ¿Y qué le hace pensar que fue cosa de la ANR?

—Bueno. —Hack miró de reojo hacia John, que tenía cara de asco—. Sólo pensé que...

—¿Ah, sí? —dijo Pearson—. Pues eso es interesante, Hack, porque, como ya habíamos comentado, nosotros tratamos a nuestros asociados en relaciones comerciales con una discreción absoluta. *Absoluta*.

—Es de eso precisamente de lo que quiero hablar. Quiero saber si había algún asociado más aparte de la ANR.

Pearson juntó las manos con cuidado.

—En un trabajo como el nuestro, Hack, la discreción es crucial. Me sorprende que no se dé cuenta de eso. ¿No le di nuestro folleto? —Pues...

—Ahora le doy el folleto. Tomamos medidas para proteger su confidencialidad. Son inamovibles.

—Claro —dijo Hack.

—Pero veo que quiere una garantía adicional —dijo Pearson—. Y dada la naturaleza del trabajo, lo entiendo. De acuerdo. Le puedo informar de que nosotros pasamos la contrata directamente a un tercero que llevo el trabajo a cabo. No hubo intermediarios.

—De acuerdo —dijo Hack, aliviado—. Bueno, pues, muchas gracias por...

—Espero que sepa comprender la magnitud de lo que hemos llevado a cabo, Hack. Se acordará de ello cuando ingrese los plazos mensuales, ¿verdad?

—Sí, Sargento Pearson —dijo Hack.

—Sargento Jefe Pearson —le contestó Pearson.

\*

John rebosaba optimismo de camino a casa después de hablar con la Policía.

—Es una organización puntera, desde luego. John tenía razón al cien por cien.

—Sí, sí —le contestó Hack. Estaba pensando otra vez en Violeta.

John miraba detenidamente el folleto.

—Cada caso tiene sólo un contacto. Todo está en clave para que los empleados no sepan en qué están trabajando sus colegas. Incluso los jefes sólo pueden saber el número asignado a un trabajo, ningún nombre. Y es la empresa australiana más grande del mundo. ¿Lo sabías?

—No.

—¿Quieres saber por qué los americanos conquistaron el mundo, Hack? Porque son ambiciosos. Antes de que este país fuese miembro de los Estados Unidos de América, nuestro ideal era la lucha obrera, joder. Si los australianos fueran los dueños del mundo, sólo trabajaríamos un día a la semana y estaríamos quejándonos todo el día del salario. —Movi6 la cabeza—. Y luego est6n los brit6nicos, que pensaron que ganar dinero estaba mal. No es de extrañar que acabaran por besarle el culo a la colonia. Y los japoneses, que piensan que el colmo del 6xito es trabajar para el Gobierno. Los chinos son comunistas, los alemanes socialistas, los rusos est6n en la ruina... ¿quién queda?

—¿Canadá?

—América —dijo John—. Los putos Estados Unidos de América, el país fundado en el capitalismo de libre mercado. Te digo una cosa, esos colonizadores de Nueva Inglaterra sabían lo que hacían.

Hack no dijo nada.

—Y aquí hay una empresa australiana —dijo John, agitando el folleto— haciendo la única cosa en que los australianos todavía tienen ventaja sobre la competencia: mantener la boca cerrada. En fin, para nosotros es más fácil.

—¿Ah, sí?

—Claro. Significa que sólo tenemos que matar a Pearson.

—Ah.

—Aunque cuando digo «tenemos»...

Hack miró al suelo.

—Lo pone en tu contrato —dijo John—. Página ocho. Una cláusula titulada «ampliaciones lógicas».

Hack negaba vigorosamente con la cabeza.

—No, no puedo pasar por esto otra vez. Por favor. No puedo.

John dio un suspiro.

—Joder, Hack, eres el peor asesino que he conocido en mi vida. Queríamos una pequeña masacre, algo que pudiéramos atribuir a un trabajador desaparecido si nos pillara el Gobierno. Todo atado. Pero no, señor. Tuviste que ir a buscar una subcontrata. —Suspiró—. La gente buena obtiene buenos resultados, Hack, pase lo que pase. Recuérdalo. ¿Es éste tu apartamento?

—Sí —contestó Hack. Cuando llegaron al final de la escalera, hurgó en los bolsillos buscando las llaves.

John le agarró la mano para impedirle meter la llave.

—Llama primero. No queremos que John se ponga nervioso.

—De acuerdo. —Esperaba que John no fuera de esos que se ponen nerviosos. Esperaba que no hubiera estado investigando por el apartamento.

Se vio un ojo por la mirilla.

—¿Hack? —Era Violeta. Le oyó abrir la puerta con llave—. Hack, hay un hombre aquí...

—¿Violeta! No pasa nada. Hay un hombre aquí conmigo también. No pasa nada. Silencio.

—¿Hola?

—¿Quién es? —preguntó John. Intentó abrir—. No es John.

—Es mi novia. Violeta.

—Dame las llaves —dijo John. Intentó en vano abrir la puerta. Al final se abrió. Estaba oscuro dentro—. ¿John? ¿Estás ahí, colega?

—¿Violeta?

—Tú primero —le dijo John. Le dio a Hack un empujón.

Hack se movía a tientas. No entendía por qué estaban apagadas las luces. Y por qué Violeta había contestado al...

—John —dijo—, ¡ay!

Se dio la vuelta. John le seguía a dos pasos y Violeta le amenazó poniéndole un cuchillo largo en el cuello. Debía de haberse escondido detrás de la puerta.

—¡Violeta! Es John Nike. ¡Suéltale!

—Chica —dijo John—, más te vale que me sueltes ahora mismo. Te lo juro.

—Hack —dijo Violeta—, mete algo de ropa en una maleta. Nos vamos. —Le miró—. Hazlo.

Hack se puso en marcha. Fue al dormitorio y empezó a abrir cajones. Echó ropa en una bolsa y se la enseñó.

—¿Y los zapatos? ¡Hack! Coge mi ordenador.

Hack sacó zapatos del armario del dormitorio y cogió el portátil de Violeta. Cuando salió, ella estaba figando en los bolsillos de John.

—Violeta, creo que estás cometiendo un error.

—Vamos —dijo—. Fuera. —Sacó una pistola de la chaqueta de John y le miró.

—Tiene valor sentimental —le dijo John. Violeta le empujó hacia el salón. Los miró desde la oscuridad—. Violeta... ¿así te llamas? Es tu última oportunidad. Si haces esto, te vas a arrepentir. Te lo juro. —Le tendió la mano—. Devuélveme la pistola.

—Violeta dio un portazo. Hack la siguió escalera abajo al aparcamiento.

—¿Qué pasa? ¿Adonde vamos?

—Creo que he matado a un hombre —le contestó.

—¡Ah! —Por respeto, Hack no dijo más.

—Ahora, conduce —le ordenó, y Hack subió al coche.

## 17. Buy

Buy no distinguía muy bien el color de las paredes. Los ruidos de la multitud sonaban sordos y amortiguados, y se daba cuenta de que su cerebro le llevaba al bar justo antes de llegar. Buy estaba muy borracho. Como en el infierno.

Llevaba casi una semana sin ir a trabajar. Había pedido unos días libres hacía un mes, porque sabía que la última semana del año fiscal le dejaría agotado; claro, no había calculado hasta qué punto. Era miércoles por la noche, y mañana Buy tenía que



enfrentarse a Mitsui con la mancha de una chica muerta en su conciencia, y no estaba en absoluto preparado, en absoluto.

Había una mujer en la barra observándole. Buy la miró con los ojos entrecerrados y ella se puso de pie y avanzó hacia él. Intentó sentarse más recto en el taburete.

—Hola.

—Hola —dijo Buy. Como no le contestó, dijo—: ¿Quieres tomar algo?

—Un Manhattan, por favor.

Pidió la copa.

—Soy Buy Mitsui.

—Sandy John Hancock. ¿Tienes seguro de vida? —Se empezó a reír—. Es una broma. ¿Eres broker?

—Sí —contestó Buy. Apenas distinguía una falda negra y una camiseta ajustada de color verde.

—Yo quería ser broker. Pero no me gustaban las matemáticas. ¿Hay que saber matemáticas?

—A veces —dijo, aunque la respuesta fuera no, en realidad.

—Gracias. —Se dio cuenta de que no hablaba con él. El camarero le miró, esperando. Sacó una tarjeta de la cartera y la dejó caer en la barra.

—¿Tarjeta de puntos?

—No. —Buy tema una, pero pensaba que no iba a poderla encontrar.

—Deberías hacerte con una —dijo Sandy—. Yo la pedí el año pasado, después de que se formara la empresa US Alliance. Tengo una tarjeta Team Advantage también. Se consiguen tantas cosas gratis.

—No necesito cosas gratis.

—Debes de ser rico. ¿Lo eres? —Se rió—. Es una broma.

—Tengo una tarjeta American Express sin límite de crédito. Pero hay que saber... recitar los números... para usarla. —Notó que la cabeza se le caía otra vez encima de la barra.

—¿Sin límite? ¡Jo! Entonces, ¿puedes comprar, por ejemplo, un piso sólo utilizando plástico?

Buy no contesto. Intentó vaciar la copa, pero no salía nada. La puso encima de la barra con mucho cuidado.

—Seguro de vida —dijo Buy—. Realmente no te protege la vida, ¿verdad? Sólo te da dinero por ella.

—Bueno, el seguro es para tus herederos —dijo Sandy—. Si tienes.

Buy se dio cuenta de que esperaba una respuesta.

—No, no tengo.

—No me lo creo. —Buy le vio los dientes.

—Sí, sí —decía Buy. La barra empezaba a moverse—. ¿Quieres ver mi apartamento?

—¿Tiene vistas?

—Sí —dijo—, tiene...

—Es una broma —dijo—. Vamos.

En la calle Buy le preguntó:

—¿Alguna vez has hecho algo generoso sin ningún motivo?

—Claro. Lo hace todo el mundo.

—Yo una vez le di cinco mil dólares a una chica.

—¿Sin ningún motivo?

—Porque los quería.

—¿Sabes?, yo también quiero cinco mil dólares —rió Sandy. Buy no dijo nada—.

¿Qué hizo?

—Se murió.

—¿Se *murió*? ¿Qué? ¿Porque le diste el dinero?

—Creo que sí.

—¿Quieres decir que la única vez que hiciste algo generoso sin ningún motivo la persona *murió*?

Buy se tambaleaba y la chica le cogió del brazo.

—Deja que te ayude —le dijo Sandy.

—No —contestó Buy, pero le ayudó de todas maneras.

## 18. Jennifer

Era increíble lo repartido que Kate podía llegar a tener el contenido de la cartera del cole.

—Kate —llamó Jennifer—. ¿Dónde has puesto la botella?

—Está encima de la tele.

—¿Por qué está encima de la tele? —En realidad no quería saberlo. Había pasado veinte minutos intentando hacer bocadillos con un brazo en cabestrillo y, cuando los fue a coger, se cayó todo el queso. Era su primer día de vuelta al trabajo y a Jennifer le fastidiaba lo difícil que resultaba manejar ciertos alimentos resbaladizos.

Kate entró en la cocina, cartera en mano.

—Si la pones encima, la tele funciona mejor.

—Bueno... vete a buscarla, por favor. Vamos a llegar tarde las dos.

Kate se fue. Jennifer envolvió los bocadillos y los metió en la cartera. Había unos papeles y Jennifer los sacó. Normalmente cuando había papeles significaba que tenía que firmar algo para evitar que la engañaran con algún proyecto para sacar fondos

para el colegio. El año pasado acabó con una caja de muñecas Barbie que tenía que vender; todavía seguían en el sótano. Mattel tenía buenos colegios, pero el merchandising iba a acabar con ella.

Los papeles no tenían nada que ver con proyectos para sacar fondos. Parecía un trabajo de Kate del colegio, un trabajo sobre pingüinos. Había dibujos, textos y fotos bajados de internet. A Jennifer le parecía bastante bueno.

—¿Kate?

Kate volvió a entrar.

—La tengo.

—¿Qué es esto?

—¿Qué? Ah. Un proyecto. Lo tengo que entregar hoy.

—Parece bueno. Muy bueno.

—Es que me gustan los pingüinos.

—¿Quieres una carpeta para meterlo? Se va a arrugar si lo llevas así.

—¿Tenemos carpetas?

Miró el reloj.

—Por ser para ti, tengo carpetas. —Llevó a Kate a su despacho y buscó en el cajón de la mesa. Había un informe del Gobierno sobre tasas de criminalidad en la ciudad dentro de una elegante carpeta gris y lo sacó—. ¿Te vale ésta?

—Perfecta.

—¿Sabes una cosa? Deberíamos meter las hojas en fundas de plástico —dijo Jennifer—. Quedarán fenomenal.

—Mamá, dijiste que íbamos a llegar tarde.

—Un proyecto tan bueno como éste hay que meterlo en fundas de plástico —dijo Jennifer.

—Vale —contestó Kate, emocionada. Se fue corriendo a buscarlas.

\*

Jennifer llegó tan tarde al trabajo que se perdió la fiesta de bienvenida que le habían preparado para celebrar su vuelta, cosa que agradecía. Desde que se lesionó, sus colegas le habían dejado catorce mensajes en el contestador deseándole una pronta recuperación. No era realmente por ella, lo sabía; más bien era por Taylor, que había ido a trabajar el viernes por la mañana y había fallecido en un centro comercial. El único mérito de Jennifer había sido mantenerse con vida. Pero eso era importante para unos profesionales con la tasa de fallecimiento por accidente laboral más alta de todas, a excepción de los operarios de maquinaria.

Tenía un correo electrónico de la Sección de Reclamaciones que tenía que ver con la demanda que había interpuesto el vendedor de Mercedes-Benz, encima de cuyo

coche había caído. Decía lo siguiente:

Estimada Agente Jennifer:

Le rogamos que justifique por qué durante el desarrollo de su trabajo no se pudieron evitar los daños sufridos por la propiedad que a continuación se describe: 1 X MERCEDES-BENZ E420 SEDÁN. En particular, especifique:

- 1) si consideró cualquier otro plan de acción alternativo que no hubiera llevado al destrozo de esta propiedad;
- 2) si esto es así, por qué no llevó a cabo esos planes alternativos;
- 3) cuál era su estado de salud mental en ese momento (remitir bajo declaración jurada).

Tenía mucha experiencia en dejar aparcados *sine die* en la bandeja de entrada los memorandos de la Sección de Reclamaciones, pero éste, decidió, merecía una contestación. Empezó a teclear:

Consideré las siguientes alternativas:

- 1) tirarme debajo de algún autobús que pasara por allí;
- 2) pegarme un tiro en ambas piernas;
- 3) sacar a algún gilipollas de la Sección de Reclamaciones y laucarlo desde un tercer piso.

No llevé a cabo las dos primeras porque no me garantizaban las mismas lesiones que si me tiraba encima de un Mercedes. No llevé a cabo la tercera porque en ese momento mi salud mental debía de estar bastante deteriorada.

—Dios mío —dijo Calvin al entrar—. Has vuelto. ¿Qué tal ese hombro?

—Hola —le contestó Jennifer, girando el asiento—. ¿Has cogido a Hack Nike? Calvin se sentó muy despacio en una silla.

—Venga, Jen, esto no es Europa. No puedo simplemente coger a alguien. No tenemos pruebas. No tenemos *presupuesto*.

—Yo te lo pedí.

—Creía que estabas delirando —le contestó Calvin—. Mira, de todas maneras he estado ocupado entrevistando a familias, intentando sacar fondos de debajo de las piedras. Hasta ahora, nada de nada. Y me queda sólo una pareja.

—¿Quiénes son?

—A ver... —Arrastró la silla hasta la mesa y rebuscó entre los papeles—. Jim GE y Mary Shell. Padres de Hayley McDonald's. Asesinada en... —Levantó la vista.

—¿Chadstone?

—A lo mejor deberías pasar de esto.

—No me trates como a una niña pequeña —le dijo—. Puedo hacer una entrevista.

En ese momento llamaron a la puerta. Había un hombre en el umbral. El traje que llevaba era tan barato que la tela tenía brillo.

—Jennifer Gobierno —la reclamó—. Tal vez se crea una payasa. Puede que le haga gracia toda esta situación.

—¿Quién es usted? —preguntó Calvin.

—Déjeme adivinar —dijo Jennifer—. ¿Sección de Reclamaciones?

—Mi departamento tiene que hacer su trabajo, Jennifer. Estamos intentando defender *su* presupuesto. Lo último que necesitamos son contestaciones insultantes.

Ella le respondió:

—No me pregunten por qué elegí caer encima de un coche para ademas quejarse de que les insulte, imbécil. Yo soy la que tiene el brazo en cabestrillo.

Se puso colorado.

—Bueno, de todas maneras necesitamos esa información. A lo mejor a usted no le parece importante, pero es un asunto serio.

Jennifer no lo podía evitar: miraba el traje.

—Entiendo —dijo el abogado—. Todo le parece muy divertido.

—Mire —dijo Calvin—, le conseguiremos toda la información que necesita. Ahora tenemos que hacer unas entrevistas. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —contestó el abogado, y se marchó.

—¿Qué le has hecho?

—Nada —contestó Jennifer—. Trae a los padres de Hayley.

Se marchó. Intentó echarse el pelo hacia atrás antes de darse cuenta de que no le quedaba pelo que ondear: había sólo un costurón amoratado. Echaba de menos su melena. Calvin entró con los padres de Hayley y les pidió que se sentaran. Eran tímidos y sujetaban con fuerza los vasos de poliestireno llenos de café. Jennifer los miró fijamente. No podía olvidar que había visto cómo mataron a su hija. Calvin tosió.

Jennifer parpadeó.

—Jim, Mary, soy la Agente Jennifer Gobierno. Les acompaño en el sentimiento. No sé si están familiarizados con el procedimiento que sigue el Gobierno en estos casos.

Mary no parecía enterarse de nada. Jim dijo:

—¿Quieren dinero?

Jennifer juntó las manos encima de la mesa.

—Para perseguir a los autores del crimen necesitamos dinero. El presupuesto del Gobierno sólo está para prevenir el crimen, no para castigarlo. Sólo podemos

proceder con una investigación satisfactoria si tenemos financiación. —Les dejó pensar un momento sobre lo que acababa de decir—. Siento mucho hacerles la pregunta. ¿Pueden aportar algo?

Mary se movía en el asiento. Jim contestó:

—Desde hace tres meses, tengo una mala racha. He perdido mi trabajo...

Silencio. Calvin cruzó los brazos.

—Jugaba al hockey —dijo Mary, mordiéndose el labio.

—Habla agentes del Gobierno en el centro comercial —dijo Jim. Se le ponían coloradas las orejas—. Si hubieran detenido a esa gente entonces, Hayley estaría... nosotros no estaríamos aquí.

—Hicimos lo que pudimos con la información que teníamos —dijo Calvin—. Lo sentimos, Jim. Perdimos a un agente en ese jaleo. Jennifer se adelantó en la silla.

—Yo estuve allí. En Chadstone. Si alguien debiera haberles detenido, era yo.

El padre de Hayley miró el brazo en cabestrillo.

—¿Y ahora quieren dinero?

—Sí.

Silencio.

—¿No fue un simple tiroteo callejero?

—No. Pensamos que estaba planeado.

—Entonces será difícil pillarles.

—Sí.

Él asintió. Miró a Mary y luego se miró las manos. Miró a Jennifer.

—¿Lo va a intentar?

—Si tengo presupuesto, los cogeré. Se lo prometo.

—De acuerdo —le contestó—. Venderé mi casa.

El alivio que sintió la asustó.

—Gracias, Jim.

\*

—No has estado muy bien, Jen —dijo Calvin cerrando la puerta—. Sabes que no puedes prometer resultados. Ninguna investigación es coser y cantar.

—Tenemos fondos. —Movía la pierna sin querer.

—Y no pongas esa sonrisa —le dijo—. ¿Qué te pasa? Me estás asustando.

—Vamos a coger a Hack.

## 19. Billy

Alguien le sacudía.

—¿Qué pasa? —decía Billy—. Déjeme.

—Levántese —le dijo ese alguien—. Nos vamos.

Se incorporó. Era un clónico de la ANR. Camiseta negra, pantalón de camuflaje, pelo rapado, demasiado tiempo en el gimnasio: a Billy le costaba distinguir entre unos y otros.

—¿Adonde?

—Hay una reunión en el comedor. Vístase y vaya allí dentro de quince minutos.

—Sí, señor —dijo Billy. Se había dado cuenta de que la gente se relajaba mucho si la tratabas de señor.

Se duchó, y se quedó demasiado tiempo debajo del chorro de agua. Cuando terminó, volvió a su litera y se vistió con el pantalón y la camiseta recién planchados que le habían dejado. La camiseta era negra con un logo grande de la ANR en el pecho: un AK-47 y un brazo fuerte cruzados. Debajo se leía: LA LIBERTAD ES UN RIFLE DE ASALTO. Era bastante pegadizo, pensó Billy. La ANR se estaba modernizando.

Había un chaval haciendo guardia en el cuartel y se puso firme. Billy hizo ademán de saludar, con los ojos entrecerrados por la intensa luz del sol.

—¡Buenos días, señor! —dijo el chaval. Llevaba la cabeza tan afeitada que parecía que le hubieran abierto el cráneo—. Me informan de que tal vez quiera visitar nuestra tienda de *briefing* número 4 A, señor.

—Vale, de acuerdo.

—Si me quiere acompañar, señor.

Billy le siguió. El complejo era como un campamento mutante de los scouts: había tiendas, vehículos y cañones verdes por todas partes, en medio de la nada. Vio a una tropa de soldados haciendo instrucción en un campo. Le recordaron a los jugadores de fútbol americano de los colegios con rifles. Por delante pasó un tanque.

—¡Joder! ¿Y eso qué es?

—Un tanque de combate Abrams M1A, señor.

Billy miró a su alrededor con un respeto que nunca antes había sentido. Ahora comprendía por qué era tan cara la cuota de socio de la ANR.

El chaval le llevó a una tienda situada en la parte de delante del campamento, bastante alejada de un camino polvoriento. Sujetó la portezuela para que pasara Billy. Dentro, doce hombres miraron hacia ellos.

—Oerra esa maldita puerta —gritó el hombre que estaba más cerca. Era el hombre más viejo que Billy había conocido en el monte: se llamaba Yallam—. Aquí los mosquitos son como pájaros.

—Sí, señor —contestó Billy. Se sentó como pudo al final de un banco.

—Ya estamos todos —empezó Yallam—. Abandonamos el campamento en exactamente seis minutos. Nuestro destino es Melbourne; nuestro objetivo, un empleado de la Policía, un tal Sargento Jefe Pearson. Eliminaremos el objetivo de forma rápida y silenciosa y regresaremos a la base. ¿Alguna pregunta?

Un hombre de la primera fila levantó la mano.

—¿Y las armas?

—Serán repartidas a bordo del avión. ¿Alguien más?

¿A bordo del avión?, pensó Billy.

—Sí —dijo un soldado—. ¿Qué pasa con el puto novato?

—Bill es legal —le contestó Yallam—. Le han mandado aquí al término de una misión secreta.

—Vale —dijo el tío, saludando a Billy con la cabeza. Billy levantó las cejas en respuesta.

—¿Más preguntas?

Billy oyó un zumbido fuera. Miró a su alrededor.

—Vamos. ¡Buena suerte, que Dios os proteja y que disparéis bien! Los hombres salieron en fila. Billy se preguntaba si ahora era buen momento para salir zumbando de allí. Durante los últimos días había intentado pasar desapercibido, pero ahora parecía que la ANR quería que luchara, y él de ninguna manera...

Sintió una mano en el hombro.

—Se estará preguntando por qué le hemos dado otra misión tan pronto —le dijo Yallam—. La verdad es que nos la asignaron esta mañana. El mando piensa que si le volvemos a mover podría levantar sospechas. —Miró fijamente a los ojos de Billy—. Quizá sea lo mejor. Vamos, ¡a la tarea!

El zumbido se había convertido en estruendo:

—De acuerdo.

—Es importante que se integre en el equipo como un soldado más de la ANR, Bill. Nuestros enemigos le están buscando. Vamos, reúname con su pelotón.

—¡Sí, señor! —contestó Billy. Salió de la tienda pensando, *estoy rodeado de locos*. Luego se detuvo.

Un avión verde de transporte militar estaba en medio de la carrerera. En los laterales había logos grandes de la ANR. Los motores hacían un ruido tremendo. El pelotón de la ANR se dirigió al interior por una rampa.

—¡Bill! —llamó uno de los soldados—. ¡Vamos! ¡Mueve ese culo!

*Esto no tiene nada que ver con el esquí*, pensó Billy. Y se dirigió a paso ligero hacia el avión.



## 20. Hack

Cuando Hack se despertó, vio que Violeta no hacía más que ir de un lado a otro de la habitación recogiendo ropa. Se incorporó frotándose la cara.

—¿Qué...?

—Tengo que hacer la demostración de mi software. —Se estaba poniendo una falda corta negra; llevaba ya una camisa de color crema—. Lo sabías, Hack.

Hack sí lo sabía.

—¿Pero no vamos a ir a la Policía? ¿O al Gobierno?

Resopló.

—Me has metido sólo unas braguitas. Y... —Dijo que no con la cabeza—. No tengo tiempo para ir al Gobierno. Ve tú.

Hack se mordió el labio.

—¿Seguro que no quieres venir? Puesto que, quiero decir, mataste al tío ese...

—¿Pretendes que me defienda contra una acusación de asesinato con doscientos dólares?

—Pero fue en defensa propia. No importa cuánto dinero...

—No seas ingenuo —le contestó Violeta—. Mira, si mi demostración va bien, obtendré dinero. Entonces podré hablar con el Gobierno.

—Supongo que sí —dijo Hack—. De acuerdo.

Cogió el portátil.

—Deséame suerte.

—Buena suerte. Y... ten cuidado, ¿vale?

—No te preocupes —dijo—. No despiertes a mi hermana.

\*

Hack fue lentamente a la cocina vestido con la bata y se preparó unos cereales. No encontraba el azúcar, así que echó una especie de miel que no tenía etiqueta. Se sentó a la mesa del salón e intentó comer sin hacer ruido.

La hermana de Violeta tenía muchos libros. Llenaban tres librerías y tenían títulos absurdos como *Una sociedad paritaria* y *El pensamiento socialista*. Hack se preguntaba de qué tratarían.

A las diez cogió un taxi y se fue a la oficina del Gobierno en el centro de la ciudad. Ocupaba un par de pisos de un edificio lúgubre que parecía que no se había limpiado desde 1980. Pero tenía un vestíbulo enorme y estaba lleno de gente trajeada. Hack suponía que serían agentes del Gobierno. Mientras caminaba hacia la recepción,

notaba que le miraban, y empezó a sudar. No era como la comisaría de Policía, donde había revistas y mujeres guapas vestidas con uniforme de poli.

El agente que había al otro lado de la mesa estaba haciendo algo en el ordenador. Hack esperó con paciencia. Un rato después, tosió.

—Un momento —dijo el agente.

—Disculpe. —Esperó.

—Bueno. —El agente le miró de arriba abajo—. ¿A quién ha venido a ver?

—Pues, no lo sé. Estoy aquí porque yo... quiero decir, mi novia... puede haber matado a alguien.

—¿No tiene cita?

—No —contestó Hack—. Verá, tengo un cadáver en la cocina...

—Debe llamar antes —siguió diciendo el agente—. Para pedir cita. No podemos dejar todo lo que estamos haciendo sólo porque ha aparecido usted.

—Disculpe.

El agente le dio a alguna tecla del ordenador. Hack no sabía si toser otra vez. El agente preguntó:

—¿Está seguro de que el tío está muerto?

—Dijo mi novia que ella pensaba que sí.

—¿Su novia?

—Sí. No estaba segura, pero...

—¿Y por qué no ha pedido cita *ella*?

—Pues... —contestó Hack—, no lo sé. Yo sólo quería informar... —Bueno, vale —dijo el agente—. Mire, siéntese. Intentaré encontrar a alguien que pueda hablar con usted sobre ese presunto cadáver.

—A lo mejor debería volver más tarde —sugirió Hack.

—Siéntese —insistió el agente.

\*

Se sentó en un duro banco de madera y permaneció allí durante cincuenta minutos. Después salió un agente y habló con el tipo de la mesa. Éste hizo señas a Hack y el otro agente se acercó, frotándose la barbilla.

—¿Hack Nike?

—Sí.

—¿Ha encontrado usted un cadáver en algún sitio?

—Bueno, no exactamente. Lo que pasó fue que...

—Vale, de acuerdo. Acompañeme. —El agente llevó a Hack por muchos pasillos hasta una sala que tenía una mesa y dos sillas y nada más. Las paredes eran de cristal

y Hack veía a más agentes en otros despachos moviéndose por allí y mirando hacia donde le habían llevado—. ¿Quiere un café?

—No, gracias.

—Pues yo sí necesito uno. Espere un momento. —Salió. Hack movía la pierna, nervioso. Había dos agentes, un hombre y una mujer, en un despacho al otro lado del pasillo y ella tenía una marca rara debajo del ojo izquierdo, una especie de moratón rectangular. No, era un tatuaje, un tatuaje de un código de barras. Qué raro, pensó Hack. Se suponía que el Gobierno se oponía a todo ese rollo del consumismo.

—Bueno —dijo el agente, entrando de nuevo—. Cuénteme lo del cadáver. —Dio un bostezo.

—Atacó a mi novia —empezó Hack—. Yo no estaba en casa y él... intentó violar a mi novia. Ella se defendió y le dio con una tostadora de panecillos. Piensa que le ha matado.

—¿Una tostadora de panecillos?

—Sí.

—¿Y eso qué es?

—Pues es... bueno... una especie de tostadora eléctrica. Se hacen allí los panecillos. Es mejor que hacerlos a la plancha.

—¿Ah, sí? —dijo el agente—. ¿Vale también para los *bagels*?

—No, no —contestó Hack—. Los *bagels* son demasiado grandes para las ranuras que tiene.

—Vaya, vaya —dijo el agente—. No tenía ni idea.

—Bueno, como le decía —continuó Hack. La agente del código de barras y su pareja estaban ahora en el pasillo, hablando con alguien. La mujer levantó la mirada, encontrándose con la de Hack. Hack miró rápidamente hacia otro lado—. Fue en defensa propia, pero pensé que debería informarles... por si acaso.

El agente se frotó la cara.

—Hack, esto es algo que su novia tendrá que arreglar con los abogados del finado. Pónganse en contacto con ellos, negocien alguna compensación. No es asunto del Gobierno, salvo que no lleguen a un acuerdo.

—Vale —dijo Hack, aliviado—. Muy bien, eso haremos.

Se abrió la puerta. La mujer del tatuaje del código de barras y su pareja estaban en la entrada.

—¿Hack Nike? —preguntó la mujer.

Se sobresaltó.

—¿Sí?

—¿Qué pasa, Jen? —preguntó el agente.

—¡Fuera! —le dijo—. Ahora. —Miraba fijamente a Hack. Hack se dio cuenta: había ocurrido. Había cometido otro gran error.

\*

El primer agente se marchó y entonces todo el mundo se quedó callado. La mujer se sentó enfrente de él y su pareja se quedó de pie apoyado en la pared, de brazos cruzados.

Finalmente Hack dijo:

—Sólo he venido para informar...

—Hack Nike. Soy la Agente Jennifer Gobierno. Éste es el Agente Calvin Gobierno. Nos han informado de que tú eres el responsable de haber puesto en marcha ilegalmente la matanza contra catorce personas en varias tiendas de Nike. ¿Comprendes lo que te estoy diciendo?

—Ay —dijo Hack. Sentía que se asfixiaba—. No, no...

—Sí, sí —contestó Jennifer—. Tú lo planeaste todo para que los de la ANR mataran a un grupo de chavales que habían comprado zapatillas Mercury de Nike. Alguna oferta especial, ¿verdad? ¿Sal vivo con tus zapatillas y te regalamos un viaje para dos personas?

Sentía que se desmayaba.

—Espera, qui... quiero llamar a mi novia.

—¿Es abogada, Hack? —preguntó Calvin.

—No, es... —No era capaz de decir *desempleada*—. Ella sabrá qué hay que hacer.

—Perdona —dijo Calvin—. Nada de novias.

—A propósito, te estamos grabando —añadió Jennifer—. Ya te avisó el primer agente, ¿no?

—Voy a ahorrarte tiempo —dijo Calvin—. Sabemos que eres Encargado de Distribución de Mercancías Publicitarias. Sabemos que te mueres de ganas por un ascenso.

—Parecía buena idea, ¿verdad? —le pinchó Jennifer—. Mato a un par de chavales, gano una pasta, y todos contentos en la oficina.

—Más un plus a final de mes. ¿Ligado al aumento de ventas quizás? ¿Diez mil, cincuenta mil dólares? ¿Más?

—Más el ascenso. Te libras de lo de la distribución y te metes en algo creativo. Los trabajos administrativos más bajos son tan repetitivos, ¿verdad, Hack? Después de un tiempo, te vuelves *loco*...

—Para. No fue idea mía. Yo sólo hice lo que me mandaron.

—¿Quiénes? —preguntó, adelantándose en el asiento—. ¿Quiénes, Hack?

—Eran dos... Me hicieron...

—¿Quiénes?

Tragó saliva.

—No creo que deba contárselo.

Jennifer se echó para atrás en el asiento. Miró hacia Calvin.

—Podrían matarme —dijo Hack en un susurro—. Si se lo cuento.

—Bah, nosotros te cuidaremos —le tranquilizó Calvin—. No te preocupes por eso.

—Tendrás que decirme quiénes son, Hack —zanjó Jennifer.

—No puedo. Me... me obligaron a firmar un contrato sin leerlo.

—¿Te obligaron? ¿Utilizaron la fuerza?

Hack no dijo nada.

—No —contestó Jennifer por él—. No utilizaron la fuerza. Así que *motu proprio* firmaste un contrato sin leerlo.

—Sé que fue un error...

—Un error —le interrumpió, indignada—. Gilipollas, ¿por qué crees que alguien puede querer que firmes un contrato sin leerlo? Porque es *malo*, Hack, es un contrato malo.

—Vamos a necesitar una copia —dijo Calvin.

Hack miró al suelo.

—No rengo.

Silencio. Cuando volvió a levantar la vista, le estaban mirando fijamente.

—*No lo entienden*. Me ofrecieron *trabajo*, trabajo en Marketing. —Paró porque se ahogaba.

—Hack —dijo Jennifer, adelantándose en la silla—, es hora de que tomes decisiones. O nos ayudas a coger a los responsables de las matanzas de Nike...

—Lo que te dejará a merced de las cláusulas penales que haya en ese contrato —interrumpió Calvin—. Y supongo que no te van a obligar a llevar las tazas a la próxima merienda que organice la empresa, ya me entiendes.

—O tienes la boca cerrada —continuó Jennifer—. Lo que te dejará a merced nuestra.

—No me gustaría en absoluto tener que cargar catorce muertos a alguien que no se lo merece, de verdad que no. Eso sería... —Miró hacia Jennifer—. Sería más o menos cadena perpetua, ¿verdad?

—Seguro. Y las indemnizaciones... A lo mejor podrías negociar pagarles a diez céntimos el dólar o algo así. Es lo que hacen muchos criminales. Si trabajas duro, te puedes quitar la deuda en veinte o treinta años.

—No sé, Jen —dijo Calvin—. El precio del alojamiento en las cárceles ha subido mucho últimamente. En algunas trabajas quince años y al final cuando sales les debes los gastos de manutención.

—En tu caso, eso sería en teoría —le dijo Jennifer a Hack—. Ya que no saldrías nunca. —Se adelantó en el asiento—. Piensa en ello, Hack. Un tío como tú, con formación razonable, contratable... y de repente te encuentras en el trullo haciendo

trabajos forzados, poniendo asfalto para el resto de tu vida. Y conoces el récord de seguridad entre los trabajadores de las cárceles, ¿verdad? Sólo el mes pasado, esos ocho tíos en... ¿dónde fue?

—Wichita Falls —le contestó Calvin—, Tejas. Aunque creo que uno de ellos se salvó. Quiero decir, que está muy mal a cuenta de las quemaduras, pero me parece que sigue vivo.

—No se valora nada la libertad, Hack —dijo Jennifer—, hasta que se encuentra uno viviendo en una celda y tiene que pedir permiso cada vez que quiere ir a cagar, ¿verdad, Hack?

—Vale, eran de Marketing —musitó Hack—. Fueron John y John, de Marketing. Jennifer se adelantó en el asiento. ¿John Nike? ¿Vicepresidente?

Hack asintió con la cabeza, incapaz de articular palabra.

—¿John Nike, el de ojos morenos, pelo castaño y cara plana? —Sí.

—Muy bien, Hack —dijo Calvin—. No te vas a arrepentir.

Jennifer arrastró la silla más cerca de él.

—Vamos a empezar desde el principio. —Le sonrió. Era la primera vez que Hack la veía sonreír. Casi parecía hasta sensible—. Cuéntamelo todo.

## 21. Violeta

Cuando Violeta llegó al edificio de ExxonMobil le dieron una tarjeta de identificación que ponía CONTRACTOR. Se la puso en la solapa. Su acompañante era un chaval vestido con una camisa blanca de manga corta y un pantalón tan barato que las rodilleras servían de espejo. Violeta estaba desilusionada. Los paletos ya no vestían así, o al menos no los paletos que alcanzaban el éxito. Hasta Violeta sabía que valía la pena invertir en trapos que causaran impresión.

—He oído hablar de lo que estás haciendo —dijo el chaval cuando subían en el ascensor—. Parece genial, pero no va a funcionar. Si hubiera sido hace ocho meses, a lo mejor. Sufrimos un montón de ataques al sistema, denegaciones de servicio, *e-bombs*, *phreaking*. Los de arriba nos dieron mogollón de dinero para mejorar las prestaciones de todo el sistema. —La llevó por un pasillo y abrió una puerta.

Violeta entró. Había ordenadores y cables y cosas de ésas por todas partes. Había cuatro hombres sentados alrededor de una gran mesa de reuniones, todos menos uno tenían delante un teclado. Evidentemente él era quien mandaba. Era muy grande y no sonreía.

—Violeta. —Le estrechó la mano—. Me llamo Rendell ExxonMobil. Éste es mi equipo: James, Meter, Saqlain, Hunter. —Violeta los saludó con la cabeza—. Si no le importa, vamos a empezar. Tenemos quince minutos antes de que llegue el siguiente candidato.

Violeta se sentó a la mesa y abrió el maletín del portátil. Los paletos acercaron las sillas, preparándose para la batalla. Ella encendió el portátil y enchufó un conector RJ45.

—¿Me dan una clave o quieren que vaya por el camino más difícil?

Rendell miró a Hunter, que estaba tan delgado que parecía que su compañero le quitaba la comida.

—¿Una clave de usuario normal?

—Sí.

—Sí, se la doy.

—La puedo reventar si quiere.

—No tiene importancia.

—Por eso se la he pedido.

Hunter intentó parecer simpático.

—Puedo clonar su máquina. El usuario es «candidato8» y la clave lo mismo.

En el portátil de Violeta empezaron a aparecer un montón de aplicaciones, transformándolo en un PC estandarizado de ExxonMobil conectado a su red. Mientras esperaba, Violeta echó un vistazo a la caja beige que hacía run-run detrás de ella. Tenía las dimensiones y la apariencia de una nevera: era una máquina Hewlett-Packard Unix.

—¿Es éste su servidor?

—Así es.

—¿Y estamos aislados de la red de la empresa?

—Estamos bastante seguros.

—Yo le sugeriría que aislaran físicamente esta sala del resto de la red.

Se miraron fijamente durante un rato. Violeta tuvo que hacer un esfuerzo por no bostezar de aburrimiento. No le interesaba nada pensar en el tamaño de la polla de unos paletos esqueléticos.

—Desenchúfala.

James, el chaval, se metió a gatas debajo de la mesa.

—Vale. Ya está.

—Abróchense los cinturones —elijo Violeta metiendo su clave de usuario. En su escritorio había un pequeño icono llamado *Fizz*, en forma de bote de refresco. Hizo clic en él.

¡Bing!, hizo la máquina. Se abrió una ventana: *McAfee Antivirus: ¡AVISO! McAfee ha detectado un posible virus en su ordenador. Tipo de virus: desconocido. Archivo(s) afectado(s): Fizz.exe. Suprimir-Reparar-Ignorar.*

—Final del juego —dijo Hunter desde el otro lado de la mesa, echando su silla hacia atrás—. Lo siento, Violeta. La hemos matado. Gracias por jugar.

—No tenía que haberle dejado clonar su máquina —dijo James. La miró por encima del hombro—. Instaló nuestro antivirus.

Violeta miró su pantalla un poco más. Cuando paró toda actividad de la red, cerró la tapa y apoyó los codos en la mesa.

—No sólo hemos reventado su virus —continuó Hunter—, sino que hemos hecho una copia de su firma para reconocerla si aparece en cualquier otro sitio. Usted ya es historia.

Violeta echó un vistazo al hub, una pequeña caja de plástico que controlaba el tráfico entre el servidor y los PCs. Las luces verdes del hub parpadeaban.

—Entonces se está mandando mi virus al servidor.

—No, su virus no. La firma del virus. Hay una enorme diferencia.

Las luces del hub parpadeaban cada vez más. Los paletos lo miraban. *Flash-flash-flash-flash*. Violeta añadió:

—Entonces su servidor transmite mi virus a los antivirus de todos los PCs. ¿No es así?

—No, no, no. —Hunter miró rápidamente hacia el hub—. Los antivirus no almacenan los virus de verdad. Almacenan *patrones*.

—Mi antivirus se está actualizando —dijo otro de los paletos.

—El mío también.

—Eso es normal —les tranquilizó Hunter—. No pasa nada, chicos. Nos está vacunando.

—Mucho se fían ustedes de su antivirus —dijo Violeta—, aun sabiendo que se trata de un producto con problemas de buffer-overflow.

Hunter la miró fijamente.

—Su última oportunidad —dijo Violeta.

Se oyó un pequeño ruido, casi imperceptible para cualquier oído menos para el de un as de la tecnología. Desde cada PC se oía: *chik-chik-chik-chik-chik...*

—¡Joder! —exclamó Saqlain—. Actividad del disco...

—El mío también...

Todas las máquinas cayeron a la vez. Los paletos miraron las pantallas negras. Los ordenadores empezaron a hacer *bip... bip...* de forma simultánea, estaban reiniciándose. Violeta sabía lo que miraban ahora, una pantalla donde ponía: *BOOT DISK FAILURE: INSERT SYSTEM DISK*. Y eso significaba que o bien alguien había abierto cada ordenador y había sacado el disco duro o bien les habían propinado un ataque tan destructivo que el ordenador no sabía si el disco seguía allí o no.

—¡Joder! ¡Ha borrado el master boot record!

—¿Entró en el antivirus? ¿Nos ha metido un gusano en el *antivirus*?

Violeta giró la silla para ver las luces del servidor HP apagarse. Cuando no quedó ninguna encendida, se volvió hacia Rendell.



—¿Le interesa?

Rendell miró desde su servidor los PCs muertos.

—Podría haber sido toda la empresa —prosiguió Violeta—. No sólo esta sala. Dígame: ¿cómo quiere ser de vulnerable?

—Pare el carro —dijo Hunter—. No quiero ser un aguafiestas, pero no necesitamos comprarle a usted nada. Yo puedo recuperar todo esto. Dos segundos de actividad del disco, estará en alguna parte.

—Lo que sea capaz de recuperar de esos drivers —le replicó—, todo para usted. Silencio. Rendell miró hacia arriba.

—¿James? Cancela las citas con todos los demás candidatos, por favor.

## 22. Buy

Buy se despertó y se sentía como si le hubieran estado reorganizando los intestinos. Entró en el cuarto de baño tambaleándose. En el espejo alguien había escrito con carmín rojo:

¡ESPERO QUE TE ENCUENTRES MEJOR,  
DORMILÓN! ¡LLÁMAME!  
♥ SANDY

Se dejó caer encima del gres fresco. Buy decidió que no llamaría a Sandy Hancock. Se fue lentamente hacia la ducha. Hoy no iba a ser un buen día.

Llegó a Mitsui muy tarde, cosa que no sólo no era propio de un broker, sino que resultaba realmente indignante. Los mercados de valores funcionaban las veinticuatro horas desde hacía varios años, y Hamish estaría esperando enfadado a que Buy le relevara.

Se abrieron las puertas del ascensor. Caminó entre los cubículos. Hamish se levantó de un salto y cerró su maletín.

—Perdóname, Hamish, es que...

—No pasa nada. —Miraba a Buy de una forma rara. Toda su reacción era rara—. Me han contado lo que pasó. Ni siquiera tienes que quedarte, podemos pedir un sustituto...

—No, estoy bien.

—¿Seguro?

—Sí.

—Vale. Pues, buena suerte.

Buy observó cómo Hamish se marchaba; luego se sentó. Tenía la impresión de que todos los ojos le miraban y se dio la vuelta. De repente muchos brokers se concentraron en sus pantallas y se quitaban pelusas del pantalón. Se volvió hacia su pantalla.

Se quedó mucho rato mirándola. Algo no andaba bien, aunque no sabía qué. Pasó varias páginas de resúmenes financieros nocturnos, pero no era capaz de concentrarse en el ordenador. Volvía a pensar en lo que había pasado el viernes por la noche. Sonó el teléfono y lo miró, asustado de repente. No lo quería coger.

Sentía el sudor en la frente. A veces los brokers sufrían el síndrome conocido como *burn-out*; todos sabían de alguno que había perdido un tornillo. Sólo pensar que se podría esfumar la motivación para seguir era aterrador. Pensar que todo lo que te definía y sostenía podía carecer de sentido.

Una hora más tarde Buy notó una mano en el hombro. En ese momento, miraba fijamente a la nada.

Era Cameron.

—¿Quieres que hablemos?

\*

Había entrado en el despacho-pecera de Cameron sólo un par de veces. Todos los que estaban fuera podían ver dentro, así que sabías que estaban especulando sobre qué hacías allí. No era el despacho ideal para alguien que sufría de algún tipo de paranoia, pensó Buy.

—No tienes por qué estar aquí hoy —le dijo Cameron—. Lo sabes, ¿verdad?

—No me pagan si no vengo.

Cameron levantó los hombros.

—Aun así.

Buy contestó:

—Estoy bien.

—¿Cuántas operaciones has cerrado esta mañana?

Buy estaba seguro de que el ordenador que había encima de la mesa de Cameron le podría dar la respuesta a esa pregunta. Estaba más que seguro de que ya se la había dado.

—Ninguna.

—Voy a ayudarte —dijo Cameron—. ¿De acuerdo? He oído que ExxonMobil podría ser objetivo de una adquisición.

—¿ExMo?

—Se dice que a Shell le gusta la idea de que ExMo suba hasta cuarenta y siete.

Pensó.

—Shell es... la mitad de ExMo. No puede ser verdad.

—Yo creo que sí.

Buy lo consideró durante un segundo. Era una pista increíble, mucho más valiosa que la información de la ANR que le había dado Sami. Si no recordaba mal, ExMo se movía en torno a los treinta y uno. Cameron le estaba ofreciendo dieciséis dólares por acción.

—Pues, gracias.

—Dame las gracias cerrando operaciones. Eres un buen broker, Buy. No dejes que te echen.

—No lo haré.

—Bien. Pues sal y vende.

Buy salió del despacho y bajó las escaleras, intentando no hacer caso a los ojos que le miraban. Se sentó y le dio a una tecla del ordenador, buscando el último precio de ExMo. Era todavía más bajo de lo que había pensado: justo por encima de los treinta.

Levantó el teléfono. Oía el zumbido del tono de marcar. La mano le temblaba. Sentía el sudor en la frente. Intentó concentrarse en lo importante. *Diecisiete dólares la acción. Diecisiete dólares la acción.*

Un raro después colgó el teléfono. Tenía los dedos helados. Lo sentía dentro: le había ocurrido. Sufría de *burn-out*. Se había vuelto loco.

## 23. Jennifer

Pidió una orden de arresto enseguida, pero sabía que no caería esa breva. Estaba en el coche con Calvin cuando Elise, su jefa, contactó con ella por radio.

—¿De qué va esa petición que me has mandado? ¿Me quieres generar más papeleo?

—No, Elise —contestó Jennifer—. Tenemos motivos para pensar que John Nike...

—¿Porque un sospechoso lo dice? Necesitarás más que eso.

—Ya lo sé, pero vamos a interrogar a un agente de policía para que nos confirme que se reunió con John Nike. Entonces...

—Pues luego me lo cuentas, ¿vale?

—Vale —contestó Jennifer, y cortó la radio—. Mierda.

—Teníamos que intentarlo —dijo Calvin—. Oye, ¿sabes quién trabaja por aquí? El broker ese de Mitsui. ¿Quieres interrogarle?

—Sí, buena idea.

Cambió de carril.

—¿Y de qué conoces a John Nike?

Jennifer parpadeó atónita.

—¿Cómo?

Tu reacción en la sala de interrogatorios, parecía que le conocías.

—Bueno —le contestó—. Es que... a ver... he tenido algún trato con él antes.

—¿Cuándo?

—Oye —le contestó—, te quiero preguntar una cosa. Por lo visto alguien le contó al loquero del hospital que a mí ya no me interesa salir con nadie. ¿Se te ocurre quién pudo ser?

—Bueno —dijo Calvin—. A lo mejor le dije... que llevabas tiempo sin salir con nadie... —La miró de reojo—. Sólo quería ayudar.

—Salgo mucho —le contestó.

—Vale, vale. De acuerdo.

—Es verdad —insistió.

—No he dicho nada.

—Es que he estado muy ocupada últimamente, nada más.

Sonó la radio.

—Unidad tres-tres-nueve, ¿me recibe?

Jennifer contestó.

—Tres-tres-nueve.

—Soy Gary. Estamos en el piso que nos mandaste registrar, el de Hack Nike. Aquí no hay ningún cadáver.

Jennifer miró a Calvin. Se encogió de hombros.

—¿Estáis seguros?

—Si quieres que empecemos a destrozar los muebles...

—No. —No tenía presupuesto para reponer muebles—. ¿Hay señales de violencia?

—Está la cama sin hacer.

—En la *cocina*. Se supone que el cadáver estaba en la cocina.

—La cocina está impecable. Es el cuarto más limpio de la casa.

—De acuerdo. Gracias. —Seguidamente colgó y le preguntó a Calvin—: ¿Crees que Hack nos mintió?

—Él no dijo que viera el cadáver. Dijo que su novia le contó que estaba allí. Esa Violeta.

—Entonces o miente Hack o miente Violeta...

—O fue John Nike y lo limpió todo.

—Lo último... —dijo Calvin—. Yo me quedo con la tercera opción.

—¡Mierda! —dijo Jennifer—. ¡Ese cabrón!

Calvin la miró.

—¿Qué?

—Entonces, ¿dónde dijiste que le habías conocido?

—¿Qué importa eso?

—Estoy intentando comprender por qué este caso es tan importante para ti. Por qué no pides la baja, aunque...

—Mató a catorce personas. ¿No es suficiente?

—¿Para explicar esa cara que pones? No.

—No pongo ninguna *cara*.

—Ahora te estás irritando —dijo Calvin—. Yo creo que has trabajado con él antes. Antes de trabajar para el Gobierno. Y creo que tu fuente misteriosa es alguien que trabajó contigo también.

Jennifer se apretaba la sien con los dedos.

—No he trabajado jamás para Nike, ¿vale? Déjalo ya.

—Bueno —dijo Calvin—. Lo que está claro es que no te pusieron ese tatuaje los del Gobierno.

\*

Buy Mitsui tardó mucho en bajar. Jennifer se entretuvo leyendo lo que había colgado en la pared. Había trabajos monográficos, con fotos de hombres trajeados dándose la mano debajo de titulares que decían *Mitsui & Reebok: ¡Suben un 118 %!* Le recordaba las fotos que ponían en los casinos: matrimonios mayores delante de máquinas tragaperras con leyendas increíbles. ¡*JACKPOT!*

—Soy Buy —dijo alguien, y Jennifer se volvió.

Era alto y atractivo, lo que le sorprendió. Sí que llevaba tiempo sin salir con nadie.

—Soy Jennifer Gobierno. Gracias por dedicarme su tiempo.

—Pensaba que ya había terminado con esto. En el centro comercial. No veo por qué...

Calvin dijo:

—¿Hay algún sitio donde podamos hablar?

Buy bajó los hombros.

—Hay una sala por aquí.

Le siguieron. La sala de reuniones era grande y estaba muy bien iluminada; las sillas eran pesadas y hechas de madera. No había nada parecido en el Gobierno.

—Bonito despacho.

—Nuestra empresa vende intangibles —dijo Buy. Se sentó enfrente de Jennifer—. Nada que se pueda tocar. Así que nos gusta aparentar ser muy... —Golpeó la mesa.

—¿Ricos?

—Sólidos. —Sonrió, pero era una sonrisa rara, desconectada; a Jennifer le preocupó un poco. A Buy Mitsui le faltaba un hervor.

Calvin abrió su cuaderno.

—¿Estuvo usted en el centro comercial Wal-Mart de Chadstone el viernes pasado?

—Sí.

—¿Pero no vio nada?

—Llegué demasiado tarde. La chica... estaba...

—Tómese el tiempo que necesite —dijo Jennifer.

—Lo siento. No estoy... La chica murió. No pude ayudarla. Lo intenté.

—¿No vio quién le disparó?

—No vi nada. Ya les conté todo esto a los del Gobierno el viernes pasado.

—De acuerdo —dijo Calvin, dando la vuelta a las hojas del cuaderno—. ¿Le dio dinero a la chica? ¿Por qué?

—Porque quise.

—¿Pero no la conocía de nada?

—No.

Calvin hizo una pausa. Jennifer sabía que estaba esperando que ella entrara: formación de flanqueo, presionar desde el otro lado. En vez de eso, dijo:

—Yo estaba allí esa noche.

Buy la miró sorprendido.

—¿En Chadstone?

—Me despegaron del techo de un Mercedes.

La miró con los ojos como platos. Luego se rió.

—Lo siento. No te reconocí. Estás bastante mejor ahora.

Miró hacia el suelo, un poco nerviosa.

—Una puta coincidencia, ¿verdad? Darle dinero a Hayley para que pudiera comprar las zapatillas que fueron la causa de su muerte, ¿no crees?

Se arrepintió enseguida de sus palabras. Buy tenía un aspecto apenado.

—¡Ojalá no la hubiera conocido!

—¿Vio a alguno de los agresores esa noche? —preguntó Calvin.

—No.

—¿Alguien sospechoso que viera por allí?

—No.

Silencio.

—Entonces, ¿lo único sospechoso que vio esa noche fue a sí mismo? ¿Es así?

—Supongo que sí.

Calvin la miró. Ella asintió.

—De acuerdo. Entonces hemos terminado. Por ahora.

Jennifer se puso de pie. Buy miraba fijamente la mesa. Por un impulso, Jennifer se volvió a sentar.

—¡Oiga! —dijo.

Buy miró hacia arriba.

—Entiendo cómo se siente. —Él no dijo nada. Le puso su tarjeta encima de la mesa y se la acercó—. Si hay algo más, llámeme. ¿De acuerdo?

Asintió sin decir nada, mirando la tarjeta.

Jennifer le cogió la mano por encima de la mesa. Luego se marcharon, pasando por el vestíbulo, y saliendo al sol. La puerta se cerró tras ellos, y se oyó el ruido de la goma al cerrar.

—¡Vaya con Jennifer Gobierno! —dijo Calvin finalmente—. No está todo perdido todavía.

—Cállate —le contestó—. Vamos a hablar con Pearson.

## 24. Billy

El plan de Billy ANR era muy sencillo: en cuanto pudiera, iba a echar a correr como alma que lleva el diablo. Cuanto más tiempo durara esta farsa, más jodidas se irían poniendo las cosas.

El interior del avión no tenía butacas sino bancos y arneses, y cuando despegaron, en vez de repartir cacahuets y cocacolas con demasiado hielo les repartieron rifles de asalto Vektor R4. Era el rifle más pesado que Billy había cogido jamás. El hecho de que alguien pensara que le pudiera hacer falta le acojonaba.

Aterrizaron en medio del campo, salieron del avión y se metieron en la parte de atrás de dos camiones de alquiler. Más bancos y arneses. Charlaban, nada que tuviera mucho sentido, pero Billy no despegaba la mirada de sus botas negras. Empezaba a pensar que estaría mejor si todavía anduviera perdido por el monte.

El camión se quedó allí quieto durante dos horas y luego arrancó tan bruscamente que Billy se golpeó contra el tipo que estaba a su lado.

—Disculpa —dijo Billy.

—No pasa nada, colega —le contestó el tipo. Pero sí pasaba algo. Pasaba algo gordo.

El comandante se puso de pie.

—Estamos a menos dos minutos. Lo que tenemos que hacer cuando alcancemos el objetivo es mantener un perímetro de operación seguro, dentro del cual va a actuar el equipo B. ¿Está todo claro?

—¡Si, señor! —gritaron los hombres. Billy no gritó nada, pero la palabra «perímetro» era lo más interesante que había oído en todo el día.

El camión redujo velocidad y paró. El comandante abrió las puertas un poquito y miró fuera mientras los demás se quedaron allí quietos con las manos en el Vektor. Billy se estaba dando cuenta de que aquí se iba a infringir la ley repetidas veces.

—¡Vamos, vamos, vamos! —dijo el comandante y abrió las puertas de par en par.

Inmediatamente Billy vio dos cosas: primero, se encontraban en una calle arbolada y relativamente residencial y, segundo, alguien iba a sufrir un accidente de tráfico muy grave. El coche era un Ford antiguo y el segundo camión se le empotró por detrás. Las ruedas del Ford giraron dos vueltas completas entre humo de caucho quemado, y el vehículo chocó contra un poste de teléfono.

—¡Venga! —gritó alguien, y Billy se dio cuenta de que estaba mirando con la boca abierta como un idiota. Algunos de los soldados de la ANR corrían hacia el coche siniestrado, agachados como si estuvieran esperando que el tipo del coche saliera disparando. Otros dos estaban sacando algo del segundo camión, una especie de quijadas de la vida. El grupo más numeroso de soldados ponía vallas metálicas por la carretera sur. Billy empezó a correr hacia el norte.

—¡Oye, tú! Al sur, al sur.

—Voy a cubrir el lado norte —gritó—. Voy a echar un vistazo.

Oyó pasos tras de sí. Echó a correr más rápidamente, pero con el Vektor era como intentar correr con una moto al cuello. Un soldado le cogió del brazo. Era un tipo joven, como Billy, pero no sentía terror.

—¿Qué pasa? Al sur, hombre.

—Tío, de verdad que tengo que ir por aquí —contestó Billy—. No te lo tomes a mal, pero...

Detrás de él, las quijadas de la vida chirriaron. Billy se sobresaltó. Los tíos de la ANR estaban destrozando el Ford, o lo que quedaba de él. Por primera vez Billy vio que tenía una insignia de la Policía en un lado. Vio que algo se movía dentro.

—Yallam se va a enterar de esto. Ahora mete tu trasero dentro del perímetro.

—Mirad, esto es un gran error —dijo, y se oyeron disparos y Billy se tiró cuerpo a tierra. Levantó la cabeza. El soldado joven le miraba con desprecio. Los soldados de la ANR se marchaban corriendo del Ford destrozado, guardando sus armas. Billy se dio cuenta de que acababan de cumplir su misión. Se sintió mal.

—¡Enemigo al sur! Se acerca el enemigo.

—¡Vamos! Nos necesitan. —El soldado joven se volvió corriendo hacia la fila de soldados.

—No, gracias —dijo Billy. Se puso en pie—. Hasta luego, amigo. Se veían tres coches azules en la cima de la colina. Venían rápidos y llevaban una especie de cañón



rotatorio en el capó: a Billy le sonaban de los anuncios de la Policía en la tele. Los soldados de la ANR abrieron fuego. Entonces empezaron a oírse los cañones de la Policía, y de repente por todas partes hubo balas que rebotaban en los coches, se incrustaban en la carretera y pasaban rozando el cuerpo de Billy.

—¡Joder, joder! —gritó uno de los tíos que estaban sacando las quijadas de la vida. Corría hacia el segundo camión, lo que a Billy le pareció una buena idea. Entró en la parte de atrás con el tío de las quijadas y otros dos soldados de la ANR sudados. En el interior, sonaban las balas como granizo y dejaban en el camión unas preocupantes abolladuras. Alguien de la parte delantera arrancó el motor y el camión avanzó de un salto.

—Equipo A, vuelva, vuelva —decía el tío de las quijadas por radio.

—El Equipo A ya se ha ido —contestó un soldado—. ¡Esos coches de la pasma! Nos han liquidado.

—No pueden pasar la barrera —dijo el tío de las quijadas—. Tendrán que dar la vuelta, toda la manzana. Tenemos a lo mejor hasta noventa segundos para perderlos.

Billy decidió que se iba a quedar pegado al tío de las quijadas. Ese tío sabía lo que hacía. El camión dio saltos y bandazos. Billy se agarró al cinturón. Luego sintió que iban más lentos.

El tío de las quijadas preguntó:

—¿Qué pasa?

—A mí no me preguntes —contestó Billy, pero el tipo hablaba por radio. Por radio se oía algo como: *Crrsshuvfss ssahvunt*.

—¡De acuerdo! —dijo el tío de las quijadas. Miró a los demás—. Vale. Ahora tenemos un problema.

## 25. Jennifer

—Es un buen sistema —dijo Calvin, adelantando a un Chrysler—. No es que gaste más. Compró lo que compraría de todas maneras, pero lo hago en empresas US Alliance.

—Ya —contestó Jennifer.

—Puedes comprar el ordenador en IBM, la gasolina en Shell, hacer llamadas en AT&T... y en nada de tiempo empiezas a recibir vales hasta por cincuenta dólares. Y si compras un coche...

—No me gustan los programas que te comprometen.

—Pues podrías apuntarte a Team Advantage —dijo Calvin—. Pero US Alliance tiene dos veces el número de empresas que son los números uno de su industria.

—¿Eso de dónde lo has sacado? ¿Del folleto de publicidad?

La radio decía:

—Agentes Jennifer y Calvin, identifiquen su posición, por favor.

Jennifer contestó:

—Centro ciudad, esquina de King con Flinders.

—Procedan a la esquina de las calles Chapel con Inkerman en Santa Kilda. Se está cometiendo un delito. Actúen con la máxima cautela.

—Allí es a donde vamos. ¿Cuál es la situación?

—Llamada de socorro de la Policía. Están asaltando a un tal Sargento Jefe Pearson Policía. Puede que los instigadores sean de la ANR.

—¡Joder! —Dejó caer la radio—. ¡Vamos!

Calvin pisó a fondo el acelerador, zigzagueando entre los coches. Jennifer encendió la sirena y el coche bajó la calle de Santa Kilda a toda pastilla.

—No deberíamos haber parado para hablar con ese broker.

—La calle Inkerman es esa que...

—Dos manzanas más —contestó Jennifer—. ¿Ves de dónde sale ese camión Ryder?

—Sí. —Redució la velocidad y apagó la sirena.

El camión los adelantó, cogiendo la dirección contraria. Jennifer se fijó en que la parte delantera había sufrido algunos daños: la parrilla estaba destrozada. Frunció el ceño.

—Da la vuelta.

—¿Qué?

—Vamos a detener ese camión.

—¿Por estar implicado en un accidente?

—Hazlo. —Calvin giró el volante. Jennifer se mordía el labio. Ese camión había sufrido algo más que un accidente de coche: llevaba el lateral todo agujereado y abollado.

—¿Nos funciona la sirena?

—Sí.

—¿Entonces por qué no se detienen?

—No sé. Voy a adelantarles para cortarles el paso.

—De acuerdo —le contestó, y se abrió la puerta trasera del camión.

—¡Joder! —exclamó Calvin.

Jennifer vio a unos hombres vestidos con pantalón de camuflaje y camiseta negra. Calvin giró el volante a la izquierda. Cayó una lluvia de balas contra el coche. Jennifer oyó el reventón de un neumático. A Calvin se le escapó el volante de las manos. Las estacas blancas de una valla fueron golpeando el parabrisas, y entonces Jennifer vio de repente un árbol enorme.

Después de un rato, se dio cuenta de que Calvin hablaba por radio. Intentó desabrocharse el cinturón.

—Jen, ¿estás bien?

Ella encontró la manilla y salió del coche. Le pesaba la cabeza. Miró a su alrededor y vio un árbol en medio del capó de su coche. Se fue tambaleando hacia la carretera.

—Vienen refuerzos, Jen. Nos quedamos aquí.

Se paró en medio de la carretera.

Calvin fue detrás de ella.

—Jen, siéntate. Estás sangrando.

Se llevó una mano a la frente. Vio después los dedos rojos y pegajosos. Eso significaba que se coagulaba.

—¿Crees que han matado a Pearson? —preguntó Jennifer.

—Supongo que sí.

En la cima de la subida se veía un Taurus blanco. Jennifer sacó su identificación y le hizo señal de parar. El conductor era un joven sin afeitado. Parpadeaba nervioso.

—¿Sí?

—Quiero requisar su vehículo para asuntos del Gobierno. Pagamos trescientos dólares por hora de uso más cualquier reparación que sea necesaria. También tiene la satisfacción de saber que ha ayudado a prevenir el crimen en su vecindario.

—¿Trescientos por delante?

—No —contestó Jennifer—. Lo siento, pero no llevo sumas así encima sólo por si hay que requisarle a alguien el coche.

—Jen —dijo Calvin—. Por favor, no vamos a pulir el presupuesto para esto.

—No, espera —dijo el chaval bajando del coche—. De acuerdo. ¿Trescientos por hora?

—Eso es —le contestó—. Calvin, tómale los datos.

—¡Jen! No puedes ni conducir.

Tenía razón: ella apenas podía conducir. Pero el coche era automático y podía coger el volante con la mano del brazo lesionado, quizás incluso girarlo. Jennifer pisó el acelerador. Pensó que la ANR pondría tanta distancia como pudiera entre ellos y la escena del crimen, pero evitarían las autovías porque se atascaban en determinados puntos. Sólo quedaba la calle Dandenong, y ella estaba segura de que saldrían de la ciudad, de que no se internarían en sus calles. Iba deprisa entre el tráfico.

En un minuto dio con el camión. Se acercó por detrás y esperó hasta llegar a una recta. Entonces bajó la ventanilla, sujetó el volante entre las rodillas, y sacó fuera su .45.

El conductor debió de haberla visto: dio un volantazo antes de que ella pudiera disparar. Si él hubiera frenado, Jennifer hubiera jodido todo porque le habría embestido. Pero él intentó zigzaguear y como los camiones Ryder de alquiler no eran de los más fáciles a la hora de maniobrar, Jennifer le reventó tres neumáticos, uno

detrás de otro. El camión se salió por el arcén y se empotró en el escaparate de una tienda.

Jennifer pasó por delante y empezó a cambiar de sentido. El hombro lesionado le complicaba la maniobra más de lo que esperaba y cuando terminó de dar la vuelta los tipos de la ANR ya salían del camión.

Pisó el freno y se agachó. El parabrisas explotó. Las balas se comían el asiento del conductor, llenando el coche de espuma amarilla. Jennifer se agachó cuanto pudo entre los pedales; luego sacó la pistola por encima del salpicadero y disparó al azar. Cesaron los disparos. Jennifer cogió el retrovisor, desencajándolo de su sitio y lo agarró fuerte contra sí, respirando fuerte.

Seguía todo quieto. Levantó el retrovisor y lo giró. Había tres tipos de la ANR al lado del camión... y otro que corría agachado hacia el coche. Tiró el retrovisor, cogió la pistola y disparó tres veces. Un hombre gritó. Jennifer se quedó sorprendida. Miró por el retrovisor otra vez: un tipo de la ANR se alejaba agarrando la pierna.

—Genial —dijo Jennifer.

Empezaron los disparos otra vez contra su coche. Jennifer encontró la radio y pidió refuerzos del Gobierno y, mientras, empezó a intercambiar disparos esperando tenerlos a todos entretenidos un rato. Lo más importante era disparar lo suficiente como para que se sintieran metidos en una batalla campal y no hicieran nada táctico como avanzar sobre ella.

Cuando oyó los coches, levantó otra vez el retrovisor. Una fila de Cadillac SUVs negros paraba al lado del camión Ryder. Se abrieron y cerraron puertas.

—¿Dónde están mis refuerzos? —gritó a la radio—. Se están escapando.

—Tiempo de llegada estimado de cuatro minutos, Agente. —Jennifer tiró el transmisor con desprecio. Cuando oyó que los coches se marchaban, abrió la puerta de golpe y se tiró a la carretera.

Ya era demasiado tarde. Apuntó a las ruedas del último coche y disparó una y otra vez. Dio dos veces en la carretera, destrozó la luna trasera y abrió el maletero, lo que hubiera sido un disparo increíble si eso fuera lo que estaba intentando hacer. Pero no lo era.

—¡Mierda!

Algo se movió a su derecha. Se volvió. Un hombre iba corriendo por un callejón: vio el pantalón de camuflaje y el rifle pesado.

—¡No se mueva! ¡Agente del Gobierno!

Él siguió corriendo. Ella apuntó por encima de la cabeza del hombre y disparó.

El hombre cayó al asfalto con tanta fuerza que Jennifer pensó que le había alcanzado sin querer. Pero al acercarse vio que estaba vivo. Se cubría la cabeza con las manos.

—¡Por favor, no dispare!

Jennifer ejecutó una llave de libro: la rodilla contra la espalda del tipo y la pistola contra su cabeza.

—¿Mataste a alguna chica el viernes pasado? ¿Has visitado alguna tienda Ciudad Nike? ¿Eres amigo de John Nike?

—No soy uno de ellos. Lo juro. No soy uno de ellos.

—Eso ya lo veremos —le contestó.

# TERCERA PARTE

## 26. Emersión

Hack aspiró profundamente. ¡Qué bien se encontraba ahora que estaba fuera! Lo que había dicho Jennifer Gobierno era la pura verdad: no se aprecia la libertad hasta que es demasiado tarde. Una experiencia así revela la verdadera dimensión de las cosas. Te das cuenta de lo que es importante y de lo que no.

No estaba deprimido, aunque sabía que era perfectamente posible que perdiese su trabajo y que no descendiera la deuda que tenía con la Policía. Pero Hack estaba encantado de estar vivo.

Cogió un taxi para ir a casa de la hermana de Violeta; sin embargo, a mitad de camino cambió de idea y se bajó en los almacenes Sears, en la calle Fitzroy. Quería comprarle un regalo a Violeta: algo para demostrarle sus sentimientos. Esta experiencia les había unido aún más, pensaba Hack.

Se paró. Sears tenía una sección de joyería. Las filas de mostradores de piedras preciosas y sortijas brillaban ante él. Vaciló un momento, pero enseguida decidió entrar.

—¿Le puedo ayudar? —preguntó la dependienta. Era pelirroja con el pelo rizado.

—Bueno... —contestó Hack—. ¿Tiene...?

—Déjeme adivinar —interrumpió—. ¿Anillos de pedida?

—¿Cómo lo ha sabido?

—Parece usted nervioso —contestó la chica con una sonrisa.

\*

Agarraba con fuerza el paquetito mientras hacía cola en la caja detrás de una señora enorme que iba a comprar un triciclo.

—No me diga que no lo puede envolver para regalo —le decía la señora al chico de la caja—. Ustedes dicen tener una sección dedicada a empaquetar, y yo quiero que me envuelvan esto.

—En esta caja sólo puedo envolver para regalo las cosas pequeñas —le explicaba el chico con mucha paciencia—. Si quiere que le envuelvan algo tan grande, tendrá que ir a la tercera.

—No es lo que pone el cartel.

—Lo siento mucho —le dijo el chico.

La señora se marchó apartando a Hack de su camino y golpeándole en el brazo con un manillar del triciclo. Hack protegía el paquete que llevaba en la mano. Había ido antes a la sección de envolver regalos, aunque su regalo era un paquete pequeño y se lo podía haber envuelto el chico de la caja.

El chico escaneó la cajita de Hack con el lector de códigos de barra. Apareció el precio en la pantalla de la caja en letra naranja: 649,95 dólares.

—¿Tiene la tarjeta US Alliance?

—Tome. —Se la entregó al chico.

—¿Y tiene la tarjeta Team Advantage?

—¿Cómo?

El chico indicó una chapa de color azul que llevaba en la camisa. Ponía: TIRE SU TARJETA T.A. Y AHORRE DINERO. PREGÚNTEME CÓMO.

—Si deja el programa de Team Advantage, US Alliance le ofrece el quince por ciento de descuento en todas sus tiendas durante los próximos dos meses. ¿Tiene la tarjeta T.A.?

—No. Trabajo para Nike.

—No pasa nada. Si se queda con US Alliance y no coge la tarjeta T.A. también puede acumular puntos.

Hack miró sorprendido. Eso sonaba bien.

—¿Cómo puedo apuntarme?

—Así —le contestó el chico, y apretó un botón. La caja imprimió unas líneas más en el recibo de Hack—. Gracias por comprar en Sears. ¡Que tenga un buen día!

—Gracias —contestó Hack. Cogió su paquete y se marchó de la tienda. Un impulso le hizo darse la vuelta para mirar las cajas. Había treinta o cuarenta, alineadas como almenas. En cada una había un chico o una chica de buena apariencia con uniforme de Sears. Las chapas azules que llevaban parecían hacerle un guiño.

\*

Claire, la hermana tic Violeta, estaba viendo la tele cuando llegó Hack. La verdad es que había conocido primero a Claire: había conocido a Violeta gracias a ella. Claire era alta, tenía el pelo largo, ojos castaños y una sonrisa bonita. Era más tímida que Violeta; se parecía más a Hack. Durante un tiempo Hack había pensado que estaba enamorado de ella. Pero luego apareció Violeta. Y Violeta era muy decidida.

—Hola.

—Hola, Hack. ¿Dónde has estado?

—Tenía que hablar con los del Gobierno.

Claire miró sorprendida.

—¿Te has metido en algún lío?

—No. La verdad es que no. ¿Está en casa Violeta?

Contestó que no con la cabeza.

—Pensé que estaba contigo.



—Hoy tenía una reunión de negocios. Si no ha llegado... a lo mejor es que le ha ido bien. —Miró el reloj. Era bastante tarde.

—¿Has comido? Si quieres te puedo preparar algo.

—No, gracias. —Le daba vergüenza. Claire siempre se ofrecía para hacerle cosas —. ¿Te importa si llamo a mi casa? A lo mejor está allí.

—En absoluto.

—Gracias. —Se dirigió a la cocina y marcó el número. Se oía incesantemente la señal, pero nadie descolgó.

## 27. Dislocación

Violeta nunca había viajado en avión, y a Rendell, el gerente gordo de ExxonMobil, eso le pareció muy divertido.

—¿Ni siquiera de un estado a otro? —le preguntó asombrado. Rendell estaba apuntado a un programa para pasajeros asiduos por el cual acumulaba puntos que podía cambiar por billetes de avión gratis. Ahora mismo podía canjear puntos por dos millones de millas de viaje.

A Violeta le hubiera encantado viajar sin Rendell, ya que ocupaba todo su asiento extra ancho en clase *business* y se le acercaba demasiado cuando quería hablar con ella, o sea, todo el tiempo. Había cogido una novela de una selección que le había ofrecido la azafata, pero Rendell no la dejaba leer en paz. Después de catorce horas, lo único que quería era que Rendell se atragantara con un cacahuete de los de la compañía aérea.

Se le acercó una vez más.

—Te puedes conectar a internet desde aquí, ¿sabes? Hay un punto en el reposa brazos.

Violeta miró. Era verdad.

—Aunque con ese virus tuyo... Quiero decir, lo tienes a buen recaudo, ¿verdad? A lo mejor no sería buena idea que te conectaras.

—Dudo mucho que la red de usuarios esté conectada a los mandos del avión — dijo Violeta.

—Aun así. —Rendell sonrió nervioso.

—De acuerdo. —De todas maneras, no tenía la intención de mandar ningún mensaje mientras Rendell la espiaba por encima del hombro. Cogió la novela.

El brazo de Rendell apretaba el suyo.

—Pero hay teléfonos. Si quieres.

Le miró.

—Por si le tienes que decir a alguien que vas camino de Tejas. No te preocupes por el coste, está solucionado.

—No tengo que llamar a nadie —contestó Violeta. Tampoco quería llamar a casa con Rendell al lado.

\*

Le sorprendió lo feo que era Dallas. Incluso al amanecer, parecía como si la ciudad se hubiera construido para resistir un bombardeo. Nunca había visto tanto hormigón junto.

—¿Qué te parece? —le preguntó Rendell en el taxi—. Bonito, ¿eh? —¿No hay árboles?

—Hay algunos parques. —Estiró el cuello para ver—. Creo que se ve uno... —Había un camión de gran tonelaje en el carril de al lado. El taxi se oscureció como si estuviera adentrándose en la tierra. Violeta se tapó los oídos—. Pasando ese accidente.

Violeta miró. Se veía una masa de metal y unas grúas sacando coches y camionetas. El taxista redujo la velocidad para sortear un neumático hecho trizas que se había metido rodando en la carretera. Violeta no veía ningún parque.

—¿Lo ves?

—Sí —le contestó—. ¿Cuál es el edificio de ExxonMobil?

—ExMo está a las afueras. En Irving. A unos treinta y cinco minutos en coche.

—Ah.

—Vas a acabar harta de mí —le dijo con una sonrisa. Violeta intentó devolverle la sonrisa—. Pensé que te gustaría ver Dallas. Aquí es donde asesinaron al Presidente, ¿sabes?

Le miró sorprendida.

—¿Al Presidente de ExxonMobil?

—No. A Kennedy, el Presidente del Gobierno.

—Ah —le contestó, volviendo la mirada hacia la ventanilla.

—Seguramente eres demasiado joven para haber oído hablar de él —dijo Rendell, y Violeta se mordió el labio hasta hacerse daño.

\*

El hombre de ExxonMobil era alto y tenía los ojos azules. Se puso de pie, sonriendo, y extendió la mano. Forzaba la boca para que se le vieran los dientes, pero los ojos seguían igual, sin cambiar el gesto.

—Violeta, por favor, siéntese.

Se sentó en una silla muy recargada al otro lado de la mesa. Rendell se sentó a su lado. No había manera de librarse de él.

—Soy Nathaniel ExxonMobil, Presidente. —Detrás de él había una puerta con el logo de ExxonMobil, un tigre rugiendo, grabado en cristal esmerilado.

—Le agradezco que haya venido habiéndola avisado con tan poco tiempo.

—No se preocupe. —Tenía sed.

—Vamos a empezar a hablar. Pero primero quiero que entienda unas directrices.

—No me importa firmar un acuerdo de confidencialidad.

—No quiero que firme un acuerdo de confidencialidad. —Sonrió—. Prefiero hacer esto con un acuerdo verbal.

—Ah. —Violeta empezó a hundirse. Esto ya se salía de lo poco que ella sabía de cómo funcionaban los negocios.

—Los contratos obligan a la gente a hacer cosas, Violeta, y a la fuerza nunca se consiguen buenos resultados. Las personas alcanzan grandes logros si trabajan juntas de forma voluntaria en beneficio mutuo. ¿No le parece?

—Sí, sí —le contestó, pero sentía que estaba caminando por la cuerda floja. Un acuerdo de confidencialidad era una práctica normal; lo utilizaba todo el mundo. Pensaba que Nathaniel no hablaría con ella sin haber firmado uno, a no ser que tuviera una forma mejor de asegurarse su silencio.

Cruzó las manos y las apoyó en la mesa.

—Tengo entendido que tiene un programa que puede acabar con la red de una empresa. ¿Es cierto?

—Sí.

—¿La red de cualquier empresa?

—Más o menos.

—¿Si quisiera atacar la red de mi empresa a una hora determinada, un día determinado, lo podría hacer?

—Pues no. El programa sólo se activa cuando los usuarios piden actualización al servidor. Eso podría ocurrir en el acto o en el plazo de una semana.

Rendell se adelantó en la silla.

—Pero en Melbourne pasó tan rápido...

—Estaban totalmente obsesionados, y tenían los antivirus preparados. Cuanto más activo esté el antivirus, más rápidamente se extiende mi programa.

—Ah —dijo Nathaniel.

—No me di cuenta —se disculpó Rendell—. Perdona, Nathaniel, di por sentado...

Nathaniel no le hizo caso.

—Violeta, para que este programa me sirva, necesito poder controlar la hora a la que se activa.

—Pero si quiere simular un ataque puede...

—Vamos a acordar que necesito controlar la hora —le cortó Nathaniel—. ¿De acuerdo?

Y Violeta se dio cuenta de que a Nathaniel ExxonMobil no le interesaba simular nada. No quería su programa por razones defensivas. No quería reforzar la seguridad de sus sistemas informáticos. Empezó a sentir miedo.

—¿Y si logramos acceder a un servidor clave? —le preguntó Nathaniel—. ¿Entonces podría controlar la hora?

Entonces si, podría cargarla y decirle al servidor que actualizara. Pero si tiene acceso a un servidor, ¿por qué se va a molestar en...?

—Podríamos acceder de forma temporal. Si no nos queda otro remedio.

Violeta respiró hondo.

—Pues, si pueden hacer eso, pueden controlar la hora.

Silencio.

—¿Le gustaría trabajar para ExxonMobil, Violeta? —le preguntó Rendell.

Violeta pegó un brinco.

—Yo no he venido aquí para convertirme en empleada de nadie. Sólo quiero vender los derechos de mi programa.

—Los compraremos nosotros. Y le pagaremos muy bien. Pero quiero que sea usted quien lo ponga en marcha.

Sintió un dolor fuerte en la tripa.

—¿A qué se refiere con ponerlo en marcha?

—Nosotros accedemos al servidor, usted carga su programa y lo extiende por la red.

—¿Acceso remoto, querrá decir? —preguntó Violeta, aunque pensaba que no era en absoluto lo que él quería decir.

—No voy a correr el riesgo de hacer nada por control remoto. Tendrá que ser *in situ* —contestó Nathaniel.

—Pero... *in situ*... ¿cómo voy a...?

—Un pequeño grupo de nuestro personal de seguridad entrará en el edificio objetivo del ataque —le informó— y tomarán medidas para darle acceso directo al servidor.

Violeta se agarró fuerte al asiento.

—Pensaba que no se lograba nada con la fuerza.

—¡Fíjate! —contestó Nathaniel, divertido—. Me ha calado, Violeta ExxonMobil.

## 28. Vigilancia

A Jennifer, Billy ANR le estaba provocando dolor de cabeza. Se frotó la frente.

—¿Me quiere decir que estos tíos de la ANR simplemente *suponían*?

—Estaban armados. No iba a ser yo quien les dijera que se estaban equivocando. Y luego me subieron a un avión. No tuve ninguna oportunidad de huir. —Miró primero a Jennifer y luego a Calvin—. Me tienen que creer.

—Es el cuento chino más grande que he oído en toda mi vida —repuso Jennifer.

—Dices que los de la ANR se pusieron en contacto contigo debido a tus proezas con el rifle —dijo Calvin—. ¿No serán proezas de francotirador? ¿A quién querían que asesinaras?

—Está claro que a Pearson Policía —se adelantó Jennifer.

—No —dijo Billy—. Ésos eran *otros* tíos de la ANR. Éstos pensaban que yo era otra persona, pensaban que era alguien que se llama Bill.

—¿Entonces dónde está el verdadero Bill? —preguntó Calvin—. ¿Quién es?

—¡Y yo qué sé!

—¿Nunca has oído hablar de John Nike?

—¡Joder, que no! No he oído hablar de John Nike en mi vida. A mí sólo me subieron a un avión y me mandaron aquí, y de repente veo que se están cargando a todo el mundo desde unos coches con metralletas en el capó y...

—¡Vale ya! —dijo Jennifer—. ¿Calvin?

Se acercó arrastrando la silla. Billy se frotó la cara.

—Oiga, ¿me dan un pitillo? Me...

—Cierra el pico. —Jennifer se acercó a Calvin—. ¿Qué hay del tío de la ANR que se cargó a Taylor?

—No se llamaba Bill.

—¿Y alguna de las víctimas?

—Ningún muerto se llama Bill.

—Entonces lo de este tío es un cuento chino. Está encubriendo a alguien.

Calvin se encogió de hombros.

—A lo mejor el verdadero Bill decidió largarse en cuanto vio que se había cargado a un agente del Gobierno.

—O a lo mejor este tío es el verdadero Bill y fue él quien mató a Taylor.

Le miraron.

—De verdad que necesito un pitillo —dijo Billy—. En serio.

—¿Sabes lo que hará la Policía contigo? —le preguntó Jennifer—. ¿Tienes la más mínima idea? ¿Sabes que se encargan de sus propias cárceles?

—¡Espere! ¡Pare el carro!

Alguien llamó a la puerta. Jennifer se giró. Era Elise Gobierno.

—Hola, jefa —saludó Jennifer.

—¿Tienes un momento?

—Sí, claro. —Cerró la puerta al salir.

—Adivina lo que me acaban de mandar —dijo Elise—. Una evaluación psicológica.

Jennifer sabía que estaba al caer.

—Oye, Elise, estaba de cachondeo con el loquero ese. No pensaba que me fuera a tomar en serio. Entre tú y yo, ese tipo necesita unas vacaciones.

—Eres tú quien se va de vacaciones —dijo Elise—. Ya mismo. Vete a casa.

—No, Elise, espera. Estoy haciendo un avance importantísimo. He pillado a un asesino con las manos en la masa; nos llevará a John...

—Eso no es ningún avance. El laboratorio acaba de mandar los resultados de las pruebas que le han hecho al arma del sospechoso. No la han disparado.

Jennifer parpadeó.

—¿Ni una sola vez?

—Escúchame. Necesitas descansar. Este caso se resolverá sin ti. No eres la única agente competente que tengo.

Jennifer vaciló.

—Dame una orden de arresto para John Nike y me iré para casa. —No.

—¡Elise! Hoy John ha matado a una de las pocas personas que le podían relacionar con las matanzas de Nike. Si no le cogemos, Hack será el siguiente. John está haciendo limpieza para borrar todas las huellas.

—No puedo darte una orden de arresto por el testimonio de una persona.

—Tengo... voy a tener más pruebas —continuó Jennifer.

—¿Algo de peso?

—Sí. —Se mordió la lengua.

—¿Pronto?

—Sí.

—No me mentirías, ¿verdad Jen?

—¡Elise! —contestó.

Elise la miró fijamente.

—Éste es el trato. Yo daré el visto bueno a una orden de arresto si la entrega otra persona. Tú vete para casa, ponte a ver la tele y no nos llames cada cinco minutos. Nosotros nos encargamos de John Nike. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —contestó Jennifer, pensando que podría participar en el arresto de John sin que Elise se enterara—. ¡Trato hecho!

—Y vete a la peluquería. ¿Con qué te han cortado el pelo? ¿Con unas tijeras de podar?

—Ja, ja —contestó, y volvió a entrar. Calvin le había dado un cigarro al tipo de la ANR. Se sentó y le observó un rato.

—¿Qué? —preguntó Billy.

—No disparaste el arma. Ni una sola vez.

—Si es lo que he estado intentando decirles —contestó—. Es lo que he estado diciendo.

\*

Jennifer se quedó hasta tarde en la oficina ideando un plan. Cuando se marchó, ya tenía bastante claro lo que iba a hacer con Billy ANR. Pensó que al final iba a servir para algo. Significaba que tendría que volver al trabajo al día siguiente, pero no pasaba nada. De todas formas, lo que le había dicho Elise respecto a irse a casa probablemente era más una sugerencia que una orden.

Cuando llegó, Kate estaba haciendo garabatos en la mesa del salón.

—Hola, saludó Jennifer.

—Hola, mamá. ¿Qué tal te ha ido hoy?

—¡Muy bien! Pillé a un malo.

—¡Genial!

—Ya lo sé —contestó—. Es muy gratificante. ¿Y a ti?

—Tampoco me ha ido mal. —Kate buscó en la cartera y sacó una carpeta gris.

—¿Qué haces con un informe interno del Gobierno? —le preguntó Jennifer. Cogió la carpeta y la abrió. Ponía: PINGÜINOS. En una esquina el profesor de Kate había escrito: *Un trabajo excelente, Kate. Se ve que esta vez te has esforzado mucho.* 10—. ¡Kate! ¡Es fantástico!

—Sí.

—¡Ven aquí! —Se arrodilló, extendió los brazos y Kate se le echó encima. Jennifer la besó.

—¡Qué lista eres!

—La próxima vez haré un trabajo sobre dálmatas. Son una raza de perro.

—He oído hablar de ellos —contestó Jennifer—. Te gustan mucho los animales, ¿verdad?

—Sí, mamá. Cuando sea mayor quiero ser veterinaria.

—Ya lo sé —dijo Jennifer—. Te quiero. Serás la mejor veterinaria del mundo. —Kate la abrazó fuerte—. Sabes, es una pena que...

—¿Qué?

—Bueno —prosiguió Jennifer—, si vas a ser una veterinaria famosa, es una pena que no tengas nada con qué practicar.

—¿Qué quieres decir?

—Estoy reconsiderando mi norma de prohibirte tener animales —le contestó—. En vista de este excelente proyecto sobre los pingüinos. —¡Mamá! ¿Lo dices en serio?

—¿Qué te parece un perro? Podríamos rescatar uno de la perrera. —¡Sí! ¡Sí! ¿Me dejas tener un perro? ¿Iremos a buscarlo este fin de semana?

—Sí —contestó Jennifer—. Este fin de semana.

Kate empezó a chillar de alegría y se abrazó al cuello de Jennifer.

—Te quiero. Te quiero.

—Yo también te quiero —repuso Jennifer. Y la abrazó fuerte.

## 29. Clemencia

El hombre de la cama 18C la volvía a llamar, y a Georgia se le había agotado la paciencia. Intentó por todos los medios no oír la matraca, mientras ayudaba a una chica adolescente a vomitar en un cubo.

La chica escupía y gemía. Georgia le acariciaba el pelo.

—Ya, ya.

—No sé si voy a poder... —Se dobló otra vez y lanzó un torrente de bilis amarilla al cubo—. Quiero salir.

—No, eso no es verdad —le contestó Georgia—. Hay lista de espera para tu cama.

—Odio esto.

—Te traeré otra mama. —Georgia corrió las cortinas alrededor de la cama de la chica. No es que proporcionara mucha intimidad, pero era mejor que el año pasado, cuando ni siquiera tenían cortinas, V se dirigió a la habitación 18—. Entonces, ¿estás despierto?

—¿Dónde cojones estoy? —preguntó el hombre.

—En el hospital de la Iglesia de los Santos de los Últimos Días, en King's Cross.

—¿Cómo dice?

—Es un hospital de Sidney. ¿Sabe en qué año estamos?

—Claro que lo sé... —Intentó agarrar los tubos que le salían del cuerpo—. ¿Y qué es toda esta mierda?

—Le encontramos inconsciente en la calle, herido de bala. No llevaba encima ninguna identificación y por eso le recogimos. Los cirujanos le operaron hace dos días, y...

—¡Cirujanos!

—Por favor, señor, cálmese.



—No voy a calmarme. Tengo claro que no necesito a sus malditos matasanos religiosos.

—Los de administración se alegrarán de saber que tiene seguro —dijo Georgia con paciencia. Llevaba casi tres años trabajando aquí—. Les mandaremos la factura por haberle salvado la vida.

El hombre intentó levantarse de la cama.

—Yo me voy. —Se puso pálido.

—No tiene fuerzas para irse a ninguna parte. Siéntese y avisaré a los médicos para decirles que se ha despertado.

—No. Espere. Si le digo quién soy, ¿llamará a mi jefe?

—Si su jefe se encarga de su seguro, entonces sí.

—¿Y se mantiene la confidencialidad con respecto a mis datos personales?

—Claro —le contestó, porque no quería discutir. La verdad es que a partir de ahora le iba a llegar mucho correo basura de la Iglesia.

—Vale, vale. Me llamo Bill ANR. Ahora, dígales que me saquen de este agujero.

## 30. Ascendiente

Las paredes del hospital eran de color azul claro. A John le gustaba. Los hospitales tenían las paredes blancas única y exclusivamente porque la gente asociaba el color blanco con la limpieza: era una técnica de marketing, efectivamente, y no tenía ningún sentido practicar el marketing con un experto en la materia. Para estos últimos, John sería partidario de pintar las paredes de un hospital de color negro.

La puerta de la habitación 412 estaba abierta. Era una habitación bonita con una preciosa vista de la ciudad. Se sentó en la silla que había al lado de la cama y miró a ver si John estaba despierto.

Era difícil saberlo con todas las vendas que le habían puesto. Esa chica, Violeta, le había dado bien: los médicos todavía no sabían si se habían producido daños cerebrales.

John pensaba que el mayor problema era la cara. Esperaba que gran parte de la hinchazón fuera temporal. No había lugar en el mundo del marketing para alguien con la cara así.

Se habían vendido las zapatillas Mercury como si se tratara de objetos religiosos, pero para John la campaña se había complicado por el hecho de que Hack no supiera ser un cabeza de turco de verdad. Ahora él y su novia habían desaparecido, y John

estaba seguro de que sólo era cuestión de tiempo hasta que apareciera Jennifer Gobierno haciendo preguntas. Había estado metiendo las narices en sus asuntos antes de la campaña; ahora casi había interceptado el equipo que la ANR había mandado para eliminar a ese policía. John estaba metido en un lío.

Decidió escribirle una nota a John —*Todo va a ir bien, tío. Todos los de Nike estamos contigo*— cuando sonó su móvil. Lo sacó del bolsillo de la chaqueta y se dirigió a la ventana por si las señales interferían con las máquinas de John. Al pobre sólo le faltaba eso.

—¡Diga!

—John Nike —decía una voz—. ¿Quién te ha dado permiso para organizar una campaña de este tipo precisamente desde Australia, con todos los putos países que hay en la tierra?

—¿Quién habla?

—Gregory Nike, Vicepresidente, Ventas.

John se puso tenso. Miró la pantalla del teléfono por si le estaban gastando una broma. El número que leía le decía que no era así.

—Señor, no se imagina lo encantado que estoy de hablar con usted.

—¿Qué pensabas? ¿Que estabas entregando gorras de béisbol?

Espero que tengas una muy buena razón para poner en riesgo la empresa de esta manera.

Desde la cama John gemía y refunfuñaba.

—Pues no quiero adelantarme a mi informe, señor, pero creo que las cifras de ventas hablan por sí solas. Hemos vendido cuatrocientos mil pares en tres días y en dólares eso significa...

—Te voy a explicar una cosa ahora mismo y tú te vas a callar y me vas a escuchar. ¿Está claro?

—Sí, señor.

—Tus putas ventas me importan un bledo. Tenemos estrategias en marcha que van a hacer que cuatrocientos mil pares sean una puta mierda. Y me jode, John, que esas iniciativas se pongan en peligro porque un maldito imbécil como tú en Melbourne, Australia, piense que puede liderar la política global de la empresa.

—Fue un poco radical, de acuerdo —dijo John—. Y a lo mejor debería haber consultado...

—Supongo que hasta la sucursal de Australia se ha dado cuenta de la importancia del programa de US Alliance. Y vais y metéis a una empresa como Team Advantage en una... una campaña muy arriesgada.

De repente se dio cuenta de qué hablaba Gregory.

—La Policía... Sí, eso se escapó de mi control, señor. Es... —Se mordió la lengua. ¿Qué estaba haciendo?—. No inventaré excusas. Cometí un error. No obstante, se alegrará de saber que he tomado medidas para subsanarlo. La falta de conexión con US Alliance se va a solucionar.

—¿Cómo?

—No debería contestar a esa pregunta en una línea que no es segura.

Se oía una respiración fuerte que procedía de Portland, Oregón, Estados Unidos. Se transmitía vía satélite a Melbourne, Territorios Australianos, y se reproducía en el oído izquierdo de John gracias a AT&T.

—Si nos has jodido esta historia, John, te vas a la puta calle. Espero que te des cuenta.

—Señor, a lo mejor deberíamos vernos. Podríamos hablar de las iniciativas que he puesto en marcha y me puede informar más a fondo sobre la situación de US Alliance. Creo que he demostrado mi buen hacer a la hora de actuar con decisión y ver más allá en las situaciones importantes. A lo mejor le sería más útil a un nivel más importante.

—Joder —dijo Gregory—. ¡Qué cara tienes!

John se quedó callado, esperando.

—Súbete a un avión. Estaré en Los Ángeles mañana. Reúnete allí conmigo.

—Sí, señor.

Gregory colgó. John se quedó de pie delante de la ventana, eufórico. ¡Vaya llamada! ¡Eso sí que eran medidas drásticas!

Cogió el maletín y llamó a su asistente personal. Al salir, miró a John. Todavía no había escrito ese mensaje.

—Lo siento, amigo —dijo, arreglando el nudo de la corbata—. Se han puesto en marcha nuevas estrategias. —Cerró la puerta al salir.

## 31. Declive

Buy estaba muerto. Estaba sentado en su cabina Mitsui y apestaba. Los otros brokers al pasar por delante se alejaban cuanto podían de su entrada, como si se fueran a contagiar.

Era un cadáver vestido de traje.

El martes le dijo Cameron:

—Buy, vale ya.

Buy le miró. Hacía tiempo que sabía que le iban a despedir. Pero pensaba que sería más emocionante.

—A mi despacho. —Buy le siguió hasta la pecera. Cameron esperó hasta que estuvieron sentados. Luego hizo una pausa. Buy esperó pacientemente—. Te ofrecí

unas vacaciones. ¿Te acuerdas?

—Sí. —Se le quebró la voz. No la utilizaba mucho últimamente.

—Voy a volver a sugerir que te vayas de vacaciones. Esta vez quiero que te lo pienses muy bien. Aceptar esa sugerencia te podría salvar.

Buy tenía ganas de reírse. La idea de que una semana viendo la tele durante el horario diurno le podría hacer feliz era muy divertida.

—No, gracias.

Cameron dio un suspiro.

—¿Quieres que te despida? ¿Es eso? La indemnización que te corresponde no es demasiado buena, ¿lo sabes?

—Lo sé.

—De acuerdo. Ésta es tu última oportunidad. Un traslado.

—¿Cómo?

—Estás acabado como broker. Pero hay una salida si la quieres. El Enlace Mitsui con US Alliance necesita un ayudante en Australia. Podrías ser tú.

—¿El qué?

—Mitsui forma parte de US Alliance, el programa de fidelidad de clientes. Tenemos a una persona que nos representa allí, se llama un Enlace. Podrías ser su ayudante.

—Ah —dijo Buy—. De acuerdo.

—No es un trabajo tan malo —siguió Cameron—. Es un área que podría entrar en expansión. Nunca se sabe.

—Gracias. —Quería sentirse más agradecido, pero sólo se sentía cansado. Le dio la mano a Cameron.

Cameron le miró sorprendido y se la estrechó.

—Te vas a un despacho nuevo en la octava planta. Los de Mantenimiento te darán todo lo que necesitas. Deberías limpiar la mesa y llevarte tus cosas.

—¿Cuándo?

—Cuanto antes, mejor.

—De acuerdo —dijo Buy. Suponía que querían acabar con el olor.

\*

Se fue a la octava planta y le enseñaron su nuevo despacho. Era pequeño, pero tenía una ventana grande desde la que se veía toda la ciudad. No tenía claro si eso era bueno. Últimamente había estado pensando mucho en la ciudad. En cómo se come a la gente.

Buy cogió el ascensor para volver a su antiguo despacho a recoger sus cosas: un tazón para el café, una foto de un perro que había tenido y unos bolígrafos. Nada más.

—Oye, me he enterado de lo de tu traslado —le dijo Lisa. Buy la miró. Ella le sonreía pero no le quitaba ojo, como si pensase que la pudiera atacar—. Parece ideal para ti, Buy. Enhorabuena.

—Gracias.

Se le relajó la mirada.

—Estamos todos contigo, Buy. No lo olvides.

—Gracias, Lisa —le contestó. Ahora tenía claro que se iba a suicidar.

## 32. Intermediación

El hombre de la celda era Jesucristo, o por lo menos eso le decía a Billy. A él no le había parecido demasiado divertido cuando llegó, y durante las tres horas siguientes todavía menos. Se sentó en la litera, con las rodillas contra el pecho.

—¡Al infierno! —gritaba Jesús—. Que se condenen todos los hijos de puta.

Billy cerró los ojos. Se preguntaba si podría estampar a Jesús contra la pared y alegar defensa propia.

Se oían unas llaves en la cerradura. Billy se incorporó. Se abrió la puerta. Era esa mujer de antes, Jennifer. Venía sola.

—Hola —le dijo—. ¿Te ha dado tiempo a reflexionar?

—Yo soy el Cordero de Dios —decía Jesús—. El Cordero, el Cordero.

—Tú no. Billy, ¿has pensado en la oferta que te hice?

—No tiene derecho a retenerme aquí. —Billy intentó decirlo lo más tranquilo que pudo, pero le temblaban las manos. Necesitaba otro cigarro—. Soy ciudadano de los Estados Unidos. En Nueva Zelanda no me pueden encerrar por estar en el lugar equivocado en el momento equivocado. Quiero hablar con algún representante del Gobierno americano o de la ANR.

Jennifer le miró fijamente.

—¿Qué pasa?

—Estás en los Territorios Australianos, Billy, no en Nueva Zelanda. ¿Ni siquiera sabes en qué país te encuentras?

—Es que... me trajeron en avión... De acuerdo, Australia.

—Y yo soy el Gobierno americano. Éste es un país miembro de los Estados Unidos. Te dejaré aquí toda la noche si no tienes nada más que decirme.

—Pues...

—Volveré más tarde.

—¡No! ¡Espere! De acuerdo. ¡Hablemos!

—No hay nada que hablar. Te he ofrecido un trato, o lo tomas o lo dejas.

—¡Cabrones! —gritaba Jesús—. El puñetero...

—¡Cállate! —le dijo Jennifer.

—De acuerdo —aceptó Billy, dándose cuenta de que no había alternativa—.

Sáqueme de aquí.

Jennifer le abrió la puerta. Billy salió de la celda con la sensación de que se estaba metiendo en un lío todavía mayor.

—Me alegro de que hayas elegido bien, Billy —dijo Jennifer—. Creo que vamos a formar un buen equipo.

\*

—Tienes que llevar esto siempre encima —le dijo—. No lo dejes a la vista. No permitas que nadie lo coja.

—¿Una cajetilla de tabaco?

—Dentro hay un micrófono oculto. Yo te puedo hablar si enchufas unos auriculares en esa pequeña entrada que hay ahí en la parte de abajo. Cuando vibra significa que quiero hablar contigo. ¿Fumas Marlboro?

—Sí, claro.

—No fumes éstos.

Los miró fijamente.

—¿Es droga?

—No, Billy, es tabaco. Pero si te lo fumas no te hace falta guardar el paquete. Si lo tiras a una papelería no me hará ninguna gracia.

—De acuerdo —dijo, mojando los labios con la lengua. Se preguntaba si le dejaría fumar un cigarro ahora.

Jennifer lo miró.

—A lo mejor no vales para esto.

—Sí, sí, no tengo problemas. Sólo... —Cogió el paquete.

Jennifer lo miró con asco.

—¿A qué le das? ¿A una marca de esas altas en nicotina?

—Ahora fumo menos. —Encendió uno con dedos temblorosos. Sabía riquísimo.

—¿Ya te encuentras mejor?

—Sí, sí. —Con un cigarro todo estaba mucho mejor. Jennifer Gobierno estaba hasta buena, tenía tipo de puta.

—Ahora vamos a dejar las cosas claras. Entrás, consigues grabar a unos cuantos hablando de John Nike y de los encargos de la ANR, te largas y te has salvado. Pero como tires el micrófono y te vuelvas corriendo a Misisipí o a donde coños esté tu

casa, te perseguiré. Soy el Gobierno, Billy. No te puedes escapar de mí. ¿Lo entiendes?

—Sí.

Se quedó callada un momento. Billy daba una calada.

—Mató a catorce chavales. Lo meditó, lo planeó y lo llevó a cabo. Eso no lo voy a tolerar. ¿Me crees?

—Sí.

Asintió.

—Te he reservado un vuelo a Invercargill, Nueva Zelanda, que sale dentro de dos horas. No la jodas.

—Puede contar conmigo. —Se estremecía de la emoción. En ese momento lo decía de verdad.

### 33. Obcecación

Se movía deprisa, pero aun así la pillaron en la puerta de su despacho.

—¡Jennifer!

Levantó la mirada. Elise y Calvin estaban en la máquina de agua.

—Ah, hola, Elise.

—¿Me puedes explicar qué haces en este edificio?

—He venido sólo a buscar unas cosas que tengo que llevarme a casa...

—Hace quince días te estaban cosiendo la cabeza. Ahora sal de mi despacho.

—¿Sabes que de verdad me encuentro muy recuperada? —le dijo Jennifer—. Y fui a ver al loquero otra vez y ha dicho que he avanzado mucho y que estoy procesando bien la experiencia negativa que he sufrido y asimilando el papel que desempeño en ella.

Elise miró a Calvin.

—¿Ha vuelto al loquero?

—No —contestó.

—Lárgate —le dijo Elise—. Te lo juro, Jennifer, ni se te ocurra siquiera llamar por teléfono.

—Me emociona tu preocupación, pero...

—¿Te ha parecido que te estaba dando una alternativa?

Se resistió a la tentación de suspirar.

—No.

—Entonces, vete a casa.  
—Vale —contestó, y dio la vuelta.  
—¿Para qué quieres ir a tu despacho?  
—Voy a buscar la chaqueta —le gritó—. ¿Pasa algo?  
—Te llevo a casa.

\*

—Entonces —dijo en el coche—, ahora tenemos la orden de arresto...  
—Ni preguntes.  
—¿Cómo?  
—No vas a acompañarme, Jen.  
—No he dicho eso —le contestó, algo molesta—. Ni siquiera es lo que quería decir.  
—Ah —repuso Calvin—. Mejor.  
Hubo silencio.  
—¿Entonces, con cuántos agentes vas a ir?  
—Depende de quién esté disponible.  
—¿Me contarás qué tal os ha ido?  
Paró en un semáforo y se giró hacia ella.  
—Te tendré informada, Jen.  
—Bien. Gracias.  
—¿Sabes? A lo mejor te viene bien descansar una temporada. Necesitas tiempo para desconectar, relajarte, ver las cosas con más distancia. Pasa más tiempo con Kate.  
—Veo las cosas con distancia. Con muchísima distancia. Por eso no quiero estar en mi casa mientras John Nike sigue suelto por ahí. Le quiero encerrado. Quiero saber que cuando Kate se va de compras nadie le va a *pegar un tiro*. Ésa es mi distancia.  
—Vale, vale —contestó Calvin—. Lo he entendido.  
—Si le perdéis, me voy a cabrear.  
—Jen, soy competente.  
—Lo sé. Lo siento. —Se frotó la cara. Se sentía frustrada.  
—No vayas por la calle Church.

\*

Kate estaba esperando el autobús en la puerta del colegio.



—¡Mamá!

—¿Qué tal? —dijo Jennifer—. ¿Qué llevas en la cara?

—Una pegatina. Mira, tiene una estrella.

—Ah, sí.

—¿Cómo llegas tan pronto?

—Estoy de vacaciones.

—¡Genial!

—He pensado que podíamos ir al parque a jugar al fútbol. ¿Quieres?

—¿Y después podemos ir a la perrera?

—Hoy es un poco tarde, cariño. Vamos, Calvin nos lleva a casa en coche. —

Cogió a Kate de la mano.

—El perro de Alex se pone panza arriba cada vez que alguien se le acerca —le contó Kate—. Es muy extraño.

—Nuestro perro será mucho más chulo —le dijo Jennifer.

—¿Podemos ir a la perrera mañana?

—Mañana o el fin de semana —prometió Jennifer. Llevaba los códigos del escucha de Billy en el bolsillo—. Hay un par de cosas importantes que tengo que hacer primero, cariño.

## 34. La competencia

John Nike estaba leyendo una novela titulada *Mercaderes del espacio*<sup>11</sup>; había reeditado, y había leído una reseña en la revista *Fast Company*. Decían que era «profética y muy divertida», algo con lo que John no estaba de acuerdo. Todas esas viejas novelas de ciencia ficción eran iguales: auguraban que el futuro estaría dominado por algún Gobierno cabrón y opresor. A lo mejor eso era creíble en 1950, cuando parecía que el mundo podía acabar siendo comunista. Pero hoy eso no se lo creía nadie.

En *Mercaderes del espacio* dominaban el mundo dos empresas de publicidad, y eso estaba más cerca de la verdad actual. Pero, aun así, había muchas normas que tenían que cumplir las empresas. Si esos tíos controlaban todo el dinero, se preguntaba John, ¿quién les iba a impedir hacer todo lo que quisieran?

—Estamos a punto de comenzar el descenso, señor —le dijo una azafata. John le miró el escote—. ¿Puedo hacer algo por usted?

*Un poco de trabajo manual*, pensó John, aunque no lo dijo; esto era United Airlines y no American Airlines.

—No.

Iba a meter la novela dentro de su maletín, pero se lo pensó mejor y la metió en el bolsillo del asiento. Se estaba convirtiendo en una astuta afirmación antimercado libre, y John no soportaba la ironía. En el marketing no había lugar para la ironía: incitaba a la gente a buscar un significado más profundo. En el marketing no había lugar para eso tampoco.

Menos de diez minutos después de tocar tierra, se encontró metido en un taxi. Había estado en los Estados Unidos un par de veces antes de que quitaran todos los aranceles y de que hubiera jaleo con las tasas, con lo que llevabas en la maleta, con las divisas. Era ridículo. Y cuando se lograba pasar la aduana, estaba uno en una cultura tan diferente que no sabía ni pedir una cerveza. Ahora todo era mucho mejor; la única señal de que estabas en Los Ángeles y no en Sidney es que el aire estaba más contaminado.

La sucursal de Nike en Los Ángeles era una sola planta en un edificio anónimo en Santa Monica Boulevard. Para Nike, Los Ángeles no era un sitio importante: Nike nació en Portland, Oregón, y nunca se fue de allí. Se preguntaba John por qué Gregory le quería ver en Los Ángeles.

Pagó al taxista y entró en el edificio con paso decidido. La recepcionista le dirigió a la octava planta, donde una señora le anunció que Gregory le recibiría en unos minutos. Esto era buena señal: «unos minutos» significaba que Gregory aún quería verle. John se había preparado para oír que «se había tenido que marchar de improviso».

Ojalá hubiera guardado la novela. Le habría venido bien que le vieran leyéndola: relevante, pero de izquierdas, demostrando iniciativa y creatividad a la hora de resolver problemas. Echó un vistazo a las revistas que había en la mesa. La más interesante era *Sports Illustrated*. Suspiró.

Al cabo de veinte minutos, Gregory salió por una puerta lateral.

—¿John, Vicepresidente Marketing, Territorios Australianos?

John se puso en pie.

—Gregory, es un placer...

—Siento llegar tarde.

—No llega tarde en absoluto —mintió John—. Acabo de entrar.

Gregory le miró molesto. A lo mejor se había pasado.

—Adelante.

Siguió a Gregory por un montón de pequeños despachos de lo que tenían que ser gerentes de poco nivel; a lo mejor sólo eran Encargados de Distribución de Mercancías Publicitarias. A lo mejor Gregory intentaba humillarle.

—Perdona el local —se disculpó Gregory, abriendo la puerta de su despacho—. Sólo he venido hasta aquí para reunirme con los de US Alliance.

John se sentó. No parecía que le fueran a ofrecer café.

—¿US Alliance tiene su base en Los Ángeles?

—Sí. —Gregory se sentó detrás de la mesa y se apoyó en ella. Era una mesa barata, igual que el resto del mobiliario, pero Gregory imponía tanto que compensaba todo esto con creces—. Es un periodo muy crítico para nosotros. Por eso tu historia no nos ha hecho mucha gracia.

John se preguntaba si era buen momento para sacar su informe de ventas.

—Pido disculpas una vez más, señor. Estoy ansioso por conocer qué quiere decirme Nike.

Gregory juntó las manos.

—Lo que te voy a contar es confidencial. Está cubierto por el acuerdo de confidencialidad que hay en tu contrato.

—Comprendo.

—Más te vale. No andamos con tonterías cuando alguien rompe el acuerdo de confidencialidad.

John había fastidiado así a algún expleado.

—Lo comprendo, señor.

—De acuerdo. Conoces la participación de Nike en el programa de fidelidad de clientes de US Alliance. ¿Qué te parece?

John reflexionó. Estaba convencido de que los programas de fidelidad no servían para nada, sobre todo a una empresa de bienes de consumo como Nike. Pero obviamente ésa no era la respuesta que buscaba Gregory.

—Creo que pueden ser muy valiosos si se aplican correctamente.

—Los programas de fidelidad no sirven para nada —contestó Gregory. John juraba en silencio. Le había engañado—. ¿De verdad piensas que alguien compra la marca Nike porque le van a dar puntos que puede canjear por kilómetros de viaje en avión? ¡No jodas!

John intentó seguirle la corriente a Gregory.

—Señor, estoy completamente de acuerdo. Nuestra marca se debilita si hacemos descuentos y promociones. Al contrario, cuanto más alto el precio, más vendemos.

—Sin embargo, Nike considera que el programa de US Alliance es la iniciativa más importante que ha hecho desde hace veinte años. ¿Por qué?

John no abrió la boca.

—¿Sabes cómo empezó US Alliance, John?

—¿Algo de puntos a cambio de kilómetros de vuelo?

—Eso es. Si llenabas el coche de gasolina y pagabas con la tarjeta American Express, te daban puntos que luego podías canjear por kilometraje en avión con American Airlines. Quien no tenía la American Express pedía una rápidamente. Y ahí cambió el ambiente de la competitividad para siempre. Porque de repente entraron a competir las empresas de tarjetas de crédito con las líneas aéreas.

—Ya.

—Entonces, va Visa y también hace un trato con una línea aérea para poder dar puntos que se canjean por kilómetros de vuelo. Y piensan: «A ver, ¿qué podemos hacer para que nuestro programa sea más atractivo?». Y se dan cuenta...

—Más formas de ganar puntos. Más servicios. Más empresas.

—Y diez años después tenemos US Alliance y Team Advantage, y no quedan más de cinco empresas en el mundo que no hayan firmado con alguna de las dos. Cuantas más empresas se asocien, más clientes y más empresas se querrán asociar. A finales del mes pasado, US Alliance tenía quinientos millones de socios. T.A. tiene doscientos noventa millones.

—Quinientos millones... No tenía ni idea.

—Pues créetelo. US Alliance sólo admite una empresa por sector, pero tenemos a los más grandes y a los mejores. General Motors, IBM, AT&T, Boeing: están todos.

John vaciló.

—Pero los clientes de Boeing son industrias. ¿Qué gana?

—La batalla ha empezado. Todas las empresas Alliance están compitiendo con las de Team Advantage. Todas las personas que viajan con una línea aérea Team Advantage comprarán un ordenador Compaq en vez de un IBM. Boeing está con nosotros, porque, si no, United Airlines no le compra nada.

—Y la Policía está con...

—Con nosotros no —se apresuró a decir Gregory—. Está con Team Advantage.

—Ah —exclamó John—. Me gustaría aclarar que esa situación está resuelta.

—Bien. Porque ahora tenemos problemas más importantes. Hace una semana, las empresas sodas de US Alliance, nosotros incluidos, empezaron a ofrecer compensaciones a aquellos clientes que renunciasen a sus tarjetas Team Advantage. Estamos obligando a elegir a todos los que firmaron con los dos programas.

John se echó para atrás en la silla.

—Es impresionante. No tenía ni idea de que estuvieran en marcha iniciativas de tanta... envergadura.

—Es la guerra —continuó Gregory—. No exagero. Hasta ahora sólo ha habido escaramuzas, pero ha empezado la guerra. Y no querrás hacer negocios con el enemigo, ¿verdad? ¿Me entiendes?

—Perfectamente.

—Me alegro de que hayamos charlado —dijo Gregory—. Me impresiona lo rápidamente que has entendido la situación.

—Dígame lo que tengo que hacer.

—Eso es —se congratuló Gregory—. Eso es exactamente lo que quiero decir.

## 35. Serendipia

Un grupo de estudiantes decidió manifestarse en un Starbucks del centro de la ciudad, así que a Calvin no le mandaron ninguna unidad de apoyo para ir a Nike. Starbucks era un cliente importante del Gobierno: cuando tenía problemas, los agentes iban que perdían el culo.

—Puedes esperar si quieres —dijo Elise—. John y Emma estarán libres para las tres...

—No te preocupes —respondió, sabiendo que a Jen le daría un infarto si se enterara. Fue a Nike en coche y aparcó en una de las plazas del aparcamiento reservadas para visitas. Se abrieron las puertas de entrada automáticamente y se encontró inmerso en el frío del aire acondicionado. La recepcionista era atractiva y parecía que hacía atletismo en su tiempo libre.

—Bienvenido a Nike. ¿En qué puedo ayudarle?

—Tengo cita con John, Vicepresidente, Marketing.

—Su nombre, por favor.

—Calvin McDonald's. —Sonrió. Entrar en una propiedad privada sin autorización se consideraba una intromisión en la propiedad y era por tanto un delito, pero el fraude no: el fraude era prácticamente un derecho constitucional, como la libertad de expresión.

—Un momento, señor. —Dirigió unas palabras a un micrófono—. Lo siento. La asistente personal de John no tiene anotada su cita. ¿Está seguro de la hora?

—Estoy muy seguro. Joder, ¿qué pasa aquí?

—No lo sé, señor. Tendrá que preguntarle a ella.

—Creo que es lo que voy a hacer. —Cogió el libro de visitas—. Firmo aquí. ¿En qué planta está?

—Pues... en la catorce.

—¿Cómo se llama usted?

—Georgia.

Cogió una tarjeta identificativa de la caja. En el ascensor se oía muzak muy fuerte. Calvin tarareaba. En la planta catorce empujó unas puertas de cristal y entró en una amplia zona de recepción decorada con gusto, con pósters grandes de personas que Calvin reconocía de los anuncios de refrescos. Una mujer de unos veintitantos años se levantó.

—¿Calvin McDonald's?

—¿Dónde cojones está John Nike? Tengo una cita con él.

—John Vicepresidente está en el extranjero en viaje de negocios. No tiene citas.

—¡En el extranjero! —repitió Calvin. A Jennifer no le iba a gustar—. ¿Dónde?

—Señor, creo que no quedó usted con John.

—A lo mejor me he confundido. ¿Hay algún otro John en Marketing?

—Sí, John Operativo, pero está ingresado en el hospital. Si tuviera cita con él, le habríamos llamado.

—¿En el hospital? Espero que esté bien. ¿Qué le ha pasado?

—Señor, tengo que pedirle que se marche.

El fraude, pensó Calvin, sólo te llevará hasta un punto. Le enseñó su tarjeta que le identificaba como Agente del Gobierno.

—Vale. No soy de McDonald's.

Ella dio un grito ahogado. Calvin la miró asombrado. Normalmente la tarjeta no tenía un resultado así.

—No puede venir aquí. No puede... Guarde eso.

—¡Joder! —dijo, dándose cuenta de todo—. Tú eres la fuente dejen.

—Yo... —Se quedó petrificada mientras alguien pasaba por el pasillo. Le espetó —: Ése no era el trato.

Calvin escondió la tarjeta de identificación.

—Soy colega de Jennifer Gobierno. ¿Dónde está John Nike?

—En Los Ángeles. Se fue esta mañana.

—¿Dónde se aloja?

Bajó la voz todavía más y casi no la oía.

—No puedo hablar aquí. Llámeme más tarde desde una cabina.

—De acuerdo. Lo haré. —Calvin hizo ademán de marcharse pero se paró—. A propósito, ¿de qué conoces a Jennifer?

—Trabajé para ella en Maher. Por favor, márchese.

—¿Maher?

Georgia le miró sorprendida.

—La empresa de publicidad. Ella es Jennifer Maher. ¿No lo sabía?

—Jennifer Maher... —sonaba un poco familiar.

—Fue de los mejores de la empresa de publicidad más grande del mundo. Dirigía las campañas de Coca-Cola, Apple, Mattel... Era capaz de vender cualquier cosa. ¿De dónde cree que viene el tatuaje?

—Bueno —dijo—. Me lo he preguntado.

—Si usted hubiera tenido algo que ver con el mundo de la empresa en Estados Unidos hace diez años, lo sabría. Se sigue hablando de ella.

—¿Y qué pasó? ¿Por qué lo dejó?

—John Nike es lo que pasó —contestó Georgia—. Mire, tiene que marcharse. Si alguien sabe que está aquí...

—¿Que quieres decir con que lo que pasó fue John Nike?

—Por favor. Tiene que marcharse. *Por favor.*

—Vale. Gracias por tu ayuda, Georgia Nike.

—Saints-Nike —contestó—. Trabajo a tiempo parcial para la Iglesia de los Santos de los Últimos Días.

—¿Qué haces?

—Lo que haga falta.

—¿Y te pagan?

—No. Pero mi apellido sigue siendo Saints-Nike.

—De acuerdo —aceptó Calvin—. Entonces, gracias, Georgia Saints-Nike.

## 36. Transposición

Hack estaba seguro de que Violeta estaba muerta. No había vuelto a casa después de la reunión de negocios y sólo había una explicación posible: unos brutos de la ANR la habían encontrado y la habían matado. A lo mejor la había encontrado John Nike. Fuera lo que fuese, Hack había cometido demasiados errores garrafales, y este último había matado a Violeta.

Todavía tenía el anillo. ¡Qué conmovedor! Se le saltaban las lágrimas cada vez que pensaba en ello. Lo había guardado en un cajón de su dormitorio, pero ahora lo sacó y le daba vueltas en las manos. Así es como lo encontró Claire: sentado en la cama, llorando como un niño. Se quedó parada en la entrada, vestida con su uniforme de Sears.

—¿Estás bien?

Hack le enseñó el anillo.

—Se ha ido.

—¿Violeta?

—Yo la maté. —*Ya eran quince*, se dio cuenta Hack. Había matado a quince personas. Era un asesino en serie.

—¿Has oído algo?

Negó con la cabeza.

Claire se sentó a su lado en la cama.

—Hack... hasta que sepamos algo seguro, intenta no preocuparte demasiado. Violeta es... Violeta no siempre piensa en los demás. A lo mejor esta ocupada.

—No, no. —No quería oír hablar de los fallos de Violeta. Violeta había sido generosa y amable.

—Venga... vamos. —Claire le rodeó con sus brazos. Le abrazó tuerte. Por un momento Hack se perdió en el olor de su cabello, sin duda porque le recordaba a Violeta—. Seguro que está bien. Eres muy bueno, Hack. Te preocupas demasiado.

Aceptó estas palabras sin decir nada. Su nariz tocaba la chapa identificativa. Ponía CLAIRES SEARS. Claire empezó a acariciarle el pelo. Hack cerró los ojos. A lo

mejor hasta se quedó dormido, porque ella le había dicho que tenía que irse, y Hack se dio cuenta de que había pasado bastante rato. Se incorporó.

—Lo siento —dijo Claire—. Si llego treinta minutos tarde a trabajar, bajo una escala salarial.

—No pasa nada.

—Me quedaría si pudiera. —Le quitó el brazo.

—Ya lo sé.

—Estate tranquilo —le dijo, acariciándole la nariz. La vio salir. Claire era tan buena con él. No entendía por qué no tenía novio. *Cualquiera en su sano juicio se agarraría a Claire y no la soltaría*, pensó.

Miró hacia abajo. Todavía tenía el anillo en la mano. Sintió que iba a empezar a llorar otra vez.

—Ay, Violeta —dijo a la habitación vacía, pero nadie le contestó.

\*

Se pasó media hora rondando por la casa y llorando por las esquinas. Luego sintió hambre y se preparó el desayuno. Mientras comía, se preguntaba qué estaría diciendo la gente de Nike al ver que otra vez no había ido a trabajar. Un montón de carteles tenían que salir para una tienda de Sidney, y Hack se preguntaba si alguien se habría ocupado de mandarlos.

Luego pensó que si fuera a Nike estaría a salvo. Su contrato obligaba a Nike a proporcionarle un lugar seguro para el trabajo, y estaba claro que John no se metería en líos con respecto a eso. Lo que Significa que Hack podría enfrentarse a John con absoluta impunidad. Podría exigir justicia. Hack se mordió el labio. Era una idea atrevida. Empezó a vestirse.

Cuando el taxi le dejó en Nike, le temblaban las piernas. Tenía la garganta seca. Decidió ir primero a su mesa a coger un vaso de agua. Entonces se podría enfrentar a John.

Su jefe, el Gerente de Distribución Local, le pilló en la máquina de agua. La habían llenado desde el día que Hack había tenido que ir a la planta de Marketing: la habían llenado para su vuelta.

—¡Hack! ¿Estuviste enfermo ayer?

—Pues sí.

—Hack, tienes que llamar. No puedes dejar de venir a trabajar sin más. Para que te paguen cuando estás enfermo, tienes que avisar.

—De acuerdo. Lo siento.

—No puedo dar el visto bueno a la paga de ese día. Lo siento, pero lo pone tu contrato. A lo mejor así te acuerdas para la próxima vez.



Hack se sentó a la mesa. Había una pila de mensajes, pero no les hizo caso. Tomó un sorbo de agua, y luego llamó a recepción y preguntó por la secretaria de John Nike.

—Georgia Saints-Nike, buenos días.

Respiró hondo.

—Necesito hablar con John. Soy Hack, de Distribuciones Publicitarias.

Hubo una pausa.

—Hack, lo siento. John está en el extranjero.

—Ah. —¡Vaya sorpresa!—. ¿Cuándo vuelve?

—No lo sé. Estará fuera bastante tiempo.

—Bueno. Gracias.

Hack colgó y miró la mesa. ¡Menudo enfrentamiento! ¡Cómo iba a denunciar a John en público ahora! Se sintió aliviado y sentía vergüenza de sí mismo.

—Hola, Hack —le saludó su jefe, que se había detenido ante su mesa—. ¿Tú sabes algo de unos carteles para una tienda de Nike en Sidney? Están llamando todo el rato.

—Sí —le contestó—. Ya me ocupo yo.

—Muy bien —respondió su jefe.

Había un montón de coches aparcados a la puerta de la casa de Claire, y de repente Hack sintió miedo. A lo mejor John tenía gente vigilándole. A lo mejor la ANR le había seguido hasta aquí. Pero a la luz de las farolas veía que los coches eran pequeños y oxidados y llevaban pegatinas que decían cosas como EL MUNDO NO ESTÁ EN VENTA. Hack pensaba que la ANR no andaría con algo así.

Entró en la casa. Claire estaba en el pasillo con una bandeja llena de tazas de café. Se oían voces procedentes del salón: fuertes y estridentes.

—Hola, Hack. ¿Qué tal? —dijo Claire.

—Bien. ¿Violeta ha...?

—No ha llamado.

—Ah.

En el salón alguien decía:

—¡Esa mentalidad es la que ha permitido al sector empresarial dominar la sociedad!

Claire vaciló:

—Tengo visita. A lo mejor prefieres no entrar en el salón.

—¿Quiénes son?

—Sólo un grupo de amigos... Hablamos de capitalismo y sociedad y ese tipo de cosas.

—Ah —dijo Hack. Pensó que sería mejor no entrar.

—Por supuesto, eres bienvenido si quieres entrar.

Estuvo tentado de aceptar. No quería decirle a Claire que no.

—No, está bien. Gracias —se oyó decir en cambio.

—No hay problema. Pasa después si quieres.

Se fue a la cocina y cogió un zumo de la nevera. La puerta que daba al salón estaba medio abierta y se oía la conversación de los amigos de Claire.

—Con eso *cuentan* —argumentaba una chica—. Saben que nadie quiere verse implicado. Y hasta que te enfrentas a ellos, te empujan hasta donde pueden. Nike es un buen ejemplo de ello.

Hack se sobresaltó. Por un momento pensó que estaban hablando de él. Luego se dio cuenta de que no era así. Luego se dio cuenta de que sí.

Se levantó y se dirigió a la puerta con su zumo. Eran cinco.

—Hola —dijo—. ¿Os importa si me uno a vosotros?

—Ponte aquí —dijo Claire. Le indicó un lugar en el sofá a su lado. Hack pensó que tenía una sonrisa preciosa.

## 37. Inadvertencia

Billy casi pierde el escucha antes de llegar al avión. Esos cigarros Marlboro no le satisfacían tanto como los de su marca habitual, y se fumó uno tras otro hasta terminar el paquete. Guardó con mucho cuidado el paquete vacío en el bolsillo de la chaqueta, y cuando el taxi le dejó en el aeropuerto lo sacó y lo tiró al suelo. Se encontraba dentro de la terminal cuando se dio cuenta de lo que había hecho y salió corriendo. Estaba allí tirado sobre el pavimento. Lo cogió y se lo volvió a guardar en el bolsillo, donde lo estrujaba entre sus dedos nerviosos casi sin darse cuenta.

Había un billete para Billy ANR en el mostrador, tal y como Jennifer le había prometido. Miró el panel de salidas. Debajo de su vuelo a Invergargill había uno para Dallas, Tejas.

—¿Algún problema con su billete, señor?

Billy vaciló.

—¿Cuánto costaría cambiar mi billete por uno a Dallas?

La chica de detrás del mostrador escribía en el teclado.

—Le puedo conseguir un billete en ese vuelo por trescientos doce dólares más, señor.

—En ese caso —contestó—, déjelo.

Se fue arrastrando su equipaje hasta la sala de espera y allí se quedó mirando fijamente la televisión. Habían pasado unos diez minutos cuando se le ocurrió que a lo mejor Jennifer Gobierno había oído todo lo que había dicho.

\*

Estuvo dando vueltas por el aeropuerto de Invercargill hasta encontrar una pequeña estación de autobuses que anunciaba viajes a Bluff, la pequeña ciudad que más o menos controlaba la ANR. Allí sólo había otra persona más, un tipo con apariencia tosca, sin afeitar, que llevaba una petaca. Billy se apoyó contra la pared y encendió un Camel que extrajo de un paquete que había comprado en el avión.

—Tío —dijo el hombre. Billy se volvió, en guardia—, ¿me das uno?

—Claro. Sacó un cigarro y lo encendió.

—Gracias, tío. —Extendió la mano—. Soy Bill ANR.

Billy le miró sorprendido.

—¡No jodas!

—¿Cómo?

—Yo soy *Billy* ANR. —Se echó a reír.

—¿Qué tal? ¡Jo! ¡Qué bien conocer a otro hermano! ¿Estás acuartelado en Bluff?

—Sí.

—Yo acabo de volver de Sidney. —Se acercó un poco más—. ¿Has estado fuera por placer o por negocios?

—Negocios —contestó Billy.

El hombre sonrió.

—Eso lo conozco yo bien. Lo conozco muy bien.

—¿Has visto algo de acción?

—Mira esto, tío. —Se levantó la camisa. Tenía una fea cicatriz roja en un costado; parecía reciente—. Esto se llama acción.

—Jo, sí. —Pensó: *Me podría haber pasado a mí*. Si uno de esos coches de policía le hubiera disparado...—. No estuviste en el trabajo del Policía, ¿verdad? No me parece haberte visto...

Bill negó con la cabeza.

—No, tío. En otra cosa. Le guiñó un ojo.

—Genial. —Se preguntaba si Jennifer Gobierno se estaba enterando de todo. Parecía el tipo de información que le fuera a interesar.

—Oye, ¿qué tal si compartimos taxi hasta la base? Podemos presentarnos a la vez.

—Sí. Buena idea.

—A lo mejor acabamos trabajando juntos. Sería de puta madre, ¿eh?

—Sería genial —confirmó Billy—. ¡Joder! Es increíble que nos llamemos igual.

—Sí —contestó Bill—. Se van a volver locos intentando distinguirnos.

Billy se rió. Llevaba el paquete de Marlboro en el bolsillo de la camisa y de repente sintió que empezaba a vibrar. Lo deslizó hacia un lado. Lo más probable era

que Jennifer le quisiera echar la bronca por pensar que podía huir a Los Ángeles; pues se tendría que joder y esperar.

—Sí que es verdad, sí —le dijo a Bill—. Tío, es muy divertido.

## 38. Suspensión

Desde la ventana de su nuevo despacho, Buy Mitsui veía una tienda de armas de fuego. Estaba afiliada a la ANR, lo que era apropiado, o irónico cuando menos. Buy había decidido que al terminar su jornada iría a la tienda esa, compraría un arma de fuego y se pegaría un tiro.

La gente diría que se había vuelto loco, que estaba desconsolado. Pero no era eso. La verdad era más simple: Buy no haría ya nada más importante que lo que había intentado, salvar la vida de esa chica, Hayley. No podía ver a una chica desangrarse y luego ir a ganar el 3% en una venta de valores. La idea le parecía monstruosa. Así que Buy estaba acabado como miembro productivo de la sociedad, a no ser que empezara a ver las cosas con tanta distancia que volviesen a tener importancia para él los dividendos pasivos. Y, aun si eso llegara a ocurrir, Buy estaba decidido a meterse un arma en la boca y disparar.

Cuando sonó el teléfono estaba decidiendo si valía la pena comprarse la comida o si era mejor ahorrarse el dinero. Le pilló tan de sorpresa que lo cogió.

—Eh... hola.

—Konitchiwa-hello —decía una voz al otro lado—. Le va a hablar Kato Mitsui, Enlace.

—¿Con quién quiere hablar?

—Buy, hola —decía otra voz diferente—. ¿Cómo está? Creo que hace muy buen tiempo allí.

—¿Quién es?

—Soy Kato Mitsui, Enlace. Trabaja conmigo ahora, ¿verdad?

—Ah... sí —contestó Buy—. Sí.

—¡Estupendo! Me alegro de hablar con usted. Espero que haya empezado este nuevo trabajo con ilusión, Buy. ¿Lo ha cogido con ilusión?

—Sí —le contestó—. Bueno...

—¡Bien! —Kato se rió con ganas. Buy tuvo que separar el teléfono de la oreja—. Tenemos mucho que hacer. Nuestros amigos de Marketing están lanzando programas

con un potencial excelente. Si no queremos que Mitsui se quede al margen, tenemos que idear unas cuantas estrategias de marketing. Espero que esté preparado para ello.

—¿Estrategias de marketing? No tengo ni idea de...

—Ay, qué modesto es usted —le dijo Kato—. Para empezar, le contaré algo de un programa de nuestros amigos de IBM. Van a premiar a los clientes que traigan productos de la competencia y los arrojen a las trituradoras que han montado en sus tiendas. Los destrozan en las tiendas, ¿lo ve?

—Sí, lo entiendo...

—Una estrategia brillante, porque reduce el producto de la competencia a nivel de basura. Tiene que comprender que para nosotros los japoneses es muy difícil pensar en esa forma de competencia tan brutal. Por eso ahora nos encontramos por detrás de nuestros amigos americanos que tienen tanta energía. Pero llegan vientos de cambio, ¿verdad?

—Sí, sí —dijo Buy.

—Muy bien. Ahora pruebe usted.

—¿Cómo?

—Estoy necesitado de todas sus respetables ideas, Buy, para mejorar y asentar nuestro papel en US Alliance.

—Bueno... —dijo Buy—. ¿Me lo puedo pensar y llamarle más adelante?

—Claro que sí. Cuento con su apoyo, Buy. Volveremos a hablar cuando te lo hayas pensado bien.

—Estoy en ello —contestó Buy. —Colgó el teléfono. Luego lo miró fijamente. *Estoy en ello.* Ésa era la típica expresión que Buy decía antes. *Estoy en ello, muy metido en ello, y cuando me entere bien le llamaré.* ¿Por qué había dicho eso? ¿Por qué lo que le contaba Kato era interesante?

Estoy en ello, pensó. Ya empezaba a ocurrir. Sintió asco de sí mismo.

Eran casi las dos. Suficiente. Buy metió sus cosas en el maletín y cerró la puerta del despacho al salir.

\*

Había muchas armas de fuego y Buy no tenía ganas de rebuscar por los estantes.

—Quiero una pistola —le dijo al hombre de detrás del mostrador—. Algo que sirva para meterla en la boca y disparar.

El hombre le miró asombrado.

—¿Quiere matar a alguien?

—A mí mismo.

—Vale, vale —contestó el vendedor sonriendo. Buy tardó un momento en pillar lo que insinuaba—. Algo potente pero que resulte fácil deshacerse de él. ¿Es así?

—Voy a necesitarla sólo una vez, pero sí.

Abrió con llave el mostrador que había entre los dos y le enseñó una pistola.

—Ésta es una Vektor Z88, nueve milímetros. Potente de cerca, fácil de utilizar, no hace mucho ruido y está bien de precio. ¿Algo así buscaba?

—El precio no es problema.

La Vektor de repente desapareció.

—Entonces, eche un vistazo a esta preciosidad. —Puso una pistola encima del mostrador. Era más elegante y parecía más potente que la Vektor. Buy la cogió y la sopesó.

—Una Colt .45, totalmente automática. Muy fiable. Hecha en Estados Unidos, puede volar la cabeza de un hombre a setenta metros.

—No necesito...

—Ya sé, no necesita larga distancia. Pero si quiere potencia y fiabilidad, ésta las ofrece a raudales. La precisión es un plus.

—¿Cuánto?

—Para usted, tres mil —le contestó el hombre—. Y le regalo la caja de balas y la solución de limpieza.

Buy le entregó su tarjeta American Express.

—Ahórrese la solución de limpieza.

El hombre envolvió la Colt en papel blanco y la metió en una caja.

—Y, por si se lo estaba preguntando, este modelo no tiene número de serie. —Le guiñó un ojo.

—Deme la pistola —dijo Buy.

\*

Aparcó el Saab en el parking subterráneo de su bloque de apartamentos y se bajó. Sin pensar, lo cerró con llave; una vez en el ascensor se dio cuenta de lo absurdo que había sido. Lo tendría que haber dejado en la calle con el motor en marcha.

El apartamento estaba ordenado y tranquilo: habían estado los del servicio de limpieza. Buy arrastró una enorme butaca de piel hasta el ventanal que iba desde el suelo hasta el techo y miró las luces de la ciudad. Éstas le miraron a él a su vez. Empezó a desenvolver la pistola.

Se le ocurrió que el asesino —quienquiera que matara a esa chica Hayley— debió de haber hecho lo mismo, debió de comprar un arma y cargarla con balas. A Buy no le parecía bien que fuera tan fácil. Miró la Colt, y sintió asco. Luego se metió el cañón en la boca.

Por el norte descendía un avión y le guiñaban las luces rojas y blancas. Buy lo estuvo observando hasta que desapareció y entonces apretó el gatillo.

## 39. Pertinacia

A Jennifer le dolía el dedo de tanto apretar la V, la tecla que hacía vibrar el escucha que llevaba Billy ANR. La señal iba desde su teclado hasta su módem, por línea telefónica hasta el Centro de Comunicaciones del Gobierno en Sidney, desde allí a un satélite geosíncrono y hasta el falso paquete de tabaco que llevaba Billy en el bolsillo. Era tecnología punta que el Gobierno todavía estaba pagando y era del todo inútil gracias a la increíble estupidez de Billy ANR.

Jennifer tenía un plan; Billy tendría que atacar a Bill y llevarle a una oficina del Gobierno. Era evidente que este hombre era el que la ANR había confundido con Billy. Jennifer no sabía por qué volvía a Nueva Zelanda ahora, pero no tenía importancia. Lo importante era que le habían dado la oportunidad de arrestarle y reemplazarle por Billy, que entonces podría recoger información para establecer la conexión entre todo esto y John Nike. Pero Billy no le contestaba. Billy estaba de camino hacia la ANR, más contento que unas castañuelas y sin tener ni idea de lo que había; y si se presentaba junto al hombre que fingía ser, el plan de Jennifer habría acabado y Billy probablemente estaría acabado también.

—Mama —dijo Kate entrando en el despacho—, ¿podemos ir a la perrera ahora?

—Dentro de un rato. —Cogió el teléfono, pero sólo hacía ruidos desagradables. Se le había olvidado que estaba activado el módem—. ¿Me puedes traer el móvil de la mesa de la cocina, cariño?

—Pensaba que íbamos a ir.

—Kate, mamá está muy ocupada.

—Entonces, ¿cuándo vamos a...?

—*Después* —le contestó—. Cuando acabe, ¿de acuerdo? Por favor, tráeme el móvil. Es muy importante.

Kate se fue. Jennifer esperaba, apretando la V. Le dolía la cabeza.

—¿Es éste?

—Gracias. No tardaré mucho, cariño, a lo mejor veinte minutos, ¿de acuerdo?

—Eso lo dijiste hace una *hora*.

—No fue hace una hora —protestó, pero miró el reloj y a lo mejor Kate tenía razón—. Kate, por favor, vete y haz algo.

Kate se marchó sin decir nada. Jennifer cambió de mano: tenía ganas de quitarse el cabestrillo, y marcó con la mano que tenía libre.

—Centro de Comunicaciones del Gobierno.

—Soy la Agente Jennifer Gobierno. Estoy utilizando el micrófono oculto de Marlboro y necesito mandar un mensaje al usuario.

—¿Conoces el dispositivo de vibración que te comenté? Si entras en la pantalla Transmisión y aprietas la V...

—Estoy apretando la V ahora mismo. ¿De qué otra forma me puedo poner en contacto con él?

—Pues... podrías intentar transmitirle un mensaje de todas formas.

—¿Y lo oirá?

—No, a no ser que tenga puesto el auricular.

—¿Y por qué tendría puesto el auricular?

—Ni idea, sólo estoy diciendo que...

—¡Joder! —gritó.

—Está diseñado para ser discreto —le contestó, ofendido—. Un agente secreto no quiere que su micrófono oculto empiece a decir de repente «Agente Grimes, vuelva a la base». A lo mejor su agente tiene motivos para no contestar.

—Los motivos de mi agente para no contestar son simplemente que es idiota. Me quieres decir que no hay manera... —Su móvil empezó a pitar. Lo miró. Ponía: LLAMADA ENTRANTE.

—¿Aparte de vibrar? No, no hay.

—Voy a ponerte en espera, y quiero que pienses en cómo puedo yo contactar con mi agente. ¿De acuerdo?

—Lo siento, no hay...

Jennifer cambió a la otra línea.

—Dígame.

—Jen —dijo Calvin—, ¿qué tal la vida casera? No te he interrumpido mientras hacías galletas, ¿verdad?

—No —le contestó—. ¿Has cogido a John Nike?

—Pues... No exactamente.

—¿No?

—Antes de que te pongas histérica...

—Estoy histérica.

—Huyó en avión a Los Ángeles.

—¡Cabrón!

—Ya he contactado con la oficina de Los Ángeles. Van a asignar a un par de agentes. Se ocuparán de ello.

—No. No lo harán. A John no le van a pillar un par de agentes que le buscan en su tiempo libre. ¡Joder!

—Pues, no tienes más remedio que fiarte de su capacidad —resolvió Calvin—. A propósito, el otro John está en coma.

—¿Cómo?

—Hay dos John, ¿verdad? John Vicepresidente está en Los Ángeles. El otro está en coma. No saben si se recuperará.

—Oh —contestó—. De acuerdo. —De alguna manera, ésa era una buena noticia.

—¿No me vas a preguntar cómo me he enterado?

—¿Cómo...?



—Es curioso —empezó Calvin—. En Nike, conocí a una tal Georgia Saints-Nike. Una mujer simpática. Me contó todo sobre cuando trabajaba contigo y con John en aquellos idílicos tiempos de publicidad en Maher. Primero me costó imaginarte vestida con falda y tacón, pero ahora cuando lo pienso...

—Tengo a alguien en espera. ¿Tiene objeto este cuento?

—Me mentiste. Me dijiste que nunca habías trabajado con él.

—Dije que nunca había trabajado en Nike.

—Está muy feo, Jen. Muy feo. ¿Qué pasó? ¿Te robó una cuenta jugosa? ¿Te pellizcó el culo en la fiesta de Navidad?

—Espero que hayas podido trabajar en el caso durante el tiempo libre que te ha quedado después de meter las narices en mi pasado.

—Estoy empezando a preguntarme si es el mismo caso.

—Mira —le dijo—. Yo trabajo para el Gobierno. Él es un criminal. ¿Importa que le conozca? —Oyó que se había encendido la tele en el salón—. Kate —llamó—, está demasiado alto.

—Si tienes un interés previo en John Nike, no nos ayudas nada manteniéndolo en secreto. Lo podría utilizar como defensa.

—Calvin, por favor. —Pitó el teléfono, recordándole que tenía una llamada en espera—. Nadie sabe de qué es capaz John. Soy la mejor para cazarle. ¿Sólo porque trabajaba con él no puedo estar en este caso? Menuda tontería.

—Jen...

El teléfono pitó otra vez.

—Un momento, tengo a alguien en la otra línea. —Puso a Calvin en espera, y gritó—: Kate, ¡baja el volumen de la tele! —Cambió de línea—. ¿Sigues ahí?

—Oiga. ¿Es Jennifer Gobierno?

Jennifer se sorprendió. No era el tío que tenía en espera: era una llamada nueva.

—¿Quién es?

—Soy Buy Mitsui. Hablaste conmigo el martes.

—Ah sí, Buy. Oye, ¿te puedo volver a llamar? Estoy un poco...

—Quería hacerte una pregunta.

—¿Es rápida?

—Creo que sí. Tengo una... una Colt, pero no me dispara. Hay... una especie... de seguro, creo.

—Hay un seguro justo delante del gatillo —le informó—. ¿Has metido balas en la recámara?

—Sí, he metido balas.

—Si la recámara no está llena, tienes que meter una bala en el primer espacio del cargador. ¿Has hecho eso?

—No —contestó riéndose—. No. Muchas gracias.

—No hay de qué. —Iba a colgar cuando se dio cuenta de lo que decía—. Espera un momento. ¿Por qué quieres saber esto?

—Pues... preferiría no decírselo.

—Por favor. Habla.

—Pues bien —dijo Buy—. Vale. Me voy a suicidar.

—¿Mal día en la Bolsa? —Buy no contestó, y Jennifer se arrepintió de la pregunta—. Buy. Lo siento. Dame un momento, ¿vale?

—De acuerdo.

Apretó una tecla del teléfono.

—¿Alguna idea?

—Podría intentar mandar las vibraciones en código Morse —le contestó el tipo del Centro de Comunicaciones—. ¿Tu agente conoce el código Morse?

No se pudo controlar y se echó a reír.

—¿Eso significa que no?

—Gracias por tu ayuda. —Colgó—. Calvin, mañana voy a trabajar. Te veo en el despacho.

—¡Jen! ¡No!

—¿Buy?

—Sí, sigo aquí.

—¿Dónde vives?

—No, no es necesario. —Parecía avergonzado—. Por favor...

—Se trata de esa chica. Hayley. ¿Verdad? Dime donde vives.

Se lo dijo. Jennifer quitó el dedo de la V para escribir la dirección.

—Estaré allí dentro de diez minutos.

—Yo... de acuerdo. Vale, de acuerdo.

—¿Tienes alguna botella de vino?

—¿Vino? Sí.

—Bien —dijo y colgó. Miró la pantalla de su ordenador y la colección de dispositivos tecnológicos que no le permitían hablar con Billy ANR. Y lo apagó todo.

Kate estaba viendo un programa de televisión sobre pandas gigantes. Jennifer se puso en cuclillas delante de ella. La miró.

—La canguro que vino la última vez era muy simpática, ¿verdad?

—¡No! Dijiste que íbamos a ir a la perrera.

—Kate, de verdad que lo siento. —Se sentó y la abrazó. Kate estaba enfadada y se resistía; era como abrazar a un gato—. Ya sé que te dije que iríamos hoy. Pero podemos ir mañana, y eso es todavía antes del fin de semana, ¿verdad? —Kate no contestó—. Cariño, lo siento. Pero a veces hay que ser fuerte y apartar los deseos para ayudar a otros. ¿Lo entiendes?

—No quiero que te vayas.

—Ya sé que no quieres, cielo. Mira, para mí, tú eres la persona más importante del mundo. Te he explicado que para mí es muy importante ir, pero si tu no quieres, me quedo. ¿De acuerdo? ¿Qué dices?

—¡Quédate!

—¡Rato! —voceó, desesperada—. Tengo que irme.

—No quiero que te vayas.

—No te importaba que me fuera cuando tenías todos esos vídeos nuevos. Casi ni te diste cuenta de que me iba.

—Sí que me di cuenta.

—De acuerdo —dijo—. Vale, vale, soy muy mala madre. Te he arruinado la vida. Lo siento, pero *me tengo que ir*. —Se golpeaba la frente. Cuando terminó, Kate la miraba—. ¿Qué?

—No eres mala madre, mamá.

—Tú... —balbució—. Gracias por decírmelo.

—¿Estás segura de que mañana podemos ir a la perrera?

—Sí —contestó Jennifer—. Cariño, te lo prometo. Te recogeré después del colé e iremos allí. Elegiremos el perro perfecto.

—De acuerdo —accedió Kate—. Y... pronto no estarás tan ocupada, ¿verdad? ¿Cuándo cojas a esos malos?

—Eso es. Ojalá pudiera estar todo el tiempo contigo. Te quiero, Kate. Pero mamá está bajo mucha presión ahora mismo.

Kate asintió.

—Era muy simpática. La canguro de la última vez.

—Así me gusta. —Jennifer le dio un beso. Estaba orgullosa y cansada.

## 40. Aculturación

Cuanto más fácil es el trabajo, más se cobra. Eso lo sospechaba John desde hacía años, pero ahora tenía pruebas: cobraba quinientos pavos a la hora por sentarse al sol en la azotea de un edificio de oficinas en Los Ángeles. Llevaba traje y gafas de sol, y estaba recostado en una tumbona mientras llegaba del mar una ligera brisa. John pensó que a lo mejor había encontrado el trabajo perfecto.

—¡Oiga! —llamó al encargado—. Tengo inventario. Más le vale que no desaparezca nada.

El encargado le miró. No estaba tan relajado: le pagaban mucho menos que a John y trabajaba mucho más.

—No va a faltar nada.

—Más le vale. —Cerró los ojos, disfrutando del sol. Estaba cogiendo buen color.

—No va a faltar nada —repitió el encargado. Vaciló un instante—. No conozco su trabajo, pero... Quieren que estos chismes estén dirigidos al norte, ¿verdad?

—¿Y?

—Pues el norte está hacia el centro de la ciudad. Van a acabar con un montón de misiles dirigidos a otros edificios de oficinas. Si les preocupa la ciudad...

—Tiene razón. No conoce mi trabajo.

Un rato después el encargado se marchó. John cruzó los brazos y cerró los ojos. Mañana, pensó, traería un par de cervezas.

\*

El título de su nuevo trabajo era Enlace US Alliance. No sabía qué significaba exactamente; tenía algo que ver con asegurarse de que Nike trabajaba para el equipo y que el equipo trabajaba para Nike. La noche anterior había conocido a los Enlaces de General Motors, Microsoft y Johnson & Johnson. Era increíble pensar que todos estaban en el mismo bando. Lo que iban a ser capaces de hacer con todos esos presupuestos de marketing juntos.

Se reunía con Gregory en un bar en Sunset Boulevard todas las noches, o casi todas. Cuando Gregory no aparecía, John bebía whisky y ligaba con mujeres. Pero Gregory estaba allí casi siempre. John iba por la tercera copa y miraba a una chica de pelo castaño rizado cuando Gregory se sentó a su lado.

—Hola, John.

—¿Qué tal amigo?

—¿Se ha terminado la instalación?

John vació la copa.

—La mitad. Pondremos el resto mañana.

—Mándaselo a otro. Te vas a Londres.

—¿Qué hay allí?

—Intereses nuestros. Te darán más información cuando llegues.

—De acuerdo —asintió John, pero estaba molesto. En Londres no haría treinta grados con una ligera brisa; Londres no le daría la oportunidad de extender redes con el tipo de personas que él quería conocer.

—Trabajarás con el Enlace de Shell. Harás lo que él te diga. ¿De acuerdo?

—¿Ahora nos dan órdenes los de Shell?

—Se llama trabajo en equipo.

—Vale —dijo John.

—Me tengo que marchar. Recoge en la oficina tu billete y llámame desde Londres. —Le miró atentamente—. Otra cosa. Puede que sea buena idea que intentes

pasar desapercibido. He oído que el Gobierno te está buscando. Por ese asunto sin importancia de catorce adolescentes muertos.

—Espera —le interrumpió John—. Sabes que sólo encargué diez.

—Explícale eso a los del Gobierno —dijo Gregory mirando su reloj—, si es que te cogen algún día.

—No son todos los del Gobierno —repuso indignado—. Es sólo Jennifer. Esa hija de puta no para nunca.

Gregory enarcó las cejas en señal de sorpresa.

—¿Jennifer?

—Es una historia muy larga. Ya me ocuparé yo.

Gregory se quedó callado pensando.

—No esperes que la empresa te ayude, John, si te coge el Gobierno. No aceptaré la responsabilidad de un acto criminal.

—Entonces a lo mejor la empresa debería entregarme el billón de dólares que acaba de ganar con mi acto criminal.

Gregory no dijo nada.

—¿Qué? —preguntó John. Sonrió a la chica de pelo rizado.

—¿Te preocupa, John, ser responsable de la muerte de esos chavales?

John le miró.

—¿Qué quieres decir?

—Olvídalo —contestó Gregory.

—Oye —siguió John, molesto—, mi trabajo es aumentar las ventas. ¿Es culpa mía si ésa era la mejor forma de hacerlo? Si el Gobierno tuviera poder para aplicar la ley, no sería así, pero como no lo tiene... Así es el mundo en el que vivimos. Si no te aprovechas de las normas, eres gilipollas.

—Entiendo —contestó Gregory. Estaba decepcionado; John se dio cuenta. Había gente que nunca tenía suficiente. Se les diera lo que se les diera, siempre querían más.

—De momento, ocúpate de tu problema con el Gobierno. Y llámame desde Londres.

—De acuerdo. —Intentó terminar con una nota positiva—. Puedes contar conmigo.

Siguió mirando a Gregory hasta que éste salió a la calle. Se había pasado un poco. Había hablado demasiado. Hablar de Jennifer Gobierno le había puesto nervioso. La idea de que todavía le perseguía le daba escalofríos.

—¿Otro? —le preguntó el camarero.

—Sí —dijo John. Miró alrededor del bar. La chica de pelo rizado seguía allí, hablando con su amiga. Le miró, sonrió y desvió la vista hacia otro lado. Tendría dieciséis años. John le sonrió. También podría terminar su estancia en Los Ángeles con una nota positiva.

\*

Georgia cogió el teléfono al primer timbrado. John se puso contento: eran las ocho de la mañana en Melbourne y la mayoría de las secretarias se habrían aprovechado de su ausencia. A John le gustaba Georgia Saints-Nike; había trabajado con ella desde que estuvieron en Maher. La única cosa que le faltaba era tener un cuerpo estupendo y ponerse trajes cortitos y transparentes, pero John sabía los problemas que eso traía. Otros directivos se ponían celosos, la agenda nunca estaba bien organizada y después de estar follándose los unos meses se volvían quejicas y desobedientes.

—Georgia, así me gusta, has llegado pronto. Tengo un trabajo para ti.

—Hola, John. ¿Qué tal en Los Ángeles?

—Fenomenal. —Llamaba desde la sala de embarque del aeropuerto; se tapaba el otro oído con el dedo—. Salgo hoy para Londres. ¿El Gobierno ha andado por allí?

—¿El Gobierno?

—Ya sabes: traje barato, expresión adusta, siempre pidiendo dinero.

—No, John.

—¿Y de Jennifer no sabes nada?

—¿Jennifer Maher? No, John.

—Vale. —En principio eso estaba bien; pero en el fondo significaba que Jennifer le estaba persiguiendo de una forma astuta, lo cual estaba mal—. Si aparecen por ahí, díles que estoy en Cuba.

—¿En Cuba?

—O en algún país que podría en la práctica visitar, yo qué sé. Invéntate algo.

—De acuerdo, John. ¿Me das un número para localizarte en Londres? ¿Una dirección?

—No sé dónde voy a estar. Llámame al móvil. —El vuelo había empezado a embarcar: unas mujeres atractivas con faldas cortas recogían los billetes de la clase business—. Tengo que marcharme. Si hay algo que no está claro, que te lo arregle John.

—Sigue en coma.

John parpadeó, sorprendido.

—¿Todavía? ¿Cuánto va a tardar ese tío en volver al trabajo?

—Han dicho en el hospital que es difícil saberlo.

—¡Joder! —se quejó—. Esos sitios no se responsabilizan de nada. Mira, te llamaré desde Londres.

—¿Y me darás una dirección?

—Sí, claro. ¿Has entendido lo que te he dicho?

—Sí, John.

—Así me gusta —le dijo—. Siempre puedo fiarme de ti.

—Clase business —decía una de las mujeres—. Clase business.

—Aquí, aquí —dijo John, entregándole su billete. La miró a los ojos y sonrió.

\*

Diez horas más tarde se encontró deambulando por la sala de llegadas de Heathrow buscando a alguien con un cartelito que pusiera JOHN NIKE. Dio dos vueltas más o menos. Luego se instaló en un asiento de un banco de plástico y colocó el maletín en el regazo.

Un rato después entró en la sala un chaval vestido con un pantalón ancho y una cazadora acolchada.

—¿Tú eres John?

—Sí.

—Jo, tío, siento llegar tarde. Este aeropuerto está como a dos horas de la ciudad.

—¿Ah sí? —dijo John—. Pues, ¿qué tal si das la vuelta y vuelves?

—¿Cómo dices? —dijo el chaval.

—¿Ves esas cosas que llevas en los pies? Ésa es mi empresa. Hay personas a las que puedes hacer esperar treinta minutos, pero yo no soy una de ellas. A mí no me vienen a buscar aprendices, sobre todo cuando llegan con una hora de retraso. Así que vuelve a Londres y dile a tu jefe que cuando alguien de verdad quiera hablar conmigo, estoy en el Hilton. —Y se puso en pie.

—Tío —dijo el chaval—, no hay que ser tan hostil. Yo también soy Enlace.

John se sobresaltó.

—Eres el Enlace de Shell.

—No, el de PepsiCo. Vamos a trabajar juntos con el de Shell.

—Pepsi.

—Entonces, ¿colegas?

—¿Tú de verdad eres el Enlace de Pepsi?

—De verdad de la buena.

John dio un suspiro. El marketing podía ser muy aburrido.

—Entonces, ¿podemos irnos? —le preguntó el chaval—. Tengo mi Ferrari aparcado en doble fila.

\*

—Nunca había estado en Inglaterra —dijo el chico de Pepsi. Se había presentado, pero John no se había molestado en recordar su nombre—. Tengo que decir que me ha decepcionado. Pensé que habría casitas de campo y prados y toda esa mierda. Pero es simplemente otra ciudad más.

—Sí —dijo John. Miraba por la ventanilla mientras adelantaban a un Mini.

—Quiero decir... Me alegro de que no sea todo Unión Europea y policías. Pero pensé que habría *algunas* diferencias.

—¿De dónde sacaste el coche?

—Simplemente le pedí a mi secretaria que me consiguiera algo chulo. —Miró hacia John—. Es un 550 Barchetta. ¿Mola?

—No está mal. —Decidió decirle a Georgia que le alquilara un Porsche.

—¿Quieres conducir?

—No.

—Doce cilindros, tío; es como luchar con un cocodrilo.

—¿Cuántos años tienes?

—Veinticuatro. Pero, créeme, soy muy competente. —El chaval tomaba las curvas—. Oye, una vez vi una vieja película británica y rodos hablaban con un acento tan diferente que era casi imposible entenderles. Pero aquí todo el mundo habla americano igual de bien que tu y yo. ¿Qué pasa?

—El mundo es más pequeño hoy en día —le explicó John—. ¿Adonde vamos?

—Jo, perdona, tío. Vamos directamente a la Bolsa. ¿No te lo han dicho? Shell va a comprar las acciones de ExxonMobil. Lanzan una OPA hostil dentro de... —miró su reloj— treinta minutos.

—¿Y por eso hemos venido nosotros? ¿Para quedarnos mirando a una panda de banqueros?

—Brokers, tío. Es un acontecimiento serio. Si sale bien, US Alliance controlará dos tercios del crudo del mundo.

—¿Y qué se supone que tenemos que hacer nosotros?

—Controlar a las masas. —El chaval se reía.

—A mí me gustaría hablar con el Enlace de Shell —apuntó John.

—Nos vamos a reunir allí con él.

John no dijo nada. Esto era muy jodido. Se preguntaba si debía llamar a Gregory.

—¿Y qué te parecen estas señales de carretera? —preguntó el chaval—. ¿Autopista? Las podían llamar carreteras interestatales.

—Aquí no tienen estados. Tienen condados.

—¿Por qué?

—Porque sí.

—Jo —dijo el chaval. Se quedó callado un rato—. Pues supongo que eso es diferente.



## 41. Cruce

Buy aún no había terminado de ponerse la camisa nueva cuando sonó el interfono. Se la abrochó y fue corriendo a la cocina. Veía a Jennifer en la pantalla borrosa. Llevaba un abrigo largo.

De repente decidió no contestar. No debería haberla llamado: era patético. Igual le podría haber dicho: «Hola, Jennifer, soy Buy y necesito desesperadamente tu ayuda». Se sentía avergonzado por no haberse matado de manera eficaz.

Sonó el interfono otra vez. En la pantalla se veía a Jennifer impaciente. Apretó el botón para hablar:

—Hola.

—Ah, vale. Sigues ahí.

—Sí —contestó—. Sí, sube.

Le abrió. Su piso era sencillo y tenía el triste aspecto de pertenecer a un soltero. Ojalá tuviera flores o cosas para adornar o algo.

Jennifer llamó a la puerta. Buy respiró hondo y abrió.

—Hola —saludó.

—Hola. Pasa. Dame el abrigo.

—Gracias. —Jennifer entró y miró a su alrededor, de manera casi profesional—. Bonita vista. ¿Cuánto cuesta un piso como éste?

—No quieras saberlo. ¿Te apetece beber algo? Había puesto el vino a enfriar en la nevera y dos copas en el aparador.

—Sí, genial. —Se dejó caer encima del sofá.

—Ahora mismo vuelvo. —Fue a la cocina, cogió el vino y las copas, intentó calmarse y volvió. Jennifer estaba hojeando una revista que había dejado en la mesa de centro: *Inversor*.

—¿De verdad te interesa esto? ¿Todos estos números y gráficos?

Buy se sentó en la silla que había al lado del sofá. Era difícil no mirar el tatuaje del código de barras. Se preguntaba qué saldría si se escaneara.

—Ya no.

—Ah —sonrió irónicamente. Buy sospechaba que Jennifer tenía un buen repertorio de sonrisas irónicas; a lo mejor no tenía de otra clase—. Y de ahí la Colt.

—Eso es.

—¿Puedo verla?

—De acuerdo. —Fue a cogerlo del cajón de la mesita de su dormitorio y volvió. Jennifer la miró y se la metió en el bolso—. ¿Que haces?

—No quiero que hagas nada de lo que no te vayas a poder arrepentir después.

Notó que se ponía colorado.

—Debes de pensar que soy patético.

—No.

—No debería haberte llamado.

Le cogió la mano.

—Buy, yo estuve en esa tienda de Nike. Sé lo que es fracasar. De verdad.

Se quedó mirándola.

—Por lo menos tú saliste con un corte de pelo decente —dijo Jennifer. Se echó a reír—. Venga. Estoy muerta de hambre. Vamos a comer.

\*

Encargaron comida china y pusieron los platos sobre la alfombra delante de la ventana. Jennifer no podía dejar de mirar la ciudad y Buy la miraba a ella a hurtadillas. Una de las veces le pilló y apartó la vista, avergonzado.

—Casi no puedo coger estos malditos palillos —se lamentó Jennifer—. Por lo del hombro, ¿sabes?

—¿Duele mucho?

—Ya no tanto. Lo peor es el pelo.

—No, no. Es muy... llamativo.

—¡Oye! —le recriminó Jennifer.

—Me gusta. Es muy francés. Corto y desenfadado; es lo que se lleva ahora.

—Vale, vale —contestó—. No te pases. —Vació la copa—. ¿Y Francia cómo es?

—Diferente. Se pagan impuestos y el Gobierno es... mucho más poderoso.

—Justo lo que a mí me gusta.

—No hay la pobreza que hay aquí. Ni tampoco la riqueza. Hay desempleo. Pero Francia es precioso. Los grandes edificios de París, y los pueblos que parecen cuadros... —Vio que sonreía y esta vez parecía sincera—. Es un sitio realmente romántico.

—¡Qué bien! —le dijo—. No me vendría mal algo así.

—Desgraciadamente nada de eso me ayudó cuando vivía allí.

—¿Ah, no?

—En cualquier caso, sólo servía para que las rupturas fueran más dolorosas. Una vez rompí con una chica en los alrededores de Notre Dame. Me dio una bofetada y se fue corriendo. Yo me sentía como el malo de la película. —Jennifer se rio—. ¿Qué? Supongo que tú nunca has tenido una ruptura dolorosa.

—No es eso. Supongo que sí la he tenido.

—Pues no te quedes ahí callada —le picó, llenándole la copa—. Cuenta.

Frunció el ceño.

—Fue en la sala de juntas de un edificio de oficinas en Los Ángeles. Una sala enorme con paredes de cristal y vistas de la ciudad y acabábamos de terminar la reunión más importante de nuestras vidas. Le pedí que se quedara un momento.

—¿Y?

—Él no tenía ni idea de lo que se le venía encima. Pensaba que nos iba fenomenal. Le dije que estaba embarazada.

Buy no dijo ni palabra. Los ojos oscuros de Jennifer le observaban.

—Se volvió loco. Quiero decir, se enfadó muchísimo. No quería tener un niño. No quería que yo tuviera un niño. Lo entiendo, hasta cierto punto. Éramos jóvenes y estábamos intentando hacernos un hueco en nuestra profesión. Pero cuando me soltó aquello, le odié. —Jennifer movió la cabeza—. En cuanto me enteré de que estaba embarazada, supe que no iba a renunciar a mi bebé. Parece una tontería, pero te cambia la vida. Te hace darte cuenta de quién eres realmente. —Se paró un momento—. Entonces él y yo... empezamos una guerra. Era una locura. Al final dejé mi trabajo y me trasladé aquí. Él pensaba que había ganado. Pero yo tengo una hija preciosa que es lo que más quiero. Lo es todo para mí.

Se miraron fijamente. Buy pensó: *¿Debo besarla? ¿Debo?*

Jennifer apartó la mirada.

—¿Te importa que haga una llamada?

—Claro que no —contestó, intentando reponerse—. Voy a recoger estos cacharros.

Sacó un móvil y Buy llevó los restos de comida a la basura. Cuando volvió, Jennifer estaba sentada en el sofá. Se sentó con cuidado a su lado.

—... ti, Billy. Tienes que deshacerte de él como sea. Espero que hayas entendido lo que quiero decir. —Se quedó callada un instante—. ¿Lo has entendido? Vale. Gracias. Apagó el teléfono.

Buy la miró inquisitivo.

—Trabajo —contestó Jennifer.

—Vale —se conformó Buy y, como un imbécil, la besó.

Se puso tensa. Por un momento Buy pensó que le iba a empujar hacia atrás, darle la vuelta y meterle una rodilla en la espalda. Pero entonces le devolvió el beso. Era un beso extraño y tentativo. Luego sintió una mano en el hombro, acercándole más a ella. Los labios sellaban los suyos.

Se separó.

—Por eso me llamaste, ¿verdad?

—Sí —confesó Buy.

—Bien. —Sonrió otra vez, una sonrisa casi tímida—. Eso es lo que esperaba.

## 42. Revelación

El campamento de la ANR había crecido mucho desde la última vez que estuvo Billy. Había más tiendas, más soldados y focos barriendo todo el recinto. Ya no parecía un campamento tan de temporada.

—¡Coño! —exclamó—. ¿Qué pasa aquí?

—Una expedición —contestó Bill—. Van a incorporar más socios.

Billy no sabía muy bien qué significaba eso.

—¡Joder!

El taxista estaba nervioso. Paró a unos siete metros de la verja de entrada, donde los guardias de la ANR los vigilaban desde una garita de metal.

—Salgan aquí. ¿De acuerdo? No les puedo dejar más allá.

—No le van a comer —le contestó Bill mientras sacaba la cartera. Miró hacia Billy sonriendo.

En cuanto cerraron las puertas, el taxista dio la vuelta al coche y se fue dando botes por el camino lleno de baches. Billy y Bill se acercaron a la verja.

—¡Nombre y asunto!

—Bill ANR, Agente Equipo de Ataque, Operación Instigar.

—Billy ANR —dijo Billy—. Em, Agente Equipo de Ataque, Operación... Policía.

Los guardias eran chavales, todavía más jóvenes que Billy.

—¿Tienen alguna identificación?

—Mira, hijo —respondió Bill—. En nuestro trabajo no llevamos identificación.

—Pues... —contestó el guardia—. Voy a tener que verificar estos datos.

—Mira —añadió Bill—, la única persona que me puede identificar a mí aquí es el Cabo Yallam. O le despiertas o nos dejas pasar a mi colega y a mí para que podamos dormir de una puta vez.

El guardia se arrimó a su compañero y hablaron en voz baja. Billy frunció el ceño. ¡Otra coincidencia!: Bill también trabajaba para Yallam. Pero eso no tenía sentido. ¿Por qué Bill no estaba en el equipo de Yallam en el trabajo del Policía?

—Les puedo meter en una zona de seguridad para pasar la noche —cedió el guardia al final—. Les encerraremos hasta que Yallam los identifique por la mañana. ¿De acuerdo?

—¡Menuda bienvenida! —se quejó Bill, pero levantó el petate y Billy hizo lo mismo. Los guardias los llevaron a un barracón seguro, un edificio de madera sin ventanas y con una puerta metálica, y los dejó encerrados.

Billy encontró el interruptor de la luz. Había seis literas y una puerta que llevaba al baño. Dejó caer el petate encima de una litera.

—Joder, tío, estoy reventado.

—Yo también. ¡Vámonos a la piltra!

Una vez acostado, Billy pensaba en Yallam. Había algo que no acababa de tener claro. Luego se preguntó si no podría escapar y volver a ver a aquella recepcionista de la ANR. La del cuerpazo. Eso estaría bien. Estaría muy bien.

\*

Se despertó antes del amanecer con la vejiga llena. Había justo luz suficiente para distinguir a Bill dormido en la litera al otro lado del barracón. Billy se levantó y fue al baño.

Mientras meaba, pensaba en Jennifer Gobierno. Había tenido muchas ganas de hablar con él ayer, a juzgar por cuánto vibró el paquete. A lo mejor debía echarle un vistazo.

Se subió la cremallera y volvió a la litera. Bill seguía dormido. Rebuscó en la petaca hasta encontrar la chaqueta y el paquete de Marlboro en el bolsillo. Necesitaba también esos pequeños auriculares, pero estaban al fondo de la petaca. Intentaba no hacer ruido. Bill no se movía.

Volvió al baño y se metió en una cabina, cerrando la puerta con el pie. El dichoso paquete seguía vibrando, aunque ahora sólo de forma intermitente. A lo mejor se estaba quedando sin pilas. Se puso los auriculares y se sorprendió al oír la voz de Jennifer Gobierno.

—... os presentáis juntos, tardarán menos de diez segundos en darse cuenta de lo que está pasando. Entonces te matarán, Billy. Tienes que deshacerte de él, como sea. Espero que hayas entendido lo que quiero decir.

—Oiga —dijo en un susurro.

Se oyó un clic y empezó otra vez. Era una grabación.

—Billy, soy Jennifer. Puto imbécil, el que está contigo es el *tío que estás fingiendo ser*. Dijiste que la ANR esperaba a un tipo que se llamaba Bill ANR. *Es él*. Si os presentáis juntos, tardarán menos de diez segundos...

Billy se quedó petrificado.

—¡Joder!

Oyó que se abría la puerta del baño con un chirrido.

—Oye, colega —dijo Bill—. ¿Qué haces ahí?

—Estoy... —Casi no le salían las palabras—. Estoy cagando, tío.

Oyó los pasos de Bill. Miró hacia la puerta. No tenía cerradura. ¡La puerta no tenía cerradura!

—¿Otra vez?

Se le reseco tanto la garganta que no podía casi respirar.

—¿Cómo?

—Te levantas, vienes aquí, vuelves a la litera, vuelves aquí otra vez. ¿Qué pasa?

—Bajó la voz—. ¿Tienes alguna revista de tías o qué?

—Sí —contestó Billy—. Tengo...

—¿Y qué haces? ¿Hablas con ellas?

—Bueno —improvisó Billy—. Sí... a veces me gusta...

—Pues no seas egoísta, tío —protestó Bill, abriendo la puerta de un empujón. Se miraron fijamente durante un momento.

—¿Qué coños es eso? —preguntó Bill.

—Es...

—¿Una especie de radio? ¿Se cogen los partidos de béisbol?

—¿Cómo? —preguntó Billy—. Es... sí. Sí. Ahora mismo estoy escuchando un partido.

—¡Qué demasiado, tío! ¿Quiénes juegan?

Billy empezó a toser para darse tiempo a pensar.

—Los Yankees y los White Sox.

—¡No jodas! Mi equipo son los White Sox. Déjame oírlo.

—Claro. —Se quitó los auriculares y le dio a Bill el paquete.

Bill lo miró.

—Nunca he visto nada así. Parece un paquete de pitillos normales. ¿De dónde lo has sacado? —Volvió a poner los auriculares y empezó a escuchar.

*Puede que la grabación haya parado, pensó Billy. Puede que Jennifer nos haya oído y lo haya cortado.*

—Oye —dijo Bill—, esto no es béisbol.

Billy le dio una patada a la puerta con todas sus fuerzas. Golpeó a Bill en la cara y se volvió a abrir de rebote. La puerta quitó a Billy visibilidad durante un segundo y luego vio a Bill tumbado debajo del lavabo de la pared de enfrente, con cara sorprendida y dolorida. Escupía sangre.

—Tú eres *el Gobierno*.

—Lo siento —se disculpó Billy. Se levantó y se acercó a Bill, buscando algo para golpearle y dejarle KO.

—¡Infiltrado! —gritó Bill y le dio a Billy una patada en las piernas, haciéndole caer. De repente Billy sintió cómo el grueso brazo de Bill le rodeaba el cuello. Billy tosió y peleó—. ¡Socorro! —gritaba Bill. Su voz rebotaba en las paredes alicatadas—. ¡Seguridad! ¡Necesito ayuda!

Billy logró liberar un codo y golpeó fuerte con él hasta estrellar la cabeza de Bill contra el lavabo. Se hizo añicos el lavabo de porcelana y los trozos le caían encima.

—¡Ay! —se quejó Bill—. Ca...

—Lo siento —dijo Billy, una vez más. Entonces sintió algo mojado y caliente en la tripa.

—¡Toma, cabrón! —dijo Bill.

Billy miró hacia abajo. Le salía una larga astilla de porcelana de un costado. Le asustó tanto la sangre que se olvidó de Bill y no vio el puñetazo que se le venía encima. La cabeza se le fue para atrás y dio en la pared. Entonces Billy ya no pensó en nada durante un rato.

Debió de caerse hacia delante y dar con la astilla de porcelana en el suelo; eso consiguió llamarle la atención. Soltó un chillido. Estaba solo en el baño. Estaba

mareado. No sentía las extremidades.

Sabía que probablemente debía dejar la astilla metida en el costado, pero no la aguantaba. Tiró de ella; vio las estrellas, sintió cómo le corría la sangre por el costado. Intentó tapan la herida con la mano.

—¡Infiltrado! —Se oía la voz de Bill en el dormitorio—. Por favor, dense prisa. May un puto infiltrado del Gobierno aquí intentando matarme.

Billy oyó el ruido de unas llaves en la puerta. Alguien, o probablemente varias personas, estaban abriendo la puerta de fuera. Se levantó, se desplomó y volvió a levantarse. La puerta del baño estaba muy lejos. Avanzó tambaleándose y se agarró al marco de la puerta.

Bill estaba montando un rifle encima de una de las literas. Era un FN M249 automático, si Billy no se equivocaba: no era muy preciso a larga distancia, pero a unos tres metros le dejaría hecho añicos sin ningún problema. Bill lo levantó. Billy hizo lo único que podía para evitar los disparos: se tiró al suelo. La carpintería explotó encima de su cabeza.

Se abrió la puerta de entrada. Irrumpieron cuatro hombres en traje de faena. Llevaban metralletas.

—Infiltrado —le delató Billy con un hilo de voz y señaló a Bill. Abrieron fuego y Bill dio una vuelta hacia atrás. Durante un segundo, Billy creyó que era increíblemente flexible. Luego se dio cuenta y miró hacia otro lado.

—¿Estás bien? —le preguntó un hombre de la ANR, y otro dijo:

—¡Un médico! ¡Necesitamos un médico!

—Ay —dijo Billy y se durmió un rato.

## 43. Apostasía

Hack sentía una mano acariciándole el pelo. Sentía una mano en la cara.

—¿Violeta? ¡Violeta!

—Sh... —dijo Claire—. Soy yo.

Se despertó.

—¿Qué hora...?

—Un poco más de las seis. Tienes una llamada. Es Violeta.

Hack tiró las mantas hacia atrás. Sintió una enorme sensación de alivio. ¡Violeta estaba viva! Se fue corriendo a la cocina y cogió el teléfono.

—Hola. ¿Violeta?

—Hola. —Parecía que la voz venía de lejos. Se oía mucho ruido de fondo, como si estuviera yendo en coche por una autopista atascada—. No tengo mucho tiempo para hablar. Estoy llamando desde un avión.

—¿Desde dónde?

—Sólo quería decirte que estaré fuera una temporada. Tengo trabajo.

—¿Qué avión?

—Me voy a Londres.

—¿A Londres? —Se sentía confuso.

—Sí.

—Pero... ¿por qué?... ¿Cuándo vas a volver?

—No lo sé. A lo mejor un par de semanas.

—¿*Semanas*?

—He vendido mi programa. A ExxonMobil.

—¡Violeta! ¡Es genial! ¿Cómo...?

—Tengo que colgar. Te llamaré más adelante.

—¡Espera! ¿Por qué no has llamado antes?

—He estado ocupada. Tuve que ir a Dallas.

—¿A Dallas?

—Hack, tengo que colgar.

—¿Por qué no me llamaste desde Dallas?

—Te estoy llamando ahora, ¿no? Venga, no me jodas.

—No te estoy jodiendo. —Hack oyó el tono patético de su propia voz. Se volvió para que Claire, que esperaba en la puerta, no le viera—. Sólo digo que podrías haber llamado para que no estuviera preocupado pensando que te habían matado.

—¿Sabes qué? Olvida que te he llamado. Pensaba que te alegrarías por mí.

—Y me alegro, Violeta, pero...

—Eres como un lazo que tengo alrededor de las piernas, ¿sabes? Cualquier cosa que hago, intentas retenerme. Es demasiado.

—¡Violeta! ¡Jamás he intentado retenerte! Hemos vivido de lo que gano yo durante un año.

Oyó el clic de colgar.

—¿Violeta? ¿Violeta?

Hack se quedó inmóvil. Después de un rato sentía cómo le rodeaba Claire desde atrás, abrazándole.

—¿Estás bien?

—Está... —Era incapaz de articular palabra.

—No te merece, Hack —musitó Claire—. Nunca te ha merecido.

\*



Hack fue a trabajar pero no podía concentrarse. Pasó la mayor parte del día mirando por la ventana y mordiendo el bolígrafo. Últimamente había tantas cosas que habían resultado no ser lo que él pensaba. Primero Violeta, que no era tan cariñosa ni estaba tan muerta como él había creído. Luego las cosas que habían dicho las amigas hippies de Claire, cosas que tenían más sentido del que él hubiera querido. Por ejemplo, cómo le estaban explotando en Nike. Eso era más cierto de lo que ellos imaginaban.

Pero lo más confuso era lo de Claire. Hack sabía que a lo mejor sólo quería ser amable con él. Pero también era posible que, durante todo ese tiempo en que él había estado con Violeta, ella nunca hubiera dejado de quererle. Le daba vueltas y vueltas a esa posibilidad.

—Oye, Hack —llamó una mujer desde el otro lado del pasillo—. ¿Sigues con nosotros?

—¿Cómo?

—Estás ahí con la mirada perdida.

—Ya —dijo Hack—. Sí, estoy bien.

La mujer puso los ojos en blanco. Hack se enfadó. Estaba ahí mismo a su lado. ¿Pensaba que no la veía? En Nike nadie respetaba a Hack. No le respetaba nadie en ningún sitio.

Se levantó.

—Me voy a marchar.

La mujer le miró asustada.

—Si sólo son las cinco.

—Ya lo sé —contestó Hack—. Pero me voy. —Tenía cosas que hacer.

\*

Al taxista le pareció muy divertido que Hack no supiera dónde había dejado el coche. En cambio a Hack le costaba ver el lado divertido de la situación, pero a lo mejor era porque le estaba costando un dólar por minuto dar vueltas en vano por el aparcamiento del aeropuerto. Luego se le ocurrió que Violeta podría no haber conducido hasta aquí; desde luego no se había pagado ella su billete de avión. Le pidió al taxista que le llevara al edificio de ExxonMobil y se dirigió a recepción.

—Disculpe. ¿Dónde está el aparcamiento de las visitas?

—Para utilizar ese aparcamiento tiene que reservar plaza con antelación, señor. —La recepcionista le miró con una sonrisa comprensiva.

—No quiero utilizarlo, sólo quiero saber dónde está —explicó Hack.

—Pero, señor, no servirá de nada que le diga dónde está si no ha reservado.

—Bueno, vale, déjelo —dijo Hack. Daría vueltas hasta que lo encontrara. Se marchaba cuando la recepcionista dijo:

—¿Es usted propietario de un Toyota rojo?

Se paró.

—Sí.

—Es que llamamos a la grúa para que se lo llevaran.

—¿Adonde?

—No estoy segura... Siempre llamamos a la misma empresa, tendrá que llamarles. —Le entregó una tarjeta.

—¿Me deja usar su teléfono?

Le miró, no sabiendo muy bien qué hacer. Hack resistió la tentación de apartar la mirada. Al contrario, la miró fijamente con lo que esperaba fuese poderío y autoridad natural.

—Bueno... sí, claro —le contestó la recepcionista. Le acercó el teléfono—. Pero realmente no debería. —Le echó otra sonrisa.

—Gracias. —Intentó no dejarle ver que estaba sorprendido. ¡Vaya reacción! Hack en su vida había obtenido tan buen resultado. A lo mejor el rollo ese de la seguridad en sí mismo servía para algo—. No tardaré.

—Tarde lo que quiera —le contestó la recepcionista.

La empresa de la grúa le dijo a Hack que sólo le entregaría el coche si iba a donde se encontraban ellos, les entregaba la identificación y les pagaba quinientos dolares. No eran precisamente buenas noticias. Hack no tenía quinientos dólares ni nada que se le pareciera. El hombre de las grúas no estaba dispuesto a aceptar menos, usara el poderío y la autoridad natural que usara.

Aun así estaba contento cuando volvía a casa de Claire. Sentía como si hubiera descubierto algo realmente importante. Hack se dio cuenta de que gente como John Nike abusaba de él sin motivo; él se lo había permitido. Casi había *esperado* que lo hiciera. Pues todo eso iba a cambiar. Hack iba a coger las riendas de su vida.

Claire todavía no había llegado a casa. Hack se sentó en el sofá, sin poder evitar mover impaciente las piernas. Tenía muchas ganas de hablar con ella. Quería preguntarle sobre el grupo ese de amigos suyos. Quería saber si hacían algo más que simplemente hablar.

## 44. Colaboración

Violeta apretó la tecla de COLGAR del teléfono del avión. Tenía un cordón largo que había de recogerse dentro del asiento, pero no le funcionaba. Vio a Nathaniel ExxonMobil mirarla desde el otro lado del pasillo.

—¿Algún problema en casa?

—Todo va bien —contestó Violeta. No quería hablar con Nathaniel ahora.

—Los seres queridos nunca acaban de entender por qué tienes que dejarles. Por qué tienes que hacer determinadas cosas. Es algo que he aprendido con el tiempo.

—Todo va bien. —Encontró el botón. Se recogió el cordón del teléfono.

—No le contaste nada del trato.

Violeta miró el contrato. Concedía a ExxonMobil el uso de su programa y ella se comprometía a activarlo. Si el producto funcionaba, Violeta se embolsaría casi tres millones de dólares.

—No tiene nada que ver con él. Esto es mío.

—De acuerdo —aceptó Nathaniel, y siguió leyendo su revista.

\*

En Londres estaba lloviendo. Violeta intentó ver algo a través de las ventanillas, pero entre el tinte de los cristales y la niebla sólo distinguía las siluetas grises de los edificios bajos. Hizo ademán de darle al botón para bajarlas pero Nathaniel le cogió la mano.

—Lo siento, no es posible hacer eso.

—¿Por qué no?

—No quiero que me vean. Después del ataque en Shell, puedes hacer turismo.

—¿Y cuándo va a ser eso?

Miró el reloj.

—Dentro de tres horas.

—Ah. —Una sensación de malestar delataba el miedo que sentía.

—Todo saldrá bien —le calmó Nathaniel—. Ya verás.

—Claro, tú no tienes que entrar allí.

—Tú tampoco. ¿Quieres romper el contrato?

Violeta apartó la mirada. Nathaniel no le caía muy bien.

—No.

\*

Violeta era la única técnica del grupo. Le habían dado información sobre el servidor al que tendrían acceso, pero, aun así, no era ningún experto en Solaris. Si se

liara con el sistema operativo, la única ayuda que tendría serían unos auriculares y un micrófono conectado a unos tíos en la oficina principal de ExxonMobil en Londres. Violeta pensaba que debería ser al revés: que entraran los técnicos de ExxonMobil mientras ella se quedaba en un edificio con aire acondicionado y una radio.

Pero Nathaniel lo quería hacer de esta manera: Violeta más doce agentes de la Policía, que realmente eran soldados con uniformes, pistolas y cinturones con muchas cosas. Fueron hacia Shell en la parte de atrás de una furgoneta de UPS. Violeta los observaba para ver si eran competentes. No estaba acostumbrada a trabajar en equipo. Se estaba poniendo nerviosa.

—Dos minutos —anunció el líder. La Policía empezó a ponerse pasamontañas y a armar los rifles—. Señora, estaremos entre usted y ellos en nulo momento. Usted sólo tiene que ir hacia donde la guemos.

—Me cuidarán, ¿verdad? ¿No me perderán de vista?

—No, señora. —Buscaba la chapa con su nombre. Ponía sólo UNO—. Fíese de mí.

\*

La furgoneta redujo la velocidad y todos los que estaban dentro se callaron. Luego arrancó otra vez y finalmente se paró. Era la señal que conocían todos menos Violeta: los soldados de la Policía se pusieron rápidamente en pie y abrieron las puertas. Inmediatamente la rodearon. Alguien le dio un rodillazo en el culo; ella sin querer le dio a un tipo un cabezazo en la espalda. La única vista que tenía del edificio de oficinas en el que estaban a punto de entrar era hacia arriba.

Oyó el ruido de cristales rotos, y un soldado la metió de malas maneras por una puerta giratoria. Alguien gritó: «¡Al suelo! ¡Al suelo!». Violeta vio de reojo a un guardia de seguridad con la cara pálida del susto. No parecía que tuviera ganas de meterse con doce soldados armados hasta los dientes. Violeta pensó: *A lo mejor todo sale bien.*

Algunos soldados permanecieron en el vestíbulo y el resto se fue corriendo por una escalera. El soldado que iba con Violeta no le quitaba la mano de la espalda, empujándola hasta que llegaron al final de la escalera. Al principio estaba resentida, pero, después de diez pisos, casi dependía de él para ayudarla a subir. Cuando salieron a una planta apenas podía respirar.

Se oyeron muchas voces. En esa planta había un montón de despachos separados entre sí por tabiques llenos de empleados asustados. La Policía rompía filas para empujar a la gente al suelo y Violeta empezó a sentirse más vulnerable. Encontró la mirada de una chica con gafas. Parecía joven y asustada. Violeta se sintió mal por ella.

Desde los altavoces del techo se oía: «Atención todo el personal, atención todo el personal. Esta es una situación de riesgo. Refúgiense debajo de sus mesas hasta nuevo aviso. No intenten salir del edificio. Esto no es un simulacro».

—¡Al suelo, al suelo, al suelo! —repetía el soldado a la izquierda de Violeta. Se fue corriendo a donde estaba un hombre apoyado en una mesa hablando por teléfono.

—¡Suelte eso! ¡Al suelo!

—Solo estoy cerrando un trato —dijo el hombre. Violeta se quedó helada: no podía creer que alguien pudiera ser tan tonto.

El soldado le encañonó la cara.

—¡Suéltelo he dicho!

—Por favor, sólo un...

El soldado hizo algo con la pistola. Se oyó un clic.

—... minuto más, por favor...

El soldado saltó, giró y cayó encima del hombre.

Violeta nunca supo por qué no oyó el disparo. Lo tuvo que imaginar al ver la expresión de terror del hombre y la sangre. Había un joven al otro lado de la sala, un chaval con traje y una corbata de un color muy vivo. Llevaba una pistola.

Un soldado agarró con fuerza a Violeta, tirándola al suelo, y entonces se oían muchos disparos; eso sí que lo oyó.

—¡Quita! —gritaba Violeta, pero el hombre la tenía inmovilizada—. ¡Déjame! —No sabía por qué forcejaba intentando liberarse.

Los disparos no duraron mucho. La gente chillaba y la Policía gritaba más. Entonces el soldado que se encargaba de Violeta la levantó del suelo y la empujó hacia delante.

—¡Espere! —Giró intentando ver—. ¡Espere! ¿Qué ha pasado con...?

El chaval de la pistola ya no estaba. La pared detrás de donde se había ocultado estaba salpicada de rojo.

—¡No! —dijo Violeta—. No, no, no...

—¡No te pongas histérica! —le gruñó el soldado de mala leche. Hablaba de una forma extraña, así que Violeta se giró para mirarle. Llevaba encima del hombro al soldado herido que se sujetaba el cuello ensangrentado. La sangre le corría entre los dedos.

Violeta empezó a chillar, retrocedió chocando con el hombre que iba delante de ella, tropezó y se cayó.

—¡Levántate! —le gritó el soldado. Unas manos le tiraban del pelo y la ropa—. ¡Levántate! ¡Levántate!

—¡No! ¡No! —Les dio patadas. Alguien la fue a coger y Violeta le mordió la mano.

—¡Aaay! Me cago en la...

—¡Cógela en brazos! —ordenó una voz y alguien obedeció. Un soldado cogió a Violeta y se la cargó encima del hombro. Ella intentaba darle en la cabeza. Se sintió

terriblemente vulnerable: veía cómo la miraban los empleados desde sus mesas o entre tiestos. Los soldados rompieron las puertas de cristal de la sala de ordenadores, y Violeta sabía que al romperse las puertas se iba a joder el sistema de control de temperatura. Se veían servidores informáticos colocados de forma ordenada por la sala. El soldado la dejó en el suelo.

—¡Tú! Ya estamos aquí. ¡A lo tuyo!

—No...

—¡Hazlo!

—¡No puedo!

Le dio una bofetada tan fuerte que se cayó de rodillas. La pilló tan de sorpresa y era tan absurdo que Violeta se echó a reír.

Un policía la cogió y le acercó tanto la cara que ella no le veía más que los ojos rodeados por el pasamontañas. Lo suficiente para darse cuenta de quién era: era UNO, el líder. Le agarró del cuello.

—O haces tu trabajo o te mato aquí mismo.

Las palabras sonaban divertidas, pero su mirada era dura y dio a entender a Violeta que con él no había lugar para bromas. No podía respirar.

—Espera... Espera... necesito un terminal. No el ordenador en sí. Un terminal.

—¿Qué cojones es un terminal?

—Están en la... —Todavía la tenía cogida, pero giró buscando algo. Hacia un lado de la sala había un cuarto pequeño con paredes de cristal. Dentro se encontraban tres técnicos mirando nerviosos lo que estaba pasando—. Necesito entrar allí.

—¡Quítate de en medio! —dijo UNO y la tiró al suelo. Violeta se frotaba la garganta mientras los soldados rompían la puerta de una patada y sacaban a los técnicos. Violeta entró detrás de ellos y caminó entre las filas de terminales hasta encontrar uno que ponía:

```
[root@sphinx / usr] %
```

Tenía a UNO detrás.

—¿Esto es lo que necesitas? *¿Es esto?*

—Sí —le contestó, y se puso a trabajar.

## 45. Ejecución

John era de la opinión de que, vista una Bolsa, vistas todas: pantallas gigantes, suelos llenos de papeles y demasiadas personas sudadas unas cerca de otras. Era la primera vez que John pisaba el parqué, pero la única diferencia radicaba en que unos extraños le susurraban al oído palabras que le sonaban a chino. Las únicas palabras que entendía eran «dame» y «jodido».

El Enlace de Shell era alto, delgado y nervioso. Su mirada recorría todos los paneles y perdía la concentración cuando John le hablaba. Entre él y el chaval de Pepsi, a John no le impresionaba mucho la calidad del personal que había mandado US Alliance para este asunto.

La OPA se había hecho pública a las nueve y media: Shell ofrecía 58 dólares por cada acción común de ExxonMobil que se pusiera en venta antes del cierre de la Bolsa.

—¿Eso es mucho? —preguntó John, y el Enlace de Shell le contestó:

—¡Es el *doble* del valor de apertura! —John sacó la conclusión de que eso debía de ser mucho.

Desde entonces se veían muchos brokers nerviosos; el Enlace de Shell se mordía las uñas y John se aburría.

—¿Qué hacemos aquí? —le preguntó al chaval de Pepsi.

—¿Me hablas otra vez? —preguntó el chaval. Había recogido trozos de papel del suelo e intentaba pegarlos—. Nuestra misión es la de defender. Si Team Advantage intenta atacar la Bolsa, nos coordinamos con la ANR para mantenerles a raya.

—¿Piensan que Team Advantage atacará la *Bolsa*?

—Esos tipos de la ANR no están aquí por sus caras bonitas.

John había pensado que formaban parte de la seguridad normal. Empezó a sentirse vulnerable. No había repuesto la pistola que le había robado la novia de Hack.

—¿Vas armado?

El chaval de Pepsi se tocó la chaqueta.

—Siempre.

—Genial —contestó John—. Cojonudo.

—¿No vas armado?

—Nadie me contó que me iban a disparar.

—No, lo más probable es que no pase nada. Hemos pillado a Team Advantage por sorpresa y tenemos a cincuenta tíos metidos aquí.

—Ya. —Se notaba alboroto en el parqué y los brokers estaban cada vez más nerviosos.

—¿Qué pasa? —El chaval miraba con atención los trozos de papel.

—Ni idea. Pregúntale a Stretch.

John veía al Enlace de Shell gritar por el móvil. Se le salían las cuerdas vocales.

—No tiene buena pinta.

—A lo mejor vienen los de Team Advantage. —El chaval se reía.

Se oía un gruñido por toda la sala. En uno de los grandes paneles se leía: ROYAL DUTCH/SHELL (RDS) OPA SOBRE EXXONMOBIL (XXN) - SUSPENDIDA.

John se acercó al Enlace de Shell y le tiró del brazo.

—¿Qué pasa?

Tapó el micrófono con una mano.

—Se han caído los sistemas integrados de compraventa. No podemos verificar órdenes de compra hasta que vuelvan. Estamos intentando...

—¿Es temporal?

—Te avisaré. ¿De acuerdo?

John volvió a donde estaba el chaval de Pepsi.

—¿Y bien? —le preguntó.

—Problema informático.

El chaval silbaba entre los dientes.

—Cerebrines, tío. Nunca te puedes fiar de ellos. —Se rió—. Si nos hubieran atacado, te hubiera dado mi pistola, ¿sabes?

—Sí, sí, y voy yo y me lo creo —contestó John.

\*

Una hora más tarde, el panel seguía con las palabras OPA SUSPENDIDA y los brokers se estaban cabreando cada vez más. John estaba inquieto: su papel aquí era asegurar una compra sin problemas y se había parado completamente. No parecía que su cambio profesional fuera buena idea.

—¿Por qué tardan tanto? —preguntó el chaval de Pepsi—. ¿Los ordenadores no tienen copias de seguridad?

John vio al Enlace de Shell hablando con un operador.

—Vamos a preguntar. —Se puso detrás del hombre y esperó hasta que éste se dio la vuelta—. ¿Qué pasa? ¿Hacemos negocios aquí hoy o qué?

El Enlace de Shell susurró:

—Se ha caído toda la red de Shell. No creen que la puedan restaurar hoy.

—¿Qué putada! —dijo el chaval de Pepsi—. ¿Qué ha pasado?

—Ha entrado en el edificio de Shell un grupo armado y ha inutilizado nuestros sistemas informáticos.

—¿Team Advantage nos ha atacado?

—¿Qué cabrones! —dijo el chaval.

—No sabemos con seguridad que haya sido Team Advantage. No hay forma de identificar ciertos...

—Claro que han sido ellos —dijo John—. Es ExxonMobil, es Team Advantage. ¿Y cuál va a ser nuestra respuesta?



El Enlace de Shell se frotaba la frente.

—Tenemos que preparar un comunicado para la Bolsa... Ampliamos la oferta hasta mañana, quizá pasado...

—No —dijo John—. La competencia acaba de invadir tu edificio. ¿Cuál es nuestra respuesta?

—No podemos hacer nada.

—¡Mierda! —Hay gente que no sería capaz de rescatar nada de una derrota, pensó John. Pues él no era uno de ellos. Él estaba dispuesto a coger cualquier oportunidad—. ¿Cuántos hombres tenemos aquí?

—¡Para el carro! —le dijo el Enlace—. Nadie va a...

—Yo estoy de acuerdo con John —dijo el chaval—. Vamos a montar una buena.

—Informaremos al Gobierno del incidente y...

—¿El *Gobierno*? El enemigo te da una patada en los cojones y tú quieres elevar una queja al Gobierno. ¿Crees que está de nuestra parte el Gobierno?

—Mira, Team Advantage está inutilizándonos —dijo el chaval de Pepsi—. Escucha al amigo John.

—¿Qué vas a hacer?

—Voy a coger a estos tíos de la ANR y voy a decirles a los de ExxonMobil que han metido la pata.

—Déjame hablar primero con el Presidente de Shell. Sólo... John... ¡espera!

—Demasiado tarde —contestó John.

\*

—Tú —dijo—. Necesito que tus hombres vengan conmigo para una contraofensiva contra ExxonMobil.

El soldado de la ANR le miró de arriba abajo. Según la chapa identificativa que tenía el rango de Teniente, pero John no sabía qué significaba eso.

—¿Y tú quién eres?

Le enseñó su carné.

—El Enlace de Nike.

—Señor, yo no tengo competencia para iniciar ofensivas. Mis órdenes son de ocupar este lugar.

—¿Tienes órdenes de proteger a los Enlaces?

—Sí.

—Entonces más te vale que me sigas —dijo John— porque estoy a punto de disparar a algunas personas. —No esperó para ver si le obedecía o no. El chaval de Pepsi iba a su lado como un perrito—. Dame las llaves.

—¿Cómo?

—Las llaves —contestó John—. Conduzco yo.

\*

El chaval tenía razón: el Barchetta era como un animal. Iban a toda pastilla por el centro de Londres y el chaval buscaba desesperadamente el cinturón y gritaba, «¡Jooodeeeeer!», cuando se acercaban demasiado a otros coches.

—¿Vienen detrás?

El chaval estiró el cuello para ver.

—¡Viene un camión de la ANR como a tres manzanas! ¡Pero los estás perdiendo!

Se puso rojo el semáforo y John aceleró. Estaba en una típica calle estrecha londinense con un carril en cada sentido, así que se subió a la acera, pasó rozando entre un pilón y un escaparate y saltó otra vez a la carretera. No venía nadie. Pisó a fondo.

—¡John! Este coche no está autorizado. ¡No puedes ir por la acera, tío!

—¿Cuánto falta?

El chaval había pedido direcciones por el móvil: era un servicio de AT&T.

—Para allí. En el ocho-nueve-nueve.

Vio el logo. El edificio era alto de color crema y el vestíbulo estaba hecho de cristal. A John le venía muy bien.

—¿Los de la ANR nos siguen?

—Están bastante lejos, tío. Mejor les esperamos o van a seguir adelante.

—No nos van a perder. Espérate.

—Ay... no... no...

—John soltó el freno de mano lo suficiente para girar el coche noventa grados y luego pisó el acelerador. El Ferrari fue derecho hacia la entrada de ExxonMobil.

—Aaaayyy —gritó el chaval.

El coche chocó contra el bordillo y saltó, así que estaban ligeramente levantados del suelo cuando se estrellaron contra la fachada de cristal. Otra vez el chaval tenía razón. No tenían ninguna autorización. Vio a gente correr y tirarse al suelo; luego chocaron contra algo grande que no se movía y luego hundió la cara en un airbag.

No veía nada, pero logró alcanzar el pecho del chaval y sacarle la pistola. Abrió la puerta y saltó para fuera.

—¿Está bien? —le preguntó una señora—. ¿Señor?

—Estoy bien —contestó John apuntándola con la pistola. La mujer empezó a chillar. Se oía el eco por todo el vestíbulo—. ¿Dónde están los directivos en este edificio? ¿En qué planta?

Oyó abrirse la puerta del copiloto y salir el chaval, tosiendo.

—En la treinta y ocho. Están todos en la treinta y ocho.

—Gracias. —Se dirigió a los ascensores. El chaval le seguía en silencio. Por fin John había encontrado la forma de callarle. Apretó el botón para llamar un ascensor y esperó.

El Ferrari estaba empotrado contra una mesa de recepción enorme, tan incrustado que era imposible decir dónde terminaba uno y empezaba la otra. John se preguntaba si alguien había estado sentado allí.

Los soldados de la ANR entraron en el vestíbulo, pisando los cristales. John vio al teniente con quien había estado hablando antes.

—¡Oye! —gritó—. ¡Las cámaras de seguridad!

—¿Cómo?

—Vete a mirar dónde tienen el centro operativo de las cámaras de seguridad. No quiero dejar aquí ninguna prueba.

—¡Sí, señor! —contestó el Teniente. Ahora sí que le respetaba a John. Se abrió el ascensor y John se metió. Mientras iban hacia el piso treinta y ocho sonaba música enlatada. El chaval aguantó sin decir nada unos segundos.

—Tú simplemente suponías que había airbag en el lado del copiloto, ¿verdad?

—Planificar demasiado dificulta la ejecución —le contestó John.

—Podrías haberme ejecutado a mí.

—No te ha pasado nada.

—Y, además, cogiste mi pistola.

—Pues dijiste que me la prestabas.

—Bueno, vale —refunfuñó el chaval entre dientes.

—¿Sabes qué convierte a alguien en un buen ejecutivo? —le preguntó John.

—Colega, yo soy un buen ejecutivo.

—Ser capaz de tomar decisiones —aseguró. Se abrieron las puertas. Al otro lado había un hombre con maletín; los miró sorprendido. John apuntó la pierna del hombre con la pistola y apretó el gatillo. Hizo más ruido de lo que pensaba.

—¡Joder! —exclamó el chaval.

—También eficacia a la hora de ejecutar los trabajos —añadió John, y abandonó el ascensor.

\*

La sala de juntas estaba de frente, vigilada por una simple secretaria en una mesa. Se levantó cuando John y el chaval se iban acercando.

—¿Qué ha sido eso? ¿Un disparo?

John la apuntó con la pistola.

—¡Siéntese!

Se sentó. El chaval de Pepsi tomó la iniciativa y empujó las puertas de la sala de juntas. Dentro, entre cuadros bonitos y luz tenue, se encontraban cinco hombres y una chica. Estaban sentados en sillones tan enormes y mullidos que parecían estar esperando a que John se los cargara.

—Bueno —dijo—, ¿quién manda aquí?

Silencio.

—¡Vamos! ¡Hablen! —gritó el chaval.

—De acuerdo —dijo John apuntando a la chica con la pistola. Ésta chilló y se metió el puño en la boca. La chica le resultaba conocida; le recordaba algo—. ¿Yo te conozco?

—No, no.

Pensó que probablemente mentía pero no tenía tiempo que perder.

—¿Quién es el Presidente?

—Soy yo —contestó un hombre—. Soy Nathaniel ExxonMobil. Tenemos que hablar de una indemnización.

—Ya pensaba yo que usted andaría por aquí, señor Presidente; lo intuía.

—¿Por qué no suelta a esta gente? Luego podemos hablar de negocios, usted y yo.

—Tengo una pregunta para usted —dijo John—. ¿Fue usted quien encargó el ataque a la red informática de Shell, una empresa del grupo US Alliance?

Nathaniel no apartó la vista en ningún momento.

—Sí, fui yo.

John le disparó. La fuerza del disparo empujó a Nathaniel y su sillón de ejecutivo medio metro hacia atrás. La chica empezó a llorar.

—Vale —dijo John—. Ahora el resto de ustedes, cabrones, pararán toda actividad hostil contra US Alliance. Reconocerán que su empresa y el grupo Team Advantage no pueden ni tienen derecho a competir con nosotros. Ésta es la nueva economía, y aquí no pueden jodernos y esperar salir de rositas. ¿Lo entienden, gilipollas?

Uno de los hombres cerró los ojos y empezó a rezar. John casi se lo carga sólo por eso.

—Perfecto —se congratuló. El chaval de Pepsi le abrió la puerta para que pasara.

## 46. Reanudación

Jennifer se levantó de la cama de Buy a las cinco, intentando irse sin que se enterara. Cuando salió del baño, le miraba por encima de una almohada, la luz reflejada en sus ojos.

—¿Jennifer?

—Hola. —Se sentó encima de la cama—. Tengo que irme.

—¡Oh!

Estaba muy guapo; todo despeinado y desorientado. Un impulso le hizo acariciarle el pelo.

—Entonces, ¿quieres que nos veamos otra vez o qué?

—Emmm —le contestó—. ¿Sabes qué te digo? Creo que sí.

—¿Seguro?

—¿Te lo demuestro? —Tiró las mantas hacia atrás.

Jennifer miró el reloj. Miró a Buy.

—Sabes lo que quieres —dijo y le era imposible llevarle la contraria.

\*

La casa estaba impecable cuando regresó, y la canguro estaba acurrucada en el sofá. Merecía la pena, pensó Jennifer. Tendría que darle una buena propina.

Se fue de puntillas por el pasillo y echó un vistazo en la habitación de Kate. Estaba dormida, abrazada a una rana gigante. Jennifer se agachó y la besó.

—Buenos días, cariño.

Kate abrió los ojos y los cerró otra vez.

—Estoy cansada...

—Es hora de levantarse para ir al colegio.

—No quiero.

—¿Y?

Kate puso cara de enfadada.

—Mamá, odio cuando dices «¿Y?».

—Vamos, dormilona. Hoy es el gran día, ¿te acuerdas? Esta noche vamos a la perrera.

Kate abrió los ojos.

—¿De verdad?

—Sí. Te lo prometí, ¿no? —Le dio un beso en la mejilla.

\*

En el trabajo pasó media hora intentando encontrar a alguien con quien hablar en la oficina de Los Ángeles antes de abrir el correo electrónico y ver un mensaje que decía:

De: Georgia-saints@mktg.nike.com.au

Para: Jennifer.agente@melb-au.government.com

John. Londres. No sé dónde.

Le pegó un golpe a la mesa y luego una patada. No sirvió de nada, así que cogió el monitor y lo movió un poco.

—¡Para el carro! —le pidió Calvin al entrar—. ¿Problemas?

—Se ha ido a Londres.

—¿Quién? ¿John? —Se sentó a su lado y leyó el mensaje—. ¡Mierda!

—¿Cómo vamos a ir a Londres?

—No lo sé. Me pregunto... —Miró el reloj—. Los jefazos han convocado una reunión esta mañana. Algo ha ocurrido en los Territorios Británicos, algún conflicto entre empresas. A lo mejor tiene algo que ver.

—¿Un conflicto?

—Demos un paseo y te cuento. Ah, y te llamé para que te ocuparas de esto, ¿vale? Por eso estás aquí, y no porque seas demasiado cabezota para quedarte en casa.

—Bueno —cedió Jennifer—. De acuerdo.

Entraron en la cafetería, que estaba ya llena de agentes, y se sentaron juntos en la parte de atrás. Elise estaba en la parte de delante con más jefazos de los que Jennifer había visto jamás reunidos en el mismo lugar. Les brillaban los uniformes.

—A lo mejor John sí estaba involucrado —especuló—. A lo mejor está herido.

—Odio tener que decirte que estás mucho mejor. Un día de descanso y eres una mujer nueva.

—Supongo que tenías razón cuando dijiste que necesitaba un poco de tiempo libre —le contestó—. Supongo que diste en el clavo cuando me dijiste cuál era la fuente de todos mis problemas.

Le miró.

—O —siguió Jennifer— a lo mejor tuve un golpe de suerte.

La miró sorprendido.

—Jen. Buen trabajo. ¿Alguien que conozco?

—Vamos, por favor. Primero, permitidme presentar a nuestros invitados de la Central... —se oyó a Elise decir.

—Una dama nunca cuenta nada —le contestó. Pero era Buy Mitsui.

—¡Bien!

—Si *todo el mundo* presta atención, por favor —dijo Elise.

La gente se giró para mirarles.

—Lo siento —se disculpó Calvin.

Un hombre había subido al podio; tenía diapositivas.

—Gracias. Lo que queremos que entiendan aquí es que esto fue una violación flagrante y planificada de la ley. Sabían lo que hacían, tanto Team Advantage como US Alliance. Decidieron que podían salir indemnes. Tenemos que demostrarles que se han equivocado. —Tomó aliento—. Team Advantage ha admitido ya que mandó un equipo de asalto a Shell. Dicen que lo ordenó Nathaniel ExxonMobil, que ha muerto, sin el conocimiento o aprobación de la empresa. El Gobierno no acepta esa explicación. —Se calló un instante—. Por su parte, US Alliance niega tener nada que ver con la posterior muerte de Nathaniel ExxonMobil. Esa respuesta tampoco es aceptable para el Gobierno. Ahora vamos a exigir una indemnización. Vamos a exigir multas inauditas. Nuestro personal de las más altas instancias, incluido el Presidente, está viajando a Londres ahora mismo para llevar a cabo la negociación.

*¡Londres!* Jennifer levantó la mano. El hombre le preguntó:

—¿Sí?

—Los jefazos de las empresas no van a obedecernos porque sí. Espero que ustedes tengan un plan mejor que una simple petición de colaboración.

Elise le susurró algo al oído; otra mujer le puso una mano en el hombro. Habló con las dos en petit comité y asintió con la cabeza.

—¿Jennifer? Tiene razón. Si no podemos darles a estos tipos con algo más que palabras, seguirán cometiendo infracciones a la ley cada vez que les venga en gana. Por tanto, el Gobierno va a nombrar veinte mil agentes para que se ocupen del caso, con efecto inmediato. Dentro de dos días asaltaremos de forma simultánea todas las empresas involucradas. Detendremos a todos los ejecutivos que podamos. Si es necesario, meteremos en la cárcel a todos los directivos, en espera de juicio, hasta que cumplan con nuestras exigencias.

Algunos agentes hablaban en voz baja.

—¡Joder! ¿Eso es legal?

Jennifer siguió con la mano levantada.

—¿Quiénes van a participar en los asaltos a las empresas? Disculpe. ¿Quiénes van a participar en el asalto?

Algunos de los agentes a su alrededor se reían.

—Los equipos de asalto estarán compuestos por todos los agentes de los que disponemos en Londres. Y llevaremos a otros agentes que tienen conocimientos especiales.

—Yo tengo conocimientos especiales —se apresuró a decir—. Incluso antes de las matanzas de la Ciudad Nike, yo...

—Sí, Jennifer —le contestó—. Lo sabemos. Usted va a ir a Londres. Esta noche.

# CUARTA PARTE



## 47. La ANR (Nueva Zelanda)

Cuando Billy se despertó, se encontraba al lado de su cama un hombre que tenía el pecho lleno de condecoraciones.

—Muy bien —dijo el hombre. Era bajito, elegante y fornido, con entradas canosas y ojos brillantes—. Billy, soy el General Li. ¿Podemos hablar?

—Claro —contestó Billy. Intentó incorporarse, pero tenía las muñecas atadas a la cama.

—¿Qué...?

—Bien. Pues vamos a empezar con esto. ¿Me puedes decir lo que es?

El sol de la tarde entraba por la ventana y Billy tuvo que entrecerrar los ojos para verlo. El General tenía la cajetilla de tabaco, su micrófono oculto, en la mano. De repente Billy se encontró más espabilado.

—Eso es lo que tenía el tío ese, Bill. Y, oiga, yo creo que hablaba por ello.

—Ya —dijo el General Li. Se quedó pensativo.

—Te lo voy a explicar de otra manera, Billy. Sé que eres un espía.

—Ya. —Tiraba de las cuerdas que lo retenían.

—La pena es que matamos a un buen soldado. Entiendo cómo ocurrió, pero es una verdadera pena. Resulta irónico que sobreviviera a una misión contra el Gobierno y que le tuviéramos que matar nosotros. A ver cómo se lo explico a la familia. —El General Li llevaba una boina; se la quitó y se rascó la cabeza—. Estas cosas ocurren en la guerra.

—Es que... yo no quería llevar eso —aseguró Billy—. Me obligaron los del Gobierno. Se lo puedo explicar.

—Ya —dijo el General—. Estoy esperando.

Billy empezó a hablar. Le contó toda la historia empezando con Abilene, Tejas, pasando por Nueva Zelanda y las misiones activas de la ANR de las que el no sabía nada, hasta el espionaje para el Gobierno. El General parecía en cierta forma comprensivo.

—Bueno —le dijo al final—. ¡Menuda historia! ¡Es realmente interesante!

Billy se quedó esperando.

—No sabemos muy bien qué hacer contigo. Algunos oficiales piensan que deberías pasar el futuro próximo en una cárcel militar. Esa es la solución si lo hacemos todo según las normas.

—No, por favor. No me pueden meter en la cárcel. —Respiraba con dificultad—. Yo sólo quería ir a esquiar. ¡Por favor!

—Sin embargo, hay otros oficiales que piensan que deberías ser ejecutado.

—¡Ay! —exclamó Billy.

—Pero hay una cosa que me interesa, Billy. Antes de todo este desastre, te queríamos reclutar. Te habíamos seleccionado por tus habilidades ejemplares.

Billy le miró sorprendido.

—Por tu puntería —matizó el General Li intentando ayudar.

—Sí —dijo Billy—. Soy muy bueno con el rifle. Mejor que nadie. —Se le resbalaban las muñecas contra las cuerdas por el sudor.

—Si eso resulta ser verdad, a lo mejor tengo un trabajo especial para ti.

—Si quiere que se lo demuestre...

—Supongo que sabe a qué tipo de trabajo me refiero.

—Sí, sí. —Billy se lo pensó durante un segundo—. ¿De francotirador?

—¿Eso sería un problema para ti?

Se lo volvió a pensar. Sí, para Billy sería un problema, pero ahora mismo lo que más le importaba era que le pudieran ejecutar los soldados de la ANR por traición.

—En absoluto. Ustedes me dan un rifle y yo le vuelo la tapa de los sesos a quien ustedes me...

—Vale, de acuerdo —le interrumpió el General Li—. Más adelante. Si todo sale bien, tendremos misiones para ti. Lejos de los Territorios Australianos y el Gobierno local.

—¿Y si... si las cosas no salen bien?

—Me inclino por la opción de la cárcel —resolvió el General Li—. Es lo más probable. —Se levantó—. Descansa. Mañana por la mañana veremos qué sabes hacer.

—Gracias, señor. Gracias. —Antes de que el General se marchara Billy le preguntó—: Y ese sitio al que yo iría... El sitio al que iría a llevar a cabo las misiones... ¿tiene montañas? ¿Nieve?

El General Li sonrió.

—No.

## 48. No disponible

—De acuerdo —dijo Buy cuando Jennifer entró—. Había pensado hacer la cena. Iba a hacer atún al horno, pero ese paquete de pan rallado caducó hace seis meses. —La miró con reproche.

—Ah —dijo Jennifer—. ¿Vas a cocinar?

—No tenía nada que hacer. —Buy había quedado con Jennifer en su casa después del trabajo, pero, cuando llegó, ella iba a recoger a Kate. Le dejó entrar y le dijo que

se entretuviera solo un rato. Ahora tenía tres cazuelas calentando en la cocina y un plato en el horno—. Espero que no te importe. Pensaba...

—¿Qué?

—Hay una chica —dijo Buy— escondida detrás de tus piernas.

Miró hacia abajo.

—Buy, ésta es Kate. Kate, te presento a Buy.

Buy la saludó con la mano.

—Encantado. —Kate no dijo nada. Tenía los ojos oscuros como su madre. Buy estaba un pelín nervioso. No tenía mucha experiencia con niños.

—Kate, ¿por qué no te cambias? —le sugirió Jennifer.

Kate se marchó sin decir palabra. Aquí pasa algo, pensó Buy. Kate estaba negra; y Jennifer parecía cansada y nerviosa.

—Es guapa —dijo Buy mientras removía algo en una de las cazuelas.

—Sí lo es. —Jennifer le miró—. Mira, tengo que... pedirte un favor. Un favor muy grande.

—Pide.

—Me han asignado una misión en Londres. No sé lo que durará. A lo mejor una semana.

—¿Te marchas? ¿Cuándo?

—Esta noche.

Buy miró la olla.

—¿Te da tiempo a cenar?

—No.

—¡Qué bien! Afortunadamente tengo hambre.

—Te puedes negar... pero necesito que alguien cuide de Kate. —Le observaba.

Buy por poco se echó a reír.

—¿Quieres que yo cuide de tu hija?

—Sólo tendrías que recogerla del cole o de la canguro, darle de comer...

—¿No preferirías que lo hiciera otra persona? ¿Un familiar? ¿Su padre?

—Mira —dijo Jennifer—, te lo estoy pidiendo a ti, ¿vale?

—Vale. —Vaciló un instante—. Es que no me conoces bien.

—Sí te conozco.

—Bueno, de acuerdo —dijo Buy—. Es un honor.

—Gracias. Muchas gracias. —Buy vio lo aliviada que se sentía—. Pensé que te podías quedar aquí, para que Kate no tenga que irse a un entorno nuevo. ¿Te parece bien?

—Claro.

Kate apareció de nuevo en la puerta. Jennifer le dijo:

—Cariño, Buy te cuidará mientras estoy fuera.

Kate le miró.

—¿De acuerdo? Te está cocinando algo rico. —Esperó.

—No tengo hambre.

—No tienes que cenar ahora mismo. No está preparado todavía. Puedes cenar más tarde.

Kate no dijo nada.

—Lo siento —dijo Jennifer. Se llevó la mano a la frente—. Kate, lo siento mucho, tengo que hacer el equipaje.

Se marchó. Buy y Kate se miraron.

—Bueno —dijo Buy—, seguro que tú y yo nos lo vamos a pasar bien.

Kate miró la cocina.

—¿Qué estás haciendo?

—Un estofado. ¿Te gustan los estofados?

—¿Cómo son?

—¿No sabes cómo son los estofados?

Kate dijo que no con la cabeza.

—¿Qué sueles comer?

—Espaguetis, casi siempre.

—Bueno —dijo Buy—, pues te espera una sorpresa.

—Hablas raro.

—Porque nací en Francia. Si quieres te puedo enseñar unas palabras en mi idioma. Puedes impresionar a tus amigos con tu dominio del *français*.

—¿Cómo?

—*Français* —dijo Buy—. Eso significa «francés» en francés.

—¿Cómo se dice Kate en francés?

—Kate —contestó Buy.

—Ah.

—La mayoría de las palabras son diferentes —le aseguró—. Parecerás muy sofisticada.

—De acuerdo. —Ahora sonreía un poco—. Creo que ahora tengo hambre.

Kate puso la mesa y mientras cenaban hablaron de los quesos franceses. Kate no se creía que en Francia hubiera quinientos tipos de queso y le pidió a Buy que los nombrara. Llegó a diez con dificultad y aun así Kate le acusó de inventarse lo de Roquefort.

—Es verdad —dijo Jennifer, al entrar en la habitación—. Lo he visto. —Kate no dijo nada. Jennifer miró a Buy y éste se dio cuenta de lo cansada que parecía—. Muchísimas gracias por hacer esto. Llamaré en cuanto pueda.

—Vale.

Se agachó al lado de Kate. La niña miraba fijamente el plato.

—Sabes que no quiero hacer esto, ¿verdad? En cuanto vuelva, tú y yo iremos a la perrera. Nada más llegar.

—Sí, mamá.

—Te quiero. Te quiero muchísimo.

—¿Necesitas ayuda con el equipaje? —le preguntó Buy.

Levantó la vista para mirarle.

—Gracias, pero tengo el hombro mucho mejor. —Le dio un beso a Kate y luego lo besó a él en la mejilla—. Lo siento. Tengo que salir volada.

—¡Que tengas buen viaje!

—Gracias. —Salió por la puerta arrastrando la maleta.

Buy jugaba con el tenedor. Kate miraba el plato vacío. Cuando Jennifer le invitó, no era así como se había imaginado la noche.

—Bueno —dijo—, ¿miramos en el congelador para ver lo que hay de postre?

Kate hizo un ruido. Buy se dio cuenta de que estaba llorando o estaba a punto de empezar. Sintió pánico.

—¡Oye! —Se levantó y se le acercó, sintiéndose un poco violento. ¿Qué sabía el de niños? Nada—. Estará de vuelta antes de que te des cuenta. Ya verás.

A Kate le temblaba el labio; se le llenaban los ojos de lágrimas. Buy no sabía qué hacer. Entonces ella extendió los brazos y él la abrazó. Le parecía raro sentir esos bracitos rodeándole el cuello. Raro y a la vez agradable. Le acarició el pelo.

—Eres una chica muy valiente. —La tuvo así entre los brazos durante mucho rato, hasta que dejó de temblar—. ¿Ahora te apetece algo de postre? —le preguntó, y ella asintió con la cabeza.

## 49. La brecha

Todo el mundo estaba muy nervioso cuando llegó Hack al aparcamiento.

—¿Has visto las noticias? —le preguntó Leisl. Leisl tenía el pelo verde e iba muy maquillada; su principal motivo de protesta eran los alimentos transgénicos, pero no tenía problema en meterse con cualquiera que ganara mucho dinero.

—¿Qué noticia? —preguntó Hack.

—Han asesinado a gente. Una empresa asesinó a gente de otra empresa. Es como el crimen organizado. Es como la *mafia*.

—Increíble —dijo Hack—. No, no me había enterado. —Se preguntaba si Nike estaría por medio.

—Por eso lo de esta noche es tan importante —decía Tomás. Tomás era el más joven, era sólo un crío. Odiaba la desigualdad, odiaba que únicamente los ricos pudieran viajar en primera clase en los aviones, por ejemplo—. ¿De acuerdo, Hack?

—De acuerdo —contestó Hack—. Hola, Claire.

—Hola. —Sonreía. Se distinguía el aire de la respiración debido al frío de la noche—. ¿Quieres seguir adelante con esto?

—Claro que sí —contestó Hack—. Empecemos ya. —Se preguntaba si debía hacer un pequeño discurso.

—Sí, sí —decía Tomás. Tomás estaba bastante nervioso. Hack suponía que todos lo estaban.

—Bueno, estamos todos preparados —confirmó Leisl—. He sujetado las cuerdas. Cuando queráis.

—Vale. —No se fiaba de Leisl del todo, así que comprobó las cuerdas el mismo. Había seis plantas hasta el suelo. Hack no quería enterarse a la mitad de que Leisl había utilizado cuerda de cáñamo o algo parecido—. Bueno, vamos.

En un lado del aparcamiento había una valla publicitaria enorme con una modelo anunciando pantalones elásticos de Gap. La modelo era cuatro plantas de alta, pero tenía los brazos como palitos. Él iba a bajar con Claire y pintar con un espray un bocadillo que dijera ALIMENTENME.

Se ataron y se alinearon en la cornisa. Claire tenía las mejillas rojas, o de la emoción o del frío, Hack no sabía exactamente. Claire le cogió de la mano.

—No me puedo creer que vayamos a hacer esto.

—¡Venga! —dijo Hack y saltó. Veía la calle veinte metros por debajo. Le daba vueltas la cabeza. Su cuerpo le pedía a gritos volver a la posición vertical. *¿Qué haces? Hack, ¡tú no haces estas cosas!* Pero Hack lo estaba haciendo. Empezó a encontrarse a gusto y se empujaba desde la pared y volvía. Era divertido. Pronto descendería en rapel por la valla a saltos gigantes. Se paró cuando llegó al cuello de la modelo y miró hacia arriba. Claire descendía poco a poco—. ¿Estás bien?

—Sí.

Se soplaban las manos para que entraran en calor. Hack tenía una buena vista de la zona comercial de la calle Punt. El tráfico era como un río de metal. Se preguntaba qué pensarían de él y de Claire los conductores de los coches.

Claire bajaba poco a poco.

—¿Quién te crees que eres? ¿Un especialista de cine? Saltando como un idiota. Hack se rió.

—Es divertido.

Claire sonrió, observándole.

—¿Sabes? Estoy orgullosa de ti.

—¿Cómo?

—Pensé que estarías llorando por las esquinas por lo de Violeta... Estoy impresionada. Estás genial.

—No éramos una pareja tan buena, Violeta y yo. —Pero Claire tenía razón, por supuesto. Al Hack de antes no hubiera habido forma de consolarle por la pérdida de Violeta; hubiera estado amargado por que ella estuviera disfrutando de su éxito en el

extranjero y el aquí solo. Pero éste no era el Hack de antes. Éste era el nuevo Hack, versión mejorada.

—Haces bien.

Claire quitó la tapa del aerosol de pintura y empezó con el bocado. Estaba tan concentrada que sacaba la lengua por la comisura de los labios. Hack sonrió. Luego abrió la boca y lo primero que se le ocurrió decir fue:

—Te quise a ti primero, sabes.

Claire le miró, sorprendida.

—¿Cómo?

—Em...

—¿Cómo? —Bajó el bote de pintura—. Dímelo.

—Estuve enamorado de ti —confesó Hack—. Antes que de Violeta.

—¿De verdad?

—Sí.

—Pero a mí me gustabas. Esperaba que me pidieras salir contigo, pero no lo hiciste.

—No sabía que me... —Sentía vergüenza—. No sabía que te gustaba.

—¿Cómo podías no saberlo? Era tan obvio. Hasta te presenté a mis padres.

—Sí... —Hack se dio cuenta de que eso fue cuando ya había conocido a Violeta: la cena con la familia de Claire—. Supongo que no me lo podía creer.

Claire sonrió y continuó pintando.

—¿Por qué era tan difícil de creer?

—Pues... ya sabes... Eres tan... tan... —Vaciló.

Claire le miró.

—¿Tan cómo?

—Curiosa —dijo Hack.

Claire se rió y el sonido hizo eco por todo el aparcamiento. Hack estaba feliz.

—¡Eres idiota!

—*Era* idiota.

—¿Eso qué quiere decir?

—Quiere decir que ojalá te hubiera pedido salir conmigo —dijo. Empujó el brazo de Claire con un gesto juguetón, pero, claro, ella estaba colgada de una cuerda; se asustó e intentó cogerle. Hack perdió el equilibrio y chocó contra la pared. Se dio fuerte y respiró hondo. Luego Claire chocó contra él y se quedaron colgados los dos contra el frío hormigón. Hack se giró y agarró a Claire.

—¡Joder! ¿Estás bien?

—¿Quieres matarnos? —dijo Claire, pero empezó a reírse.

—No, te lo juro. —Los labios de Claire estaban muy cerca de los suyos, demasiado cerca. No podía evitarlo. La besó y ella le devolvió el beso. Era como si algo recobrara libertad. Oyó a alguien gimotear y no sabía si había sido él o ella.

—Oye —gritó Leisl—. ¿Estáis bien?

Dejó de besarla. Él y Claire respiraban fuerte.

—Sí —contestó Hack—. Todo está bien.

## 50. Team Advantage

Había dos cosas que Violeta deseaba fervorosamente: una era irse a casa y la otra eran tres millones de dólares. No sabía cuál de las dos cosas quería más, pero era discutible de todas formas, porque había mucha gente de ExxonMobil decidida a evitar que las consiguiera. Insistían mucho: hasta llegaron a utilizar inyecciones para mantenerla tranquila. Ahora estaba encerrada en la enfermería de unas oficinas. No había ventanas y le costaba incluso recordar su propio nombre.

Miró fijamente un par de zapatos marrones antes de darse cuenta de que eso significaba que había alguien allí. Se sobresaltó. Agitó los brazos.

—Shhh... Tranquila.

—¿Quién...?

—No empieces a chillar otra vez. No me obligues a llamar al médico.

—No iba a chillar —dijo Violeta. Pero a lo mejor sí.

—¿Quieres salir de aquí?

—Sí. Quiero irme a mi casa. Por favor.

—¿Puedes contestar a algunas preguntas?

Se mordió el labio para concentrarse mejor. Asintió.

—De acuerdo. No hagas ninguna tontería. —Llegaron otras personas a la habitación. Una era una señora de ojos verdes y melenita corta. Un hombre le acercó una silla.

—Hola, Violeta. ¿Sabes quién soy?

Violeta negó con la cabeza.

—Soy Holly T.A., Presidenta de Team Advantage.

Esas palabras no le decían nada a Violeta. Miró fijamente a Holly a los ojos. Los tenía muy verdes.

—Has pasado por una experiencia muy dura. ¿Cómo te encuentras?

—Alguien me puso una inyección.

—Sólo era para relajarte, cariño. Nosotros estamos todos del mismo lado. Queremos ayudarte.

Violeta no dijo nada.



—Quiero preguntarte sobre el jueves pasado. En la sala de juntas de ExxonMobil. ¿Sabes de qué estoy hablando?

—Sí.

—Había un hombre allí. Esto es muy importante. El hombre pareció reconocerte. ¿Sabes quién es?

—¿Qué hombre?

—El... —Holly se paró—. Cariño, hace dos días estuviste en la sala de juntas de ExxonMobil y entró un hombre armado con una pistola. ¿Lo recuerdas?

—¿Una pistola?

—Le disparó a Nathaniel ExxonMobil. ¿Sabes quién es ese hombre?

—Entró... —musitó Violeta, y luego unos hombres la sujetaron. Holly se puso de pie, los ojos abiertos como platos.

—¡Violeta! —le gritó uno de los hombres en la cara—. ¡Violeta!

Cerró la boca. Unas formas le bailaban delante de los ojos, así que los cerró también.

—A lo mejor no es buen momento —dijo alguien—. ¿Qué está tomando?

—Ativan. No sabía que querían hablar con ella. Me dijeron que había que tenerla tranquila.

—Basta —dijo Holly. Violeta sintió una mano en la frente. Abrió los ojos. Holly estaba sentada a su lado, los ojos verdes llenos de preocupación. De repente Violeta sintió cariño por Holly—. Haz lo que puedas, cielo.

—Ayúdame.

—Lo haré. Sólo tienes que decirme quién es ese hombre.

Violeta empezaba a ver las cosas con más claridad. Le recordaba en el salón de su casa, la cara oscura. *¿Violeta? ¿Te llamas así? Si lo haces, te vas a arrepentir. Te lo juro.*

—Se llama John Nike —dijo.

—Ya —dijo Holly. Asintió, contenta—. Así me gusta.

\*

Le quitaron la medicación y todo fue mejor. A la mañana siguiente Violeta tenía la mente casi despejada, y cuando le trajeron el equipaje del hotel pudo ducharse y cambiarse de ropa. Lo malo era que le volvían todos los recuerdos con más claridad; a veces no podía evitar pensar en John Nike. Quería irse de Londres.

Estaba metiendo la ropa sucia en la bolsa cuando llegó Holly.

—¡Vaya! Estás mucho mejor.

—Será porque ya no me están metiendo cosas en vena.

Holly sonrió.

—Lo siento. Me dijeron que estabas fuera de control. —Se sentó en la cama—. Violeta, necesito que hagas algo por mí.

—Pues yo necesito que me des tres millones de dólares —dijo Violeta—. Y también te agradecería que me llevaras al aeropuerto.

Holly la miró, sorprendida.

—¿Cómo dices?

—Nathaniel ExxonMobil compró mi programa por dos coma ocho millones de dólares. Yo hice todo lo que él quería. Ahora quiero que me paguen.

—Ya —contestó Holly—. Tienes que tratar este asunto con ExxonMobil. No es asunto de T.A.

—A mí no me importa de quién sea el asunto. Tengo un contrato.

—Bueno. Veré qué puedo hacer. Y como recompensa me puedes hacer un pequeño favor.

—Yo no le hago favores a nadie, sobre todo a la gente que se divierte pinchándome. Quiero cobrar mi dinero e irme a mi casa.

—¿Ni siquiera deseas oír lo que tengo que decir?

Violeta cerró la cremallera del bolso.

—No.

Hay una reunión muy importante hoy entre T.A., US Alliance y el Gobierno. Quiero que vengas y que me digas si ese John Nike está allí.

Sentía que se le cortaba la respiración.

—De ninguna manera. Ni hablar.

—Te estás jugando mucho dinero.

—Me... me debéis ese dinero independientemente de si te ayudo o no.

—Sé realista —dijo Holly.

—No. —Violeta se dio cuenta de que le temblaba la voz—. No voy a acercarme a John Nike. ¿Está claro? —Se colgó la bolsa del hombro. Apareció un hombre en la puerta cerrándole el paso. Llevaba uniforme de soldado. La chapa identificativa ponía UNO.

—A lo mejor es que lo has tomado por una petición —dijo Holly, y Violeta se echó a llorar.

## 51. US Alliance

A John le quedaban veinte minutos para repasar un montón de campañas publicitarias y llegar al Parlamento. La agencia tenía una habitación llena de maquetas para que eligiera. Se habían esforzado mucho porque John iba a decidir si les daba alguna de las cuentas de publicidad global de US Alliance. Durante esa última semana John había tenido mucho éxito a nivel profesional. Todo había empezado cuando metió el coche por la entrada principal de ExxonMobil.

—¿Qué cojones es eso? —preguntó, indicando una tele. Y siguió hablando por el móvil—: No, no te lo decía a ti, Georgia.

—Éste nos gusta mucho —dijo el señor de la agencia—. Tiene elementos de 1984 de George Orwell, algo que por supuesto ya tiene una imagen publicitaria establecida gracias a Apple...

—¡No jodas! —le disuadió John—. ¿El Gobierno como algo todopoderoso?

—Bueno...

—Sigue —le decía a Georgia—. Me estabas contando cómo se enteró Gregory Nike de que tengo problemas con el Gobierno.

—El Gobierno está preguntando a todo el mundo. —Georgia parecía cansada: debía de ser tarde en Melbourne—. Desde el... incidente de ExxonMobil. Quieren saber dónde están nuestros altos ejecutivos.

—¿Jennifer se ha puesto en contacto contigo? —El señor de la agencia se paró delante de un póster. Decía: SER BOCAZAS TE QUITA BAZAS. OBEDECE TU CLÁUSULA DE CONFIDENCIALIDAD. John le miró, indignado.

—No, John.

Dio un suspiro. Necesitaba que John saliera del maldito coma; John podría ocuparse de problemas como Jennifer Gobierno. Miró el reloj.

—Cuando hable contigo la próxima vez, me tienes que decir exactamente dónde se encuentra Jennifer. ¿De acuerdo? Yo me ocuparé de todo lo demás. —Iba a colgar y se dio cuenta de una cosa—. Georgia, ¿Hack sigue trabajando en Nike?

—¿Hack?

—El Oficial de Distribución de Mercancías Publicitarias que utilicé para... el incidente de las zapatillas Mercury.

—Déjame ver... Sí, sí, sigue aquí, John.

—Ya. —Se le escapaban a uno los detalles cuando había cosas más importantes, pensó John—. Despídele, ¿quieres? —Se metió el teléfono en el bolsillo. El de la agencia le miró sorprendido—. Haremos la serie *El tío Sam necesita tus propiedades*, la serie *Libertad* de Nelson Mándela. Quiero guardar todo lo anti-T.A. para utilizarlo más tarde y... ¿cuál era la otra que me gustaba?

—¿Dónde estaría usted sin las grandes empresas?

—Sí, me encanta lo de la gente en las cuevas.

—Buena elección —ratificó el de la agencia—. Me hace mucha ilusión trabajar en esto contigo, John.

—No lo dudo —le contestó. La limusina les esperaba en la entrada.

\*

Había un atasco de medio kilómetro alrededor del Parlamento. De cada dos coches, uno era una limusina; había calles enteras de limusinas. John tamborileaba sobre el asiento con los dedos.

—¿Se da cuenta de que tengo que estar allí dentro de tres minutos?

—Con este tráfico, olvídalo amigo —le anunció el chófer.

—Genial. —Abrió la puerta. Había personas que infringían las normas para que las cosas se hicieran y otras que no; era así de simple. Y John despreciaba a estos últimos.

Empezó a caminar rápidamente hacia el Parlamento. Lo veía entre edificios de oficinas, y le resultaba familiar. A lo mejor lo había visto en una película. Era una mole de mucha extensión y muy recargado, y John estaba seguro de que dentro hacía un frío de cojones. Los Gobiernos siempre construían teniendo en cuenta la forma y no la función.

—¡Oye! —gritó alguien. El chaval de Pepsi le llamaba por la ventanilla de una limusina—. ¡John! ¡Espera!

Le indicó el reloj, diciéndole que llegaba tarde, y siguió su camino. El chaval de Pepsi sabía cuándo tenía todas las de ganar; se había pegado a John como una lapa desde el día de la Bolsa. John se estaba molestando. El chaval se estaba aprovechando de su credibilidad.

John subió las escaleras del Parlamento. El vestíbulo estaba lleno de hombres con traje y de repente le invadió una sensación de mucho calor. Arrugó la nariz.

—¡Joder, tío! Podías haberme esperado —dijo el chaval de Pepsi, intentando recobrar el aliento—. Destrozaste mi Ferrari, así que lo menos que podías hacer era esperarme.

Había dos grandes entradas desde el vestíbulo: una tenía un cartel que decía GOBIERNO, y la otra EMPRESAS US ALLIANCE/TEAM ADVANTAGE. John soltó aire entre los dientes. No debían haber permitido que el Gobierno fijara el lugar.

—La empresa de alquiler se ha enfadado muchísimo, tío. Intenté decirles que era una buena publicidad, porque se veía la pegatina de su empresa en la tele, pero hay personas que no ven más allá... No querían ni siquiera darme otro.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Llamarles y decirles que era un asunto oficial de US Alliance? —Se abrió paso entre la gente y fue hacia la puerta de las empresas.

—¿Harías eso por mí? Sería genial —dijo el chaval.

—Yo no voy a llamar a ninguna puta empresa de alquiler de coches.

—Ah.

Se abrió la puerta y tras ella apareció un pasillo largo. Allí no había tanta gente y vio a Gregory Nike. Dio un suspiro. Ya no le interesaba mucho ver a Gregory

tampoco. Pero le estaba indicando que se acercara. John sonrió y fue hacia él.

—John. Estábamos a punto de entrar. ¿Conoces a todos?

Gregory estaba hablando con un par de jefazos de US Alliance, incluido Alfonse, el Presidente.

—Claro. Encantado de volver a verte, Alfonse.

Alfonse le saludó. Alfonse y John habían tenido varias conversaciones interesantes a lo largo de los dos últimos días. Alfonse se había interesado por él personalmente.

Bajaron las luces.

—Será mejor que entremos —dijo Gregory—. Suerte, señores. —Puso la mano sobre el brazo de John.

—John está con nosotros —dijo Alfonse.

—Sí, yo me siento al lado de Alfonse —dijo John. Miró la mano de Gregory. Gregory la soltó.

—Entiendo.

—Es un verdadero honor. Para Nike, quiero decir.

Gregory no dijo nada. Luego se le acercó al oído.

—John, tienes la mala costumbre de olvidar dónde están tus lealtades.

—Sí —dijo John—. Lo tendré que tener en cuenta. Discúlpame.

El chaval de Pepsi se agarró a John del brazo.

—¿Nos vamos a sentar con los jefes?

—Yo me voy a sentar con los jefes.

—¿Y yo?

—¿No tienes amigos de Pepsi con quienes jugar?

—Pensé que éramos un equipo, tío —se lamentó, herido.

—Pues ahora sabes que no es así —zanjó John.

\*

Entraron en la sala principal, que tenía el curioso nombre de Cámara de los Comunes; era como entrar en una tormenta. Había quinientas personas sentadas, quizá más, equipos de televisión y montones de ordenadores. La sala tenía forma de una enorme U; había lámparas de araña, balcones y una mesa gruesa en el centro. Todavía no había nadie sentado allí: estaba tan desnuda como un escenario vacío.

La mayoría del contingente de US Alliance se sentó en la parte exterior, dejando a Alfonse, a una mujer y a John acercarse a la mesa central. Cuando la masa los reconoció, el volumen de los cuchicheos subió aun más. John se sentó y se sirvió un vaso de agua. Le temblaba la mano.

—Alfonse —dijo alguien. John levantó la vista. Había llegado otro contingente: una mujer y dos lacayos—. Soy Holly T.A.

La mesa era demasiado ancha para darse la mano. Alfonse se levantó un poco de la silla, saludó y se volvió a sentar.

—Buenos días, Holly.

Sonrió. Holly T.A. tenía ojos verdes brillantes, se fijó John.

Holly se sentó, pero uno de los lacayos, una chica, se quedó allí, petrificada. Miraba fijamente a John. Emitía un extraño ruido gutural, como un gimoteo.

—Violeta, siéntate —dijo Holly. La chica se sentó. Se volvió hacia el otro lado para no verle.

Era la chica de ExxonMobil, se dio cuenta John, la que le había visto matar a Nathaniel. Pero incluso entonces le había resultado familiar... Evidentemente. Qué idiota. Estaba oscuro, desde luego, y al otro lado del mundo, pero aun así. Nunca debería haber olvidado esa cara.

—Ahora lo recuerdo. Hola de nuevo, Violeta —y le apuntó con los dedos en forma de pistola.

Violeta pegó un brinco en la silla, lo que era muy divertido, y el otro lacayo tuvo que sujetarla. Holly les susurró algo a los dos.

John se relajó. Ya no estaba nada nervioso. Estaba preparado para hacer su trabajo.

Primero pensó que la fila de gente que entraba en la Cámara eran meros espectadores, o quizá periodistas. Debió haberse dado cuenta: los trajes baratos y las corbatas pasadas de moda eran como firmas del Gobierno. Se acercaron a la mesa unas quince personas y John movió la cabeza con gesto de incredulidad. Era típico del Gobierno tener a tanta gente haciendo un trabajo que en el sector privado harían tres personas.

No sabía cuál de ellos era el Presidente, pero salió del grupo un hombre que se acercó con paso muy firme a darle la mano a Holly. Se le veía cansado y era algo tosco, como un poli viejo. Holly se levantó y le estrechó las manos.

Hubo aplausos y una avalancha de flashes. John casi soltó un resoplido de indignación. Si querían una imagen que captara el espíritu de esta reunión no era la de la gente dándose la mano.

El Presidente intercambió unas palabras con Holly y luego dio la vuelta a la mesa para darle la mano a Alfonse. Más aplausos y flashes.

—Gracias por venir, Alfonse —dijo el Presidente.

—Estoy seguro de que podemos resolver esta desagradable situación.

—Y yo también —confirmó Alfonse—. Y yo también.

*¡Y una mierda!*, pensó John.

El Presidente se sentó a la cabecera de la mesa. US Alliance y T.A. estaban sentados unos enfrente de otros, lo que a John no le gustaba mucho. Toda esta historia

le venía bien al Gobierno. Pero no había problema. John esperaba que dentro de nada la balanza se inclinara a su favor.

Durante unos minutos los técnicos corrieron de aquí para allá poniéndole a todo el mundo los micrófonos. Luego el Presidente se puso en pie. La multitud se calló y John pensaba que había empezado toda esta triste historia.

## 52. General Motors

Jennifer hubiera querido tener un poco de tiempo libre después de llegar a Londres, tiempo suficiente, por ejemplo, para encontrar a John Nike y darle una paliza. Pero el vuelo desde Australia era tan largo que ella y Calvin fueron de los últimos agentes en llegar y les llevaron directamente a un almacén que estaba utilizando el Gobierno como centro de coordinación. Esperó en la larga cola para los baños comunes, se duchó y se reunió con Calvin para presentarse.

—Hola, Jennifer —dijo el administrador—. Tú eres jefe de escuadrón, ¿verdad?

—¿Ah, sí? —dijo.

—Parece que se han confundido —dijo Calvin—. ¿Jefe de escuadrón? ¿Con tu don de gentes?

—Jennifer, vete al arsenal a recoger tu equipo antidisturbios y reúnete con tu equipo en la Zona D-21.

Encontró el arsenal, donde había más cola que para el baño, y le dieron más equipo del que había visto durante los últimos cinco años. Había chaleco antibalas, casco, porra, hasta escudo.

—¿Necesitas ayuda para ponerte todo eso, preciosa? —preguntó el hombre de detrás del mostrador.

—¡Jódete! —le dijo, dándole la respuesta que había ensayado con tipos del Gobierno que se pasaban. Luego vio la tele detrás de él. Estaban transmitiendo en directo la reunión Gobierno-empresa: en la imagen se veían tres miembros de US Alliance—. ¡Joder! ¡Es John!

—¿Cómo? —preguntó Calvin.

Le indicó la pantalla.

—¡John Nike! —Se volvió hacia el hombre del arsenal—. ¿Dónde es eso?

—¿La reunión? En el Parlamento.

—Calvin —dijo Jennifer—, necesito modificar los parámetros de mi misión.

—Jen, tenemos un trabajo que hacer.

—Pero está ahí mismo.

—Si John es miembro de la delegación de US Alliance, estará allí todo el día. Le cogeremos cuando terminemos con las empresas. Y todos contentos.

Fijó la vista en la tele.

—Míralo. Es tan *petulante*.

—Eso ya lo arreglaremos —dijo Calvin—. Cuando terminemos con las empresas.

\*

Se reunió con su equipo: eran cinco, y el mayor parecía tener unos veintitrés años. La furgoneta iba botando por una calle londinense y todos estaban allí callados mirando su tatuaje a escondidas. Jennifer hubiera querido darles algún corte, pero no se le ocurrió nada. Ojalá Calvin estuviera en su equipo.

La furgoneta se detuvo y el conductor dio un golpe en la mampara que los separaba de la cabina. Jennifer abrió la boca y lo único que le salió fue:

—¡Vámonos!

Salieron a un aparcamiento delante de un edificio de quince plantas. Un letrero lo identificaba como GENERAL MOTORS. Tenía hasta bandera y mucho césped verde. Lloviznaba. Se fueron a paso ligero hacia el vestíbulo.

Jennifer se sentía un poco mal por irrumpir en un sitio tan agradable vestida con todo el equipo antidisturbios y por dejar a todo el mundo cagado de miedo. Pero por otro lado disfrutaba mucho. Echó el guante a una recepcionista con pinta de asustada y le recitó su lista de objetivos, todos ejecutivos.

—¿Dónde están?

—Están... en diferentes plantas. Cuatro, ocho y nueve.

—¡Tres equipos! —dijo Jennifer—. Yo tomo la nueve. Nos volveremos a reunir aquí.

—No pueden subir —gritó la recepcionista, horrorizada—. Ésta es una propiedad privada. No pueden.

—¿Y? —le retó Jennifer. Fue corriendo a la escalera. Encontró su objetivo caminando por el pasillo y llamándole por su nombre: cuando un hombre sacó la cabeza de un despacho, le cogió. Fue mucho más fácil de lo que esperaba.

—Esto es ridículo. Soy director financiero. No tengo nada que ver con US Alliance. No puede detenerme.

Le llevó abajo a paso ligero. El resto del equipo estaba reunido en el vestíbulo y tenía a ejecutivos retenidos. Luego vio que una docena de soldados de la ANR les apuntaban con semiautomáticos y ya no fue tan divertido.

—¡Tú! ¡Suelta el arma!



—Somos el Gobierno —le dijo, por si hubiera algún malentendido—. Hemos venido a detener a tres personas como sospechosas de asesinato.

—No, señora. Están en la propiedad de General Motors y cumplirán con las órdenes de General Motors.

—Equipo —les arengó con toda tranquilidad—, bajen los visores y saquen las armas.

—¡No saquen las armas! —les gritó furioso. Se pusieron tensos. Ahora la apuntaban muchos rifles.

—¡Háganlo! —dijo Jennifer y oyó cómo obedecían; bajaron los visores de los cascos y desenfundaron las pistolas.

—Suelten las armas o les disparamos.

—No creo que te atrevas a matar a seis agentes del Gobierno, de verdad que no.

—No repetiré.

—Equipo, síganme por la puerta. Disparen sólo si les disparan. No suelten a los sospechosos.

—¿Cree que se lo digo de broma, señora? Mis órdenes están más claras que el agua, ¡joder! Si se marchan con nuestra gente, les mataremos. —La encañonó con el rifle. Era duro y muy frío—. No es un simulacro.

Alguien gimoteó. Jennifer quería pensar que se trataba de uno de los soldados de la ANR, pero no se lo creía. El soldado la miraba fijamente sin apartar la vista.

—Espero que estés seguro de que tu empresa te puede proteger frente al Gobierno —dijo tranquilamente Jennifer.

—Estoy muy seguro.

Se le hizo un nudo en el estómago. Ordenó a su gente:

—Suéltelos.

La ANR no les quitaba ojo mientras iban hacia la furgoneta.

\*

—¿Qué pasa aquí? —gritó.

—Es lo mismo en todas partes —dijo Calvin por radio—. Hay escuadrones itinerantes de la ANR que responden a llamadas de socorro en menos de seis minutos, todavía más rápidamente en el centro de Londres. T.A. no está tan bien protegido; ahí nos va mejor. Jen, no hagas ninguna tontería. Ya tenemos a dos agentes hospitalizados.

—Se supone que esto tenía que ser una demostración de fuerza.

—¿Y yo qué te voy a decir? Intenta acabar con la siguiente empresa en menos de seis minutos.

Pero la empresa siguiente era la ANR: sólo un cuartel administrativo, pero, aun así, no se fiaba mucho. Ordenó al conductor que detuviese la furgoneta a dos manzanas; iban agachados contra los setos, comprobando el equipo bajo una lluvia incesante.

—Los visores abajo todo el tiempo. No paren por nada. Si nos encontramos con fuerzas de seguridad armadas, abandonen inmediatamente. No están autorizados a disparar más que en defensa propia. ¿Está claro?

—Sí, señora.

—¡Vamos! —dijo, y se dirigieron corriendo, agachados, hacia el edificio de la ANR. Había mucha gente en el vestíbulo, pero ningún soldado; cuando irrumpieron, la gente se dispersó. Jennifer buscaba primero guardias de seguridad o cualquiera que pudiera indicarle donde se encontraban los ejecutivos, objetivos de su búsqueda, pero le llamó la atención otra persona: un joven con una bolsa de deportes colgada del hombro. Salía a empujones por la puerta giratoria.

—¡Señora! Tengo a la recepcionista.

—Un segundo —dijo Jennifer. El hombre de la bolsa se había escapado por la puerta y corría por el césped. Jennifer esperaba que se diera la vuelta y mirara hacia la carretera, y lo hizo. Era Billy ANR—. ¡Joder!

—¿Señora? —dijo un agente—. ¿Cuánto tiempo tenemos?

—Está usted al mando. Me reuniré con ustedes más tarde.

—¿Cómo? —le preguntó, pero Jennifer ya había salido por la puerta.

## 53. ANR/Tierra

Billy corría, llenando los pulmones del aire frío londinense. Jennifer gritaba «¡Billy! ¡Gilipollas!», y eso hacía que corriera todavía más deprisa. Cruzó la calle sin mirar. Le pitó un camión y le abofeteó el aire. Había un centro comercial al final de la calle y Billy corría con paso pesado por la acera. En la entrada se coló a empujones entre un grupo de personas, les tiró las bolsas de las compras y se cayó de rodillas. Luego se levantó y entró.

Vio una salida al otro lado y se dirigió hacia ella abriéndose paso entre la multitud. El lugar estaba atestado de gente, pero Billy armaba tanto jaleo que Jennifer le iba a ver nada más entrar. Tenía que llegar a la salida. Apartó de su camino a una señora de un empujón y saltó por encima de un niño.

—¡Ay! ¡Cuidado!

—¡Apártense! —chillaba—. ¡Que voy!

—¡Quieto! Agente del Gobierno. ¡No se mueva!

Billy se paró. Tenía la puerta justo delante. Se volvió. Jennifer estaba en la entrada, a unos treinta metros, apuntándole con una pistola. No se lo podía creer. No le mentía cuando le dijo que no podía escapar de ella.

—¡De rodillas!

Sintió la tentación de obedecerla. Pero se le ocurrió que había mucha gente entre el y Jennifer y que dar en el blanco a treinta metros con una pistola era demasiado incluso para un buen tirador. Billy respiró hondo y echó a correr hacia la puerta.

Estaba convencido de que iba a disparar. Se tiró hacia la puerta y paso rodando por el suelo, chillando, esperando el disparo. No se produjo. Se puso rápidamente en pie. Había callejones llenos de cajas y basura en todas las direcciones. Enfiló uno al azar.

Quince minutos más tarde, cuando estaba seguro de estar a salvo, cayó de rodillas e intentó respirar. Miró la bolsa. Todo seguía allí. Gracias a Dios.

Cuando se encontró mejor, salió a la calle y paró un taxi.

—Al Parlamento —dijo—. Deprisa, por favor.

\*

Billy casi se muere: nadie le había dicho que el Parlamento estaría hasta arriba de gente del Gobierno. Y lo que era peor, la mitad de los agentes andaban corriendo por allí vestidos con ese equipo antidisturbios que llevaba Jennifer, así que le parecía que la estaba viendo de reojo cada dos por tres. Sentía que empezaba a sudar otra vez. Su olor corporal ya no era agradable.

El General Li le esperaba al final de la escalera.

—Buenas tardes, Soldado. Llegas cinco minutos antes de la hora.

Más le valía no mencionar el incidente con Jennifer Gobierno, decidió Billy.

—Sí, señor.

Li empezó a caminar y Billy acomodó su paso al de él. Se pasó una mano por la frente y se quitó el sudor. El General le protegería, pensaba. Nadie le daba problemas al General. Entraron en el vestíbulo, que estaba lleno, luego fueron por un pasillo y llegaron a una sala. Había media docena de hombres trajeados sentados allí, fumando y comiendo de un buffet.

El General se paró al lado de tres hombres y esperó. Nadie le hizo caso, lo que a Billy le parecía de muy mala educación.

—¿Ves? Te dije que intentarían hacer esto —insistía uno de los hombres—. Si yo no hubiera tomado medidas, la mitad del personal estaría en un calabozo del puto Gobierno ahora mismo.

—John tiene razón —ratificó un hombre mayor y más bajito.

—Estáis exagerando —dudó el tercero—. Vale. Intentan demostrar su fuerza. Eso no quiere decir que haya llegado la hora de... hacer lo que sugieres. No podemos dar ese paso. Es ilegal y, lo que es más importante, no sería un buen negocio.

—¡Eres un imbécil! —dijo John—. ¿Quieres esperar hasta que vengan a por ti? ¿Cuando entren en tu casa por la fuerza a las cuatro de la mañana? Las cosas ya han ido demasiado lejos.

El señor mayor asintió.

—Ahora John Nike está al cargo de nuestras operaciones.

—¡Alfonse! —dijo el tercer hombre, horrorizado, pero ya le estaban dando la espalda.

John pareció darse cuenta de que el General estaba allí.

—¿Quién es usted?

—El General Li ANR, señor. Hemos hablado por teléfono.

—Ah, sí, sí —dijo John—. Discúlpame, Alfonse, tengo que ocuparme de unos asuntos domésticos.

Alfonse asintió y se marchó. John puso una mano sobre el hombro del General y otra sobre el de Billy. Su cara estaba sólo a unos centímetros de la de Billy y eso le asustaba un poco. De repente se dio cuenta: a lo mejor ése era el mismo John Nike sobre el que le había pedido Jennifer que informara.

—Entonces, Li, éste es...

—El hombre que pediste.

Era una situación que requería muchos «Sí, señor», pensó Billy.

—Soldado Billy ANR, Operaciones Especiales, señor.

John pareció encontrarlo divertido.

—Billy, a lo mejor te ganas el pan hoy.

—Sí, señor.

—Si las cosas no nos salen bien allí dentro, durante mi discurso voy a señalar a alguien. Supongo que sabes lo que hay que hacer.

—Sí, señor.

—Pero no dentro del Parlamento. Te quedas con él, esperas hasta que se marche y te lo cargas en la escalera. Si intentas hacer algo dentro de este edificio tendrás encima a veinte trajeados del Gobierno en menos de lo que tardas en mover un dedo. Y si te coge el Gobierno, yo me aseguraré de que no les puedas decir ni una puta palabra. ¿Me comprendes?

—Sí, señor.

—Me encanta este chaval, Li. Aprende rápido. Vale, Billy, piérdete. El General y yo tenemos que hablar.

\*

Un rato después las luces se fueron atenuando y luego volvieron a su intensidad primitiva. Billy pensó que debía de ser un fallo eléctrico, pero la gente empezó a desfilar hacia la sala, así que se puso firme. John y el General salieron juntos, con Alfonse y otros con traje. Billy esperó unos minutos y luego entró en la sala principal. Buscó un asiento en las últimas filas. Por el camino le dio a alguien con la bolsa.

—¡Oye! ¡Cuidado! ¿Qué llevas allí? ¿Barras de acero?

—Lo siento. —Encontró un asiento y colocó la bolsa entre los pies. Había mucho jaleo en la mesa; luego la gente se organizó y un hombre se puso de pie y empezó a hablar. Billy tardó un buen rato en darse cuenta de que era el Presidente del Gobierno. No reconoció el tercer grupo, el de las dos tías, pero, si estaban aquí el Gobierno y US Alliance, suponía que tenían que ser de Team Advantage. Billy no sabía que iba a reunirse en aquel lugar tanta gente importante.

El Presidente decía algo sobre la libertad y la justicia, y Billy desconectó. Luego hubo un poco de debate, los discursitos de un trajeado tras otro, y Billy pensaba en las montañas. Londres no estaba demasiado lejos de algunos países realmente buenos para esquiar. A lo mejor podía irse unos días cuando terminara todo esto. En ese momento John se puso en pie, arreglándose los puños de la camisa, y Billy se incorporó en su asiento.

—Hemos venido aquí de buena fe para hablar de soluciones. —Se oía la voz de John por megafonía en toda la sala, como si estuviera al lado—. Pero el Gobierno no ha hecho lo mismo. Esta mañana ha llevado a cabo operaciones contra nosotros. Ha elegido como objetivo nuestras empresas sólo porque hemos logrado crear productos que la gente quiere comprar. Han entrado en nuestras propiedades ilegalmente y han atacado a algunos de nuestros directivos.

Hizo una pausa. Había tal silencio en la sala que Billy oía cómo le sonaban las tripas.

—Esto es intolerable —prosiguió. Miró fijamente al Presidente. Billy estaba seguro de que le iba a señalar. Pero John se volvió a la multitud—. Con esta acción, el Gobierno ha demostrado que, mientras exista, ninguno de nosotros es realmente libre. Gobierno y libertad se excluyen mutuamente. Así que, si valoramos la libertad, sólo hay una conclusión. Es hora de deshacernos de esa reliquia que llamamos Gobierno.

La gente empezó a hablar; algunos se levantaron delante de Billy, que estiró el cuello intentando ver. John estaba mirando a la chica de Team Advantage. Billy sujetó la bolsa con más fuerza.

—US Alliance está harta de que la persigan por haber cometido el crimen de ganar dinero. Desde este mismo momento, ya no les reconocemos como autoridad. Ha llegado la hora de empezar una nueva era feliz. Declaro el final del Gobierno. Y usted, señor, se ha quedado sin empleo.

Señaló con un dedo al Presidente del Gobierno. La multitud estalló en aplausos. A Billy no le pilló por sorpresa. Cogió la bolsa y empezó a abrirse camino para salir de la sala.

\*

Cruzó la calle a paso ligero, atravesó la plaza y entró en una casa de huéspedes. Una chica fregaba copas en la barra del comedor.

—¿Arriba qué hay? —preguntó Billy—. ¿Habitaciones?

—Claro. Desde noventa dólares.

—Quiero alguna que dé al Parlamento —dijo—. Por la vista.

La camarera cogió una llave de debajo del mostrador.

—Hay mucho jaleo hoy, ¿verdad?

—Sí, sí —asintió Billy.

\*

La habitación estaba en el segundo piso; era pequeña con gruesas cortinas: ideal. Puso la bolsa encima de la cama y la abrió. Sacó el cañón y lo limpió a fondo, con un pie apoyado en la pared para tener la cortina un poco abierta para ver el Parlamento. Cuando empezó a aumentar el flujo de tráfico humano que bajaba las escaleras, colocó la mira y el cargador en su sitio y arrastró una silla hasta la ventana. Abrió la ventana y entrecerró los ojos mirando para escudriñar a través del aire helador que se metía dentro.

La gente salía del edificio a raudales; la mayoría llevaba traje. A Billy le preocupaba que no fuera a ver al Presidente. Y luego se le ocurrió otra cosa: a lo mejor sí le veía. Eso significaría que tendría que levantar el rifle y tenerle en el punto de mira. Sentía el sudor correrle por la espalda. Billy nunca había creído que llegaría este momento, no realmente. Este momento en el que tendría que decidir si mataría a un hombre para librarse de la ANR. Se mordía los labios.

Salió el Presidente rodeado de una docena de agentes del Gobierno. Sobresalían incluso entre la multitud. Parecía el centro de una diana.

Billy tenía el rifle encima de las rodillas. Algunos francotiradores —aficionados— levantaban el rifle demasiado pronto, utilizaban la mira para ver qué estaba pasando. Eso era muy arriesgado, le habían enseñado en la ANR, porque le podrían ver. Un buen francotirador sólo se dejaba ver en el último instante. Billy esperó. Luego levantó el rifle, encajando la culata en el hombro.

Apoyó el codo en el alféizar y el cañón en el marco de la ventana. Había unos treinta peldaños hasta la Cámara de los Comunes, así que tenía tiempo de sobra para tenerle en la mira. Cuando vio al hombre en su objetivo, se le hizo un nudo en el estómago. Le temblaron ligeramente las manos. Había viento variable y Billy pensó: *A lo mejor no le doy. A lo mejor lo intento pero no le doy.*

Se paró el viento.

*Esquiando*, pensaba Billy. *Sólo estoy esquiando.*

El Presidente levantó la vista. Era como si supiera lo que iba a ocurrir.

## 54. Gobierno

—*¡Mierda!* —gritó Jennifer. La gente se apartaba deprisa. Corrió hacia la salida por donde había huido Billy, pero entre el casco y todo el equipo que llevaba encima era tan complicado avanzar como caminar por encima del agua. Cuando llegó a la puerta, ya ni siquiera oía los pasos de Billy.

Sacó la radio.

—Equipo uno-nueve-seis, ¿cuál es su situación?

—Estamos en la furgoneta. Aparecieron los soldados de la ANR a los noventa segundos de marcharse usted, un montón. No tuvimos ninguna oportunidad.

—Bien. Abandonamos. Vamos a hacer algo útil.

—¿Señora? Tenemos órdenes...

—Shhh —le dijo.

\*

En circunstancias normales, habría pedido una orden de búsqueda para Billy, pero hoy había veinte mil agentes ocupados con lo de las empresas y a nadie le sobraba tiempo para dedicarse a buscar a un joven musculoso con una bolsa de loneta. Pero sólo había un sitio al que se dirigiría un francotirador. A lo mejor podría matar dos pájaros de un tiro. Se sentó en la parte de atrás de la furgoneta y no hizo ningún caso a las miradas que intercambiaban los integrantes de su equipo.

—Se ralentiza el tráfico —dijo el conductor.

—Pare —dijo Jennifer. Reunió a su equipo en el arcén. El Parlamento estaba a cinco minutos corriendo y se sintió un poco gilipollas al ir por la acera a paso ligero

con cinco agentes vestidos con uniforme antidisturbios. Pero a veces no queda alternativa.

No había mucha gente en las afueras del Parlamento, y eso era bueno: significaba que la sesión todavía no había terminado.

—Por parejas —dijo—. Busquen la bolsa. Gris con asas de color rojo oscuro.

Se marchó y subió las escaleras. Un agente joven con perilla intentó obstruirle el paso al vestíbulo: Jennifer sacó su carné y siguió hacia delante. No fue tras ella. Esto ni era seguridad ni era nada.

Había mucha gente dentro y muchos de ellos se estaban gritando. Vio a John Nike de pie con los brazos cruzados, sonriendo. Tuvo una tentación muy fuerte de correr hasta él, aplastarle la cara contra la mesa y ponerle unas esposas. A lo mejor el loquero del Gobierno tenía razón.

Se dirigió hacia la guardia privada del Gobierno. John no la vio. Jennifer se alegraba de llevar un arma.

Adivinó cuál de los agentes estaba al mando. Estos tipos tenían auriculares, gafas de sol, todo el equipo; estaban ridículos.

—Disculpe.

—Cállese —le ordenó el agente sin girarse.

—Hemos terminado —dijo el Presidente. Jennifer observó cómo le latía una vena de la sien, lo que probablemente significaba que el asunto no se le había dado muy bien—. De aquí no sale nadie hasta que encontremos una solución.

—¡Oiga! —le dijo Jennifer al agente. No reaccionó, así que le dio un codazo en el costado.

—¡Agente! No me dé codazos.

—Creo que hay un francotirador a punto de disparar al Presidente.

La miró de reojo y volvió a mirar hacia la multitud.

—¿Desde dónde?

—No lo sé. Pero...

—Agente, siempre suponemos que alguien, en algún sitio, está a punto de disparar al Presidente. Por eso estamos aquí. Apártese.

Subía el griterío en la mesa.

—¡Ya! —dijo John—. Ustedes no saben perder. —Giró y se marchó. El contingente de US Alliance se levantó para seguirle.

—¡Espere! —le rogó el Presidente, pero no había nada que hacer: hasta Jennifer se dio cuenta. Miró la espalda de John Nike.

—Oiga, me tengo que marchar. Simplemente saquen al Presidente por la puerta de atrás, ¿de acuerdo?

—Tenemos a veinte agentes desde aquí hasta su coche. No vamos a dejar que le saquen en el telediario saliendo por la puerta de atrás.

—¿Cómo? —Había tanto movimiento de gente que empezaba a ver a Billy por todas partes. John estaba a punto de alcanzar la salida—. ¡Señor Presidente! —gritó



Jennifer.

El agente la cogió del brazo y se lo retorció. El hombro lesionado se resintió. Vio las estrellas. No se dio cuenta de que la estaba empujando contra la pared hasta que con la frente chocó contra ella.

—No se meta con nuestra forma de proteger al Presidente, Agente. ¿Comprende?

—Déjeme... —Por encima del hombro vio que unos agentes habían rodeado al Presidente y le sacaban de la sala—. ¡Joder!

El agente habló por el micrófono.

—Tengo una dos-veinte en el vestíbulo, procedan a...

Juntó las piernas e intentó reducirle. Normalmente la llave acababa con el tío en el suelo y Jennifer de pie mirándole desde arriba con una expresión de superioridad, pero este tipo estaba muy bien entrenado y no logró más que desequilibrarle un instante. Sintió cómo le rozaba el pelo con la cara y dio un cabezazo hacia atrás. Algo blando y probablemente nasal hizo crac contra su cráneo. El agente cayó, gimiendo de dolor. Jennifer gritó:

—¡Me ha dado en el hombro malo!

El Presidente ya había salido, y eso la dejó ante un dilema interesante: salvarle la vida o detener a John Nike. Sería una locura intentar proteger al Presidente, pensó Jennifer: no haría más que distraer a sus guardias. Se tendría que fiar de esos tíos con auriculares y gafas de sol. Corrió hacia la salida.

Estaba atestada de tipos trajeados que hablaban y gesticulaban. Se abrió camino a empujones. Había demasiada gente que se le parecía; constantemente divisaba a gente con un corte de pelo similar al de Billy. La gente la miraba. Un hombre dijo:

—Mirad, es Jennifer Maher.

Vio a John. Estaba en un lateral a cinco metros de donde se encontraba ella, hablando con una docena de trajeados. Jennifer se metió la mano en el bolsillo y encontró la pistola.

Sonó su radio:

—¿Jen? Hemos visto a tu chico.

Jennifer se quedó inmóvil.

—¿Cómo?

—¿Ves ese edificio de enfrente? Acaba de entrar el tipo que buscas. ¿Bolsa de loneta, asas rojas?

Una señora a su izquierda soltó una carcajada. Un trajeado añadió:

—... pero, por supuesto, aumentaron entonces el capital... —¿Jen?

Se encontraba fatal.

—Nos vemos allí.

\*

Abrió las puertas de un empujón, pistola en mano. Casi no había luz y se tuvo que agachar allí un momento, esperando a que se le adaptara la vista. El equipo entró detrás de ella. Jennifer se sentía ridícula: ésa era una buena forma de permitir que un montón de agentes del Gobierno aquejados de ceguera temporal murieran en una emboscada. Iba demasiado deprisa. No le daban tiempo a pensar.

El comedor estaba vacío, salvo por una chica que se encontraba detrás de una barra.

—Hace poco entró aquí un hombre con una bolsa —dijo Jennifer—. ¿Dónde está?

—Pidió una habitación.

—¿Cuál?

—No sé si debo decírselo.

Le apuntó con la .45.

—Dígalo.

—La veintiocho.

Corrieron hacia la escalera, por un pasillo, intentando leer los números de las puertas en la penumbra. La veintiocho era la última. Se quedó escuchando un momento. Nada. Dio un paso atrás y la abrió de una patada.

Al abrirse, hizo un ruido extraño, una especie de combinación entre crac y crujido. Entonces vio a Billy ANR delante de la ventana y el hilo de humo que procedía del rifle y se dio cuenta de que se había equivocado. No había sido un ruido, sino dos.

—¡No te muevas! Suelta el rifle ahora mismo.

—¡Joder! —dijo Billy—. ¡Joder! ¡Joder! —La miró primero a ella y luego a la ventana, y después volvió a mirarla otra vez.

—¡Suéltalo!

—Mira lo que me has hecho hacer —gemía—. ¡Joder! Mira lo que me has hecho hacer.

Le temblaba la mano que sostenía el arma.

—Billy, si acabas de disparar al Presidente, vas a salir de esta habitación por la ventana. —Cruzó la habitación y le quitó el rifle. Fuera, se congregaba la gente y se veía a un hombre sangrando en las escaleras. Unos agentes se llevaban precipitadamente al Presidente al coche.

—¿A quién disparaste?

—No quería darle. Me asustaste. *No quería hacerlo.*

—Le has disparado a alguien por accidente.

—¡Por favor! ¡No me hagas daño!

—Eso lo tenías que haber pensado antes —le espetó.

## 55. US Alliance

John salió del Parlamento, intentando disimular la enorme alegría que sentía. Se estaba preparando para mostrar horror e indignación, porque había cámaras de televisión por todas partes y seguro que algunas ya le estaban enfocando. Apenas salió a la calle cuando un hombre le paró.

—Señor, acaban de disparar a alguien. No debería usted salir.

—¿Que acaban de disparar a alguien? —repitió John. *Horror, indignación.* Subió la escalera corriendo. A la mitad, un equipo de urgencias estaba atendiendo a un hombre vestido con un traje de color oscuro. Estaba pálido, llevaba una enorme compresa en el pecho y no era ni mucho menos el Presidente del Gobierno.

John se puso furioso. Pasaron unos minutos hasta que se dio cuenta de que le habían rodeado los medios de comunicación.

—¡John! ¡John Nike! ¿Le ha sorprendido este ataque? ¿Conoce a este hombre? ¿Cuál es su reacción?

Tuvo que tragar saliva dos veces antes de hablar. Entonces vio cómo conducían a Billy ANR hacia un coche negro del Gobierno. A un lado de Billy había un agente que John no conocía. Al otro estaba Jennifer Gobierno.

—Estoy horrorizado e indignado —acertó a decir. Le temblaba la voz.

\*

Se metió en la primera limusina de US Alliance que vio, y resultó ser la del General Li. Fue una suerte para él: tenía unas cosas que decirle. Esperó hasta que el General se acomodó, se cerraran las puertas y el coche estuviera lo suficientemente lejos del Parlamento para que la posibilidad de que Jennifer lo mandara detenerse y le encañonara fuera cada vez más remota. Entonces golpeó la ventanilla y le dio una patada al monitor de televisión.

—Comprendo que esté molesto —dijo el General Li.

—Pido que *un* francotirador haga un trabajo simple y no sólo le detienen, sino que dispara al tío equivocado. ¿Cómo puede ser eso?

—Billy es un tirador buenísimo. De verdad que no sé qué ha podido ocurrir.

—A lo mejor creéis que esto es algún ejercicio. Pues no lo es, Li. El Gobierno *quiere mi cabeza*. Y ahora Jennifer...

Sonó el teléfono que había a su lado. Estuvo tentado de arrancarlo y tirarlo por la ventanilla, pero sería un error. Se podía dar voces a unas personas y a otras no, y existía la posibilidad de que esta fuera de esas últimas. Apretó el botón de descolgar.

—Diga.

—John. —Era Alfonse—. ¡Vaya discurso!

—Me alegro de que te haya gustado.

—No he dicho eso.

—Bueno, Alfonse —prosiguió John—. Me pediste que expresara nuestra indignación. De acuerdo, a lo mejor por la situación me pasé... —Dijiste que US Alliance es una organización criminal.

—¿Criminal? —dijo—. ¿Y eso qué significa? Sólo alguien con quien el Gobierno no está de acuerdo.

—No juegues conmigo, John. El objetivo de nuestra organización es ganar cuotas de mercado de Team Advantage. El Gobierno está al margen.

—¿Cómo podemos luchar contra Team Advantage si el Gobierno hace de árbitro? El Gobierno constituye el principal obstáculo para nuestros objetivos. No podemos hacerles caso omiso, Alfonse. Vienen a por nosotros. Tuvimos que mandarles un aviso.

—Gracias a que yo creo eso en parte —dijo Alfonse— todavía tienes un empleo. Pero date por avisado.

—Gracias, señor —le contestó, pero Alfonse ya había colgado. Respiró hondo.

Con mucho tacto, el General Li insinuó:

—Menos mal que fracasó nuestro francotirador.

John le miró.

—Pueden liquidar al Presidente antes de que llegue al aeropuerto. O pueden liquidarle en el aire. ¿Tienen cazas?

Li carraspeó.

—Discúlpame, pero... he sacado la impresión de que Alfonse no está a favor de un ataque directo al Gobierno.

—¿Ah, sí? —dijo John—. ¡Qué raro!

—A lo mejor me equivoco... pero ¿Alfonse sabía algo de nuestro trato con el Soldado Billy?

—Creo que se equivoca, Li —le corrigió John—. US Alliance está totalmente de acuerdo con esto. Hay que parar al Gobierno. También van a venir a por usted, si no les paramos antes.

Li no dijo nada.

John se inclinó un poco hacia delante.

—Si empezamos una guerra, ¿qué empresa va a ser la más importante? ¿Cual se va a convertir en la más importante del planeta? No va a ser McDonald's. No va a ser Nike.

Li le miro durante un rato. Luego dijo:

—Tenemos cazas.

—Vale —dijo John. Empezaba a encontrarse un poco mejor.

\*

Tenía media hora para estar en la habitación del hotel antes de la reunión para analizar el encuentro de esa mañana en el Parlamento. Se aflojó el nudo de la corbata, se sirvió un whisky del minibar y salió al balcón. Era de noche y hacía frío; corría una ligera brisa pero la vista era increíble. Saboreaba el whisky mientras miraba la curva del puente de Londres y la luz del Parlamento reflejada en el Támesis. Cuando se hubo tranquilizado lo suficiente, sacó el móvil y marcó un número.

—Le habla Georgia Saints-Nike. Dígame.

—¿A que no sabes a quién he visto hoy?

—Hola, John. —La voz delataba cautela—. Pues...

—Te voy a dar una pista: empieza con Jennifer y el final es que yo voy a la cárcel.

—Lo siento, John. He hecho todo lo que me pediste.

*No te podías fiar de nadie, pensó. Tenías que hacerlo todo por tu cuenta.*

—Georgia, has estado hablando a mis espaldas, ¿verdad?

—No, John.

—Siempre preguntándome dónde estaba. Y de repente aparece Jennifer. Le dijiste cómo encontrarme.

Silencio. Luego, Georgia contestó:

—Intenté decirte que no hicieras esa campaña de las Mercury, John. Te dije que era...

—Estás despedida. Y te voy a dar un consejo: desaparece del mapa. Porque si te encuentro, te haré pedazos.

—¡John!

Colgó, furioso. Georgia Saints-Nike. Debía haberlo sabido. No era la misma desde que empezó a hacer trabajo de voluntariado.

Volvió a la habitación y abrió el correo electrónico. Mandó un mensaje para despedir a Georgia y otro para que los de seguridad la echarán del edificio. Una pena que no pudiera ordenar que no llegara a su casa. Dio un suspiro. Necesitaba una nueva secretaria.

Tenía un mensaje de Hack Nike. Lo leyó, asombrándose ante la arrogancia de Hack. Le contestó y miró su reloj. Era hora de marcharse.

US Alliance había reservado la sala de baile del hotel para la reunión posterior y ya estaba llena de hombres con trajes. La gente le miró cuando entró. Las voces se fueron apagando. Se sentó hacia la parte de delante. El chaval de Pepsi se sentó a su lado.

—¡Vaya discurso, John! ¡Vaya si les aclaraste a esos agentes lo que podían hacer con su autoridad!

John habló bajo.

—¿Qué piensan los otros Enlaces?

—Algunos creen que eres un genio. Otros creen que estás loco y que el Gobierno nos va a meter a todos en chirona.

—Bueno —replicó—, veremos qué sabe hacer el Gobierno a partir de esta noche. El chaval de Pepsi abrió los ojos como platos.

—¿Has planeado algo? ¿Qué pasa?

—Calla. —Alfonse estaba inaugurando la reunión, hablando del entorno competitivo. Pero John no podía dejar de pensar en Jennifer Gobierno. Nunca estaría a salvo mientras le persiguiera, eso estaba claro. Tenía que quitársela de encima, fuera como fuera.

—¡Oye! —le susurró el chaval de Pepsi—. ¿Qué es tan gracioso?

—Nada —contestó John—. Sólo... una idea.

—¿Buena?

—Muy buena. —Se llamaba Kate. La hija de Jennifer. John no sabía cómo no se le había ocurrido utilizarla antes.

## 56. ANR / Aire

Había pilotos a quienes no les gustaba volar las noches que no había luna. No lo admitían, claro está, pero volar de noche era muy diferente a surcar un cielo azul con el mundo a los pies. Durante las noches oscuras la visibilidad fuera de la cabina se reducía al reflejo de tu propio casco en el cristal, iluminado por la luz de los mandos.

Cualquier buen piloto sabía volar a ciegas sin ningún problema, pero era completamente diferente pilotar una caja de metal a ochocientos kilómetros por hora en la oscuridad.

Jackpot llevaba dos horas y media de travesía. A unos doscientos cincuenta metros a su derecha, según su instrumental, volaba otro F/A-18. Habían recibido la orden de despegue demasiado pronto y llevaban noventa minutos sobrevolando en círculo, esperando el objetivo. Ambos se estaban quedando sin combustible.

—Jackpot a tierra: solicitamos variación de parámetros de misión.

—Adelante, Jackpot.

—El objetivo se mueve muy despacio. Solicitamos permiso para acercarnos antes.

—Denegado, Jackpot. Espere hasta que estén sobrevolando el mar. Meditó.

—Entonces tendremos que aterrizar en algún sitio más cerca que Luton.

—¡Roger, Jackpot! Avisaremos nueva pista de aterrizaje. Corto.

Se quedaron allí. Jackpot y el otro F/A-18, y veinte kilómetros más allá un Boeing 737 iba hacia el oeste.

Cruzaron la costa veinte minutos más tarde, y luego la zona de exclusión de tres kilómetros. Los cazas siguieron hacia delante. Pronto el 737 los vería en el radar, pero Jackpot pensaba que daba igual. No había ningún tipo de medida disuasoria que pudiera tomar un avión comercial.

Tapó los mandos con el brazo e intentó ver. Distinguía las luces del Boeing brillando en la oscuridad.

—Jackpot para Lontamer. ¿Has hecho contacto visual?

—¡Roger, Jackpot!

—¡Dispara! ¡Dispara! —dijo, apretando el botón. Apenas notó las descargas, pero los mandos le avisaban, pitando y parpadeando—. ¡Lanzado misil!

—¡Lanzado misil!

Los dos Falcon tardaron ocho segundos en cubrir la distancia, alcanzaron al Boeing y lo rompieron en pedazos. El cielo se volvió amarillo durante un instante y Jackpot vio cómo el avión perdía un ala y empezaba a caer. Los F/A-18 lo adelantaron.

Volvieron justo a tiempo para verlo caer en el océano. Sobrevolaron la zona hasta que se apagaron las llamas, aceleraron y se dirigieron a casa.

Cuando volvieron a entrar en el espacio aéreo inglés, Jackpot preguntó:

—¿Alguna vez habías hecho algo así, Lontamer?

Se oyó una pausa.

—Negativo, Jackpot.

Parecía impasible y profesional. Jackpot siguió su ejemplo y cerró la boca.

# QUINTA PARTE



## 57. Hack

Hack empezó a cambiar de ruta para ir a trabajar, con el fin de pasar por vallas publicitarias diferentes. Se debía en parte a razones prácticas: cuanto antes viera que una empresa había reemplazado alguna de esas vallas, antes podría atacarla de nuevo. Pero también era por orgullo. Le gustaba ver su trabajo.

La valla de Gap que asaltaron hacía una semana seguía allí, lo cual era increíble, porque era la más grande de todas, un monstruo de cuatro alturas. Luego había un póster de Nike en la carretera que antes decía PUEDO ALCANZAR LA LUNA; ahora decía PUEDO ALCANZAR A CATORCE CHAVALES. Debajo decía: NIKE MATA A SUS CLIENTES. A Hack la coletilla ya no le gustaba tanto. Había sido ese chaval, Tomás, quien lo había añadido. Era demasiado descarado, pensaba Hack.

Pasó por delante de una aseguradora médica que ahora decía: NOS PREOCUPA SU CARTERA. En la esquina de la calle Springvale, una valla de Coca-Cola decía DISFRUTE DE SU CÁNCER DE ESTÓMAGO. Una empresa de neumáticos anunciaba un 25% MÁS DE MONÓXIDO DE carbono y COCHES=MUERTE. Tomás otra vez. Hack tendría que hablar con él.

Aparcó el coche y entró en el edificio de Nike. Saludó a la recepcionista. Ahora tenía más energía, más confianza en sí mismo. Era amable con personas a quienes antes no se hubiera atrevido a dirigir la palabra. Lo gracioso es que su jefe pensaba que Hack se había vuelto dinámico y eficiente, cuando Hack trabajaba menos que antes. De hecho, apenas trabajaba.

Cuando llegó a la mesa, encendió el ordenador y empezó a leer el correo. Había un sobre grueso con la dirección escrita a mano; venía de Recursos Humanos. Lo estaba abriendo cuando sonó el teléfono. Hack Nike, Distribución de Mercancías Publicitarias.

Claire dijo:

—Hola, soy yo.

—Hola. —Abrió la carta—. ¿Qué tal estás?

—Bien. Te echo de menos.

—¿Ah, sí?

—¿Vas a volver a casa después del trabajo? He pensado que podríamos salir a cenar o algo así.

—Sí, eso está... —Hack leyó la primera línea de la carta. Y la leyó otra vez—. Em...

—¿Qué?

—Creo que me acaban de despedir.

—¿Cómo?

—Nike me ha despedido. —Leyó la página rápidamente—. Consolidación Anual de Plantilla. ¡Y una mierda!

—Hack, ¿estás bien?

—No —le contestó—. Me tengo que ir.

\*

Fue a Recursos Humanos y preguntó por Lillian, que era quien había firmado la carta.

—Yo soy Lillian —dijo una mujer. A Hack le parecía que tenía mala uva. Todos los que trabajaban en Recursos Humanos parecían tener mala uva.

—Soy Hack, Distribución de Mercancías Publicitarias. ¿Esta carta la escribió usted?

—A ver. —Examinó el papel durante más tiempo de lo que Hack consideraba necesario—. Sí, la mandé yo.

—¿Por qué?

—Cuando hay reducción de plantilla en los departamentos, nosotros nos ocupamos del papeleo.

—¿Pero quién me ha despedido en realidad?

—Debería usted saberlo. El procedimiento correcto es que el director hable de los cambios con el empleado antes de que nosotros redactemos la documentación.

—Pues eso no ha ocurrido.

Lidian lanzó un suspiro.

—Deberían haberle informado de todo esto a usted primero. Dar malas noticias no es nuestro trabajo.

—¿Quién fue? —preguntó Hack. Le estaba costando recordar lo de dinámico y eficiente.

Lidian le miró fijamente, pero Hack estaba cabreado y no pudo sostenerle la mirada durante mucho tiempo.

—John, Enlace.

—Gracias —le dijo. Volvió a su mesa y empezó a teclear.

Querido John:

Parece que has decidido despedirme. Eso es un GRAN ERROR, ya que lo sé todo sobre tu relación con los ASUNTOS DE CIUDAD NIKE. Quizá pienses que me voy a callar, pero debes RECONSIDERARLO porque voy a contar al Gobierno y a los MEDIOS todo lo que sé. Así que no sigas portándote mal conmigo.

Hack.

Se pasó el resto del día buscando nuevas vallas publicitarias en la web que pudieran ser futuros objetivos. Había seis webcams por la ciudad que eran ideales para ayudarle a planificar. Una, se dio cuenta, enseñaba un póster nuevo que estaban colgando, trozo a trozo. Se veía a un Tío Sam con cara de enfadado y decía: EL TÍO SAM QUIERE SU propiedad. Hack silbó. Fijo que le iba a tocar a éste.

A las cinco llegó un mensaje de John al correo electrónico. Hack hizo clic con el ratón para abrirlo, encantado de que le hubiera contestado tan rápido. Ahora hasta John le tomaba en serio.

El mensaje decía:

Vete a tomar por culo,  
John.

Entonces Hack se enfadó de verdad.

## 58. John

John llegó a US Alliance veinte minutos antes de la hora y subió en ascensor hasta la planta veintinueve. Esperaba que alguien le acompañara directamente al despacho de Alfonse, pero una mujer joven con una melenita corta y gafas muy monas le mandó sentarse en el pasillo a esperar. Se sentía como el chico malo que mandan al despacho del director. Después de un rato volvió a la mesa de la mujer.

—Soy John Nike —le dijo—. ¿Se lo ha dicho?

—Sí, señor. Tiene que esperar aquí.

Volvió a sentarse. Era verdad que le habían mandado al despacho del director. Pero, pensándolo mejor, había sido bastante malo. Después de que la ANR destrozara el avión del Gobierno, todos los mandos de US Alliance —John incluido— habían salido de Londres zumbando, la mayoría en dirección a la central en Los Ángeles. Nadie había querido quedarse en una ciudad llena de veinte mil agentes cabreados.

Veinte minutos más tarde la mujer dijo:

—Ya puede entrar, John.

Se puso de pie, se colocó el traje y abrió las pesadas puertas de roble. La sala se asemejaba a un trozo de cielo con muebles. Había cuarenta o cincuenta tipos trajeados sentados en mesas que parecían talladas de árboles de más de trescientos metros de largo: había letreros que decían MCDONALD'S, MONSANTO e IBM. John jamás había visto tantos pares de zapatos buenos juntos.

—¡Vaya! —exclamó—. Esto es como las Naciones Unidas.

Alfonse dijo:

—Siéntate, John.

Miró a su alrededor a ver si distinguía un letrero que pusiera NIKE. Alfonse tosió y le indicó una silla de plástico que se encontraba contra una pared de cristal, frente a las mesas.

—¿Allí?

—Sí.

Se sentó con toda la dignidad que pudo, que no era mucha. La silla de plástico chirriaba. Miró hacia atrás por encima del hombro. Por lo menos tenía una vista increíble del centro de Los Ángeles.

Durante un rato no habló nadie. Era desconcertante: John nunca había estado en una reunión donde la gente no se pegara por hablar.

Vio al chaval de Pepsi hacia la parte de atrás. John no había averiguado qué había de raro en él hasta que se dio cuenta de que era la primera vez que le veía con traje.

—De acuerdo, todos estáis muy sorprendidos por el asunto del avión.

Algunos resoplaban mostrando su indignación. La Enlace de McDonald's parecía querer saltar por encima de la mesa y darle una bofetada.

Alfonse dijo:

—John, por si no te has dado cuenta, hemos venido aquí a votar tu expulsión de US Alliance. Si ganamos, US Alliance y sus socios no aceptarán ninguna responsabilidad por tus actos. Te entregaremos al Gobierno y negociaremos una indemnización por los daños que has causado.

—Así que tenía razón —ironizó John—. Esto sí es las Naciones Unidas.

—Se cree que no ha hecho nada malo —dijo el Enlace de IBM. Era un señor algo mayor con el pelo blanco y llevaba un traje azul oscuro; John no le conocía—. Míralo. Ha convertido a las empresas más distinguidas del mundo en criminales, y se ríe.

—Tienes razón. Yo no creo haber hecho nada malo.

—Pues déjame aclarártelo, imbécil. Primero, el Gobierno nos va a detener. A todos. Segundo, si no lo hacen, la gente nos va a liquidar. ¿Quieres ver una reacción violenta del mercado? Acabamos de asesinar al Presidente. Vamos a ver cómo afecta a las ventas, ¿te parece? Tercero, has matado a gente. No sé si eso es un problema para ti, John, o para Nike, pero sí que es un problema enorme para IBM, para mí y para todos los demás que están aquí. ¿Te he ayudado? ¿Te he aclarado cuál es la situación?

Silencio.

—Vale, vale. —John se dio cuenta de que su carrera dependía de las respuestas que diera. Tenía que poner toda la carne en el asador—. Tres puntos, ¿de acuerdo? —Se frotó las palmas de la mano en el pantalón—. Uno. El Gobierno no nos va a detener. Lo intentó en Londres y fracasó. Ahora bien, podéis estar seguros de que no

van a resignarse e irse para casa. Iban a intentarlo una y otra vez hasta que nos cogieran, pero en este momento, gracias a mí, han perdido a la mitad de sus dirigentes. Han perdido su capacidad de coordinar, al menos durante una temporada. El Gobierno no nos va a arrestar porque el Gobierno ya no es capaz.

Una pared de caras frías le miraba. Vio el letrero de la ANR, allá a la izquierda pero allí había una silla vacía. Suponía que eso significaba que también la ANR estaba jodida.

—Dos. No habrá ningún boicot por parte de los consumidores.

La gente de repente no va a empezar a comprar Whoppers en vez de Big Macs o Apple en vez de IBM. Fiaros de lo que os digo; yo soy de Nike. Nadie cambia de marca porque se ha enterado de que la empresa ha hecho algo malo. Siguen comprando su producto favorito a su precio favorito. Sí, habrá una reacción violenta por parte de los medios. Pero no la va a haber por parte de los consumidores. —Hizo una pausa antes de continuar—. Punto tres. —Éste era el más difícil. John se puso de pie. Afortunadamente la silla no chirrió. Se hubiera podido oír caer un alfiler en la sala—. Sí, de acuerdo, murieron algunas personas, pero no vamos a fingir que son las primeras en morir para beneficiar el negocio. No vamos a fingir que hay una empresa en esta sala que no haya puesto el beneficio por encima de la vida humana en un momento dado. Hacemos coches que sabemos que matarán a personas. Hacemos medicinas que llevan un riesgo de efectos secundarios con un desenlace fatal. Fabricamos armas. Quiero decir, que si queréis echar a alguien de aquí por asesinato, empecemos con el Enlace de Philip Morris. En algún momento, todos hemos puesto precio a la vida humana y hemos decidido que nos lo podíamos permitir. En esta sala nadie tiene derecho a estar ahí sentado haciendo como que mis actos le han pillado por sorpresa. —Se arriesgó e hizo una pausa buscando el efecto. Si el Enlace de IBM quería soltarle un sermón, ahora tenía la oportunidad. Pero no lo hizo. Se quedó allí sentado. *Cobarde*, pensó John—. Mirad, no estoy intentando diseñar la campaña publicitaria del año que viene. Estoy quitando del medio al Gobierno, el obstáculo más grande de la historia para los negocios. Eso tiene su lado negativo. Sí, mueren algunas personas. Pero fijaos en las ventajas. Haced un análisis coste-beneficio. A lo mejor algunos de vosotros habéis olvidado lo que en realidad hacen las empresas. Os lo voy a recordar: ganan todo el dinero que pueden. Si no lo hacen, los inversores se van a otro lado. Es así de simple. Todos somos piezas en el engranaje de unas máquinas generadoras de riqueza. Nada más. Os he dejado un mundo sin interferencias del Gobierno. Ahora no hay ninguna campaña publicitaria, ningún trato entre empresas, ninguna promoción, ninguna medida que no se pueda tomar. ¿Queréis pagar a chavales para que lleven el logo de Nike tatuado en la frente? ¿Quién nos va a frenar? ¿Queréis fabricar ordenadores que haya que arreglar a los tres meses? ¿Quién nos va a frenar? ¿Queréis premiar a los consumidores que se quejan de la competencia en los medios de comunicación? ¿Queréis pagarles por fichar a sus hermanos pequeños como consumidores de su marca de cigarrillos?

¿Queréis que la ANR os ayude a eliminar a sus competidores? Pues, hacedlo. *Just do it.*

Las caras; había que ver las caras que ponían. John se dio cuenta de que no se habían imaginado esto. Les estaba abriendo la puerta a un mundo comercial feliz, y se quedaron traspuestos ante la luz dorada y pura que irradiaba beneficios.

—Soy un hombre de negocios. Nada más. Sólo quiero hacer negocios.

Durante un rato nadie dijo ni una palabra. Era un silencio mucho mejor que el de antes. John estaba disfrutando cada instante.

Alfonse dijo:

—Tendremos que considerar...

—A la mierda —dijo el chaval de Pepsi—. Votemos ahora.

Todos asintieron con la cabeza.

—De acuerdo. Todos los que estén a favor de expulsar a John Nike de US Alliance.

Se levantaron cuatro... no, cinco manos. A John le invadió una sensación de calor por todo el cuerpo.

—Parece que te quedas con nosotros, John.

—Estoy contento pero me siento a la vez humillado —contestó. No podía ocultar su satisfacción.

\*

La reunión duró tres largas horas. Los Enlaces estaban emocionados ante las posibilidades; qué bonito era todo. Hablaron de campañas escandalosas, premios por recomendar nuevos clientes, por influencia de mercado, por división. Al final, hasta John estaba harto de hablar de dinero.

Cuando acabaron, salió a hurtadillas al vestíbulo, se escondió detrás de una estatua de bronce de John D. Rockefeller y levantó la tapa de su móvil.

—General Li ANR.

—Soy yo.

—Hola, John. Creo que no deberías de estar hablando...

—Olvídelo. Ya me he encargado de ello.

—Si usted lo dice.

John empezaba a tenerle respeto al General Li. Hablaba claro, no era nada presumido y daba resultados.

—Ya lo verá. Mientras tanto tengo otro trabajo para usted.

Sintió una mano en el hombro: Alfonse.

—John, no dejas de sorprenderme.

—Muy amable.

—Una cosa —dijo Alfonse—. Se me ha ocurrido que puedes tener la tentación de aprovecharte de tu situación actual. Puedes pensar que ya que has salido impune de una actuación, puedes salir así de otras. —No, Alfonse, claro que no.

—Aquí no se hace nada sin la aprobación de los socios. ¿Está claro, John?

—Como el agua.

—Entonces, te dejo que sigas con tu llamada.

John le vio marcharse.

—¿Sigue ahí, Li?

—Sí.

—¿Cuántas tropas me puede mandar a ciudades importantes en tres días?

—¿Quiere decir...?

—Usted sabe lo que quiero decir.

—Bueno —dijo Li—. Muchas.

—Hágalo —dijo John—. Tengo que ocuparme de muchos competidores.

## 59. Buy

Buy se perdió de camino al colegio de Kate. Había mucho tráfico, muchísimo. Tamborileaba con los dedos sobre el volante, nervioso.

—Pensé que dijiste que se tardaba diez minutos en coche.

—Normalmente sí.

—Entonces... —En ese momento, más adelante, vio el centro comercial de Highpoint cubierto por una enorme valla publicitaria que decía: TARJETAS US ALLIANCE. HASTA EL 50% DE DESCUENTO HOY MISMO. Había cuatro filas de coches intentando entrar en el aparcamiento—. ¿Hay rebajas?

—¿No ves la tele?

—Sí —dijo Buy—, pero está claro que no lo suficiente. —Se abrió un hueco en el carril de al lado: pisó a fondo. Un coche que tenía detrás le tocó el claxon. Buy le hizo un corte de mangas. Se dio cuenta de que Kate le estaba mirando.

—Eso es de mala educación.

—Ya lo sé —le dijo avergonzado—. Lo siento.

—No pasa nada. Hemos llegado al colegio.

—No te comas el pastel hasta la hora de comer. Hicimos un trato.

—Sí, Buy.

Le sonrió.

—Eres una chica estupenda.

Ella miró tímidamente hacia otro lado. Buy no pudo por menos que darle un beso en la mejilla.

—Ahora, márchate.

Kate se bajó del Jeep, le dijo adiós con la mano y empezó a caminar hacia la entrada del colegio. Buy la estaba mirando a ella en vez de al tráfico y otro coche le tocó el claxon.

—Vale, vale —reconoció. No le molestó en absoluto.

\*

Después de comer, parpadeaba la luz roja del teléfono diciéndole que tenía un mensaje de voz. Se sorprendió. Llevaba casi una semana sin recibir ninguno. Descolgó.

—Buy. Soy Kato Mitsui, Enlace. Esto es un mensaje. Por favor, llámame en cuanto puedas.

Colgó. Seguro que Kato quería saber qué absurdas estrategias de marketing se le habían ocurrido: pues la respuesta era que ninguna. Decidió devolverle la llamada de todas formas. Estaba harto de estar sentado sin hacer nada.

Le pusieron con tres secretarias que hablaban americano mejor que Buy, y luego le pusieron con Kato. Kato iba en coche, o quizás en avión. Buy oía el ruido del aire en movimiento.

—Buy, ¡qué alegría volver a hablar contigo!

—Y contigo, Kato. Aunque en realidad no tengo nada de qué informar. Marketing no es lo mío...

—No llamo por eso. Tengo una tarea más urgente para ti.

—Ah.

Kato se echó a reír.

—Supongo que estoy llenando tu lista de cosas por hacer. Dime, ¿has oído hablar de las increíbles proezas de John Nike, Enlace?

—¿John Nike? No.

—Me sorprende mucho, porque está en todas las primeras páginas —dijo Kato—. Desempeña un papel importante en las estrategias de US Alliance. Y es de los Territorios Australianos, como tú. Y pensé que qué suerte tenías, Buy, de compartir tantas cosas con él. Quiero que establezcas contacto y que te hagas indispensable.

Buy miró sorprendido.

—¿Cómo exactamente?

—No me importa cómo, Buy, simplemente quiero acostarme con él. Quiero que logres confraternizar a la empresa Mitsui con John Nike con tu amabilidad. Más



tarde, por supuesto, John Nike le devolverá el favor a Mitsui.

—O a Kato —le corrigió Buy.

Kato se rió tanto que a Buy le dolía el oído.

—A veces mis colegas me acusan de aprender demasiado de los Estados Unidos de América. Tú aprendes rápido también, Buy. Lo noto. Juntos formamos un buen equipo.

Buy no sabía qué decir.

—Gracias.

—Llámame cuando hayas hecho buenas migas con John —dijo Kato.

\*

Llamó a la oficina de Nike en Melbourne y logró hablar con la secretaria de John. Parecía nerviosa y disgustada: le contó que había empezado a trabajar allí ayer. Buy sospechaba que su mensaje era uno más de entre los muchos que ella había cogido. Le dijo:

—Dígale que es del tipo que te mandó a ti un ramo de flores.

—¿Cómo?

—Parece que estás hasta arriba de trabajo —dijo Buy—, así que te voy a mandar un ramo de flores, si no te parece mal.

—¿Lo dice en serio?

—Sí.

—¿Se llama... Buy Mitsui? Me aseguraré de que reciba el mensaje.

—Gracias —respondió y colgó, encantado. No tenía nada que hacer hasta que le llamara John, así que decidió salir a elegir las flores personalmente. Cogió la chaqueta y bajó en el ascensor.

En el vestíbulo se encontró con Cameron. Cameron parecía cansado y estresado, y Buy se preguntaba si había ocurrido algo. O a lo mejor todos los brokers tenían ese aspecto y antes no se había dado cuenta.

—Hola, Cameron.

—¿Buy? ¿Adonde vas?

—A comprar flores.

—¿Flores? ¿Para qué quieres flores?

—Para mandárselas a una secretaria.

—Tú escúchame —le advirtió Cameron—. Yo no utilicé mis influencias para que te dieran ese trabajo de Enlace y estuvieras allí escondido en la octava planta. Te he apoyado todo lo que he podido. Es hora de que te motives de una puta vez.

—Cameron, espera —replicó Buy—. Voy a...

—Todo el mundo se mata a trabajar en esta empresa, Buy. Pero no te vamos a aguantar de forma indefinida. Si no empiezas a producir, te sustituiremos. Así que si necesitas preocupaciones, preocúpate por eso.

—Tengo de qué preocuparme —dijo Buy—. De verdad. —Miró su reloj. Kate salía del colegio un par de horas más tarde. Había prometido pasar a recogerla.

## 60. Jennifer

Primero le dijeron que se subiera al avión del Gobierno con Billy ANR y que acompañara al Presidente de vuelta a Washington D.C. Cuando dijo que no estaba de acuerdo en meter a Billy en el mismo avión que el hombre al que había intentado matar, le dijeron que se quedara en Londres y que cogiera un avión que salía después. Y luego dos tercios de los dirigentes del Gobierno cayeron en picado al Atlántico, y todo se jodió.

Su vuelo fue retrasado o cancelado: nadie se lo aclaró. Había colas impresionantes para utilizar los teléfonos, y después de estar dos horas esperando pudo hablar durante cinco minutos con Kate, antes de que un jefe de departamento requisase la línea. Volvió a su cuartel con la seguridad de que se encontraría con un montón de agentes japoneses instalándose allí.

—Tendrías que haberte ido —le dijeron.

—Pero todavía no ha llegado mi medio de transporte.

—No es mi problema, cariño —se desentendió el agente japonés, y Jennifer salió a buscar a alguien que pudiera arreglar la situación.

—Unos japoneses están ocupando mi barracón —le contó al Jefe del Estado Mayor.

—¿Pero usted no tenía que ir a Washington?

—Sí, pero no tengo cómo.

—Pues ese barracón debería estar libre.

—Pero no lo está.

—Mire —le dijo—. Jennifer, ¿verdad? Le voy a ser sincero. Ya no sé quién es mi jefe. Tengo un cuartel lleno de agentes que no saben qué deben hacer. Tengo problemas más graves que resolver su alojamiento.

—Entonces, ¿me autoriza a buscar yo misma una solución?

—Una idea fantástica —contestó el Jefe del Estado Mayor.

—Gracias, señor —dijo Jennifer. Se marchó deprisa. Eso estaba muy bien.

\*

—Lo siento —se disculpó el tipo de US Alliance—. John ya no está aquí. La mayoría de los directivos volvieron a Los Ángeles ayer. ¿De qué periódico dice que llama?

—¿A Los Ángeles? ¿Está seguro?

—Totalmente. Puedo intentar concertar una entrevista telefónica si quiere.

—No, déjelo —renunció Jennifer—. Ya organizo yo algo por mi cuenta.

\*

—Despiértate —dijo, encendiendo la luz—. Nos vamos.

Billy ANR levantó la cabeza, medio dormido.

—¿Nos vamos? ¿Adonde?

—Tenemos que coger un avión.

—No me puedes sacar de aquí. Los de la ANR me matarán.

—No te preocupes. Hago muy bien mi trabajo.

Se reunieron con Calvin en el aeropuerto. Le habían mandado a un cuartel diferente y llegó veinte minutos tarde.

—Lo siento, lo siento. Las calles dan vueltas. De verdad que son circulares. Casi acabo donde había empezado.

—¿Podemos entrar? —decía Billy—. Creo que deberíamos entrar.

—¿Qué le pasa a éste?

—Piensa que US Alliance va a intentar matarle.

—¿Y es verdad?

—Supongo que sí —contestó.

En el mostrador de British Airways la empleada decía:

—Lo siento, señora, no puede subir a este avión. Desde hoy al mediodía no nos permiten ofrecer billetes al Gobierno.

—¿Perdone?

—Nuestros billetes sólo se venden a titulares de la tarjeta US Alliance.

—Yo tengo una tarjeta US Alliance —dijo Calvin rebuscando en el bolsillo.

—¿Cómo se llama, señor?

—Calvin... McDonald's.

—¿Tiene alguna identificación?

—Pues... no —dijo Calvin.

—Lo siento, señor. No puedo coger reservas para el Gobierno.

Se alejaron del mostrador. Billy dijo:

—¿Qué pasa?

—Billy, compra tres billetes, por favor.

—¿Yo solo?

—Supongo que tienes una tarjeta US Alliance —dijo—. Probablemente te darán hasta estrellas por asesino.

—Joder, la ANR me va a liquidar. ¿A esto lo llamas protección?

—No te van a liquidar —le aseguró Jennifer—. Venga, venga. Billy le lanzó una mirada acusadora y fue al mostrador. Por un instante Jennifer pensó que iba a ir a la misma empleada. Pero cambió de fila. Miraba a la gente que había a su alrededor, esperando que se levantara una cabeza, que una mano se metiera en un bolsillo.

—Ya ni podemos ir en avión —se quejó Calvin—. ¿Qué pasa?

—No lo sé.

—¿Y por qué nos quiere el Gobierno en Los Ángeles? Yo pensé que íbamos a Washington.

—Me dijeron que tomara la iniciativa.

Calvin la miró.

—¿Cómo?

—John se ha ido a Los Ángeles.

—Jen —le dijo—, debemos ir a Washington.

—Sí, sí —repuso—. Después.

\*

—Entonces cae un avión y se paraliza el Gobierno —dijo, poniéndose la almohada en la espalda—. ¿Cómo nos centralizamos tanto? Yo creía que trabajábamos para las masas, no para individuos.

—Antes los dirigentes no iban en el mismo avión —informó Calvin.

—¿Y por qué ya no siguen haciendo eso?

—Presupuesto, supongo.

—¿Sabes?, todo esto se inició cuando abolieron los impuestos. Por eso la gente empezó a abandonar la sociedad. Cuando teníamos impuestos, teníamos una *comunidad*.

—Colegas —les rogó Billy—, ¿no podéis callaros? Estoy muy cansado.

—Cállate —le contestó Jennifer.

—Al menos sentaos juntos. Vamos. Que os oigo en estéreo.

—Calla —le ordenó Calvin—. Entonces, ¿quieres que vuelvan los impuestos? ¿Cómo?

—No lo sé —contestó—. Pero, en algún momento, se perdió el control de toda esa historia de la libertad.

—Lo verás de otra manera una vez que detengamos a John Nike —aventuró Calvin.

—Sí —confirmó Jennifer—. Ahí sí que tienes razón. —Cerró los ojos.

## 61. Hack

McDonald's tardó mucho en introducirse en el centro comercial del distrito de Melbourne Central. Hasta entonces, el único sitio que servía hamburguesas grasicntas era una pequeña tienda llamada Aussie Burgers que, según había leído Hack, luchó mucho para que no entraran los arcos dorados de McDonald's. Pero un día fue allí y Aussie Burgers ya no estaba. Enfrente del local vacío se encontraba el McDonald's más grande que Hack había visto jamás, de tres plantas y cuatro escaparates. Estaba lleno de clientes.

Hack no había comido nunca en Aussie Burgers, pero ahora que había desaparecido deseaba haberlo hecho. Se alegraba de poder compensarles. Agarró fuerte la bolsa que llevaba y entró en McDonald's.

Estaba hasta arriba de hombres trajeados, madres con niños pequeños y colegiales que hacían novillos. Hack buscó a Claire entre la multitud y la encontró al otro lado de la tienda, apoyada en el mostrador. Intercambió con ella una mirada y le echó una sonrisa. Hack se la devolvió.

—¡Oye, Hack!

Se dio la vuelta. Era Tomás, el chaval que pintaba eslóganes demasiado obvios en las vallas de Hack.

—Jo, tío, esto es genial. ¿Estás preparado?

—¿Dónde está Leisl? —preguntó Hack.

Tomás puso cara larga.

—No creo que venga.

—¿Cómo?

—Creo que esto no le va, tío. No quiere meterse en jaleos.

—Bueno —dijo Hack. Pues no pasaba nada: se podría hacer con tres. Miró a Claire y le hizo una señal. Empezó a subirse al mostrador.

Ella era muy ágil: había subido ya sus largas piernas mientras Hack todavía se cogía a la caja registradora para auparse. Tomás se le acercó demasiado y casi le tira

para atrás.

—¿Qué... qué hacen? —preguntó un empleado de McDonald's.

—No se preocupe. No le vamos a hacer daño a nadie —dijo Hack. Abrió la bolsa, sacó unos guantes gruesos y se volvió hacia la multitud—. McDonald's atenta contra el medio ambiente. Saquea a los países del Tercer Mundo y les roba sus recursos naturales para darnos comida grasienta e insalubre. McDonald's es socio de US Alliance, que mató a gente en Londres. Invade nuestros barrios y echa a los pequeños empresarios. Hace publicidad para niños.

—¡Asesinos de bebés! —gritó Tomás, dándole una patada a la caja. Hack intentó controlarse.

Los clientes le miraban, sonrientes. Claire añadió:

—McDonald's envenena nuestras vidas para sacar beneficio. Así que nosotros vamos a envenenar McDonald's.

Hack sacó un bote grande de la bolsa y saltó detrás de la caja. La empleada se echó hacia atrás, asustada.

—Discúlpame —dijo Hack.

—Todos fuera —gritó Claire—. Vamos a soltar sustancias químicas peligrosas. Salgan y no vuelvan jamás. Nunca podrán volver a comer sin riesgo aquí.

Se pusieron las máscaras antigás y la gente empezó a correr. Hack pensó que era lógico, porque nadie iba a quedarse allí sentado tomando la hamburguesa y el batido viéndoles ponerse una cosa de ésas. Se fueron de estampida hacia la salida. Los chillidos le hacían daño en los oídos.

Hack miró hacia la cocina. El personal se había quedado allí petrificado mientras él abría el bote. Les gritó:

—¡Salid de aquí! —pero con la máscara no se oían bien las palabras—. ¡Peligro! —Metió la mano en el bote y sacó un puñado de polvo verde.

Salieron corriendo. Hack esparció el polvo por todas partes, alcanzando las máquinas de freír, los bancos, el techo, todo. Crepitaba allí donde caía: sobre la plancha emitió una densa humareda verde y nociva. Hack lo observaba todo, fascinado. Parecía la cosa más tóxica del mundo.

Alguien le puso una mano en el hombro. Le costó distinguir los ojos de Claire a través de la máscara. Señaló con el dedo, queriendo decir que se tenían que marchar. Asintió, tiró todo el polvo que quedaba, dejó caer el bote y saltó como pudo al otro lado del mostrador. Iban cogidos de la mano cuando corrían hacia la salida.

Había un grupo de clientes a unos diez metros de la tienda, pero cuando salieron los tres corriendo, se volvieron a dispersar. Hack se sentía cada vez más optimista. Con todo este jaleo ningún guardia sería capaz de cogerles.

Se quitó la máscara antigás y la metió en la bolsa. Bajaron tres pisos de escaleras de hormigón haciendo mucho ruido, fueron por un pasillo de servicio y salieron por una puerta lateral a la calle Bourke.

—¡Joder! —exclamó Tomás—. ¡Qué pasada! ¡Ha sido genial!

—No me puedo creer lo que ardía —dijo Claire—. ¿Y sólo era harina?  
—Harina y colorante alimentario.  
—La gente nunca volverá a comer ahí. Seguro.  
—Estuviste genial —le felicitó Hack a Claire. Le dio un beso—. Tu discurso me gustó mucho.  
—Gracias —le contestó, avergonzada.  
—¡Joder! ¿Cómo vamos a mejorar esto?  
—Yo ya tengo una idea —contestó Hack, que había estado esperando este momento—. Vamos a atacar a Nike.

## 62. Violeta

Desde que salieron del Parlamento, Holly T.A. no paraba de hablar por el móvil. Violeta iba sentada enfrente de ella y casi se rozaban las rodillas. El tercer ocupante de la limusina era el soldado llamado UNO, y él iba al lado de Violeta, sin decir palabra.

—Significa que lo hacemos ahora mismo —decretó Holly—. A lo mejor US Alliance está obsesionada con el Gobierno, pero yo no. Quiero directrices para mañana por la mañana. —Cerró la tapa del teléfono y miró a Violeta—. Vamos. No ha sido tan malo, ¿verdad?

Violeta no dijo nada.

—Hoy me has ayudado mucho. Te lo agradezco. Has contribuido a identificar a un importante adversario.

—Es la maldad personificada. —Violeta se estremeció, recordando cómo la había amenazado encañonándola con los dedos en forma de pistola.

—Todos nuestros competidores son malos —rectificó Holly. Sonrió. Y Violeta no sabía si lo decía en broma o no.

—Quiero irme a casa.

—Si eso es lo que quieres.

—Sí. Quiero cobrar e irme a mi casa.

—Si lo recuerdo bien —dijo Holly abriendo otra vez la tapa del móvil—, te dije que lo que se te debe es asunto de ExxonMobil.

—Eso no...

—Cariño, no tiene nada que ver conmigo. —Marcaba un número.

—Un segundo. —Violeta la cogió de la muñeca. Entonces UNO cogió a Violeta por el cuello y le empujó la cabeza contra el asiento. No podía respirar y le pegaba.

—Eres una chica muy rara, Violeta —le recriminó Holly. Parecía divertirse—. Te queda mucho por aprender sobre cómo funciona el mundo.

Cabrón a, intentó decir Violeta, pero no podía respirar. Holly golpeo el cristal que les separaba del chófer y la limusina paró. UNO abrió la puerta y la empujó. Violeta cayó de rodillas a la acera y se hizo daño. Se puso rápidamente en pie. La limusina ya se iba.

—Hija de puta —le chilló—. Eres una hija de... puta.

Estaba en un puente y los coches circulaban en ambos sentidos. Ya era de noche. Había mucha niebla. Un rato después empezó a caminar.

\*

El billete de ida y vuelta que le habían dado en ExxonMobil todavía servía, y Violeta cogió un vuelo para Melbourne ese mismo día. Veinte horas más tarde bajaba de un taxi a la puerta de la casa de Claire. Eran las ocho de la mañana, pero tenía la sensación de que eran las diez de la noche. No estaba sincronizada con el resto del mundo.

Lo más probable a estas alturas es que Hack hubiera vuelto a su apartamento, pero no pasaba nada: Violeta podía asearse antes de verle. Ahora se daba cuenta de que había sido un poco cortante con él: le había dicho cosas que podría haber entendido mal. A veces Hack era muy sensible. Tendría que tener cuidado si quería que le ayudara a cobrar esos tres millones de dólares.

Todavía tenía la llave, así que abrió la puerta y entró.

—¿Hola? —No contestó nadie, pero oía el agua de la ducha. Y había alguien hablando... a lo mejor Claire estaba cantando. Violeta llamó a la puerta del baño—. ¿Hola?

Silencio.

—¿Violeta?

—Sí. —Apoyó la cabeza en la puerta y cerró los ojos—. Estoy en casa.

—Ah... bueno... ¿qué tal te ha ido? —Se cerró el grifo.

—No muy bien. —Sintió de repente que por alguna absurda razón se iba a echar a llorar—. La verdad es que nada bien.

—¿Qué ocurre?

—¿Puedo pasar?

—Em... un segundo.

—Necesito hablar con alguien —dijo Violeta, y abrió la puerta.



Claire llevaba una toalla. Hack no llevaba nada. Los miró fijamente. Le parecía una alucinación.

Claire se adelantó:

—Violeta, antes de que digas nada...

—¡Joder! ¿Y esto qué significa? —chilló.

—Violeta, por favor, déjame explicarte...

—¿Cómo podéis? ¿Cómo podéis hacerme esto?

—Violeta —terció Hack—, tú te marchaste. Te marchaste y me dijiste que no querías volver a verme.

—Sólo era una discusión. No puedo... no me puedo creer que te hayas liado con ella.

—¿Liarme? —le gritó Hack. Hack se mostró sorprendentemente autoritario, teniendo en cuenta que estaba desnudo—. Tú y yo ya no estamos juntos.

—¿Cómo te atreves a decirme eso? Sí lo estamos.

—Me dejaste tirado.

—Todo el mundo cree que tiene derecho a joderme —gritó Violeta. Estaba a punto de echarse a llorar—. Todo el mundo se cree que me puede joder.

—Violeta, lo siento mucho... —dijo Claire.

Violeta salió cerrando la puerta de un portazo. Todavía veía el taxi. Echó a correr haciendo señas al taxista para que parara. Se encendieron las luces del freno. Violeta se acercó corriendo. El taxista le preguntó:

—¿No hay nadie en casa?

—No —contestó Violeta.

\*

El apartamento estaba mucho más limpio de lo que recordaba. No había ninguna señal de su pelea con John en la cocina, y la tostadora de panecillos ya no estaba. Le parecía que todo había sido un sueño. No podía por menos que preguntarse si todo aquello había ocurrido. A lo mejor si volviera a casa de Claire, Hack no estaría... No, menuda tontería. Violeta se tapó la cara con las manos.

De repente, sorprendentemente, empezó a llorar. Eran sollozos que le hacían temblar todo el cuerpo. No se lo podía creer. Se dejó caer en las baldosas de la cocina y se rodeó las rodillas con los brazos. Lloraba sin parar. No sabía si lloraba a causa de Hack, a causa de los tres millones que había perdido, por el jet-lag o quizá por una combinación de las tres cosas, pero era incapaz de parar. Era un torrente. Parecía estar sacando todo lo que le quedaba dentro.

Lloraba y se odiaba. Esta chica pequeña, abatida, no era ella. Ella tenía que triunfar. Otras personas se lo habían quitado todo.

Se levantó y se frotó los ojos. Entró en el salón y cogió el teléfono. Holly T.A. había dicho que a Violeta le quedaba mucho por aprender sobre cómo funcionaba el mundo; pues eso ya lo veríamos. A ver cuánto tardaba en aprender.

Tardaron en ponerse, y al final la persona que se puso parecía no tomar a Violeta en serio.

—Dígale que soy Violeta —le dijo—. Dígale que soy Violeta, la que le vio matar a alguien en Londres. ¿Lo ha entendido?

—Un segundo —dijo la mujer—. ¿Ha dicho...?

—Sí —contestó Violeta.

—Me aseguraré de que John reciba el mensaje —le garantizó la mujer, y Violeta colgó. Se mordía las uñas. Estaba haciendo bien. Seguro.

## 63. John

John había requisado una mesa grande y había extendido encima un mapa de Los Ángeles. Estaba lleno de tinta roja, y tenía palabras escritas como *1<sup>er</sup>*, *Inf*, *3<sup>er</sup>*. Empezaba a pensar que hubiera sido mejor escribir a lápiz; todo era muy confuso.

—Jo, ¡qué tío! —exclamó el chaval de Pepsi, rodeando la mesa—. No te puedes imaginar lo genial que me parece todo esto.

—Cuéntame, ¿qué tal los Enlaces?

—La mayoría van muy avanzados. Están sacando unas campañas increíbles. —Miraba detenidamente el mapa—. ¿Esto significa artillería? ¿Vas a asaltar el edificio de Reebok con *la artillería*?

—¿Sólo *la mayoría*?

—Pues a IBM sigue sin gustarle. Y esta mañana han atacado una tienda de McDonald's en los Territorios Australianos. La gente dice que es una protesta desde el nivel de las bases.

—¿Una protesta? ¿Por qué?

El chaval de Pepsi levantó los hombros.

—Consumo, supongo.

—¿Consumo? ¿Y desde cuándo es delito comerse una hamburguesa?

—Ni idea, tío.

—Entérate de quién está detrás. No quiero que IBM o McDonald's o cualquier otro tenga motivos para empezar con el rollo de la reacción violenta de los mercados.

—Sonó el interfono y se sobresaltó—. Deprisa —le instó—. Esconde el mapa.

—¿John? El General Li ANR quiere verte.

Se relajó.

—Dile que pase.

El chaval de Pepsi alisó el mapa que había doblado.

—¿Puedo quedarme? Te puedo ayudar con las estrategias.

—No —contestó John. El General Li entró en el despacho.

—Venga, déjame.

El General Li miró al chaval de Pepsi. John dijo:

—General Li, éste es... —Se dio cuenta de que no sabía cómo se llamaba—. El

Enlace de Pepsi.

—Encantado de conocerte —dijo el General Li.

El chaval le saludó efusivamente.

—Lo mismo digo, colega, me encanta toda la movida esta de las guerras.

—Vale. Ahora, lárgate.

—Estaré callado.

—Largo.

—Vale, vale. —El chaval miró a John con cara de mala leche. Dio un portazo al salir.

—¿Un día duro? —preguntó el General Li.

John suspiró.

—Sólo unos Enlaces que están causando problemas. Las cosas eran más fáciles cuando no tenía que escuchar a otras personas, Li. La democracia es un coñazo.

Li se sentó.

—En el ejército siempre hemos tenido una saludable falta de respeto por la democracia.

—Ya entiendo por qué —dijo John—. Bueno. Ahora tenemos que hablar de tanques.

—Antes de empezar —dijo el General—, hay un asunto que tengo que tratar contigo. ¿Te acuerdas de nuestro asesino fracasado, Billy ANR?

—¿Ya está muerto?

—Me temo que no. Le tuvieron retenido en un cuartel del Gobierno durante unos días. Acabamos de recibir el informe de su situación. Está volando con United Airlines hacia Los Ángeles.

—Pues tiene que liquidar a ese cabrón —insistió John, y luego hizo una pausa—. ¿Los Ángeles? ¿Por qué viene hacia aquí?

—No lo sé.

—Si el Gobierno le llevara a algún sitio, sería a Washington... —Chascó los dedos—. Billy ha huido. Se ha escapado.

Li carraspeó.

—Creo que no. Según United, está viajando con Jennifer y Calvin ANR. Estamos seguros de que los nombres son falsos.

Durante un instante John no pudo articular palabra.

—¿Jennifer viene hacia *aquí*?

—¿Cómo?

—Déjeme —le pidió John—. Tengo que pensar.

Li miró el mapa.

—Si quieres coordinar una campaña militar, tenemos que...

—*¡Fuera!*

El General Li se marchó. John se apretaba la sien con los dedos. ¿Cómo podría estar todavía persiguiéndole? El Gobierno tardaba meses en organizar cualquier cosa por sencillo que fuera; todos los dirigentes habían aterrizado de forma inesperada en medio del océano Atlántico y debía de haber un caos increíble. ¿Cómo lograron mandar a dos agentes desde Londres hasta Los Ángeles?

Pero sabía la respuesta: era Jennifer. Se había estado engañando, pensando que había hecho lo suficiente para protegerse. Jennifer le perseguiría hasta el fin del mundo.

Había un papel en su mesa con un número de teléfono. Lo buscó y lo estudió.

—Violeta ExxonMobil —dijo en voz baja—. ¿Para qué quieres hablar conmigo?  
—Pensó que a lo mejor valía la pena enterarse.

No salió de la oficina hasta las once y estaba tan tenso que pasó por el bar del hotel para relajarse un poco. Tenía la mirada fija en el whisky cuando alguien se sentó a su lado, rozándole el brazo. La miró, molesto. Era una chica delgada con un vestido azul. Le sonrió, tímidamente.

—Eres John, ¿verdad? John Nike.

—¿Y tú quién eres?

La chica vaciló un poco y luego le dio la mano.

—Soy Vanesa FashionWarehouse.com. Espero que no te moleste.

Estaba tentado de decirle que se largara, pero era joven y ambiciosa, y existía la posibilidad de que a lo mejor se ofreciera para acostarse con él.

—En absoluto.

—Supongo que... no habrás oído hablar de FashionWarehouse.com. Proporcionamos información y venta en línea a varias marcas importantes. —Le miró a ver cómo reaccionaba.

—¿Y?

—Solicité... solicitamos entrar a formar parte de US Alliance hace unos meses y rechazaron la petición. Dijeron que sólo aceptaban empresas con ingresos por encima de los cien millones de dólares. Pero somos una empresa nueva, con un alto crecimiento y esperaba que pudieras... hacer una excepción.

A John le divertía la situación. De ninguna manera iba a entrar en US Alliance Fashion.com o como se llamara esa empresa que la chica administraba desde su dormitorio.

—Se tendrían que exponer muy bien los argumentos a favor de dejaros entrar.

La chica sonrió más abiertamente. Era casi doloroso verla.

—A lo mejor puedo ayudarte a hacerlo. —Tímidamente apretó su cuerpo contra el brazo de John; sintió un pecho pequeño en el hombro.

—¿Señor? Disculpe —le reclamó el camarero—. Le llaman por teléfono.

John se sorprendió.

—¿Cómo es que me llaman aquí?

—En recepción se dieron cuenta de que estaba usted en el bar, señor.

—Ah. —Los hoteles Sofitel cuidaban mucho el servicio al cliente; a veces desconcertaba lo mucho que sabían—. ¿Quién es?

—Violeta ExxonMobil.

—Páseme la llamada a mi habitación. —Se levantó.

Vanesa le preguntó:

—¿Vas a volver?

La miró.

—Lo siento. Estoy ocupado.

—Pero...

—Lo siento —repitió y se marchó. Se sintió estafado. Jennifer le estaba fastidiando los logros, le estaba agriando las victorias. ¿De qué servía tener éxito, si no tenía tiempo para follar con una chica así? Se miró en el espejo del ascensor y se preguntó: «¿En qué me estoy convirtiendo?». El reflejo no le contestó.

\*

—Violeta.

—John.

—Vamos a dejar una cosa clara. —Acercó el teléfono a la ventana para poder ver la palabra Hollywood iluminada. Columbia la había comprado hace unos años y ahora tenía un Pegaso gigante encima; había mejorado bastante, pensaba John—. Si esperas hacerme chantaje por la muerte de un Presidente de ExxonMobil, no te molestes.

—No te llamo por eso.

—Entonces, a lo mejor te quieres disculpar por apuntarme con una pistola y dejar a mi amigo en coma. ¿Es así?

—Sabía que hacía bien llamándote a ti. —Estaba tan emocionada que o bien le faltaba un tornillo o era la típica persona que no sabía cuándo parar; fuera lo que fuese, a John le interesaba. Podía utilizar a gente así—. Tenemos una enemiga en común: Holly T.A. Podemos ayudarnos mutuamente.

—La última vez que te vi estabas sentada al lado de Holly T.A.

—Es que... me... —Se le notaba la tensión en la voz—. Me debe mucho dinero. Me debe *mucho*.

*Ya entiendo*, pensó John. Tuvo la tentación de preguntarle a Violeta si estaba loca, pero ésa era una pregunta peligrosa, y, además, creía saber la respuesta.

—¿Quieres que yo cobre tus deudas?

—Te puedo dar información sobre Holly que...

—Me importa un bledo. No necesito ayuda con Holly, necesito ayuda con Jennifer Gobierno. —Su vida estaba llena de mujeres dominantes, pensó: Jennifer por un lado, Holly por otro.

—¿Quién?

—No me jodas, Violeta, no favorecería en nada nuestra relación. No me creo para nada que tu amiguito Hack no haya hablado con Jennifer. Pregúntale por ella. Y luego coge a su hija.

Pausa.

—¿Quieres que secuestre a alguien?

—Exacto. Tráeme a la niña y haremos negocios tú y yo.

—No pensaba... No es precisamente... yo sólo pensaba darte información...

—¿Cuánto te debe Holly?

—Tres millones. Me debe tres millones de dólares.

—Pues es mucho dinero —dijo John. Hizo una pausa adrede, como si se lo estuviera pensando—. De acuerdo. Tú consígueme a la niña y yo te consigo el dinero.

—Y... y cuando lo consigas, le dices a Holly que he sido yo. ¿Lo harás?

—Claro —le garantizó John—. No te preocupes. Se lo voy a restregar por las narices.

—De acuerdo —repuso Violeta, emocionada otra vez—. Pues supongo que puedo hacer lo que me pides. No tengo que hacerle daño, ¿verdad?

—No, no —dijo John. Claro que sí, pobre ilusa—. Claro que no. —Miró la hora—. Una cosa más. ¡Que ni se te pase por la imaginación traicionarme! —No sabía por qué se molestaba en decirlo. Probablemente se iban a traicionar el uno al otro, sólo era cuestión de quién lo haría primero—. Ya tienes mi teléfono —y colgó.

Sin duda, Violeta era una persona rara, muy rara. Pero a veces esa gente conseguía resultados. Incluso un intento de secuestro fracasado de la niña de Jennifer mandaría un mensaje y quizás eso sería suficiente. Si tuviera el tiempo suficiente, daría igual lo obstinada que fuera Jennifer. Li y la ANR la dejarían sin empleo.

## 64. Buy

Habían pasado dos días y John Nike todavía no había contestado. Buy llamó otra vez, a la secretaria.

—Hola —le respondió—. Las ñores son preciosas. Muchas gracias. ¿Ha contactado John con usted?

—Pues no.

—¡Mierda! Mire, no debería... pero ¿quiere que le dé el número de su móvil?

—Sería genial —le dijo Buy, y lo apuntó—. Gracias de nuevo.

Marcó el número de John. Mientras esperaba, buscaba Animalez Virtuales en internet. No sabía qué eran exactamente, sólo sabía que Kate estaba loca por ellos. Quería que se los bajara de la red.

—¡Diga!

—¿John Nike? Soy Buy Mitsui, Ayudante de Enlace. No sé si habrá recibido mi mensaje, pero...

—¿Cómo cojones te has hecho con este número?

—Me lo dio su secretaria.

—¡Será puta! —exclamó John.

—Bueno —dijo Buy. Tenía el presentimiento de que John Nike no le iba a caer muy bien—. Le llamo porque Kato Mitsui, Enlace, me ha pedido que me ponga a su disposición.

Silencio.

—¿Qué quiere?

—No, no —dijo Buy—. No quiero nada, quiero ayudarle.

—¿Ayudarme cómo?

—No sé. En lo que necesite.

—Bueno —accedió John—. Pues ¿dónde está?

—En Melbourne, en los Territorios Australianos.

Hubo una pausa.

—Vale, de acuerdo. Póngase en contacto con la oficina de McDonald's en esa zona y entérese de quién ha estado tirando polvos tóxicos por allí.

—¿Quiere que ayude a McDonald's? —Esto se estaba complicando.

—En US Alliance somos una gran familia feliz. ¿No se lo han dicho?

—Claro —le contestó Buy.

—Pero no, no quiero que ayude a McDonald's. Quiero que me diga si están jugando limpio. Entérese de quién está detrás del ataque: quiero nombres, planes, todo. No me extrañaría que lo hubieran organizado todos esos McGilipollas.

—Vale. —Buy pensó: *Y está paranoico también.*

—Y no me vuelvas a llamar jamás a esta hora. ¡Joder! Son las cinco de la mañana.

—Lo siento... —acertó a decir Buy, pero John ya había colgado.

\*

Buy quedó con Lucía McDonald's, Directora de Marketing, a las tres. Así le daba tiempo a recoger después a Kate en el colegio. La central de McDonald's estaba en Sidney, pero Lucía había venido a Melbourne para encargarse de la crisis. Quería quedar con él en el establecimiento que habían atacado, así que Buy fue caminando tranquilamente por la calle Swanston y subió por las escaleras mecánicas. McDonald's ya no estaba cerrado: para su asombro, había gente comiendo allí. Entró, buscando a Lucía.

—¿Buy Mitsui?

Se volvió. Una mujer que él había tomado por clienta le sonreía, tapando con una mano el móvil que tenía en la otra mano. Delante tenía una hamburguesa con queso a medio comer y patatas fritas.

—Soy Lucía. Siéntate. No tardo nada.

Buy se sentó y miró la hamburguesa de Lucía. Esperaba que no le fuera a pedir que comiera. Había visto las noticias: estuvieron quitando algo verde de las planchas con agua a presión. Buy prefería comerse el maletín.

—Toda nuestra comida se está haciendo fuera —le informó Lucía. Cerró la tapa del móvil—. Estamos seguros de que no hubo contaminación, pero es una buena manera de convencer a nuestros clientes. Tenemos furgonetas preparadas para mantener la comida caliente recorriendo la calle Swanston.

—¿No hubo contaminación?

—No era más que una mezcla de harina y colorante alimentario. Una broma.

—No lo sabía —dijo Buy. Aun así, no quería una hamburguesa con queso.

—Ni tú ni el público en general. Menudo trabajo de relaciones públicas tenemos ahora. Tengo a la mitad de mi plantilla aquí atiborrándose de Happy Meals.

Buy echó un vistazo alrededor. Ahora que Lucía lo decía, se dio cuenta de que todos los clientes tenían cierto aire de uniformidad. La mayoría tenía un móvil puesto al oído. Algunos tenían ordenador portátil.

—¿Sabe quién atacó esta tienda?

—Nos hemos enterado esta mañana. Las cámaras de seguridad los cogieron abandonando el establecimiento y saliendo a la calle. Algunas tiendas de la calle Bourke han colaborado con nosotros: hemos revisado las cintas de sus cámaras y hemos visto a los autores entrar en un aparcamiento. Uno de ellos pagó con una tarjeta Visa. Y como Visa es socio de US Alliance, ha sido coser y cantar, una dirección fiscal de un tal Hack Nike.

Buy se quedó sorprendido. Se preguntaba si era casualidad que el atacante trabajara para Nike, igual que John. Probablemente había mucho más aquí de lo que



Buy sabía.

—¿Ha denunciado el incidente ante el Gobierno?

Lucía sonrió.

—Nosotros no funcionamos así, Buy. Demasiada publicidad. Hablaremos con este Hack Nike.

—Por «hablar» quiere decir...

Se le acercó.

—Quiero decir que le explicaremos de forma muy persuasiva por qué no debe volver a hacer algo así nunca más.

—Entiendo —asintió Buy—. Me gustaría hablar con él antes, si no le importa. John Nike quiere saber de qué va esta gente.

—Sí, sí, *John* —dijo Lucía. Le brillaban los ojos—. Tengo que decir que es muy halagador que se interese por el incidente personalmente. ¿De qué lo conoce?

—Es complicado.

—Espero que le diga lo agradecida que estoy por la ayuda que nos presta. Si viene a Melbourne alguna vez, me encantaría invitarle a cenar.

—Sí, se lo diré —prometió Buy—. Entonces puedo...

—Le voy a apuntar los detalles.

\*

En la autopista de Bechtel, camino del colegio de Kate, Buy marcó el número que le había dado Lucía.

Contestó una mujer joven.

—¿Diga?

—Hola —saludó Buy—. ¿Puedo hablar con Hack Nike?

—No esta aquí —respondió su interlocutora, un poco agresiva, en opinión de Buy—. Ya no vive aquí, ¿vale?

—Ah. ¿Y sabe dónde...?

—Pregúnteselo a Claire Sears, Dependienta. Localícela. Seguro que Hack está con ella.

—Vale —dijo Buy—. Gracias. —Colgó. ¡Qué raro!

Llamó a información y le dieron el número de Claire Sears. Claire tenía contestador. Buy dejó un mensaje: «Hola. Me llamo Buy Mitsui. He oído hablar de vuestro grupo, de lo que hacéis y... me gustaría formar parte. Por favor, llámame cuando puedas».

Colgó. No le hacía ninguna gracia tender una trampa así. Antes de marcharse de McDonald's, Lucía le había enseñado la grabación del ataque, y a Buy le sorprendió lo poco profesional que era. En el telediario parecía que era un ataque químico.

—Pero si no son más que unos crios —le había dicho a Lucía.

—Nos han costado veinte millones en daños a la marca —le había contestado ella—. Así que no le dé demasiada pena.

\*

Buy llegó pronto, aparcó el Jeep y entró, con la esperanza de ver la clase de Kate. Había carteles de Barbies y coches Hot Wheels por todas partes. Este colegio era de Mattel, se dio cuenta Buy. De repente comprendió por qué Kate tenía una fiambarrera de la Barbie.

Le franqueó el paso un guardia de seguridad.

—¿Le puedo ayudar, señor?

—Bueno —explicó Buy—, sólo vengo a recoger a la cría.

—Se recoge a los estudiantes en la entrada, señor —dijo el guardia—. Si no le importa, espere fuera.

—Claro. —Se dio la vuelta por donde había venido. ¡Qué pena! Pero suponía que era necesario tomar precauciones. Nunca se sabía cuándo algún loco iba a raptar a un crío.

\*

Kate fue de las primeras en salir. Corrió hacia él; la cartera le golpeaba en la espalda.

—¡Buy! ¿Has encontrado mis Animales Virtuales?

Le abrió la puerta.

—Creo que me tienes que volver a explicar el concepto.

—Buy —se quejó—. Con lo sencillo que es...

Arrancó el coche.

—A lo mejor para una chica lista como tú.

—Hoy ha venido a hablarnos un hombre —le contó Kate—. Nos explicó que algunas empresas son malas. ¿Tú trabajas para una empresa mala?

—¿Cómo?

—Nos explicó que las empresas malas se han unido contra las empresas buenas y que iban a pelearse.

—¿US Alliance y Team Advantage?

—Sí.

—¿Eso es lo que te enseñan?

—Las empresas buenas son... no me acuerdo.

—Yo tampoco —dijo Buy.

—Sé que Mattel es buena.

—Kate, la verdad es que no hay empresas buenas y empresas malas. No es tan sencillo.

—Pero Mattel cuida a los niños en los colegios. Un niño se puso enfermo y le dieron un montón de juguetes. Las otras empresas son malas y avariciosas.

—De alguna forma todas las empresas son avariciosas. Por eso hacen cosas para nosotros. Así es como funciona el sistema.

—¿Me invitas a algo? Ya que no me bajaste ningún Animal.

Buy sonrió.

—¿A qué?

—A un Beanie Baby.

—Me sorprende que no se puedan comprar en el colegio —dijo Buy—. Me sorprende que no sean obligatorios.

—Mattel no hace Beanie Babies. Pero me gustan.

—¡Rebelde!

—¿Me lo compras?

—Claro, claro que sí.

—Gracias. Podemos parar en el centro comercial de Chadstone de camino a casa.

—Vamos a otro sitio.

—Pero dijiste...

—Pero no en Chadstone —se negó Buy—. Por favor. No quiero ir a Chadstone.

—Bueno —accedió Kate—. Vale.

Siguieron un rato en silencio. Luego Kate preguntó:

—¿Crees que mamá volverá a llamar?

Buy la miró.

—Seguro que sí. En cuanto pueda.

—No se la oía muy bien donde estaba. Había mucho ruido. —Estará bien. Estoy convencido.

—Espero que vuelva a llamar —suspiró Kate. Se mordió una uña y la inspeccionó—. ¿Y qué tal Sears? Los venden allí. ¿Podemos comprar un Beanie Baby en Sears?

—Sí —dijo Buy—. Podemos ir a Sears.

## 65. Billy

Billy se despertó cuando Jennifer le dio un codazo en un costado.

—¡Oye! Estoy intentando dormir.

—Hemos aterrizado.

—Ah. —Siguió a Calvin al pasillo y se estiró, haciendo crujir los nudillos.

—No hagas eso —le recriminó Calvin.

—Lo siento. —Calvin parecía cansado y de mal humor, lo que estaba bien, porque así no podría correr tan deprisa detrás de Billy. Billy estaba seguro de que iba a haber una buena persecución, porque en cuanto tuviera la oportunidad, iba a correr como un loco. Había tenido mucho tiempo para pensarlo, y había llegado a la conclusión de que era bastante mejor que la alternativa, que consistía en quedarse allí esperando a que la ANR le liquidara. El John Nike ese había sido muy convincente.

Jennifer y Calvin le acompañaron al abandonar el avión, colocándose entre él y los otros pasajeros. Un letrero de neón decía BIENVENIDO A LOS ÁNGELES, TIERRA DE US ALLIANCE.

—¡Qué maravilla volver a casa! —exclamó Billy aspirando hondo—. ¡Cómo huele el aire de bien!

—Es del aire acondicionado —le explicó Jennifer.

Vio un letrero.

—Oye, necesito un cuarto de baño. Tengo que mear.

—Espera hasta el hotel.

—Venga, que me acabo de despertar. De verdad que tengo que mear.

Jennifer miró a Calvin.

—Pues vamos —accedió éste.

—Vale —dijo Billy.

Jennifer le puso una mano en el brazo.

—A lo mejor la ANR sabe que estamos aquí. Ten cuidado.

—Vale, de acuerdo. —Intentó poner cara seria. Si Jennifer pensaba que le iba a ir mejor con un par de agentes del Gobierno que sufrían de jet-lag, estaba loca.

Siguió a Calvin al baño. Calvin comprobó que no había nadie en las cabinas y eso le dio ventaja a Billy. Cuando Calvin se bajaba la cremallera de la bragueta, Billy ya estaba terminando.

—Entonces, ¿trabajas con Jen desde hace mucho?

—Casi un año.

—Joder, ¿cómo la aguantas? Esa tía me vuelve loco a los cinco minutos. —Se subió la bragueta.

—Tiene cosas positivas —la defendió Calvin, y Billy le golpeó aplastándole la cara contra el tabique. Sonó fuerte; Calvin cayó hacia atrás encima de las baldosas. Billy se fue corriendo hacia la salida. Jennifer le vio salir. Se le pusieron los ojos como platos. Estaba tan sorprendida y tan indignada que a Billy le dio un ataque de risa. Se encontraba a unos quince metros de ella. Se fue corriendo en dirección contraria.

—¡Quieto, Billy!

Saltó por encima de una fila de tientos y pasó corriendo por delante de los mostradores de alquiler de coches. La salida principal estaba justo delante y había muchos taxis esperando pacientemente en la calle. Se estaba metiendo en uno cuando un hombre vestido con el uniforme negro de la empresa de Transportes del Aeropuerto le puso una mano en el hombro.

—¿Necesita un taxi, señor?

—Sí, sí.

El hombre miró el listado que llevaba. Luego levantó la mirada.

—¿Billy ANR?

Billy se quedó parado.

—Sí. ¿Y usted quién es?

—Sujete esto un momento. —El hombre le dio el cuaderno con el listado. Billy lo miraba, confuso. Había una foto suya grapada en la esquina superior derecha. No entendía por qué ese hombre tenía una foto suya o por qué quería que la viera. Entonces el hombre sacó una pistola del bolsillo y todo quedó claro.

—¡No! —Se tropezó con el bordillo y cayó en el hormigón—. ¡No! ¡Por favor!

—Lo siento —musitó el hombre. Billy le veía el ojo por encima del cañón. Veía los dedos apretar el gatillo.

Sonaron dos disparos, secos y fuertes. Sintió su cuerpo explotar, la sangre emanar. No se lo podía creer. Lo único que había querido hacer era ir a esquiar y le estaban matando en un aeropuerto de Los Ángeles. Chillaba y chillaba.

—Vamos —oyó decir a Jennifer—. Levántate.

Abrió los ojos. Había un hombre muerto desplomado encima del taxi. Billy miró hacia abajo.

—¡Me han dado! ¡La sangre... la sangre!

—No es tuya. Date prisa.

Se tocó la tripa, después las piernas.

—¿Lo ves? —le tranquilizó—. Ahora mueve ese culo. No vamos a suponer que sólo hay uno.

Le levantó y le siguió hasta el taxi. Calvin abrió la otra puerta. Calvin tenía un hematoma encima del ojo derecho, como un huevo que intentaba salirle de la cabeza.

—Creo que le tienes que pedir disculpas a alguien —dijo Jennifer.

—Em... lo siento, Calvin —admitió Billy.

Calvin no dijo nada. Billy pensó que a lo mejor había abusado del buen carácter de Calvin.

—Y... gracias por dispararle a ese tío, Jen.

—Como lo vuelvas a intentar —le amenazó—, la próxima vez te disparo a ti.

—No lo volveré a hacer —prometió Billy. Por supuesto, era mentira.

## 66. Jennifer

No le entusiasmaba dejar a un muerto en el arcén, pero o hacía eso o se quedaba a charlar con todos los agentes de la ANR que anduvieron por allí. El taxista no dijo ni palabra durante todo el trayecto al hotel en Santa Mónica; era lo mejor, dado lo que acababa de ver. Tendría que darle una buena propina.

—Fijaos en toda esta gente —les instó Calvin, mirando por la ventanilla—. ¿Están de rebajas las tiendas de la ciudad?

—Mirad esa valla de US Alliance —dijo Billy—: VOLVED A CASA, RECIÉN LLEGADOS ¡Qué divertido, tíos! ¿De dónde es Team Advantage?

—Nueva York —contestó Jennifer.

—Ya —añadió Billy—. Eso me cuadra.

El taxi los dejó en el hotel. Era una mañana soleada sin nubes y Jennifer pensaba que olía el aroma del océano. No lo podía negar: una parte de ella se emocionaba de estar allí. Hacía mucho que no venía a Los Ángeles.

Apartó a unos hombres que le querían llevar el equipaje y se dirigió a recepción. Un hombre con uniforme patético le preguntó:

—¿Tienen la tarjeta US Alliance?

—Billy —le ordenó. Billy sacó la tarjeta.

—¿Y usted no tiene, señora?

—Me la voy a sacar —dijo Jennifer—. En cuanto pueda.

Puso dos formularios encima del mostrador.

—Se la tendrá que hacer antes de registrarse. Es un programa excelente. Se pueden ganar...

—¿Jennifer? —dijo alguien—. ¡Coño! ¿Jennifer *Maher*?

Se giró. Un tipo trajeado con el pelo castaño y zapatos brillantes la miraba fijamente. Jennifer intentaba recordar cómo se llamaba. ¿Max?

—Pensaba que habías desaparecido de la faz de la tierra, muñequita Barbie. ¿Qué haces por aquí?

—Estoy... estoy de negocios. —Notaba que Calvin la estaba mirando—. Rellena el formulario —le ordenó.

—¿Sigues en publicidad?

—Trabajo de *freelance*.

—¡Vaya! —se sorprendió Max—. Si buscas trabajo, podemos hablar. —Le dio una tarjeta. Ponía: MAX SYNERGY, PRESIDENTE, CAMPAÑAS SYNERGY—. Ahora tengo mi propia agencia. Hacemos algunos trabajos para US Alliance. ¿Has visto algo? Me encantaría que trabajaras con nosotros, Malibú. La gente de nuestro sector todavía habla de ti.

—¡Qué amable! Pero no estoy buscando trabajo.

—Bueno, si alguna vez estás en éstas, no te olvides de mí. ¡Oye! ¿Te apetece que nos veamos después? Para ponernos al día. Podemos... —¿Qué tal si te llamo?  
—De acuerdo —dijo Max—. Cuánto me alegro de haberte visto. De verdad. Calvin no abrió la boca hasta que estuvieron en el ascensor.  
—Venga, dilo.  
—¿Que diga qué?  
—Le miró.  
—¿Trabajabas en Los Ángeles?  
—Maher tenía su sede aquí.  
—¡Vaya! —exclamó Calvin—. Para ti esto es como volver a casa.  
—No digas tonterías. —Pero Calvin tenía razón. Lo presentía.

\*

Llamó a Kate, y fue maravilloso. Kate le contaba un montón de cosas que habían estado haciendo ella y Buy, y, al escucharla, Jennifer volvía a sentirse como un ser humano normal, y no como alguien que se había pasado la última semana metida en un avión en clase turista.

—Te echo tanto de menos —le dijo, y Calvin y Billy la miraron de reojo.

Después sacó su agenda de teléfonos y jugó a periodista: llamó a US Alliance, fingió ser de la MSNBC y explicó que quería entrevistar a John Nike. La pasaron con una secretaria que le aseguró que John estaba en una reunión importante y que de todas maneras no concedía entrevistas a medios que no fueran del grupo US Alliance.

—Bueno, gracias de todos modos —dijo Jennifer y colgó. Ahora tenía la confirmación de que estaba aquí.

Había un problema con Billy: no quería que le dejaran esposado al toallero.

—No tardaremos más que unas horas —le dijo Jennifer—. ¿Qué problema hay?

—¿Y si aparecen los de la ANR?

—¿Ahora quieres que te protejamos? ¿Pero no estabas mejor solo?

—Bueno, me doy cuenta de que tenías razón —contestó Billy.

—Pues te dejo esposado al minibar —sugirió—. Puedes comer. ¿Qué te parece?

—¡Joder, tía! —se quejó Billy.

Le dejaron, esperando que no le encontrara ningún empleado de la limpieza. El taxi tardó cuarenta minutos en llegar al edificio de US Alliance en el chaflán de la calle Main con la calle Central, porque el centro de la ciudad estaba lleno de gente.

—¿Qué pasa aquí? —le preguntó al conductor—. ¿Una manifestación o algo por el estilo?

—Sí, sí, manifestación. Son las rebajas.

—¿Qué rebajas?

—¿Pero no se han enterado? US Alliance y Team Advantage. Si no te has hecho socio, es el momento de hacerlo. Hay unas gangas increíbles.

—Ya —contestó Jennifer. Vio a dos hombres pelearse por un aparato VCR en el escaparate de Sears; los de seguridad estaban intentando separarlos. En las puertas de una tienda de K-Mart alguien había pintado las palabras T.A. - NO EN L.A.—. ¿Le importa dejarnos aquí?

Caminaron las dos manzanas que quedaban hasta el edificio de US Alliance abriéndose paso como pudieron entre la multitud de personas que estaba haciendo compras.

—Mira, Jen —dijo Calvin—. Aquí hay unas gangas buenísimas. —Se paró delante de un escaparate—. Televisores panorámicos por doscientos dólares. No puede ser.

Jennifer siguió caminando. Un rato después Calvin la alcanzó.

—Bueno, vale, todo esto está muy mal. Pero ya que estamos aquí... podríamos comprar algo que valga la pena.

Jennifer se paró. Al otro lado de la calle, el edificio de US Alliance estaba rodeado de soldados de la ANR. Jennifer veía cascos, rifles de asalto, escudos.

—¿Qué pasa? —preguntó Calvin, y luego se dio cuenta—. ¡No me jodas!

—¿Crees que es para detenernos a nosotros o a Team Advantage?

—O a los dos. —Frunció el ceño.

—¿Entonces, qué hacemos ahora?

—Creo que voy a llamar a Max —respondió.

## 67. Hack

Hack estaba dormido cuando sonó el teléfono. Era increíble lo mucho que dormía ahora que no tenía trabajo. Le empezaban a dar pena todos los que tenían que ir arrastrándose hasta su monótono trabajo en las fábricas para llegar a las nueve. No sabían lo que se perdían.

Claire estaba en Sears. Fue tambaleándose hasta la cocina.

—¿Diga?

—Hola. Soy Tomás.

—Hola.

—Mira, Hack... He estado pensando... no quiero hacer el trabajo de Ciudad Nike contigo.



—¿Cómo dices?

—Es que después de lo de McDonald's, creo que durante una temporada deberíamos intentar pasar desapercibidos, ¿sabes?

Lo de McDonald's había salido en el telediario, con gran bombo. Durante dos días no se veía en la tele más que imágenes de unos tipos vestidos con trajes de astronauta caminando por el establecimiento y todo el escaparate y el restaurante tapados con plástico como en una película de ciencia ficción. Desde entonces sólo salía personal muy serio de la empresa asegurando a la gente que se estaban tomando todas las precauciones y que no había ningún riesgo, ninguno en absoluto.

—Bueno —dijo Hack—, ¿no quieres meterte en problemas?

—Eso es.

Estaba enfadado. No tenía sentido detenerse después de lo de McDonald's; el fin de todo el trabajo era Nike.

—Pues lo siento. Porque yo pensaba que hacíamos esto porque estaba *bien*. Pensaba que nos enfrentamos a empresas como McDonald's porque alguien tiene que hacerlo. No sabía que lo hacíamos por puro interés personal.

—Ya —dijo Tomás—. Es sólo que...

—¡Oye! Tengo una idea. ¿Por qué no ponemos publicidad en nuestros uniformes? Podríamos buscar patrocinadores y financiación...

—No es lo que...

—... y sólo atacaríamos a los competidores de nuestros patrocinadores. Podríamos cobrar mucho dinero, diseñar un logotipo y hacer publicidad, y seríamos *exactamente como ellos*.

Hubo una larga pausa. Después Tomás dijo:

—Lo siento Hack.

—Entonces, piérdete, simpatizante de empresas. —Y colgó.

Primero Leisl, ahora Tomás. Hack estaba perdiendo a sus soldados rasos. Era increíble, pensaba, cómo todo el mundo ponía a parir a las grandes empresas pero luego nadie quería arriesgarse para joderlas. A Hack le decepcionaba el nivel de motivación que mostraba la contracultura de esta sociedad.

Recogió una nota de la mesa. Era el mensaje que había dejado ese hombre, Buy Mitsui. Hack no había pensado llamarle, pero si se rajaba Tomás... le vendría bien un poco de ayuda. Al fin y al cabo, ahora iban a por Nike. Hack no quería cometer más errores de bulto.

\*

Se encontró con Claire en el centro para comer y se sentaron en el mismo lado de la mesa en un Johnny Rockets. A Claire, Sears sólo le daba veinte minutos para

comer, así que estas reuniones siempre eran muy rápidas. Dada la situación financiera de Hack después de perder su empleo, eran un lujo. Pero valía la pena por estar con Claire. Aparte de atacar Nike, lo único que Hack quería hacer era ver a Claire.

—Tomás se ha rajado. ¿Te lo puedes creer?

Claire no dijo nada.

—¿Qué?

—No te enfades.

—¿Por qué me iba a enfadar?

—A lo mejor deberíamos dejar lo de Ciudad Nike.

Se quedó atónito. ¿Claire también?

—No, Claire, no. Lo vamos a hacer. Es muy importante para mí.

No dijo nada. Hack dio un sorbo al batido.

—Hack, creo que esto no te está ayudando a ser una buena persona.

No entendía nada.

—¿Qué quieres decir?

—Antes eras... más simpático. Más generoso.

—Cuando era más simpático, me *jodía* todo el mundo —le contestó, y hasta él mismo reconoció en ese comentario la influencia de Violeta. Cogió las manos de Claire—. Mira, lo de Ciudad Nike es el final. Pero tengo que hacer lo de Nike.

Ella asintió con la cabeza.

—Te lo prometo, Claire.

Claire esbozó una sonrisa y Hack se encontró mejor.

—Tengo que irme.

—Vale. —Se levantó para dejarla salir—. Me alegro de verte.

Claire se marchó. Hack se quedó comiendo sin ganas lo que le quedaba en el plato. ¿Qué había querido decir, que no era buena persona? Hack se estaba haciendo cargo de su vida. Era dinámico y eficaz. Hack era una *gran* persona.

Se fue andando hasta la parada del autobús. El banco estaba cubierto de un anuncio de zapatillas Plutonium de Nike: esta nueva línea de Nike salía dentro de tres años. Hack dio un resoplido de rabia. El día anterior había visto unas zapatillas Mercury rebajadas a 99,95 dólares.

Llegó el autobús y Hack subió.

—Ochenta y cinco centavos, amigo —dijo el conductor.

Hack rebuscó en los bolsillos. El resultado no fue demasiado bueno. Se dio cuenta de que no debía haberse tomado el batido.

—Sólo tengo cincuenta centavos.

—Se puede pagar con tarjeta.

—Me cobran comisiones —arguyó Hack—. Venga. Sólo son treinta y cinco centavos de diferencia.

—O pagas o coges otro autobús —dijo el conductor—. ¿Qué pasa? ¿No tienes trabajo?

—De acuerdo. —Hack le entregó la tarjeta. Se fue a la parte de atrás del autobús, enfadado. El transporte era una necesidad básica: debería ser gratis.

A lo mejor en Ciudad Nike podría coger unas zapatillas. Eso no sería robar, porque Nike le había estado pagando muy mal durante años. Le debían mucho más que unos pares de deportivas. Sí, pensó. Eso haría.

\*

Sonaba el teléfono justo cuando abría la puerta.

—¿Diga?

—¡No cuelgues!

—¿Violeta?

—Tengo que hacerte una pregunta. Tengo que saber adonde te llevo el Gobierno cuando te detuvieron.

—¿Por qué lo quieres saber?

—Es muy importante, Hack. ¿Dónde trabaja Jennifer Gobierno? —En el centro de la ciudad. En la calle Spring. ¿Qué pasa?

—Gracias —dijo Violeta. Había algo en su voz que asustaba a Hack un poco—. No te entretengo para que puedas estar con Claire. Adiós.

—Espera —dijo—. ¿De qué conoces tú a Jennifer Gobierno? —Pero ya había colgado.

## 68. Violeta

A Violeta le goteaba la nariz y no tenía pañuelo. Se limpió con la manga pero seguía goteando. La miró el recepcionista del Gobierno y Violeta intentó sonreír. Parecía demasiado nerviosa, demasiado desesperada. Tenía que estar tranquila.

—Jennifer Gobierno no la puede atender ahora —le anunció el recepcionista. Llevaba una corbata de color amarillo. Un guardia de seguridad estaba sentado a su lado. Violeta veía la funda de la pistola—. Pero puede dejar el paquete aquí si quiere. Yo me aseguro de que se lo entreguen.

—Imposible —se negó—. Tiene que firmar Jennifer.

—Está en el extranjero.

—¡Vaya! —exclamó Violeta limpiándose la nariz. Llevaba una chaqueta gruesa con una pegatina que decía MENSAJEROS VELOCES y le daba alergia el tejido—. Entonces, debería entregarlo en su domicilio. ¿Cuál es la dirección?

—No puedo darle la dirección de su domicilio particular.

—Pero... —Se limpió la nariz—. ¿Puedo hablar con alguien de Recursos Humanos?

—Puedo ir a buscar a alguien, pero no le van a dar una dirección particular.

Violeta notaba que le empezaba a temblar la mano derecha. Se la metió en el bolsillo.

—Es muy importante que entregue este paquete.

—De acuerdo —asintió el recepcionista. Llamó a alguien y al cabo de unos minutos apareció una señora con una chaqueta azul de punto—. ¿Mensajero?

—Sí, soy yo —contestó Violeta—. Tengo que hablar con usted. En privado.

—Bueno. De acuerdo. Por aquí. —Llevó a Violeta hasta un despacho, por un largo pasillo que necesitaba reformas. Violeta no se podía creer lo que veía; parecía el decorado de una serie antigua de policías—. Siéntese.

—Gracias. Tengo que entregarle este paquete a Jennifer Gobierno y necesito la dirección de su domicilio particular.

—Lo siento, pero no puedo dar esa información.

—¿Está segura? —preguntó Violeta. El ordenador de la mujer estaba allí mismo; era muy frustrante.

—Estoy segura.

Violeta miró la placa de la mujer. Ponía *Wendy, Recursos Humanos*.

—Bueno. ¿Le importa si voy al baño antes de irme?

—Claro. Última puerta a la derecha antes de recepción.

Encontró el baño y empujó la puerta. Una vez dentro, se quitó la chaqueta, le dio la vuelta y se la volvió a poner. Salió y llamó a la puerta del primer despacho que encontró.

—Adelante.

Entró. Un hombre de cejas pobladas estaba sentado detrás de una mesa hasta arriba de cosas. Tenía un póster de una selva tropical en la pared, pero no había ventanas.

—Hola, soy del Departamento de Informática. He venido a ver tu ordenador.

—¿Por el problema del correo electrónico?

—N... sí.

—Por fin. Llevo semanas protestando.

—Lo siento. Es que tenemos mucho trabajo atrasado. —Se levantó y Violeta se sentó en su lugar. Estar delante de la pantalla la tranquilizaba y sentía la radiación que emitía como un baño caliente. Tardó cinco segundos en determinar que ese hombre no trabajaba en Recursos Humanos y otros diez en localizar el ordenador de Wendy en la red. Se sacó un disco del bolsillo y lo metió en la disquetera.

—¿Qué es eso?

—Unos drivers nuevos —le contestó Violeta. Era un diccionario de seiscientas mil palabras y dio con la clave de Wendy en unos dos segundos. Abrió la base de datos de RRHH y tecleó JENNIFER.

—Ni siquiera es mi correo. El problema es que cuando...

—Bueno... —le decía levantándose—. Voy a tener que instalar el sistema operativo de nuevo. Volveré ahora con un CD.

—Ni siquiera has mirado mi correo. No has visto el problema.

—No tardo ni dos minutos —dijo Violeta, y se marchó. Volvió a recepción, haciendo un esfuerzo por mirar de frente. Tenía una mano en la puerta cuando el recepcionista dijo:

—¡Oye!

Se quedó parada.

—¿Por qué llevas la chaqueta del revés?

—Me picaba —dijo Violeta. Empujó la puerta y salió. Tenía la dirección de Jennifer impresa en la mente.

\*

Al volver a su piso se quitó la chaqueta y entró en la cocina. Ya tenía el portátil preparado sobre la mesa. Ahora venía la parte fácil. Si Jennifer Gobierno estaba en el extranjero, a lo mejor su hija no estaba viviendo en casa. Pero tendría que ir al colegio y Violeta iba a descubrir a cuál iba. Algunas personas se preocupaban de que sus datos personales no se filtraran en la red, pero no las personas del Gobierno: ellos no creían en la privacidad. Buscó JENNIFER + GOBIERNO + KATE + MELBOURNE DEL NORTE + SCHOOL, y encontró ochocientos resultados.

Eran casi todos colegios: proyectos de clase, espacios publicitarios, listas de clase. Dividió la lista en dos, por criterio geográfico, y abrió el primero. Se titulaba «Escuela de Primaria Mattel» (Melbourne del Norte, Territorios Australianos): clase 3 A, e incluía una fotografía en grupo, los proyectos y logros de la clase para el curso escolar y enlaces con las páginas personales de los alumnos. Violeta seguía sin comprender por qué los colegios hacían eso. Era como una invitación para los pederastas.

Recorrió la lista. Había una Kate Mattel (Starbucks - General Motors) y una Kate Mattel (Gobierno). Violeta situó el ratón sobre ésta e hizo clic.

Kate había trabajado mucho. Había un cuento largo, unos dibujos escaneados y una pequeña animación de un perro corriendo. A Violeta le impresionó. Debajo, Kate había escrito: «Soy Kate Mattel y vivo en Melbourne del Norte con mi madre,

Jennifer. Es agente del Gobierno. No tengo hermanos. Cuando sea mayor quiero ser veterinaria».

Violeta apuntó la dirección del colegio y apagó el portátil. Miró la hora. A lo mejor no era demasiado tarde para llegar al Colegio Mattel de Primaria antes de que terminaran la jornada. Se mordía las uñas, pensando.

Se sacó los dedos de la boca y los miró. Tenía las uñas rotas y muy estropeadas. Debajo había sangre y piel. Se inclinó un poco y escupió, pero no se le iba el mal sabor de boca. No entendía por qué la chica de la mensajería se había defendido con tanto ahínco. Violeta sólo había querido una estúpida chaqueta. La gente siempre le ponía las cosas difíciles. Siempre tenía que joderla.

Escupió una y otra vez. Cuando terminó, había un charco de algo rojo y pegajoso en el suelo. Violeta lo miró fijamente. Ahora lo tendría que limpiar.

## 69. Buy

Hack llamó a Buy justo antes de las tres. Hack se mostró sorprendentemente confiado: Buy no tuvo que recurrir a ninguna de las historias que acababa de inventar.

—Nada. Ven a la Ciudad Nike del centro comercial de Chadstone el viernes a las seis —propuso Hack—. Me puedes ayudar con los botes.

—De acuerdo —aceptó Hack—. Allí estaré. —Colgó y miró el bloc de notas. *Ciudad Nike*. Le daba náuseas sólo mirar las palabras.

Sería mejor acabar cuanto antes. Comprobó la hora y llamó a Los Ángeles a John Nike, que tenía desviado el teléfono a una secretaria.

—John me pidió que le localizara una información —dijo Buy y contó los detalles—. Es muy importante. Por favor, asegúrese de que lo reciba.

—Me encargaré de ello, señor —repuso la secretaria. Buy colgó. Después llamó a Kato Mitsui. Kato se alegró mucho de recibir su llamada.

—Pero esto es *maravilloso*, Buy. Has hecho un trabajo de una gran calidad. Procederé a contactar con John Nike inmediatamente, Éste es el camino hacia la felicidad.

—Espero que así sea —dijo Buy.

—Preveo grandes cosas para ti, amigo mío. Me mantendré en contacto.

—Gracias —dijo Buy. Colgó el teléfono, muy contento. Desde el incidente aquel no había tenido una jornada laboral tan buena.

\*

Esperó en el Jeep hasta que los niños empezaron a salir del colegio por cientos. Kate llegó corriendo y se metió en el asiento del copiloto.

—Hola —dijo Buy.

—¡Buy! ¿A que no sabes qué ha pasado hoy en el colé?

—¿Te han enseñado a hacer ecuaciones de segundo grado? —Arrancó el coche y salió—. ¿O quizás hay una Barbie nueva?

—Sí, hay una Barbie nueva. ¿Cómo lo sabías? Pero, bueno, no me refería a eso. Van a organizar un día para padres.

—¿Un qué?

—Nuestros padres o madres pueden venir a hablar a la clase sobre su trabajo. Es la semana que viene, creo. Tengo una nota.

—Esperemos que tu madre ya esté de vuelta para entonces. Seguro que sí.

—Sí —dijo Kate—. Espero que sí. Y si no, ¿vendrías tú?

La miró sorprendido.

—¿Cómo?

—Podías... ya sabes, venir conmigo. ¿Está bien?

—Claro —dijo Buy. Se emocionó tanto que casi no podía hablar—. Me encantaría.

\*

Se estaban sentando a cenar cuando sonó el teléfono. Kate se levantó de un salto; Buy se estremeció. Había contestado demasiadas llamadas que resultaron no ser de Jennifer.

—Vuelve enseguida —le dijo. Extendió una servilleta encima de las rodillas y cogió el tenedor.

—¡Mamá! —exclamó Kate—. ¡Mamá! ¡Mamá!

Buy se sobresaltó. Kate estaba en la cocina, con el auricular pegado al oído y una sonrisa enorme. A Buy le invadió una sensación de alivio. *Gracias a Dios*, pensó.

Soltó el tenedor y escuchó a Kate hablar de cosas que había dicho la gente, películas que había visto, comidas que Buy había preparado. Cuando terminó, entró corriendo en el salón y le dio el teléfono.

—Es mamá.

—Gracias —dijo—. Eres una chica estupenda. Ahora cómete la cena. —Se puso el auricular al oído—. Hola.

—Hola. —Se la oía sorprendentemente bien; era como si estuviera a su lado—.  
¿Cómo está mi canguro?

Se le puso una gran sonrisa tonta.

—Me alegro mucho de oírte. Estaba preocupado.

—Ya. La bronca en Londres. Acabo de llegar a Los Ángeles.

—¿Los Ángeles? ¿Por qué?

—Mañana tengo que detener a un criminal. Alguien a quien he estado persiguiendo desde hace mucho. Casi termino, Buy. Luego vuelvo a casa. ¿Tú qué tal estás?

—Estoy... —dijo, y se dio cuenta de que la respuesta era *feliz*—. Las cosas van bien. Todo va bien.

—¿Qué tal el trabajo?

—Es interesante. De repente estoy trabajando con peces gordos de un montón de empresas diferentes... Creo que me gusta.

—¡Qué bien, Buy! Es genial.

—Sí —dijo—. Pero tengo muchas ganas de verte.

—Sí —confirmó Jennifer, y le dio la impresión de que había alguien con ella en la habitación—. Ídem.

—Entonces, ¿vas a volver pronto?

—Antes de lo que te imaginas.

—Estupendo —exclamó—. Es estupendo.

—Tengo que colgar —dijo Jennifer. Buy notaba que estaba sonriendo—. Pronto hablo contigo, ¿vale?

—De acuerdo. Te echo de menos.

—Yo también —dijo. Buy colgó.

—Era mamá —dijo Kate.

—Sí —contestó Buy. Los dos sonreían como tontos—. Era mamá.

\*

Al día siguiente llegaron pronto, así que Buy aparcó el coche y acompañó a Kate hasta la verja del colegio. Había un cartel allí pegado que informaba a la gente del próximo día de padres y Buy se paró a leerlo. Una mujer joven, una chica a decir verdad, estaba al lado de la verja. Le sonrió. Buy le devolvió la sonrisa.

—Hola —dijo la mujer—. ¿Vas a asistir al día de padres?

—Sí, creo que sí.

—Yo también. —Buy se sorprendió. No parecía lo suficientemente mayor para tener un hijo en el colegio—. Soy veterinaria.

—¡Hala! —dijo Kate—. Yo quiero ser veterinaria.



—¡No me digas! —dijo la chica. Se agachó para estar a la altura de Kate—. ¡Vaya!

—¿Les das medicinas especiales a los animales?

—Claro que sí. Y los curo.

—Vamos, Kate —le recordó Buy—. A clase.

—¡Jo! —se quejó Kate. Vieron cómo se alejaba.

—¡Qué simpática! —dijo la chica. Seguía a Kate con la mirada—. ¿Qué tiene? ¿Siete años?

—Ocho.

—Una edad genial. ¡Ojalá nos quedáramos todos así! Así no tendríamos que enterarnos de la cantidad de gilipollas que hay por el mundo.

—Pues... sí —contestó Buy.

—Antes pensaba que era demasiado cínica con la gente. Pero me di cuenta de que no se puede ser demasiado cínico. La gente está dispuesta a hacer lo que sea por ganar. Hacen cosas realmente terribles.

La miró.

—Eso es verdad. —Le ofreció la mano—. Soy Buy.

Sonrió.

—Yo soy Violeta. —Se dieron la mano—. Supongo que tenemos algo en común.

—Supongo que sí —dijo Buy, y se echó a reír.

## 70. John

John se despertó en una habitación oscura de hotel. Eran las cinco de la mañana y sonaba el teléfono. Lo buscó en la oscuridad. Si era ese broker gilipollas de Australia otra vez, John lo iba a matar.

—John Nike.

—Hola, John.

—¿Quién es?

—No seas tímido, John. Sabes quién soy.

No era de extrañar que tardara un poco en darse cuenta: el hombre parecía hablar con la boca llena de gravilla. ¿Pero qué más se podría esperar? Era un milagro que estuviera vivo.

—¿John? —preguntó—. ¿Eres tú, amigo?

Cuando llegó al trabajo, John se encontraba bastante bien y eso no se lo iba a estropear ninguna mujer con falda hasta el tobillo y gafas oscuras. Caminaba deprisa adrede, obligándola a ir más deprisa. Según cruzaba el vestíbulo, veía a la gente girar la cabeza. *Mira, es John. Está allí John Nike.*

—Por favor, lee el informe —le rogó el Enlace de Johnson & Johnson—. Por favor, John. Échale un vistazo. La opinión pública está en contra de cualquier paso violento. Totalmente en contra.

Llegaron al ascensor. Apretó el botón.

—Porque todavía no ha empezado a funcionar nuestra publicidad.

—No, John, no es por eso. La gente tampoco quiere que utilicemos la fuerza militar ni contra el Gobierno ni contra nuestros competidores. Dicen que no debemos atacar.

—¿Y quién ha dicho que yo iba a atacar a alguien? —inquirió John, pensando para sí: *El chaval de Pepsi.*

Una mujer joven de piernas largas y una chapa de US Alliance se acercó y le pidió que le firmara en un brazo. Lo hizo, con una enorme sonrisa. A la chica se le iluminó la cara de pura adoración. La mujer de gafas oscuras se metió detrás de él en el ascensor. No había forma de detenerla.

—John, si continúas por ese camino, mucha gente va a dimitir. Nadie quiere convertir esto en un conflicto militar.

—¿Sabes lo que te digo? —le retó John. Se paró el ascensor en su piso—. Es demasiado tarde. ¡Que dimitan! Tengo a la ANR y la voy a utilizar como me parezca conveniente.

—Pero...

—Vale —dijo John—. Hasta aquí hemos llegado. Aquí es donde yo entro en mi oficina y tú te vas a tomar por culo. —Cerró la puerta de cristal. La secretaria le pasó un montón de mensajes.

—Trataré este tema con Alfonse —le gritó la mujer. Apenas la oía por la puerta de cristal.

—Buenos días, John —saludó la secretaria.

—Sí —contestó John—. Muy buenos. —Leyó los mensajes según iba hacia la mesa. El primero era de alguien que se llamaba Buy Mitsui. A John le sonaba que un ejecutivo de poca monta le había llamado para ofrecerle su ayuda, pero por lo menos había veinte personas así con las que había tratado últimamente. Desde el día en que había dado el discurso que había salvado su carrera, todo Enlace de zapatos brillantes de US Alliance se mataba por ganarse el favor de John.

Leyó el mensaje. De repente se dio cuenta: Buy era el broker gilipollas. John le había pedido que se enterara de quién andaba detrás del ataque a McDonald's. Vio las

palabras: HACK NIKE.

Soltó una carcajada. La secretaria le miró de reojo. John se rió hasta que no pudo más.

\*

Hizo unas cuantas llamadas para poner las cosas en marcha —cosas importantes, muy importantes— antes de su cita con el General Li. La reunión con Li era la primera de un montón de reuniones diarias para John; después de Li, se reunía con el Enlace de News Corporation. Ultimamente habían publicado en la prensa unos artículos que no estaban tan a favor de la ANR como a John le hubiera gustado.

—Buenos días.

—¡Joder! —Li siempre aparecía así por sorpresa. Al teléfono dijo: «Estaré allí a las seis». Colgó—. Buen trabajo en seguridad, Li. ¿Cuántos tipos tenéis ahí fuera?

—¿En la entrada? Quince.

—La escolta anoche también fue genial. Tres coches, ¿verdad?

—Cuatro. Más un helicóptero.

—Casi quiero que me detenga el Gobierno.

—Me alegro de que esté contento. Porque tenemos que hablar de otro asunto menos agradable. Sé que no le va a gustar.

—¿Y eso?

—De acuerdo con sus instrucciones, intentamos parar a Billy ANR a su llegada al aeropuerto de Los Ángeles. Desgraciadamente, dado el poco tiempo que teníamos, no pudimos...

—Se escapó.

—Sí.

—¿Y liquidasteis a algún agente?

Li le miró sorprendido.

—¿Algún agente del Gobierno? No.

—Bueno —dijo—. Una pena. Estás de suerte, Li. Hoy estoy de buen humor.

—Me alegro de oírlo, señor.

—Y he tomado algunas precauciones por mi cuenta. Tú encárgate de que no entre el Gobierno en este edificio y seguiremos siendo amigos.

—De acuerdo, señor.

Sonó el interfono.

—¿John? Tienes cita a las once para repasar unos temas de publicidad.

—Estoy con Li. Diles que no puedo.

—Es que... ya lo cancelaste la última vez, ¿te acuerdas? Dijiste que habían aprobado la peor campaña que veías desde la de AOL. Me dijiste que no te volviera a

dejar...

—Vale, vale —dijo John—. De acuerdo. Voy.

Li preguntó:

—¿Y qué hay del aumento de nuestra presencia militar? Todavía no hemos ultimado los términos de la contratación.

Cogió a Li de los hombros.

—Usted sabe lo que quiero. Tienen las armas. Utilícenlas todas.

—John, T.A. puede que se esté militarizando más rápidamente de lo que teníamos previsto. Si nos atacan, tengo que saber si estoy autorizado a...

—Li —le interrumpió John—, es usted un tipo listo. Tenga criterio propio. ¿De acuerdo?

Li se enderezó.

—Entendido.

—Muy bien. —John salió muy contento de la sala. Todo encajaba.

## 71. Jennifer

Desde luego a Max le habían ido muy bien las cosas desde que dejó Maher. El edificio Synergy era grande y estaba bien situado, incluso lo suficientemente cerca de las empresas de medios de comunicación para poder ir a comer a los mismos restaurantes. El vestíbulo era grande y moderno. Jennifer se presentó:

—Hola, soy...

—Ya sé quién es usted —le interrumpió la recepcionista con una sonrisa.

—Ya —contestó sorprendida.

En minuto y medio, Max estaba en el vestíbulo dándole dos besos.

—Muñequita Barbie, cuánto me alegro de volver a verte. No sabes la ilusión que me ha hecho que me hayas llamado. —Tenía una sonrisa enorme. No le soltaba las manos.

—Bueno —dijo Jennifer—. Puedes despedir a la chica de publicidad... —y se rieron los dos. Se soltó de las manos de John.

—La reunión de US Alliance es a las once. No quiero presionarte, pero sería genial si pudieras venir.

—Me encantaría.

—Eres fantástica —le contestó—. Me dan ganas de besarte.

—Bueno, bueno —dijo Jennifer—. No exageremos. —Y se volvieron a reír.

—Espera a que te vean nuestros clientes. Van a *flipar*.

—Puede que sí —dijo Jennifer.

\*

—Nuestra campaña destaca el aspecto local de US Alliance —dijo Max una vez en el taxi—. No me gusta alardear, pero US Alliance tiene una cuota más alta de socios en Los Ángeles que en cualquier otro mercado importante.

—Increíble —dijo.

—Lo sé —contestó—. Lo sé.

—¿Y quiénes van a asistir a esa reunión?

—Algunos de US Alliance, algunos Enlaces. —El taxi se detuvo. Unos tipos de la ANR bloquearon las ventanillas—. El más importante es John Nike. Tienes que haber oído hablar de él.

Se abrieron las puertas del taxi.

—Identificación —dijo un soldado, y otro añadió:

—Por favor, extiendan brazos y piernas.

—Buenos días, amigos —dijo Max—. Tenemos una reunión a las once. Nos han autorizado.

La identificación acababa de salir de la impresora; decía JENNIFER SYNERGY. Un tipo de la ANR miró la tarjeta y a Jennifer con igual impasibilidad. Otro soldado empezó a fisgarla, con manos rápidas de profesional.

—Oye —dijo—. Cuidado.

—Pistola —gritó. De repente la apuntaban muchos rifles de la ANR. Ultimamente habían apuntado a Jennifer demasiados rifles de la ANR.

—¡Bueno! ¡Vale ya! —dijo Max—. Jennifer, los de US Alliance están muy preocupados por el tema de la seguridad. Dales tu pistola.

—Claro. No hay problema. —La entregó. Los tipos de la ANR no pusieron buena cara, pero dejaron de apuntarla con los rifles. Max la cogió del brazo y entraron en el vestíbulo.

—Tenía que haberte dicho algo antes —dijo Max—. No sabía que llevabas pistola.

—¿Y no la lleva todo el mundo?

—No en las reuniones de negocios, Malibú. —Se rió—. ¿No lo sabías?

—Sí —le contestó—. Supongo que se me olvidó.

\*

Una secretaria les acompañó a una sala de reuniones, y Max pasó diez minutos jugando con su portátil, intentando abrir una presentación de diapositivas. Fue en ese momento cuando, poco a poco, empezó a entrar la gente de US Alliance y Jennifer tuvo que hablar de éxitos de audiencia y objetivos comerciales. Era sorprendentemente fácil: todo el mundo había oído hablar de ella, o al menos de sus campañas publicitarias. Se sintió un poco surrealista. Como si nunca hubiera dejado el mundo de la publicidad.

—La de Pepsi del 96 —dijo una mujer, con los ojos abiertos como platos—. Ésa fue una campaña totalmente innovadora. No puedo creer que la hicieras tú.

—Sólo contrato a los mejores para mis clientes —dijo Max.

Uno de los trajeados la estudiaba en silencio. Sabía lo que iba a decir antes de que abriera la boca.

—Entonces, tienes que conocer a John Nike. Él trabajaba en Maher en esa época. Todos la miraron.

—John —dijo—. Sí, trabajamos juntos.

—Pues le va a dar algo cuando te vea —comentó la mujer. Miró la hora—. Estará a punto de llegar.

—Podemos hablar de los viejos tiempos —dijo. Todos se rieron excepto Max, que no parecía tan contento.

—Jennifer... ¿me echas una mano aquí un momento?

—Claro.

Esperó hasta que estuviera a su lado mirando el ordenador.

—No sabía eso. Yo nunca trabajé con él. ¿John Nike es John Maher?

—Sí.

—¿Y John... John no es...?

—¿Mi ex? —dijo—. Sí, eso es.

—Bueno —decía una voz desde la puerta—. A ver cuánto dinero habéis dilapidado esta semana, payasos.

Jennifer se volvió. Estaba exactamente igual que hace nueve años; sospechaba que había pasado por quirófano. John miró alrededor de la habitación y se paró cuando la vio. Se quedó pasmado.

—Hola, cariño —le dijo Jennifer.

## **SEXTA PARTE**

## 72. Desintegración

Billy empezaba a sospechar que lo que Jennifer y Calvin estuvieran haciendo con él no era oficial. Había tenido mucho tiempo para pensar en ello, metido como estaba en la habitación del hotel; y cuanto más tiempo pasaba allí, más se convencía de que ningún protocolo del Gobierno podía legitimar esposar a los sospechosos a la nevera.

Jennifer había salido pronto esa mañana vestida con traje y tacones, y de esa guisa no se parecía en nada a una agente del Gobierno. Billy no tenía ni idea de qué iba la historia. Calvin se quedó con él hasta las nueve y luego fue a por el periódico.

—Venga, tío, al minibar no —rogó Billy—. Por favor, llévame contigo.

Calvin sacó las esposas.

—Las manos sobre la nevera.

Cuando se marchó, Billy le dio una patada al mueble de pura frustración. Entonces hizo un descubrimiento interesante: no estaba fijo. Era pesado, como cabía esperar, pero logró ponerse de pie y caminar por la habitación con él. Las botellas de licor que había dentro se caían y chocaban unas con otras. Empezó a vaciarlo, pero cambió de idea. A lo mejor más adelante le venían bien las botellas.

Se colocó la chaqueta lo mejor que pudo y se miró al espejo. Seguía pareciendo un hombre intentando ocultar una pequeña nevera. Pues tendría que hacerlo lo mejor que pudiera. Se fue, tambaleándose al cruzar la puerta, hacia el ascensor.

Después de pensárselo mucho, bajó hasta el aparcamiento. Estaba claro que no podía salir así por el vestíbulo. Se estaba congratulando por su ingenio cuando vio al vigilante. Billy se paró sin saber muy bien qué hacer. El vigilante lo vio. Cogió un walkie-talkie y empezó a hablar. Billy echó a correr torpemente.

Apenas había avanzado media manzana cuando le cogieron dos tipos de seguridad. Estaba empapado de sudor. Sentía como si las piernas no le mantuvieran. Respiraba de manera entrecortada. Los tipos de seguridad le miraban fijamente. Uno dijo:

—Pensé que George estaba vacilando.

—He visto robar muchas cosas, pero esto se lleva la palma —se asombró el otro.

—Me han esposado al mueble —explicó Billy. Entonces se dio cuenta de que tenía que haber mantenido la boca cerrada. Le obligaron a sentarse en el vestíbulo y esperar a que volviera Calvin. Billy tenía el presentimiento de que Calvin no iba a estar muy contento con él. Por lo menos en eso acertó.

\*



—Sabes —dijo Calvin— que estar esposado al minibar es un privilegio. Te podría haber dejado en el baño.

—Ya lo sé —contestó Billy—. Lo siento.

—Nos echan del hotel. ¿Has oído? —Calvin se sentó en la cama y le miró fijamente.

—Lo siento mucho.

—Ahora voy a tener que llevarte conmigo.

—¿Ah, sí? ¿Adonde vamos?

Calvin no dijo nada. Para Billy, eso no era buena señal. Empezaba a pensar que debía haberse quedado en la habitación.

\*

Cogieron un taxi y se bajaron en un gran centro comercial. Estaba justo enfrente de un edificio de US Alliance y en la entrada andaban merodeando un montón de soldados de la ANR con cascos y armas automáticas.

—Calvin —sugirió Billy—, no me parece muy buena idea.

—Pues quédate conmigo —dijo Calvin. Llevó a Billy a una mesa de plástico que estaba libre en una zona de restaurantes de comida rápida, que albergaba por un lado un McDonald's y por el otro un Burger King—. ¿Te apetece comer algo?

—Sí, claro. ¿Qué tal...?

—Veo que necesitan tomar un refrigerio —dijo un hombre—. ¿Quieren unos vales descuento para McDonald's? Compren una hamburguesa y les regalamos otra.

—De acuerdo —asintió Billy.

—Espere un momento —irrumpió otra persona. Billy vio a una chica que también iba cargada de talonarios de vales descuento—. No deben comer en McDonald's; atentan contra el medio ambiente. ¿No lo sabían? Tome, un vale descuento para Burger King.

—Gracias. —Sonrió a la chica.

—No quiero difundir rumores —comentó el hombre—, pero he visto la cocina de Burger King y está asquerosa. Yo no comería allí.

—Eso no es verdad —negó la chica—. Al menos en Burger King no hay restos de *perro* en esas, entre comillas, «hamburguesas-hechas-con-ternera-cien-por-cien».

—Eso fue sólo en un restaurante. En Nueva York.

—Miren, ya tenemos los vales —zanjó Calvin—. Ahora, lárguense los dos.

El hombre y la chica se marcharon.

—¡Qué pena! —se lamentó Billy—. Era mona.

—No puedo contestar el teléfono por la noche sin que un vendedor de telemarketing intente venderme algo —se quejó Calvin—. ¿Ahora tampoco puedo

sentarme a comer?

—Sólo regalaban vales.

—Bueno —dijo Calvin—, vete a comprar algo de McDonald's.

Billy miró a la chica de Burger King. Le estaba entregando unos vales a un matrimonio mayor. Al verlo, le guiñó un ojo.

—¿No sería mejor coger algo en Burger King?

—Tengo una tarjeta US Alliance. Me dan puntos en McDonald's.

—Vaya, tío —ironizó Billy—. ¿Y los del Gobierno no estabais intentando parar toda esa mierda?

—Vale —acordó Calvin—. Compra algo en Burger King.

—Tranquilo, colega. —Puso la mano. Calvin se rebuscó en los bolsillos—. ¡Cómo iba Jen esta mañana! No sabía que tenía tan buenas piernas. ¿En qué está metida?

—No es asunto tuyo —advirtió Calvin, pero miró de reojo hacia el edificio de US Alliance y el gesto fue muy elocuente para Billy—. Ve a por la comida. Te estaré vigilando.

Billy se dirigió tranquilamente a Burger King y se puso a la cola. La chica de los vales caminaba por la plazoleta. Billy esperaba que le viera.

—¿Y esto qué es? —preguntó una voz. Cinco o seis adolescentes, con ropa holgada y tatuajes, se acercaban al restaurante—. ¿Qué pasa? ¿No saben dónde están? Ésta es una ciudad de Alliance. Aquí no necesitamos a las empresas T.A.

Nadie dijo nada. Billy se fijó en que los tatuajes no eran diseños normales: eran logos. Vio muchos logos de Nike y de la ANR. El líder tenía la cabeza rapada y se le veía un logo de US Alliance.

—¡Vamos! ¡Lárguense! ¡Váyanse a gastar el dinero en una empresa buena y no con estos foráneos!

—¡Oye! —exclamó la chica de los vales. Se acercó al cabeza rapada—. Esfúmate, ¿vale? Estoy intentando ganarme la vida.

—Vete a ganarla a otro sitio. ¡Recién llegada! —contestó el chaval empujándola.

La chica tropezó con Billy. La cogió y la ayudó a guardar el equilibrio, lo que para Billy era una suerte. Levantó la cabeza con intención de decirle algo apropiado al cabeza rapada (*Si quieres empujar a alguien, empujame a mí* o algo parecido) pero el chaval ya iba hacia él.

—¿Tienes algo que decirme, gilipollas? —le preguntó el chaval. Los otros miembros de la pandilla les estaban rodeando. Los clientes se marchaban de la cola discretamente.

—Ya estás abriendo la boca para decirme que eres de Alliance.

—Tú déjala en paz.

—A ver, di. ¿Con quién estás, tío? ¿Mac o Burger? Tiene que ser alguno de los dos. ¿Con quién?

—Yo sólo quiero comprar unas hamburguesas —explicó Billy—. ¡Vamos, tío! No hace falta...

—Lo de US Alliance son gilipollas —dijo la chica de los vales, y a partir de ese momento todo se vino abajo.

## 73. Posición estratégica

Violeta se alejó de la entrada del colegio hasta que Buy se esfumó. Luego dio la vuelta y caminó hacia allí otra vez. Kate ya estaba lejos, a punto de entrar en el edificio.

—¡Oye, Kate! —llamó Violeta.

Pero Kate no la oyó.

—¡Mierda! —exclamó Violeta.

Entró en el colegio. Los otros niños la miraban curiosos. Les sonrió.

El guardia de seguridad la paró cuando iba a entrar en el edificio.

—Disculpe, señora. Tengo que pedirle que salga del recinto.

—¡Ah! —dijo Violeta, sobresaltada—. Hola. Es que... —Estiró el cuello para ver. Veía a Kate por la ventana de una de las clases—. Mi hija se ha dejado el dinero de la comida.

—Lo siento, señora. No puede permanecer aquí dentro.

—Pero si está allí mismo. Sólo voy a darle el dinero y me marcho. —El guardia era mucho más alto que ella. Sonrió e intentó parecer inofensivo.

—Bueno. Pero dese prisa —advirtió el guardia, y Violeta se fue corriendo.

En la clase Kate estaba sacando los libros de la cartera. Estaba sola. Levantó la mirada cuando entró Violeta.

—Hola, Kate.

—Hola.

—Tienes que venir conmigo. Es muy importante, ¿vale?

—¿Adonde?

—A... al hospital veterinario. ¿Quieres venir a ayudarme con unos animales enfermos?

—Pues... —dijo Kate—, no gracias.

—Sí que quieres —aseguró Violeta—. A ti te gustan los veterinarios, ¿verdad? Pues, vamos.

—Quiero quedarme aquí.

—Pues da igual —le espetó—. Vas a venir. —Cogió a Kate del brazo.

—¡Suéltame!

Violeta tiraba de ella. Kate empezó a chillar. Violeta intentó taponarle la boca. Kate le mordió los dedos.

—¡Aaay! —chilló Violeta. Retiró la mano y le dio a Kate una bofetada. Kate se cayó y empezó a moverse a gatas por el suelo. Violeta la cogió de los tobillos, tirando de ella hacia atrás—. Ven aquí.

Oyó abrirse la puerta: el guardia.

—¿Qué pasa aquí?

—Es que... le está dando un ataque —improvisó Violeta—. Ayúdeme. Deprisa.

El guardia se arrodilló a su lado. Kate se retorció y gritaba como una fiera.

—¿Por qué está sangrando? —preguntó el guardia, y Violeta sacó su pistola, bueno, la de John en realidad, y se la puso en la cabeza.

—A ver —dijo—. Túmbese y no se mueva. —Miró a Kate—. ¿Ya te vas a portar bien conmigo?

Kate asintió con la cabeza. Le castañeteaban los dientes. ¡Qué raro! Hacía por lo menos treinta grados allí dentro.

—Bien. Porque si intentas escaparte, tendré que hacerte daño. ¿Entendido?

Kate gimoteó.

—Eso significa que sí, ¿verdad? —dijo Violeta. Sacó a Kate fuera de la clase. El guardia no dijo nada. Violeta se sintió aliviada. Esa parte había sido la más difícil. Ahora sólo tenía que recoger el dinero. Pensaba que todo iba a salir bien.

\*

Cogieron un taxi hasta el apartamento de Violeta y una vez allí llevó a Kate a la cocina.

—¿Tienes hambre? ¿Quieres comer algo?

Sonó el teléfono; lo cogió.

—¿Diga?

—¿Violeta?

—¡John! —exclamó encantada—. Estaba a punto de llamarte.

—¿Tienes a Kate?

—La tengo. ¿Quieres hablar con ella?

—No... no... No es necesario.

—Vale —contestó Violeta.

—Te alegrará saber que yo he cumplido mi parte del trato. Tengo tu dinero.

El corazón le dio un brinco.

—¿Ya? ¿Cómo? ¿Qué le has hecho a Holly?

—Estuve muy convincente —dijo John. Violeta se puso loca de contenta. Quería los detalles; quería saber cómo había sido todo.

—¿Tienes papel y boli? Te voy a decir dónde hacemos el intercambio.

Apuntó la dirección.

—¿En una tienda de Nike?

—Es un sitio público ideal. Así nos aseguramos de que no pueda haber trampas.

—Bueno... De acuerdo. Buena idea.

—¡Joder! —exclamó John, pero Violeta pensó que podría estar hablando con otra persona.

—Estate allí a las seis.

Colgó. Violeta colgó también, emocionada. ¡Lo había conseguido! Estaba deslumbrada por la victoria. Pensaba en Holly T.A. en su limusina diciéndole *Tienes mucho que aprender sobre cómo funciona el mundo*. Pues ahora se veía lo poco que sabía Holly. A Violeta siempre la habían subestimado. Cogió el teléfono. Quería regodearse un poco.

Claro que Holly estaría en Nueva York. Violeta llamó a Información y le dieron el número de T.A. No sabía qué hora era allí pero alguien contestó la llamada y la pasó con otra persona.

—Despacho de Holly T.A. ¿En qué puedo ayudarle?

—Soy Violeta ExxonMobil. Quiero hablar con Holly.

—Un momento, señora.

Violeta esperaba, temblando. ¡Era tan emocionante!

—Lo siento, pero Holly no puede ponerse. Si quiere dejar un recado, se lo digo.

Violeta se sorprendió.

—¿Le ha dicho quién soy?

—Es que me temo que Holly no se acuerda de usted, señora.

—¿Cómo?

—La señora Holly trata con tanta gente... Por favor, no se ofenda.

—¡Que se ponga esa hija de puta al teléfono! —estalló Violeta—. Yo estuve sentada a su lado en la reunión de Londres. Acabo de sacarle tres millones de dólares. ¡Que se ponga al teléfono!

—Señora, por favor, tranquilícese.

—¡Estoy tranquila, joder! —gritó—. Para lo que puedo llegar a estar yo, estoy muy tranquila.

—Voy... un momento, por favor.

Se oyó un clic y Violeta empezó a oír música enlatada. Estaba claro que Holly fingía. Debía de estar demasiado cabreada para hablar con ella.

Se oyó otro clic.

—Bueno —dijo Holly—. ¿Qué pasa?

—Hola —contestó Violeta—. Soy yo.

—Sí, sí, Violeta, la de la factura de tres millones. ¿Qué pasa?

No esperaba Violeta esta reacción.

—Los tengo. He cobrado.

—¿Ah, sí? —dijo Holly—. Me alegro por ti.

Violeta iba a decirle: *Me los pagaste tú*. Pero eso no era verdad. Holly no estaba jugando con ella. A Holly, John Nike no le había dicho nada. Violeta colgó.

Kate seguía gimoteando. Miraba a Violeta y luego desvió la vista hacia otro lado.

—Aquí pasa algo raro —reflexionó Violeta—. Alguien está intentando joderme.

A lo mejor John iba a pagarle los tres millones de su propio bolsillo. Era posible. Pero también cabía la posibilidad de que estuviera planeando una sorpresa desagradable para ella en Ciudad Nike. Eso era más posible todavía.

Miró en el bolsillo de la cazadora. Allí seguía la pistola. *Qué historia más rara*, pensó. Pues ya veremos cómo acaba. Cogió a Kate del brazo. Era hora de ir de compras.

## 74. Asalto

Hacía años que Hack no iba al centro comercial de Chadstone, y le parecía que durante todo ese tiempo había crecido: había más tiendas y más sitios para comer. El aparcamiento estaba hasta arriba, y el autobús tardó mucho en abrirse camino para llegar a la parada. Miró la hora, impaciente. Claire estaría esperando.

El autobús lanzó un resuello al parar. Hack se bajó y se perdió entre la masa de gente que gritaba y empujaba con las bolsas de las compras. Desde las rebajas de enero, Hack no había visto nada parecido.

Siguió adelante hasta llegar a la entrada del centro comercial y encontró un plano que indicaba que Ciudad Nike estaba en la cuarta planta. Hack se dirigió a la escalera mecánica, pasando por delante de un sorteo de un BMV descapotable, y empezó a subir. Le pesaba la bolsa mucho más que cuando fue a McDonald's. Aprovechó la oportunidad para soltarla un momento.

Claire estaba en la puerta de la librería Borders. Llevaba unas gafas de sol estilo Jackie O. Sonrió cuando le vio. Hack la cogió de las manos.

—¿Qué tal estás?

—La última, Hack.

—Sí —contestó—. La última.

Entraron en la tienda. Había filas de zapatos cuidadosamente iluminados en las paredes, una fila de sillas en el medio, música rock saliendo de unos bafles y un

mostrador al fondo. Hack puso la bolsa encima de una de las sillas y empezó a abrirla.

—¿Le puedo ayudar? —preguntó un dependiente.

—Sí —dijo Claire. Sacó una pistola del abrigo y le apuntó. Habían planeado llevar pistolas de juguete, pero era más fácil conseguir pistolas de verdad y no cargarlas—. Más te vale salir corriendo.

—¡Todo el mundo fuera! —gritó Hack—. Nike va a caer, y no desearéis estar aquí cuando eso ocurra.

Sacó un bote de pintura de la bolsa y quitó la tapa haciendo palanca con un destornillador. El olor era terrible.

—Nike mata niños —vociferó Claire. Hack le había escrito el discurso; estaba contento de cómo le había salido—. Pagan sueldos por debajo de mínimos en países no americanos y venden los zapatos a precios inflados. Se les quemó una fábrica en China donde murieron cincuenta y ocho trabajadores. Sacan beneficios enormes y joden a sus empleados con evaluaciones de rendimiento. La campaña de zapatillas Mercury se saldó con la muerte de catorce niños, incluida una chica aquí mismo, en esta tienda.

Los clientes se quedaron allí sin moverse, igual que en McDonald's. La gente era tonta, pensó Hack. Nada resultaba demasiado simple para esas mentes.

Entonces levantó un bote. Estaban llenos de sangre y asaduras, cortesía de un carnicero al que había ido a ver esta mañana. Esparció todo el revuelto por la pared. Parecía casi demasiado auténtico. La bombilla que iluminaba unas zapatillas se rompió, echando chispas por todas partes.

—¡Las personas antes que los beneficios! —gritaba Hack. El dependiente se había largado, pero todavía había clientes por allí que no se movían—. ¿Qué os pasa?

—¿Es esto una especie de promoción o algo así? —preguntó un chaval.

—No —dijo Hack—. Es una protesta. Nike es un asesino. —Sacó otro bote de la bolsa, pero se le resbaló y cayó al suelo. Se abrió la tapa. Le salpicó todo el pantalón.

—¡Vaya mierda!

—¿Van a regalar zapatillas?

—Debe de ser un producto nuevo —dijo otro chaval. De repente se le pusieron los ojos como platos—. Ya sé. Es algo así como «Asesinos Nike». ¿Es eso?

—Jo, sería genial —exclamó el otro chaval.

—No —respondió Hack, indignado—. No es una promoción.

—Tira más sangre, tío —le animó el chaval.

—¿Acaso llevo un chándal de Nike? —preguntó Hack—. ¿Acaso ves algún logo en mi ropa?

—¡Oye! Es verdad, colega —confirmó el otro chaval—. No lleva ningún logo.

Miraban a Hack nerviosos.

—¡Largaos! —gritó Hack, y se fueron. Uno de ellos cogió unas zapatillas al salir. Hack estaba indignado, hasta que se acordó de que él tenía pensado hacer lo mismo.

—Déjame ayudarte con esos botes —sugirió Claire—. Vamos a terminar con esto y a largarnos de aquí.

—De acuerdo.

Sus manos se rozaron al ir a coger el mismo bote de sangre. Se sonrieron.

—¡Oye! —dijo alguien—. ¿Qué pasa aquí?

—¡Joder! —pensó Hack. Había gente que tardaba en aprender la lección. Se giró. Pero no era uno de los chavales.

—¿Violeta?

—¡Hack! ¿Qué haces aquí?

—Estoy... —Violeta llevaba a una niña del brazo, una niña de unos ocho o nueve años.

—¿Qué haces tú?

—¿Has venido a hacer la entrega?

—¿La entrega? Violeta, si me estás siguiendo...

—Espera —dijo—. ¿Eres tú el contacto de John Nike o no?

Hack abrió la boca para contestar. Un hombre entró en la tienda detrás de Violeta. Tenía la cara deformada; era como una escultura de cera fundida. Una fila de gruesos puntos negros le recorría desde la oreja hasta el medio de la frente. No tenía pelo.

Pero aun así Hack le reconoció.

—No —contestó John—. Soy yo.

## 75. Amenaza

John soltó un grito ahogado.

—¡Vaya! —exclamó Jennifer—. Parece que no te alegras de verme.

Se dio la vuelta y echó a correr. Jennifer fue tras él. Max Synergy y los trajeados se quedaron allí plantados. Ésa iba a ser una situación recurrente durante los próximos cuatro minutos y medio: una panda de administrativos parados boquiabiertos mientras ella y John pasaban volando por delante. John chillaba pidiendo ayuda, «*por favor*», a la ANR o a seguridad o a cualquiera con una pistola, pero los de traje y las de falda de US Alliance no respondían a ese perfil. Las empresas decían que tenían respuesta para todo, pero sólo había que perseguir a un hombre a grito pelado por sus oficinas para descubrir que eso no era cierto.

John intentó llegar al ascensor, pero Jennifer estaba tan cerca que decidió subir por la escalera. Ganó un poco de distancia al empujar a una señora con una pila de



archivos que se cruzó en su camino; pero sólo un poco, y cuantos más pisos subían, más evidentes se hacían las sesiones de Jennifer en el gimnasio y las comilonas de John. Ya iba jadeando y resollando por el piso veintinueve cuando Jennifer le agarró la americana. Logró zafarse retorciéndose y salió corriendo de la escalera. Jennifer le siguió y se encontró en una sala de juntas enorme. Dos de las paredes eran de cristal. La vista de Los Ángeles era increíble. John estaba contra un cristal como si intentara pasar a través de él. Jennifer se dio cuenta de que se parecía a la sala donde hace ocho años, cuando trabajaban en Maher, le había dicho a John que estaba embarazada. Esperaba que se diera cuenta de la simetría.

—No te acerques. ¡Atrás!

—Lo siento —dijo Jennifer—. No puedo hacer eso.

—¿Dónde cojones está la ANR? —gritó, y Jennifer no pudo darle ninguna respuesta—. Espera. Espera un momento.

—Ni hablar.

—¡Para! O Kate se arrepentirá.

Jennifer se quedó quieta.

—¿Cómo?

—¿Has hablado con tu hija recientemente?

—John —dijo—. No hagas que me cabree contigo más de lo que ya estoy. Ni se te ocurra.

—Más te vale llamar a casa. Tu hija está desaparecida desde esta mañana.

—¡Puto mentiroso! —Le temblaba la voz—. ¿Cómo te atreves a decir algo así?

—¿Crees que estoy vacilando? —Escupía saliva—. ¿Crees que yo iba a esperar a que vinieras a por mí sin tomar medidas para protegerme? ¿Piensas que me iba a creer que te ibas a *rendir*? ¿Crees que *no* iba a estar preparado?

Jen vaciló.

John la miró y se le iluminaron los ojos.

—Ya me conoces, Jen. ¿Soy de los que hace las cosas a medias? —Había un teléfono en un mostrador—. Anda. Llama a casa. Ya lo verás.

Jennifer respiró hondo, intentando calmarse.

—Si estás mintiendo, te voy a joder vivo.

—¿Parezco preocupado?

Jen se dirigió al teléfono y marcó el número del móvil de Buy.

—Y si no estás mintiendo, te voy a matar.

John esbozó una sonrisa.

El teléfono sonó solamente una vez. Oyó la voz de Buy. Era una voz angustiada.

—¿D... Diga?

—Soy yo.

—Ay, Jen. Jen. Lo siento muchísimo.

Jennifer colgó.

—Bueno —dijo John—. Ahora nos entendemos.

Empezó a caminar hacia él.

—No, no. Eso no es una buena idea, Jen. Más vale que te quedes quieta.

Jennifer se paró. Le temblaban las manos.

—Es tu *hija*.

—Venga, Jen —dijo John—. Te lo dejé bien claro hace ocho años. Yo nunca quise tener un niño. Lo quisiste tú, y yo no pude hacer nada para impedirlo. Nada. Así que muy bien. Tuviste un niño. Pero no creas que a mí me puedes convertir en padre.

Sonó el timbre del ascensor detrás de ella.

—Por fin —dijo John—. ¿Por qué habéis tardado tanto, gilipollas? Jennifer sintió cómo la agarraban con fuerza.

—Disculpe, señor. Se están produciendo disturbios en la entrada. Respondimos en cuanto...

—No es suficiente. Hablaré con Li.

—Señor, ¿qué quiere que hagamos con...?

—Llévosla —ordenó John—, y pegadle un tiro en la cabeza.

El soldado no dijo nada.

—¿Hay algún problema?

—Señor, no estoy seguro de que me pueda autorizar a hacer eso.

—¡Ya verás si puedo, coño! —gritó John—. No me obligues a ir a hablar con Li.

—Sí, señor —obedeció el soldado.

Jennifer apenas le veía. Empezó a llorar. Se dejó llevar a rastras.

\*

Los dos soldados de la ANR la bajaron por la escalera. Le parecía que se le iba a romper el cuerpo de tanto temblar. Quería coger el primer vuelo para Melbourne, y quería buscar a John y matarle, las dos cosas a la vez. Pero era imposible hacer ambas. Le resultaba imposible decidirse sólo por una de ellas.

Cuando llegaron a la mitad de la escalera, se oyó una voz procedente de la radio de uno de los soldados, y éste contestó. Entonces miró a su compañero.

—Nos quieren fuera. Se está complicando la situación.

—¿Y qué hacemos con ella?

—Ni idea.

Nadie dijo nada durante un instante. Jennifer estaba esperando a que decidieran si la iban a matar o no.

—Quiero decir... que si nos quieren allí fuera, ésa es una orden de la ANR, y tiene prioridad sobre las órdenes de Nike.

—¿Ah, sí?

—¡Joder, yo qué sé! —exclamó el soldado—. Pero te digo una cosa. Yo no quiero pegarle un tiro en la cabeza a esta mujer. Eso no está bien.

De repente sonó el móvil de Jennifer. Estaba tan nerviosa que se sobresaltó.

—¿Qué es eso?

—Es mi teléfono —respondió Jennifer.

—Pues... contesta —dijo el soldado—. Nosotros tenemos que hablar de la situación.

Contestó. Era Buy. Su voz delataba el dolor que sentía. Hablaron poco pero bien. Buy tuvo que colgar. Jennifer cerró la tapa del móvil y miró a los soldados.

—Bueno —dijo el primero—. Necesitan refuerzos en la entrada principal. Tú vienes con nosotros. Una vez allí, lo que hagas es problema tuyo.

—Gracias —acertó a decir Jen. Se le quebró la voz.

—No nos des las gracias todavía —le contestó—. No sabes cómo están las cosas allí fuera.

## 76. Desposesión

Buy salió tarde de Mitsui, pero no había mucho tráfico y llegó al colegio de primaria Mattel con tiempo de sobra. Normalmente tenía que aparcar en doble fila o dejar su coche a la vuelta de la manzana, pero hoy la calle estaba prácticamente vacía. ¡Qué raro! Debería haber un goteo constante de niños saliendo por la puerta y de padres bloqueando la calle. Se bajó y cogió el camino que llevaba a la puerta principal.

En el edificio de administración había seis personas hablando al otro lado del mostrador. Vio que llevaban identificación del Gobierno.

—¿Le podemos ayudar? —preguntó una señora.

—He venido a recoger a Kate —contestó Buy—. ¿Qué pasa aquí?

La mujer se llevó la mano a la boca. De repente le miraba todo el mundo.

—¿Qué pasa? —preguntó Buy.

—Señor —dijo un agente—. ¿Quiere sentarse?

—¿Dónde está Kate?

—No han fallado nuestros agentes de seguridad —aclaró la señora—. Quiero que lo sepa. Un guardia intentó pararla. Nuestro sistema de seguridad funciona bien.

—¿Parar a quién? —preguntó Buy, pero ya sabía cuál era la respuesta: la respuesta se respiraba en el aire.

—Señor, ha habido un secuestro.

—Pero... ¿a quién han secuestrado? —Se empezó a marear y a ver las luces fluorescentes como cometas borrosos.

\*

Le prepararon café, pero no le paraban de temblar las manos. Los agentes hablaban por sus teléfonos y le hacían preguntas. A cada pregunta, Buy se sentía más obligado a entrar en otra realidad, de la que Kate estaba desaparecida y era todo por su culpa.

—Ya le están investigando —le informó uno de los agentes, tapando el teléfono con la mano—. ¿Por las matanzas en Ciudad Nike? Le entrevistaron los Agentes Jennifer y Calvin.

—Yo estuve en el centro comercial esa tarde —dijo Buy—. Nada más. Intenté ayudar a la chica que mataron, Hayley McDonald's.

Los agentes intercambiaron una mirada.

—¿Tenía algún tipo de parentesco con ella? ¿Era una amiga?

—Sólo intenté ayudarla. ¿Qué tiene que ver?

—Ahora ha desaparecido también otra chica relacionada con usted —añadió un agente.

—¿Y... qué?

—Señor, ¿nos puede contar todo lo que ha hecho esta mañana?

—Dejé a Kate y me fui a trabajar.

—¿Hay alguien que nos pueda confirmar que usted salió del recinto del colegio?

—¿Pero por qué? ¿Creen que yo la secuestré?

—Tranquilícese, señor Mitsui —dijo un agente—. ¿Hay alguien que pueda confirmar que usted salió del recinto del colegio?

—Pues... ¡sí! Estuve hablando con una madre. Me tiene que haber visto salir. Se llamaba... Violeta. No me acuerdo del apellido, pero es veterinaria.

—¿Me puede describir a esa señora?

—Joven, pelo castaño corto... Llevaba una parca verde.

Los agentes se miraron.

—Señor, eso se ajusta a la descripción de la secuestradora.

—¿Cómo? ¿Cómo es...?

—Nos tendrá que acompañar a la comisaría.

—No —negó Buy, poniéndose de pie—. Tengo que encontrarla.

—Siéntese. Ahora. —Le miraba todo el mundo.

—Debía de estar muy enfadado con el Gobierno después de que dejaran morir a esa chica en el centro comercial de Chadstone —insinuó el otro agente—. A lo mejor

pensaba vengarse secuestrando a la hija de alguien del Gobierno.

—No.

—Pero sí admite que tuvo contacto previo con la secuestradora.

Sonó el móvil de Buy. Todo el mundo se quedó parado.

—Cójalo —ordenó el agente—. A lo mejor es su amiguita.

Buy sacó el teléfono. El número en la pantalla no le era conocido.

—¿Diga?

—Soy yo —contestó Jennifer.

—Jen. —No sabía qué decirle—. Jen, lo siento muchísimo. —Oía cómo se le quebraba la voz.

—¿Es Jen Gobierno? —preguntó el agente—. ¡Pásemela! —Le quitó a Buy el teléfono de las manos—. ¡Oiga! ¡Oiga! —Lanzó a Buy una mirada acusadora—. Aquí no hay nadie.

—Estaba... debe de haberle dado a alguna tecla.

—Yo no he tocado nada.

—Vuelva a llamar a ese número —ordenó el otro agente.

—Buena idea. —El agente marcó y se puso el aparato al oído. Entonces le cambió la cara. Le devolvió el teléfono a Buy.

—¿Qué? —preguntó Buy. Se puso el teléfono al oído—. ¿Jennifer?

Se oía:

—¿Señor? Está usted hablando con la centralita de US Alliance. ¿En qué puedo servirle?

—Pero... esto no tiene ningún sentido.

—¡Jennifer Gobierno, un huevo! —exclamó el agente. Sacó las esposas y fue a cogerle a Buy las muñecas—. No lo ponga difícil.

Buy no tomó conscientemente la decisión de huir: simplemente lo hizo. Se dio la vuelta y al cabo de tres pasos se dio cuenta: *Estoy huyendo del Gobierno*. La puerta del despacho era casi toda de cristal y entonces tomó una decisión: Buy había tenido un accidente con su hermana pequeña cuando eran crios, así que sabía cómo funcionaba el tema. Cerró la puerta de golpe tras de sí y oyó cómo un agente chocaba con ella. Cuando salieron del recinto del colegio, Buy ya estaba dentro del Jeep.

—¡Pare! —le gritaron. Buy vio que llevaban pistolas. Creía que a los agentes del Gobierno no les estaba permitido dispararle sólo para impedir que huyera, pero parecían muy cabreados, así que pisó a fondo el acelerador y se internó en el tráfico. Entonces escuchó el ruido de cláxones y el chirrido de neumáticos. Un sedán pasó a su lado tan cerca que le pareció mentira que no chocaran. Y de repente se vio alejándose del colegio de Kate a toda pastilla.

\*

Encontró una calle lateral llena de árboles y aparcó el coche. Tenía el número de móvil de Jennifer. Estuvo llamándola durante lo que le parecía una eternidad. Entonces contestó.

—Soy yo.

—¿Cómo ha sucedido esto?

El tono de su voz le partía el corazón. Estaba destrozada.

—No lo sé. Lo siento. Es que... no lo sé.

—Escúchame. Ahora todo depende de ti. No puedo ponerle un dedo encima a John Nike mientras tenga a Kate. Ahora te necesito a ti.

—Espera un momento —dijo Buy—. ¿John Nike?

—John Nike es el criminal al que estoy persiguiendo. Pero eso no tiene importancia. Ahora lo importante es...

—No —dijo con un hilito de voz—. Es que... trabajo para John.

—¿Cómo?

—Él es Enlace en US Alliance, y yo soy Ayudante de Enlace.

—¡Mierda! —dijo Jennifer—. ¡Mierda! ¿Qué has hecho para él?

—Me pidió que localizara a una gente en Melbourne. A unos manifestantes.

—¿Quiénes?

—Pues... Hack Nike... Una chica, creo que se llamaba...

—Hack. ¡Sí! ¡Es él!

—Vi a la secuestradora. Era una chica. Violeta.

—Ésa es la novia de Hack. Me puedo enterar de dónde vive Hack...

—No, no hace falta. —Buy se mareaba. Se encontró mal—. Yo sé dónde está Hack.

## 77. Emancipación

—¡Fantástico! —exclamó Violeta—. Estás bien. ¡Qué contenta estoy!

—Me dejaste tirado en el suelo de tu cocina —contestó John. Se le notaba cierta emoción en la cara, pero Violeta no era capaz de definir exactamente de qué clase era—. Me dejaste con *esta* pinta.

—A mí me parece que estás estupendo; no sé de qué me hablas —le aseguró Violeta. Iba hacia atrás, arrastrando a Kate, hasta que dio con los talones contra la pared.

John le puso una mano alrededor del cuello. Violeta se estaba dando cuenta de que John no venía a entregarle los tres millones de dólares.

—Una putada esto de la venganza, ¿verdad?

—Espere —dijo Claire. Violeta vio que Claire tenía una pistola y que apuntaba a John. Nunca se había sentido tan aliviada. Pero esta nueva Claire no se parecía a la que ella conocía. En su ausencia todo el mundo había cambiado—. ¡Vale ya!

—¡Pégale un tiro! —gritó Violeta—. ¡Hazlo, Claire!

John no dejaba de mirar a Violeta.

—¿Por qué no te largas?

—Vale —accedió Hack.

Cogió a Claire de la mano.

—Tú no, ¡imbécil! —dijo John—. Tú y yo tenemos un asunto pendiente.

—Nos vamos de este establecimiento —dijo Claire. Le temblaba la voz, y la pistola que llevaba en la mano también—. Y Violeta se viene con nosotros.

John contestó:

—Preciosa, tienes mucho...

Por primera vez, apartó durante un instante la mirada. Violeta aprovechó la oportunidad y le clavó la rodilla derecha en los huevos. John cayó al suelo como si le hubiera pegado un tiro.

—¡Toma!

Fue a darle una patada más y la cogió del pantalón. Violeta chilló: volvía a ocurrir lo que había pasado en su apartamento. Ella movía los brazos para intentar pegarle. John la soltó, quedó libre y corrió hacia Hack. Dejaba a Kate, pero ¿qué se le iba a hacer? Kate ya no era una prioridad para ella. Encontró una puerta en la parte de atrás con un letrero que ponía PERSONAL y la abrió de un tirón.

—Hack, vamos.

Hack echó a correr, tirando de Claire. Violeta cerró la puerta de golpe una vez que la hubieron franqueado. Allí dentro no se veía nada en absoluto. Buscaba a tientas algo que se pareciera a una cerradura.

—¿Qué pasa? —preguntó Hack.

—Agarra fuerte el manillar de la puerta. No encuentro la cerradura.

—¡Joder! —dijo Hack, y John golpeó la puerta desde el otro lado. Alguien pegó un grito. A lo mejor fue ella—. ¿Dónde está la cerradura?

—No lo sé. No veo nada.

Sonaba la puerta.

—No aguanto más; encuentra la cerradura.

—¡Cerrad la puerta de una puta vez! —gritó Claire.

Violeta encontró un pestillo y lo echó. John golpeó la puerta otra vez. Violeta se dejó caer al suelo, aliviada.

—Lo conseguiste. —La voz de Hack delataba cariño—. Gracias a Dios.

—Sí —contestó.

De repente, se le ocurrió: ¿Hack intentaba ligar con ella? Sí, pensó. Hack había tenido su historia con Claire, con esa Claire tímida y tranquila, pero ella no era suficiente para Hack. Hack necesitaba a alguien como Violeta, que cuidara de él. Se lo había dicho mil veces.

—Qué curioso que nos encontremos otra vez, ¿verdad? Es el destino. ¿Dónde está el interruptor de la luz? —preguntó Claire.

—Sí —dijo Hack—. Supongo que sí.

Buscó su brazo en la oscuridad y lo apretó.

—Deberíamos ir a algún sitio a recuperar lo perdido.

Se encendió la luz. Claire se encontraba al lado de un interruptor. La habitación estaba llena de estanterías y cajas.

—¡Muy bien! —exclamó Violeta—. Bien hecho, flaca.

—Violeta —gritaba John desde el otro lado de la puerta—. ¿Me oyes? Creo que nos hemos liado. He venido a hacer el intercambio. Tengo tu dinero. Lo voy a dejar encima de la mesa, ¿vale?

Violeta se mordió el labio.

—Me pregunto si de verdad tiene mi dinero.

Hack le advirtió:

—Violeta, este tío no ha venido a hacerte ningún favor.

—Sííí —admitió—. Tienes razón. Larguémonos de aquí.

Había una salida en la parte de atrás que conducía a una escalera oscura. Cuando iban por la mitad Hack preguntó:

—¿Violeta?

—¿Sí?

—¿Quién era esa niña que estaba contigo?

—¡Ah! —contestó—. Nadie.

\*

Salieron por la planta baja, entre una tienda de Disney y un Starbucks. El centro comercial estaba atestado de gente; hacía mucho calor y había mucha humedad. Resultaba difícil respirar. A Violeta las ideas se le agolpaban en la cabeza. Era una suerte haberse encontrado otra vez con Hack. Quería sacar provecho de la situación.

—Volvamos a subir. —Sacó la pistola del bolsillo—. Vamos a por John.

—En realidad... —dudó Hack—. Violeta, yo creo que deberíamos largarnos de aquí.

—Tenía que haberle disparado a través de la puerta —dijo. Se sintió como una imbécil—. ¿Por qué no le disparé a través de la puerta?

Hack y Claire la miraron fijamente.



—¿Qué dices?

—¿Estás loca?

—Oye —replicó Violeta, ofendida—. No sabéis lo que he tenido que soportar. Sólo estoy intentando conseguir lo que realmente me pertenece. Si tengo que pegarle un tiro a alguien, lo haré. —Pero Hack la miraba como si no la conociera. Claire estaba allí quieta, sin intervenir, y Violeta se dio cuenta de que se había pasado. Decidió recurrir a las lágrimas—. Hack... ha sido tan difícil. —Le agarró la camisa—. Yo sólo quería progresar, pero todo el mundo me quería joder. Siento haberle hecho daño a algunas personas. ¿Me perdonas?

—No me toques. Necesitas ayuda. De verdad.

—¡Cabrón! —empezó, pero no pudo seguir. Había un hombre entre la multitud que la miraba fijamente. Le sonaba la cara. Cuando se le ensombreció el gesto y se dirigió hacia ella, Violeta recordó quién era. Le había conocido esa misma mañana en el colegio de Kate. Se llamaba Buy—. ¡Ay, Dios mío! —exclamó.

## 78. Endiosamiento

Cuando los de la ANR se llevaron a Jennifer, John se dejó caer al suelo. Cerro los ojos y apretó la cara contra el cristal. Entonces empezó a reírse. Primero una risita y luego carcajadas descontroladas. Se tronchaba de risa. Notaba que se le caían las lágrimas.

Lo más gracioso era la cara que había puesto Jennifer. Ella había pensado que ya le había cazado. Había pensado que iba a poder vengarse. Y ¡ZAS! La cogió él a ella. Era un clásico. Por eso la gente como John tenía éxito en la vida y las personas como Jennifer trabajaban para el Gobierno.

Se quedó allí demasiado rato. Entonces sintió vibrar el cristal contra su mejilla. Se incorporó, sobresaltado. Vibraba el edificio entero. Luego se paró. John se quedó esperando. Y, de repente, *buuum*. El edificio empezó otra vez a temblar.

John se mordió el labio. Creía saber qué podría haber sido ese ruido. A lo mejor el General Li había tomado la iniciativa.

Sonó el timbre que indicaba que había llegado el ascensor.

—¿John? —Se dio la vuelta. Era el chaval de Pepsi, con cara seria—. John, tienes que venir conmigo. Es importante.

—¿Has sentido eso?

—Vamos. Esto es serio.

—¿Nos están atacando? ¿Es Team Advantage? Tengo que ver al General Li.

Se metieron en el ascensor.

—Por eso he venido a buscarte.

—Eres un buen tipo —dijo John—. Has estado de mi lado desde el principio. No lo olvidaré.

—Vale, gracias —repuso el chaval—. ¿Qué jaleo tenéis aquí?

—Peleas domésticas. —Sonrió. Entonces se percató de adonde se dirigía el ascensor—. Ésa es la planta de Alfonse.

—Es donde está Li.

—Espera —dijo John, asustado—. ¿Qué pasa? ¿Qué...?

Se abrieron las puertas. El sitio estaba lleno de Enlaces. Todo el mundo giró la cabeza. Se hizo el silencio. Alfonse estaba de pie en medio de la sala. El General Li estaba con él, boina en mano.

—¿Qué demonios pasa aquí?

—John —empezó Alfonse—, ¿eres consciente de lo que ocurre aquí fuera?

—¿Qué ocurre?

Alfonse miró a Li.

Li dijo:

—John me autorizó a utilizar todos los recursos disponibles para responder al ataque del enemigo.

—¿Qué cojones pasa aquí?

—Has hecho exactamente lo que te prohibí hacer —contestó Alfonse—. Nos has involucrado en más acciones militares. Esto se acabó. Inmediatamente. No es un entorno beneficioso para los negocios.

—De acuerdo, espera un momento. —Esto exigía otro discurso, se dio cuenta John—. Cierto, se va a matar a algunas personas. Un cambio siempre es complicado. Pero dejemos las cosas claras. Nosotros vamos a ser los ganadores en este mundo nuevo. Sin el Gobierno, podemos eliminar a Team Advantage. Sin Team Advantage, no tenemos competencia. Vale la pena un pequeño conflicto. Todo esto no es más que competencia agresiva dentro de un mercado libre.

Miró a la gente. No parecían asentir muchas cabezas.

—Esto no es libertad, John. Es anarquía.

—Bueno —dijo John—. Si quieres hilar tan fino...

—Se ha hecho una votación.

John se quedó helado.

—¿Cómo dices?

—Las empresas miembro hemos decidido que un mercado libre no responde a nuestros intereses. Ya hemos empezado a hablar con el Gobierno.

—¿Quiénes? ¿Qué empresas? Porque, bueno, que se vayan. No nos hacen falta esos cobardes.

—La mayoría.

—¡Ah! —exclamó, tragando saliva—. Ya entiendo.

Alfonse siguió:

—Naturalmente, vamos a negar cualquier responsabilidad por los daños causados como resultado de tus actos.

—Claro. —Se dio cuenta de cómo la voz iba delatando el pánico que sentía—. Vale, adelante, dejadme a mí como el malo de la película.

—Los de seguridad te acompañarán hasta la puerta.

—Tengo derecho a estar aquí. Soy el Enlace de Nike.

—No, John, no lo eres.

Se dio la vuelta. Vio a Gregory Nike apoyado en la pared. John no le había visto hasta ahora.

—Vaya —se quejó John—. ¡Qué bonito! —Se dirigió a los Enlaces—. ¿Quiénes están conmigo? ¿Quiénes quieren seguir en la lucha? Podemos empezar nuestro propio programa de fidelidad. Podemos terminar lo que hemos empezado. *¿Quiénes estáis conmigo?*

De repente muchos Enlaces clavaron la vista en el suelo o se pusieron a examinar con mucho detalle los cuadros colgados en las paredes.

—¡Cabrones! —les gritó.

Un soldado de la ANR le cogió del brazo. Era uno de los que había echado a Jennifer; claro que era él.

—Vamos.

—¡Li! ¡No les deje hacer esto! —Pero Li no dijo nada. Li sabía dónde estaba la pasta. El soldado empezó a empujarle hacia el ascensor. Cuando se iban acercando al hueco de la escalera, John vio al chaval de Pepsi.

—¡Y tú! —John se agarró al marco de la puerta. El soldado le tiraba de los brazos—. ¡Cabrón! Siempre fuiste un cobarde y un parásito, cabrón de Pepsi.

—No me lo ponga más difícil —dijo el soldado. John se soltó del marco. La puerta se cerró de golpe. Luego se volvió a abrir. El chaval de Pepsi estaba en lo alto de la escalera.

—Oye, John —dijo—. Me llamo Theo.

—¿Cómo?

—Me llamo Theodore.

—¿Y acaso crees que me importa?

—No —dijo el chaval. Entonces el soldado arrastró a John por otro tramo de la escalera y el chaval le perdió de vista.

\*

—Bueno, espera, espera —dijo—. No hace falta que me saques directamente. Al menos déjame recoger algunas cosas de mi despacho. Déjame hacer un par de llamadas.

—Mis órdenes son claras, señor.

—Esa agente del Gobierno... la mataste, ¿verdad? No anda por aquí, ¿verdad? El soldado le miró.

—Se tomó la decisión de obligarla a abandonar el edificio.

—¡Gilipollas! Hablas de órdenes... ¿y mis órdenes qué? —El soldado no le respondió—. Bueno, de acuerdo. Sólo intentas hacer tu trabajo. Lo entiendo. Pero no hace falta que me saques por la puerta principal. Déjame salir por el aparcamiento.

—Le voy a sacar por la puerta principal.

—Soy muy amigo del General Li. Íntimo. No querrás que me cabree.

—Asumiré ese riesgo, señor.

—Tengo doscientos dólares —dijo John—. Aquí en el bolsillo. Venga, cógelos. —Entraron en el vestíbulo: se veían las enormes puertas giratorias. Intentó clavar los tacos de los zapatos, pero el calzado fino que llevaba resbalaba en el suelo pulido.

—Por favor, señor —le instó el soldado. Se abrieron las puertas del vestíbulo y sólo se veía sol y gente—. No sólo está degradándose a sí mismo sino a toda la organización de US Alliance.

—Cállate de una puta vez —gritó John.

## 79. Pérdida

Los soldados de la ANR sacaron a Jennifer a la calle. Se había quedado tan atontada con la noticia del secuestro de Kate que al principio no se daba cuenta de lo que ocurría a su alrededor. Entonces el soldado de la ANR la empujó suavemente y le dijo:

—¿Señora? Debe marcharse.

Ella le miró, sacudiendo la cabeza, intentando aclarar las ideas. Reaccionaba con lentitud y se sentía abatida.

—¿Señora? Por favor.

—De acuerdo —contestó. Había un centro comercial al otro lado de la calle, con un McDonald's a un lado y un Burger King al otro. Entre los dos se había organizado un tumulto. Una pandilla de chavales con ropa holgada estaba saqueando el Burger

King: tiraban los carteles, rompían las cajas. Jen alcanzó a ver fugazmente a Calvin intentando parar una pelea entre dos, y le perdió de vista.

Se internó en la calle. Sonaba un claxon en alguna parte, pero cuando Jennifer se dio cuenta de que debía mirar, ya había parado y el conductor le estaba dando voces. Jennifer siguió su camino.

Cuando llegó al otro lado de la calle, dos furgonetas negras se subieron a la acera y se abrieron de golpe las puertas. Salían policías, dándole empujones al pasar. Corrían hacia los alborotadores.

—¡Jen!

Vio otra vez a Calvin e intentó dirigirse hacia él. Calvin la ayudaría.

—¡Aléjense del establecimiento! —gritó un policía, y entonces alguien pegó un tiro, o los saqueadores o la Policía, o los de US Alliance o los de Team Advantage; Jennifer no sabía quién, y no le importaba demasiado. Mucha gente se tiró al suelo, lo que facilitaba que pudiera ver a Calvin. Se dirigió como pudo hacia él, abriéndose paso entre las sillas y mesas de plástico rojo y amarillo.

—Joder —exclamó Calvin cuando llegó—. ¡Tírate al suelo, joder! —La metió a empujones en la entrada de una papelería. Había un cartel en la puerta que decía ESTOY HORGULLOSO DE SER INDEPENDIENTE y otro que decía LIQUIDACIÓN POR CIERRE.

—¿A ti qué te pasa?

—Se ha llevado a Kate.

—¿Cómo?

Se oyeron disparos otra vez. La Policía había formado un cordón alrededor del Burger King. Los saqueadores se retiraban hacia el McDonald's. Los soldados de la ANR acudieron como refuerzo, tomando posiciones detrás del mostrador y las cajas registradoras. Entonces alguien disparó otra vez y una bala rebotó en una caja de Burger King, haciendo *clang*.

—Kate —repitió Jennifer—. Se ha llevado a mi hija.

Calvin la miró fijamente.

—¿Kate está aquí?

Negó con la cabeza.

—Está en Melbourne. Dice que la va a matar si no le suelto.

—¡Ay, Jen!

—Calvin, no sé qué hacer.

—No pasa nada —le dijo—. No pasa nada, Jen, le vamos... le vamos a arrestar. Le obligaremos a soltarla. Podemos...

Las palabras se iban perdiendo en el estruendo, uno de los más fuertes que Jennifer había oído en su vida. La Policía había montado una metralleta en el mostrador del Burger King y estaba destrozando el local de McDonald's. Toda una nube de trocitos de plástico rojo y amarillo subía en espiral hasta el cielo como confeti.

—Voy a volver a entrar.

—Jen, no lo hagas. ¡Agáchate! Encontraremos una solución.

—Le tenía que haber disparado cuando tuve la oportunidad.

—¡Jen, espera! ¿Has visto a Billy?

—¿Cómo? ¿Billy está aquí?

—Tuve que traerle. Luego le perdí. ¡Agáchate, por el amor de Dios!

—Tengo que irme —dijo, levantándose.

Había dado unos diez pasos cuando lo oyó: como un chisporroteo, como cuando se desinfla un neumático. Vio una bocanada de humo blanco salir de lo alto de la torre de US Alliance, una pequeñísima nube. Entonces un objeto brillante y metálico dibujó una raya blanca desde la nube hasta el Burger King, y Jennifer sintió como si algo invisible le diese un puñetazo en el pecho y se quedó sorda.

No sabía si se había desmayado o no. Poco a poco empezó a darse cuenta de que Calvin la miraba desde arriba y gritaba. Podía leer la palabra *misil* en sus labios. El Burger King estaba en llamas. Todo estaba envuelto en humo negro. Miraba a su alrededor. Apenas veía la base del edificio de US Alliance. Apenas fue capaz de ver abrirse las puertas del vestíbulo. Apenas distinguió a John Nike salir por ellas.

—¿Calvin? ¿Me das tu pistola, por favor?

Calvin intentaba articular: ¿Cómo?

—Dame... —decía, y John la vio a través del humo.

Arrancó la pistola de Calvin de la funda y echó a correr. Saltó por encima de trozos del Burger King siniestrado esquivando a un tumulto de policías atónitos. El humo subía en espirales formando grandes nubes que o bien ocultaban a John o bien le dejaban visible.

John salió a la carretera con las manos en alto. Jennifer pensaba que se rendía. *Demasiado tarde*, se dijo. Entonces vio el taxi. John abrió de un tirón la puerta y saltó adentro. Debió de decir algo muy motivador porque el taxi salió a todo gas y los neumáticos echaban humo. Jennifer estaba demasiado lejos para pararlo. Demasiado lejos.

—¡No! —chilló—. ¡No! ¡No! —Y al final sólo chillaba.

## 80. Reciprocidad

Billy y la chica de los vales de descuento se habían refugiado en un portal unos locales más allá de McDonald's. Para Billy la situación no era tan terrible porque

podía abrazarla, pero había muchas balas volando por allí. Por esa razón no se sentía tan cómodo.

—Nunca se dan situaciones tan jodidas como ésta en Colorado —dijo la chica de los vales—. *Nunca*.

—Tampoco son tan frecuentes en Tejas.

Había unos diez metros entre ellos, la carretera y el edificio de US Alliance que se erguía detrás. Billy se planteaba qué posibilidades había de llegar hasta allí sin interceptar una bala. De momento no lo tenía muy claro. La Policía estaba destrozándolo todo a este lado del centro comercial con una metralleta, y Billy no pensaba que la historia laboral de la chica les fuera a ayudar mucho.

—¡Cómo es esta ciudad! —se quejó la chica.

—Sabes que eres la responsable de todo esto. ¿Por qué no dijiste que las hamburguesas de McDonald's eran mejores y punto?

Le fulminó con la mirada.

—¿Por qué tengo que dejar que me intimiden? Si dejas que la gente te manipule, te pasas la vida intentando que todo el mundo esté contento.

—Sí, supongo que tienes razón —concedió Billy—. Es verdad. Yo llevo semanas haciendo eso.

—No me creo que tú te dejes manipular —dijo la chica de los vales, esbozando una sonrisa. Billy se la devolvió. Entonces una ráfaga de balas impactó en la pared pocos metros por encima de ellos, y el escaparate de la tienda estalló. Con su cuerpo, Billy protegió a la chica de los cristales que caían—. Gracias —le dijo.

Billy la miró.

—Ahora sí que tenemos que largarnos de aquí.

—¡No jodas! —le contestó, y de repente se oyó un estruendo y una explosión en el Burger King de enfrente. Era como un terremoto.

—¡Ahora! —instó Billy. Ayudó a la chica a levantarse—. ¡Vamos!

La cogió de la mano y salieron a ciegas entre la humareda negra. La chica de los vales se tropezó con unos escombros y Billy la cogió antes de que cayera: era como en una película. Al salir de la humareda vieron soldados de la ANR por todas partes, pero nadie le prestaba especial atención a Billy. Entonces vio a una cara familiar salir del edificio de US Alliance. Billy se quedó quieto, asombrado. Era John Nike, el tío que le había mandado disparar en Londres contra el Presidente del Gobierno.

Durante un momento sintió la tentación de dirigirse al tío y darle un puñetazo. Pero Billy tenía otras prioridades, como salir perdiendo el culo, así que echó a correr otra vez. John paró un taxi y se subió.

Billy oyó un grito y se dio la vuelta. Durante un instante no reconocía a la figura que salía a tropezones del humo. Entonces se dio cuenta. Era Jennifer Gobierno.

—¡Billy! ¡Páralo!

Billy veía cómo se alejaba el taxi de John. Un poco tarde, pensó. Miro hacia atrás a Jennifer.

—¡Por favor!

—¡Joder...! —Miró a su alrededor—. Necesito un rifle.

—Vale. —La chica de los vales se agachó y cogió un trozo de escombros de la alcantarilla—. Toma, usa esto.

—No, un *rifle*. Algo con que disparar.

Pero la chica de los vales se estaba acercando a un soldado de la ANR. Billy miró la piedra. No le decía nada.

La chica de los vales agarró al soldado por las hombreras y le gritaba en la cara:

—¡Ayúdame! ¡Ayúdame!

—Oiga. Cálmese, señorita.

—Por favor. Por favor. —Seguía tirando de él hasta darle una vuelta de 180 grados, dejándole ahora de espaldas a Billy.

—Ya —dijo Billy, que lo había entendido todo de repente. Dio un paso hacia delante y golpeó al soldado en la cabeza con la piedra. El soldado gritó y se agarró la cabeza. Billy le cogió el rifle.

—¡Joder! —dijo la chica—. Pensaba que no te ibas a enterar nunca.

—Calla —dijo Billy. Se colocó con las piernas abiertas, buscando equilibrio, y apuntó hacia el taxi que se alejaba. Fue un tiro ridículo, a decir verdad: el taxi estaba ya a manzana y media, y cerca de un millón de personas entraba y salió de la línea de fuego—. Tú..., cállate.

Se calló. Billy aspiró. Hay que disparar durante una espiración lenta y controlada: es el momento en que el cuerpo está más quieto. Hay que apretar el gatillo entre dos latidos del corazón. No había ninguna otra cosa en el mundo para Billy. Disparó.

—¡Joooder! —dijo la chica de los vales.

Reventó el neumático: Billy vio cómo volaban los trozos de goma. El taxi dio un viraje de noventa grados, rozó una furgoneta y se empotró contra un escaparate. Billy bajó el rifle. La chica le miraba fijamente.

—Sí que eres bueno.

Billy se giró para ver si estaba Jennifer, pero el humo la había tapado otra vez.

—Larguémonos de aquí.

—Sí. Buena idea. —Le cogió la mano—. ¿Adonde?

Billy sonrió.

—¿Te gusta esquiar?

—¿Bromeas?

—¿Por qué?

—Vivo en Aspen —dijo—. Aspen, Colorado. En invierno trabajo como instructora de esquí. —Se movía intranquila—. ¿Qué pasa? No es tan extraño.

Billy se había quedado sin habla.

—Es que...

—¿Te gusta esquiar?

—Sí —le contestó—. Me encanta.



—Genial —dijo—. Vamos a pirarnos de aquí.

## 81. Fortaleza

*Hoy es un gran día*, pensaba Buy.

Lo más divertido era que hacía sólo un mes o dos había estado a punto de suicidarse. La única razón por la que seguía vivo era que no tenía conocimientos suficientes sobre armas para encontrar el seguro en una Colt .45. Se podía decir que desde entonces vivía de prestado.

*Soy una gran persona*.

Le temblaban las piernas cuando entró en el centro comercial de Chadstone y sentía como si de un momento a otro fuera a vomitar. Eso también era divertido. No le daba ningún miedo morir, pero la idea de tener que subir en las escaleras mecánicas hasta la cuarta planta le aterrizzaba. No se podía creer que al llegar allí no fuera a toparse con una niña tirada en el suelo en un charco de sangre.

—Oye, ¿estás bien?

Se dio cuenta de que se tambaleaba; casi estaba a punto de caerse. Una niña le miraba con los ojos como platos, muy preocupada.

Buy miró hacia el otro lado.

—Estoy... bien.

—¿Estás seguro?

—Sí —contestó con voz entrecortada. No podía respirar. Sentía los ojos de la chica en la espalda mientras se abría camino entre la multitud. Veía delante de él los ascensores que subían, una mezcla de acero y personas.

*Todo obstáculo es una oportunidad*.

No esperaba ver a Violeta en esta planta, así que tuvo que mirarla durante varios segundos antes de darse cuenta de quién tenía delante. Entonces se dirigió hacia ella.

Lo vio.

—¡Ay, no! —exclamó ella, y sacó una pistola. Buy casi se echó a reír—. Vale, no te muevas.

—Pistola —gritó alguien.

Los clientes que estaban alrededor de Buy salieron disparados. Buy siguió caminando hacia delante.

—¡Oye! No estoy de broma. Siento lo de tu hija y eso... ¡Oye! ¡Para! ¿Quieres que dispare?

—¿Dónde está Kate?

—¡Para! —le gritó y Buy vio cómo agarraba con más fuerza la pistola. De repente se dio cuenta de una cosa: si muriera, no podría salvar a Kate. Se paró. Tenía la pistola a medio metro del pecho.

—¿Violeta? —dijo un joven a su lado. Buy pensó que probablemente era Hack Nike—. Venga. Suelta la pistola.

—¡Cállate! Yo no te importo nada.

—¿Dónde está Kate? —preguntó Buy otra vez.

—Está arriba —contestó Hack—. Está con John. En la cuarta planta, en la tienda de Ni...

—¡Cállate! —gritó Violeta.

—Violeta —dijo Hack con mucho tacto—, las fuerzas de seguridad del centro comercial estarán de camino. No empeores las cosas.

—Me doy perfecta cuenta de lo que estáis haciendo todos. Todo el mundo va a conseguir lo que quiere menos yo. A mí me estáis jodiendo.

—Nadie está jodiendo a nadie.

—Por favor —dijo Buy—. Tengo que encontrar a Kate.

—¿Y qué voy a sacar yo? —preguntó Violeta.

—Por favor.

—Yo sólo quería ser empresaria. Sólo quería vender mi programa y ganar un poco de dinero. ¿Qué hay de malo en eso?

—Violeta, tienes una pistola en la mano —le recordó Hack—. Has secuestrado a una niña. Si quieres saber por qué las cosas te han salido mal, empieza por ahí.

Hubo un largo silencio. Entonces Violeta dijo:

—No hay justicia.

Buy se dio cuenta de cuál era su intención justo antes de que lo llevara a cabo. Se movió para intentar evitar lo que se le venía encima, pero entonces una bala le impactó y se encontró tumbado boca arriba, mirando las fluorescentes del centro comercial.

La gente gritaba y corría a su lado. Parecía buena idea quedarse allí quieto, así que es lo que hizo. Sentía un dolor punzante en un bíceps. Se lo tocó con cuidado y miró los dedos. Todo confirmaba que le habían pegado un tiro.

Hack le estaba mirando desde arriba.

—¡Joder! ¿Estás bien?

—Es que... no lo sé —contestó Buy.

—Bueno... más bien creo que no. Mejor no te muevas. No te preocupes, Violeta se ha ido.

Buy se incorporó. No dolía tanto como había pensado. A lo mejor estaba en estado de shock.

—Me llamo Buy Mitsui. Necesito que me ayudes a encontrar a Kate. Es la hija de Jennifer Gobierno.

—¡Joder! —Hack miró a Claire—. Mira, nosotros tenemos que largarnos de aquí. Nos están buscando. Lo siento.

—Bueno —dijo Buy—. De acuerdo. —Intentó ponerse en pie. Hack le ayudó.

—De verdad que lo siento —dijo Hack—. Pero es que si Nike me coge...

Buy lo veía todo borroso, pero veía los ascensores. Se dirigió hacia ellos. El brazo le empezaba a doler.

Había llegado a la segunda planta cuando Hack y Claire volvieron.

—Vale —dijo Hack—. Te vamos a ayudar.

—Gracias.

—¿Qué quieres que hagamos?

—Distraerle —contestó Buy.

## 82. Ascendencia

Jennifer corría en una dirección y unas diez mil personas, saliendo en tropel de un centro comercial, corrían en dirección contraria.

Suponía que no había nada como un misil para vaciar cualquier zona.

Cuando entró, el lugar estaba casi vacío. Le sorprendió lo familiar que le resultaba: la distribución era igual que el centro comercial de Chadstone. Hasta sorteaban dos coches deportivos. Pero, en fin, probablemente construían todos estos lugares con los mismos planos estandarizados.

Vio a John justo cuando llegó a donde estaban dos soldados de la ANR. John les dijo con voz entrecortada:

—Ayúdenme. Soy un Enlace de US Alliance. Me está persiguiendo una mujer con una pistola. —Les indicó con el dedo.

Sacaron sus armas.

—Ahí quieta, señora.

Jennifer dejó de correr y siguió caminando. Apuntó la pistola hacia el cielo.

—¡Dispárenle! —gritó John.

—Señora, tiene que soltar el arma ahora mismo.

Siguió caminando.

—Señora...

—¡No va a parar, gilipollas! ¡Dispárenle a esa hija de puta!

John empezó a caminar marcha atrás poco a poco.

—Lo estamos diciendo en serio. Es su última oportunidad.

—De acuerdo —accedió Jennifer. Metió la pistola en la funda. Un soldado fue a cogerla. Jennifer le cogió el brazo y le hizo una llave. Soltó un gemido de sorpresa y a la vez Jennifer golpeó con la cabeza la cara del otro soldado. Se cayeron al suelo y Jennifer apartó sus armas de una patada.

—*Imbéciles* —chilló John. Se fue corriendo hacia las escaleras mecánicas. Era sorprendentemente veloz: parecía que había salido ileso del accidente en el taxi. Jennifer le apuntó con mucho cuidado.

La bala rebotó en los laterales de acero de las escaleras mecánicas. John dejó de correr. Se apoyó en la barandilla.

—¿Eres tonta o qué? —Su voz retumbaba por el local vacío—. ¿Quieres que le haga daño a Kate?

Apuntó mejor, pero esta vez John se anticipó y se agachó. Disparó al aire. Jennifer fue a paso ligero hacia las escaleras mecánicas.

—Si mi socio no tiene noticias mías, la matará —gritó John. Pero Jennifer no le creía. A John se le notaba cada vez más el pánico en la voz, y, además, no era de los que hacían planes previendo su muerte. Le veía ir como podía de un tramo de escalera al siguiente—. Será mejor que te retires ahora mismo.

Intentó perderla en la quinta planta, pero Jennifer le vio reflejado en un escaparate, intentando esconderse detrás de una columna. Tenía algo en las manos. Jennifer le apuntó con su pistola y se dirigió con cuidado hacia él.

John la oyó venir.

—Jen, no hagas ninguna tontería.

—Sal, John.

—Estoy hablando por teléfono —gritó—. Estoy hablando por el puto teléfono. ¿Quieres que la mate?

Jennifer se quedó quieta.

—Es verdad, Jen. Tengo una conexión ahora mismo. Más te vale que te lo pienses muy bien. —Salió de detrás de la columna. Tenía el móvil puesto al oído izquierdo. Le brillaba la frente del sudor. Tenía la camisa de ejecutivo empapada—. Suelta la pistola.

—No puedo.

—¿Quieres que mande a mi socio hacerle daño a Kate? Lo puedo hacer.

Jennifer miró la pistola. Era una pena.

—*¡Suéltala!*

Jennifer dejó la pistola en el suelo.

—*¡Cuelga!*

—Primero, acércame la pistola.

—Cuelga y yo te doy la pistola.

—No estás en situación de regatear, Jen, de verdad.

Jennifer meditó. Para ella sería muy mala opción darle a John la pistola; muy mala.

Estaba segura de que la mataría. Acercó su pie a la pistola.

—Con cuidado, Jen. Con mucho cuidado.

—Supongo que no viste a ninguno de los chavales a quienes mataron por encargo tuyo —le dijo—. Yo sí. En un centro comercial como éste.

—Por favor, Jen. No empieces con el rollo moralizador. Estoy de moral hasta la coronilla. Dame la pistola.

Jen le dio una patada y el arma cruzó el suelo dando vueltas, el cañón dibujando vagas elipses, hasta caer por el borde. La oyó golpear en uno de los coches de la planta baja.

John la miraba con los ojos fuera de órbita.

—No te lo dejé *claro*.

—Cuelga.

—No podías dejarme, ¿verdad? Tenías que perseguirme por medio mundo. Es patético, Jen. Estás *obsesionada*. ¿Tú crees que cambiaste cuando dejaste de trabajar en Maher? ¿Crees que empezaste a tener conciencia cuando te quedaste embarazada? ¡Y una mierda! Eras una cabrona corporativa en Maher y no has cambiado, igual que ese tatuaje. No estás haciendo tu trabajo. Te importan un bledo los chavales de Nike. Tú vas detrás de mí por lo que no te quería dar hace ocho años. Esto es *personal*.

A Jennifer no le pareció una descripción justa de los hechos. Iba a discutir, pero entonces sonó su móvil.

## 83. Cancelación

Mucha gente empezó a salir del centro comercial cuando Violeta disparó el arma. La tienda de Ciudad Nike estaba justo más adelante y Buy vio a un señor sacar la cabeza para ver cómo corría la gente. Visto de ese modo, no era nada del otro jueves. Y era precisamente así como se sentía Buy.

Desde atrás Hack gritó:

—¡Oye, gilipollas!

El hombre se volvió rápidamente. Hack y Claire estaban al lado de los ascensores agitando los brazos.

—¡John, cabrón! ¡Oye!

John salió de la tienda. Llevaba a rastras a Kate. El corazón de Buy dio un salto. La cara de Kate estaba manchada de lágrimas secas. *Sólo un minuto más, cariño*, pensó.

—¿Cómo? —llamaba John—. No te oigo. —Metió la mano que tenía libre en el bolsillo de la americana.

Buy se le acercó tambaleando. Le sangraba mucho el brazo.

—Disculpa.

—¡Oye! —dijo John, frunciendo el ceño—. ¿Qué cojones quieres tú?

—Perdón —dijo Buy, abrazándole—. ¡Kate, corre!

—¿Qué cojones? —repitió John. Kate le miró, petrificada. Entonces echó a correr. En la vida había visto Buy nada tan bonito como la espalda de Kate y su melena suelta mientras corría—. ¡Suéltame!

—Lo siento —dijo Buy—. No puedo.

—¡Su-él-ta-me! —John empujó con fuerza a Buy contra la puerta de Ciudad Nike y se quedó sin aire. Dio un paso atrás para repetir la operación. De repente Buy se dio cuenta de que los tiradores de la puerta de Ciudad Nike tenían la forma del logo de Nike y terminaban en una fina punta. Eso era peligroso, pensaba. Alguien se podría hacer daño.

John le empujó hacia atrás otra vez. Buy se echó hacia la izquierda y logró darle la vuelta a John. John chocó con la puerta y Buy le tuvo que soltar. Cayó al suelo tosiendo.

Estaba preparado para sentir los zapatos de John en las costillas. Pero no. Le había dado un buen golpe: un golpe certero.

—¿Buy?

—Cada obstáculo es una oportunidad —dijo Buy. Intentó reírse, pero sólo logró que le saliera una tos perruna.

Veía caras borrosas ante sí.

—Por favor, que alguien llame a una ambulancia. Llamen al uno-uno-dos.

—Pueden utilizar mi tarjeta American Express —dijo Buy—. Le entró la risa floja; no podía parar.

—Buy, estate quieto.

—Kate, ¿dónde está...?

—No sé si quieres que Kate vea esto —dijo Hack—. John está... está colgado en el logo de Nike.

—Por favor, tengo que verla. —Hack se iba a marchar. Buy le cogió con la mano que no tenía herida—. Hack, gracias.

Hack estaba avergonzado.

—No hay problema.

Buy cerró los ojos. Iba a desmayarse pronto, y eso no estaba bien. Tenía que hacer algo primero. Tenía que aguantar.

—¡Buy! ¡Buy!

Abrió los ojos. Todo estaba borroso: no veía a Kate bien. Entonces se le cayó algo mojado en la cara y se dio cuenta de que Kate lloraba.

—Oye, me voy a poner bien. De verdad.

—¿Estás seguro?

—Completamente.

—Vale.

—Ahora, Kate... —Alguien empezó a envolver el brazo de Buy con algo. Se sentía agradecido, pero le empezaba a doler mucho.

—Necesito que me hagas un favor. Es muy importante. Tienes que hacerlo enseguida. ¿De acuerdo?

—¿Qué es?

—Llama a tu madre —dijo, y perdió la conciencia.

## 84. Obtención

Jennifer miró el bolsillo. Sonó otra vez el teléfono.

—No lo cojas —dijo John—. Tira... tíralo hacia aquí. Vamos.

Sacó el teléfono.

—Lo digo en serio. ¡Suelta el teléfono! —Escupía saliva—. No me jodas, Jen. Lo voy a hacer.

Jennifer meditaba la situación. Entonces abrió el teléfono.

—¿Diga?

—¿Mamá?

Le invadió una emoción muy fuerte. No podía hablar. Miró a John.

—Hola, cariño.

John soltó su teléfono y se echó hacia atrás con las manos en alto.

—Venga, Jen. No vamos a hacer ninguna tontería. —Movía los ojos de un lado a otro—. Creo que puede haber habido una especie de malentendido...

Jennifer empezó a caminar hacia él.

—Jen... Jen. ¡Escúchame! ¡No tomemos ninguna decisión rápida! ¡No hagamos ningún juicio de valor!

Echó a correr. Jennifer se tiró a por él: lo cogió por el cuello de la americana y le empujó contra la barandilla. John se quedó sin aliento. Entonces lo colgó de la barandilla, mirando hacia los coches que había abajo. Le dobló el brazo por detrás de la espalda.

—No le iba a hacer daño. ¡Lo juro!

Jen le susurró:

—Estará mucho mejor sin un padre como tú.

—*¡No, Jen! ¡Por favor!*

—¿Te gusta la vista? ¿Quieres ver lo que yo vi en un centro comercial como éste, donde tú mataste a una colegiala?

—*¡No!*

—Te equivocaste conmigo —dijo. Retiró el brazo del cuello de John. La sensación era mucho mejor de lo que se había imaginado. Era sorprendentemente gratificante—. John Nike, está detenido por el asesinato de Hayley McDonald's y de hasta otras catorce personas.

—¿Qué? ¿Cómo?

—Estará retenido por el Gobierno hasta que las familias de las víctimas puedan interponer acciones judiciales contra usted. —Le levantó y le llevó hacia las escaleras mecánicas. Resultaba difícil moverle. Le fallaban las piernas, como si estuviera borracho.

—¿Me estás *deteniendo*? ¿Lo dices en serio? La cárcel no es un sitio para mí.

—¿Y? —dijo Jennifer.

## 85. Finalización

Cuando el vuelo estaba llegando a su fin, Jennifer sentía ganas de matar a alguien. Se movía nerviosa en el asiento; miraba enfadada al personal de vuelo.

—Bueno —dijo Calvin—. Tranquilízate.

—Parada en *Auckland* —dijo—. Es increíble.

—Lee la revista —le sugirió Calvin—. O mira la peli. Tienen juegos de ordenador; ¿por qué no juegas con uno?

—Quiero llegar a mi casa.

—¿Quieres que les pida que te dejen ir a conocer al capitán, ver los mandos del avión?

Se le quedó mirando.

—Sólo quedan treinta y cinco minutos —dijo.

—Vale —dijo—. *Vale*. —Calvin hojeaba una revista. Al rato le dijo Jennifer:

—A propósito...

Dejó la revista.

—¿Sí?

—Es de la Barbie Malibú. Mi tatuaje. Es el código de producto de la Barbie Malibú.



Calvin la miró sorprendido.

—¿De verdad?

—Yo llevaba la cuenta de Mattel. Además vivía en Malibú. Así que me hice el tatuaje.

—Ya.

—¿Crees que es una tontería?

—No, no. En absoluto.

—Era de lo más *in* en su momento.

—No lo dudo.

Jennifer le miró de reojo.

—No se lo dirás a nadie, ¿verdad? Me da un poco de vergüenza.

—No hay problema —la tranquilizó—. Tu secreto está a salvo conmigo, muñequita Barbie.

—Por favor, no me llames muñequita Barbie.

\*

Jennifer se bajó del avión como si le hubieran dado una paliza y caminó por un largo pasillo blanco donde unas puertas se abrían a un tumulto de gente. Durante un instante no veía más que una masa de color. Entonces vio a Kate que venía corriendo hacia ella. A Jennifer le empezaron a temblar las piernas.

—¡Mamá!

Jennifer cayó de rodillas y Kate se abalanzó contra ella. Jennifer sintió sus bracitos alrededor del cuello.

—¡Kate!

—Te he echado de menos.

—Yo también te he echado de menos, cariño. —Cerró los ojos—. Te quiero tanto.

—Yo también te quiero.

—Cuidado con el hombro de mamá —le dijo—. Déjame verte. ¡Vaya! Buy debe de haberte cuidado muy bien. —Miró hacia arriba, y allí estaba. Parecía avergonzado. Sonreía como si estuviera intentando contenerse.

—Hola.

—Ven aquí —le dijo Jennifer.

—¿Ahí abajo?

—Sí.

Buy se agachó y le abrazó también.

—¡Ay! —dijo Buy—. Cuidado con mi brazo.

—Lo siento.

—No pasa nada.

Le tocó la cara. Buy parecía tener ganas de besarla, así que adelantó un poco la cara y se besaron.

—Muchas gracias —le susurró Jennifer—. Muchísimas gracias...

—No pasa nada. —Buy estaba avergonzado—. Estoy... Me alegro de que hayas vuelto a casa.

—Yo también. —Hablaba en un susurro. Los abrazaba lo más fuerte que podía. Sentía la pequeña mano de Kate entre la suya. Apoyó la cara en el pelo de Kate, y de repente ese olor familiar la hizo llorar. Estuvo llorando durante un rato sin que nadie se moviera.

\*

—¿Diga?

—¿Jim GE?

—¿Quién es?

—Soy Jennifer Gobierno.

—Ah...

—Jim, le llamo para decirle que el Gobierno ha identificado y localizado a los responsables de su caso. Le mandaré un archivo sobre lo ocurrido dentro de unos días. Debe buscar un bufete de abogados para interponer una acción judicial.

—¿Sabe... sabe quién mató a Hayley?

—Sí.

—¡Ay, Dios! Gracias... muchísimas gracias.

—De nada. Adiós, Jim. —Colgó el teléfono.

Buy la miraba.

—¿Se acabó?

—Sí —dijo.

# EPÍLOGO

## 86. Rehabilitación

La mujer pasó las páginas del currículum de John una y otra vez. John se obligó a esperar quieto. No iba a perder la cabeza con esta entrevistadora de pelo estirado y gafas modernas, por muy cabrona y condescendiente que fuera.

Miró a John.

—¿Usted fue Enlace de Nike?

—Así es. —Tamborileaba el muslo con los dedos.

—¿No hubo algún problema...? ¿No fue Nike uno de los principales incitadores en...?

—Bueno, se exageró un poco aquella historia —explicó John con una sonrisa—. Sí es cierto que algunas personas se pasaron, pero el resto actuamos con más precaución.

—¿Pero sí trabajó usted para US Alliance?

—Sí, pero no en esas cosas —contestó John—. Yo trabajaba más en promociones especiales para clientes y cosas así.

—Entiendo —le dijo—. ¿Y eso fue... hace doce años?

John mantuvo la sonrisa.

—Así es.

—Y desde entonces está...

—Trabajando en proyectos especiales.

—Entiendo... —Se levantó y le dio la mano—. Pues muchas gracias por su tiempo, John. Estaremos en contacto.

—¿Ya está? ¿Nada más?

—Eso es.

Se obligó a decir:

—Gracias por darme una oportunidad. Se lo agradezco.

Ella sonrió. Al salir, John le dijo:

—¡Que tenga buen día! —Apretó fuerte el tirador de la puerta. Veía todo borroso de la ira que sentía. Cerró la puerta con cuidado y se marchó.

\*

Para una ciudad dedicada al automóvil, Los Ángeles no le ofrecía a John demasiados servicios de taxi. De hecho, no le ofrecía demasiado en ningún aspecto. Se arrepentía de haber vuelto. En sus recuerdos era un lugar mucho más *cool*.

Llevaba caminando manzana y media por Wiltshire antes de que parara un taxi. Según iba hacia él, un tipo vestido con traje impecable salió de un restaurante y se le

adelantó.

—¡Oiga! —dijo John.

—¡Gilipollas! Ese taxi es mío.

El del traje se volvió. Era el chaval de Pepsi.

—¡Joder! —exclamó John.

El chaval de Pepsi, que ya no era ningún chaval, claro, sino tan mayor como lo había sido John cuando se conocieron, le cogió la mano para saludarle.

—John, casi no te había reconocido. ¿Qué haces aquí? Vaya, tío, ¿cuánto tiempo hace que no nos vemos?

—¡Joder, qué increíble! —dijo John, pensando: *¿Cómo se llamaba éste?*

—Vaya, lo siento. No quería quitarte el taxi.

—No pasa nada. No tiene importancia. —¡Vaya oportunidad la de haberse encontrado con el chaval de Pepsi!: una oportunidad enorme—. ¿Qué es de tu vida?

—Genial, simplemente genial. Ahora soy Vicepresidente de Ventas en PepsiCo. ¿Te habías enterado?

—No.

—De verdad, tío, me alegro de que ya no estés en la cárcel. No es lugar para un tipo como tú. ¿Cuándo te han dejado en libertad?

—Hace dos semanas.

—Vaya historia —dijo el chaval—. Todavía no me puedo creer que Nike no pusiera pasta para tu defensa. Quiero decir, sé por qué no lo hicieron, pero...

—Cabrones... —Se obligó a callar—. Bueno, estoy buscando trabajo.

—¡Oye! Si te hace falta, te cogerá Pepsi. Lo digo en serio.

—¿De verdad?

—Tú eres ideal para el trabajo. Sólo tienes que decir que sí.

A John le invadió una sensación de gratitud sincera. El chaval de Pepsi había sido un buen amigo, salvo al final, y eso se podía perdonar, ¿verdad? Dadas las circunstancias...

—Amigo, cogeré cualquier cosa que tengas con las palabras «ejecutivo de marketing» en la descripción del trabajo. Me están crucificando aquí fuera.

Al chaval se le cambió la cara.

—Bueno, John. No podríamos colocarte en Marketing.

—¿Cómo?

—No sería buena idea que tuvieras trato directo con los clientes. Después de... ya sabes.

—Entonces, ¿de qué tipo de trabajo me hablas?

—Tenemos alguna vacante en el Departamento de Créditos y creo que hay algo en Procesamiento de Pedidos.

—¿Créditos? ¿Crees que yo voy a trabajar en *Contabilidad*?

—Estoy intentando ayudarte, colega.

—¡Oiga! —dijo el taxista—. ¿Se va a subir alguien aquí o qué?

John le apuntó al chaval al pecho con el dedo.

—Yo soy *ejecutivo*. Estuve *así* de cerca de ejecutar el golpe empresarial más grande de la historia.

—Bueno —dijo el chaval de Pepsi—, no te quiero ofender, pero «estar cerca» no es suficiente para que te den el puro, ¿sabes?

—Cabrón —dijo John.

—Tengo que irme. Si quieres trabajo, llámame.

—Un día vamos a terminar lo que empezamos —gritó John—. No ha cambiado nada, ¿sabes? Un día lo volveremos a intentar, y *ganaremos*.

—A lo mejor —dijo el chaval, metiéndose en el taxi—. Pero no contigo, John.

# Agradecimientos

Ser escritor significa estar gran parte del tiempo sentado delante de un ordenador, resistiéndose a la tentación de jugar al Buscaminas. Así ocurre durante un par de años, y entonces publican algo tuyo y todo el mundo quiere hablar contigo a la vez. Pero hay quien está ahí desde el principio, y éstas son las personas de las que no puedes prescindir.

Kassy Humphreys, Gregory Lister y Roxanne Jones leyeron un primer borrador de esta obra y me hicieron sugerencias excelentes y muy necesarias. Así lo hicieron también Wil Anderson y Charles Thiesen, quienes me proporcionaron detalles asombrosos y de mucha ayuda, a costa de buena parte de su tiempo. Geoff Wong vetó algunos capítulos que contenían afirmaciones exageradas sobre virus de ordenadores. Carolyn Carlson me convenció para que eliminara un personaje, algo muy doloroso y difícil para mí, pero que resultó ser una idea genial. Todd Keithley, mi exagente literario, me apoyó muchísimo mientras escribía este libro, y cuando dejó su trabajo me quedé destrozado y convencido de que no me volverían a publicar en la vida. Luke Janklow, mi nuevo agente, se aseguró de que sí me volvieran a publicar. También me mandó a un editor, más perspicaz y constante de lo que jamás podría haber imaginado, en la forma de Bill Thomas, que logró redactar cinco folios de correcciones de edición con los que estuve totalmente de acuerdo. Y finalmente debo agradecer a Jen, mi preciosa y brillante esposa, que me animaba cuando las palabras no salían, se emocionaba conmigo cuando sí salían y sigue haciendo mi vida muy divertida.





MAX BARRY (18 de marzo de 1973, Melbourne, Australia). Es escritor y experto en informática. Se mueve en el terreno del *cyberpunk* y la ficción especulativa. Vive en su ciudad natal con su esposa e hijas y trabajó como vendedor para *Hewlett-Packard* antes de convertirse en novelista.

Publicó su primera novela, *Syrup* (1999), firmando como «Maxx Barry», pero después siempre ha usado su auténtico nombre. Posteriormente ha publicado la presente *Jennifer Government* (2003), *La corporación* (2007), *Machine Man* (2011) y *Lexicón* (2013).

# Notas

[1] Frederik Pohl, *The Space Merchants* (New York: St Martin's Press, 1952).  
Traducción española de Luis Doménech (Minotauro, 1988). <<